

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 4, capítulo XXXVII

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 4, capítulo XXXVII

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo XXXVII

**Arreglo de la Hacienda pública;
Suspensión del pago de la deuda
exterior**

Julio de 1861

CAPÍTULO XXXVII

ARREGLO DE LA HACIENDA PÚBLICA; SUSPENSIÓN DEL PAGO DE LA DEUDA EXTERIOR

Julio de 1861

La situación del gobierno era ya insostenible como consecuencia de la falta de disponibilidad de recursos económicos, lo que impedía dar una enérgica batida a las bandas y guerrillas de reaccionarios y atender la administración pública.

Por convenios y convenciones firmados por gobiernos anteriores, se había pactado con los acreedores extranjeros destinar determinados porcentajes de los ingresos aduanales para amortizar deudas y pagar intereses, dejando márgenes insignificantes del orden de 15%, que era lo que podía disponer el gobierno federal.

Por otra parte, durante la guerra de Reforma, se había autorizado a los gobiernos de los estados, para cobrar los impuestos federales y utilizarlos en el sostenimiento de tropas que combatían a los conservadores.

Al restablecerse el gobierno constitucional en la Ciudad de México, se indicó a los gobernadores que ya no podían disponer de esos fondos y se designaron funcionarios y empleados fiscales encargados de recaudar esos impuestos, orden que se cumplió con muy limitado éxito.

Después de más de diez años de luchas armadas, las actividades económicas del país se habían estancado.

Si a todo eso se agrega una falta de orden en la administración, podrán explicarse los serios problemas a que tuvo que enfrentarse el gobierno constitucional.

Guillermo Prieto, de enero a marzo, trata de estructurar una política económica sin lograrlo y tuvo que dejar el ministerio de

Hacienda¹ si bien pudo establecer la necesidad de abordar las siguientes cuestiones como base para corregir la situación:

- 1º Disminuir los gastos militares.
- 2º Reducir los pagos a pensionistas y clases pasivas.
- 3º Suspender temporalmente, por un plazo de algunos años, el pago de las deudas exterior e interna.
- 4º Formular un presupuesto equilibrado con los posibles ingresos y sujetarse a él.

José María Mata, en su fugaz paso por la secretaría de Hacienda, estuvo de acuerdo con esas metas.

En el gabinete encabezado por León Guzmán, en que José María Castaños por dos meses desempeñó la secretaría de Hacienda, se examinaron estos objetivos y se decidió plantear al Congreso estos problemas; recuérdese que Juárez, en su discurso de 9 de mayo, anunciaba que sería necesario que el Poder Ejecutivo examinara los problemas de la Hacienda Pública.

El Presidente Juárez tuvo grandes dificultades para encontrar quiénes aceptaran los cargos ministeriales, pero, a fines de junio, logró que Higinio Núñez se hiciera cargo del ministerio y el 27 de ese mes, sin estar aún en funciones, recibió el encargo de dar forma a la iniciativa de suspender las "convenciones diplomáticas" que amparaban la deuda exterior.

Aunque ya aparecen en las *Efemérides*, creemos útil reproducir las notas de Juárez durante estos dramáticos días de crisis política:

Día 10.- Hablé con los señores (Manuel María de) Zamacona y (Blas) Balcárcel, brindándoles con las carteras de Relaciones y Fomento. Aceptaron y, de acuerdo con los señores Zaragoza y Ruiz, nos citamos para mañana para acordar definitivamente quién debía encargarse del ministerio de Gobernación.

¹ Ver capítulo XXXII en este tomo.

Día 11.- Nos reunimos incluso el señor (José Higinio) Núñez y, no acertando en la persona que deba nombrarse para Gobernación y siendo urgente el que se integre el gabinete, dispuse que, mientras se nombra quién sirva la cartera de Gobernación, se encargara de ella el ministro de Relaciones y que hoy mismo se pida a la Cámara la licencia respectiva para los señores Zamacona y Balcárcel.

Día 12.- Concedió licencia la Cámara a los señores Zamacona y (Blas) Balcárcel.

Dispuse que se les comuniquen sus nombramientos encargándose del ministerio de Gobernación el señor ministro (Joaquín) Ruiz, mientras se nombraba el que deba encargarse definitivamente de dicho ministerio.

Día 13.- Hicieron la protesta de ley los señores Zamacona y Balcárcel. En seguida el señor Núñez presentó la iniciativa que debe dirigirse al Congreso sobre suspensión de pagos y sobre otros puntos. Después de una detenida discusión en la que el señor Zamacona manifestó varias razones de conveniencia para que se difiriese este asunto, mientras se daban algunos pasos para preparar la opinión, se resolvió que, en el mismo día, se presentara a la Cámara dicha iniciativa por ser sumamente urgente la resolución, en lo que convinieron unánimemente todos los señores ministros, inclusive el señor Zamacona. Dispuse que los mismos señores ministros pasasen a la Cámara a pedir una sesión secreta y que expusiesen las razones que había para recomendar el pronto despacho de este negocio.

Día 14.- Se acordó que las juntas de ministros para acordar puntos generales se tengan diariamente de nueve a once de la mañana. Fue dada que sea la ley de suspensión de pagos y de otros puntos indicados, será bueno que se vean para la junta de Crédito Público

los señores Mata, Riva Palacio y Lacunza; pero antes debe allanarse la dificultad de que los diputados puedan ser nombrados para este encargo, pues lo son los señores Mata y Riva Palacio. Que se nombre ministro de Hacienda al señor (José Higinio) Núñez.

Día 15.- Se acordó que el señor Zamacona escriba la circular en que se manifieste la conducta que se propone observar el gabinete conforme a los puntos indicados y acordados por el presidente y los señores ministros.

Se señaló para las diez de la mañana la protesta del señor Núñez como ministro de Hacienda.

Se leyó el periódico oficial de Nuevo León en que aparece que don Santiago Vidaurri dio permiso a don Ignacio Comonfort para residir en aquel estado.

Se acordó que por extraordinario se diga al señor Vidaurri mande aprehender y remitir, con la seguridad correspondiente al citado Comonfort, a esta capital, para que sea juzgado conforme a las leyes.

Se acordó, asimismo, que se dirija iniciativa al Congreso para que se derogue el auto que consignó el 15% consignado al ferrocarril y para que se siga cobrando el 25% en bonos de la deuda interior o exterior.

Día 16.- Tomó posesión el señor Núñez mediante la protesta de estilo.

Leyó el señor (Joaquín) Ruiz la minuta de la orden que despachó anoche a Monterrey para la aprehensión de Comonfort.

Día 17.- Se recibió y publicó la ley sobre suspensión de pagos.²

Seguramente la situación había llegado a condiciones tales que Juárez consideró que era indispensable hiciera crisis.

² Tomo 1 de esta obra.

En un párrafo anterior de sus *Efemérides*, reconoce que Zamacona opuso inicial resistencia, pero fue posible convencerlo de la urgencia de la medida sin esperar "preparar la opinión pública". Sin embargo, en documentos suscritos por Zamacona que se reproducen en este capítulo, afirma que suspender los pagos de la deuda exterior e interior era ya una exigencia de la opinión pública y que, además, era tema ampliamente discutido.

León Guzmán, que considera peligrosa la suspensión indefinida de pagos de la deuda, afirma, en artículos que aún se conservan inéditos,³ que fue Juárez quien propuso al gabinete dicha suspensión. Indica también que se consulte con el cuerpo diplomático y, según eso se modifica el proyecto, reduciendo esa suspensión a dos años de la deuda interior, pero no la exterior.

Por la correspondencia con Wyke y Saligny que se publica en este capítulo, parece que esta consulta no se hizo con estos diplomáticos o se realizó en forma tan discreta que no se dieron por enterados de lo que el gobierno se proponía.⁴

Zamacona, en una carta publicada muchos años después,⁵ precisa que la decisión del gabinete se había tomado con la conformidad de los demás miembros, menos la suya. Que el gabinete, aún no integrado oficialmente, se reunió el 13 de julio y Núñez planteó el proyecto de suspensión de pagos y él se opuso. Que una vez aprobado por mayoría anunció su renuncia y que, atendiendo la súplica de Juárez y de sus compañeros, aceptó formar parte del gabinete en el ministerio de Relaciones.

El 15 de julio se envió al Congreso la iniciativa del Ejecutivo y ésta se examinó en sesión secreta que se declaró permanente durante los días 15, 16 y 17 cuyas actas se mantuvieron inéditas hasta ahora; son los

³ León Guzmán, "El partido Constitucional, 1ª, 2ª y 3ª época del Presidente Juárez", manuscrito en los archivos de la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Texas en Austin (BLUTA).

⁴ Esta circular se envió a todos los representantes diplomáticos acreditados ante el gobierno de México.

⁵ *El Globo*, junio 26 de 1866.

documentos con que se inicia este capítulo cuya acta no hemos podido localizar.

El gabinete tomó posesión el 16 y en pleno tuvo una amplia entrevista con el Congreso. Pese a que el día siguiente fue domingo, el Congreso se reunió nuevamente en sesión secreta con el gabinete. Finalmente, se aprobó el 17, firmándola Juárez ese mismo día, pero, según parece, llegó al dominio público, por intermedio de la prensa, el 19.

Tan luego conocieron la noticia los ministros francés y británico, se inició la controversia que Zamacona intentó sortear luchando con dignidad, decoro y serenidad. Saligny se colocó desde luego en una posición agresiva e insultante, siendo la de Wyke, enérgica y dura, pero cortés.

Juárez, en carta a Vidaurri, explica los objetivos de estas medidas y confía en poder lograr dichos propósitos, contando con la cooperación de todos.

Es sumamente interesante la circular que se envió a los ministros diplomáticos acreditados, explicando la justificación de dicha medida. Fue redactada por Zamacona y es una notable pieza por su firme argumentación y magnífica prosa.

Los ministros británico y francés presentaron cada uno su ultimátum exigiendo que el Congreso derogue la ley de aplazamientos de pagos a la deuda exterior y amenazando suspender las relaciones diplomáticas entre México y los países que representan.

Es un caso de dignidad, de respeto a la soberanía nacional; no era posible ceder a esas exigencias, por lo que ni el Ejecutivo promovió la derogación de la ley ni se pensó esto en el Congreso.

Wyke y Saligny, al vencerse los breves plazos señalados y no abrogada la ley en nombre de sus gobiernos, suspendieron simultáneamente, el 25 de julio, sus relaciones con el gobierno constitucional de México.

Mientras tanto, Matías Romero, a la vez que con diligencia buscaba modificar los tratados en vigor para garantizar la libertad

religiosa de los extranjeros en México, se empeñaba en conseguir el apoyo financiero del gobierno estadounidense.

El ministro Wyke, recalcando el carácter particular de la misma, continúa en correspondencia con el ministro de Relaciones José María Zamacona, insistiendo en la derogación de la ley de suspensión de pagos.

Al iniciarse el año de 1862, el gobierno británico publica un Libro Azul dando a conocer las notas intercambiadas entre el ministro británico en México y el gobierno constitucional.

Carlos Marx que residía en Londres comentó ese libro en carta a Federico Engels de 6 de marzo, en la forma siguiente:

El Libro Azul relativo a México, por el lado inglés, sobrepaja en brutalidad a cuanto nos enseña la historia.

Comparado con Sir Lennox Wyke, Mentchikof ⁶ parece un caballero. Aquel canalla no se contenta con desplegar el celo más insensato en la ejecución de las instrucciones severas de Palmerston sino que trata de vengarse, con su grosería, de la superioridad que el ministro de Negocios Extranjeros de México, señor Zamacona, antiguo periodista, muestra con respecto a él, en el cambio de notas diplomáticas.

Transcribe párrafos muy bien seleccionados de algunos de los documentos que se reproducen en este capítulo y, al compararlos, trata con dureza a Wyke al grado de llamarle bellaco y elogia a Zamacona.⁷

Pero el gobierno no se da por vencido; conserva aún la esperanza de convencer a Napoleón III y al gobierno de Isabel II en España; para ello se le envían amplias instrucciones a Juan Antonio de la Fuente, acreditado como ministro ante esos gobiernos, manteniéndole informado de la situación. Por lo tanto, las notas del ministro Zamacona a de la Fuente que se reproducen son por demás útiles para conocer la situación.

⁶ Célebre político ruso: diplomático, inspirador de la guerra ruso-turca.

⁷ Domingo P. de Toledo y J. *México en la obra de Marx y Engels*, Fondo de Cultura Económica, México, 1939, pp. 18 y 19.

Juárez, personalmente, escribe a de la Fuente una amplia e interesante carta en que explica la situación y se muestra optimista.

En las páginas siguientes pueden verse los empeños y esfuerzos del coahuilense que, desgraciadamente, no logra sino precisar que hay ya una conjura contra México en la corte francesa.

Mientras tanto, el Congreso termina el período extraordinario de sesiones y, en la clausura, Juárez pronuncia un discurso en que elude tratar el problema internacional, pero en el que insiste que se está operando una transformación; el diputado Linares, como presidente del Congreso, apoya este punto de vista e inicia su intervención en forma contundente: "Al terminar la revolución armada, comienza la revolución política".

No obstante sus graves preocupaciones, el gobierno continúa esforzándose para estimular las actividades productivas y concede franquicias a la empresa constructora del ferrocarril de Mérida a Progreso.

Comonfort regresa de Estados Unidos; su presencia en Monterrey, a la sombra de Vidaurri, produce una inquietud que obliga a Doblado a precisar su posición hostil a dicho regreso y Vidaurri insiste en no obedecer la orden de capturar a Comonfort.

González Ortega, al tomar posesión del cargo de presidente de la Suprema Corte, pronuncia en el Congreso un discurso que causa gran conmoción por su desconcertante contenido y, a los ocho días, pide permiso al mismo para dejar esa función y volver al ejército haciéndose cargo de la campaña contra las fuerzas de Tomás Mejía. Afortunadamente logra algunos triunfos, especialmente en Jalatlaco, donde Porfirio Díaz es el jefe de las fuerzas.

En la apertura del período ordinario de sesiones, el Presidente Juárez pronuncia un discurso optimista en que confía que la ley del 17 de julio permitía resolver los problemas hacendarios y dar fuerza al gobierno; en cambio, Sebastián Lerdo de Tejada, como presidente del Congreso, contesta con preocupación, pues considera que existen dificultades.

El gobierno de Lincoln, alarmado por la conjura internacional contra México, da instrucciones a su ministro Corwin para que proponga al gobierno constitucional que, por medio de un tratado, se le proporcionen recursos económicos para cubrir los intereses de la deuda consolidada por cinco años.

Al otro lado del océano, de la Fuente es víctima de inconsecuencias y desaires en la corte imperial francesa, que explica en notas detalladas que se reproducen; por lo que, finalmente, el 4 de septiembre, tiene que declarar suspendidas las relaciones de la Legación mexicana con el gobierno francés.

DOCUMENTOS

Julio de 1861

SESIÓN SECRETA EXTRAORDINARIA
DEL DÍA 15 DE JULIO DE 1861

Presidencia del señor Linares

Aprobada el acta de la extraordinaria celebrada el día anterior, se dio lectura y se puso a discusión en lo general al dictamen de las comisiones unidas de Hacienda y Crédito Público referente a la iniciativa del gobierno para que pueda percibir todo el producto líquido de las rentas federales, deduciendo solamente los gastos de administración de las oficinas recaudadoras.

No habiendo quien tomara la palabra, uno de los individuos de la comisión, conforme a reglamento, expuso las dificultades que se habían tenido presentes en el despacho de este negocio.

El señor Mateos interpeló a la comisión para que manifieste lo que se haya trabajado en este negocio en el extranjero y contenido del tratado Pennaud. Ésta satisfizo su duda.

El señor Suárez Navarro usó de la palabra en pro del dictamen, haciendo una detenida relación del origen de las convenciones internacionales en México, origen de los créditos y, finalmente, un examen de las principales convenciones, especialmente en las llamadas Levaseaur, Pennaud, Saligny, etc., y terminó presentando un estado de los gravámenes que reportan las rentas nacionales en beneficio de las deudas extranjeras.

En confirmación de lo dicho manifestó: los grandes abusos que se han cometido por las conversiones y convenciones, los trabajos de especulación de todos o la mayor parte de los ministros extranjeros que con un carácter internacional han hecho sin provecho y con perjuicio de los intereses nacionales, para lo que sin duda han ayudado los mismos ministros mexicanos.

El secretario de Relaciones usó de la palabra para contestar a la interpelación que se le había hecho sobre el contenido del tratado Pennaud, leyendo una cláusula de dicho tratado, agregando que la suspensión de pagos es un negocio discutido por la prensa, por el público y aun por la correspondencia extranjera, sin embargo de que oficialmente nada se haya trabajado.

El señor Montellano, examinando la cuestión como debe considerarse, bajo un aspecto no de justicia rigurosa sino de conciencia y de necesidad, por más trascendentales sus consecuencias por la extremidad de las medidas que extraña el dictamen y principalmente por la suspensión de pagos, medidas que comprendidas y bien desarrolladas son el origen de un bien, pero que mal comprendidas y desempeñadas, pueden orillar al país a su ruina. Quiere saber si, al tomarse esta medida por el gabinete, han sido prescritas las dificultades y combinado con prudencia los planes que deben llevar a su término este proyecto. Hizo manifiestos los peligros que por una guerra internacional pueden resultar a la República. Teme mucho que falte energía y rigor al gobierno y apela a la buena fe con que considera este supremo voto de confianza al Ejecutivo.

El señor Tejada, contestando las observaciones hechas en contra del proyecto por el señor Montellano, hizo una enumeración de las causas y motivos de patriotismo y de lealtad sobre todo, que los han llevado a aprobar la iniciativa con las modificaciones que se notan, así como la necesidad de la situación y el no tener otro proyecto que pudiera presentar menos inconvenientes.

El secretario de Justicia pensó, al contestar los puntos que no podía contestar la comisión, manifestando el ánimo firme del gobierno en llevar en adelante con todas sus consecuencias la medida que se propone. Manifestando la conveniencia de que esta medida fuera decretada por el Congreso que, aunque ha podido el Ejecutivo haber tomado por sí, nunca podía tener el carácter de desinterés y de urgente necesidad de que es la prueba más patente.

El señor Montes, apoyando lo dicho en la conveniencia y en la necesidad urgente del país, manifestó las razones que lo movían a votar

hoy lo que en mayo repugnó, aun llevando las consecuencias de la medida extrema que hoy se propone hasta la pérdida de la nacionalidad.

El señor Suárez Navarro alegó, en apoyo del dictamen, algunos hechos históricos de España y aun de México y concluyó manifestando que, en atención a las circunstancias que han mediado en el reconocimiento de algunos créditos, era de esperarse que el actual jefe de los destinos de la Francia, conocería la justicia de México en este negocio y no traería las consecuencias que se temen.

El señor Bautista dijo que el actual negocio no debía considerarse bajo el aspecto solamente de la necesidad, sino de la justicia y que siendo ésta notoria, no debía abrigarse ningún temor por las consecuencias de que tanto se ha hablado.

Suficientemente discutido el dictamen se declaró con lugar a votar por 112 señores siguientes:

Aguirre, Gabriel; Alatorre; Aldaiturriaga; Altamirano; Ampudia, Enrique; Ampudia, Pedro; Angulo; Arce; Arredondo; Ávila, Antonio C; Aznar Barbachano; Balandrano; Bautista; Bello García; Berduzco; Benítez; Buenrostro; Buelna; Bustamante, Gabino; Calvillo Ibarra; Cano; Carballar; Carbó, Juan; Castillo; Castro; Cendejas; Cevallos; Chico Sein; Couto; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, Platón; García, Sabás; García de la Cadena; García Goytia; García Tello; Garrido; Garza y Melo; Garza y Mireles; Gómez, Jesús; Gómez, Manuel Z., Goytia, Manuel E.; Guerrero; Guzmán, Juan N.; Hermoso; Hernández, Alfonso; Hernández y Hernández; Hernández y Marín; Herrera Campos, Herrera y Cairo; Ibáñez; Iglesias; Jiménez Salazar; Lama; Larrazábal; Lerdo de Tejada; Linares; López, Manuel; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mariscal; Mateos; Medina; Menchaca; Miranda y Espinoza; Montellano; Montes; Nicolín; Ordorica; Ortiz Careaga; Pedroza; Peña y Ramírez; Pérez; Pratz; Quevedo; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Riva Palacio, Vicente; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio; Romero, Domingo; Romero Rubio; Río; Ruiz, Manuel; Saavedra; Salazar, Juan Manuel; Salinas; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Serrano Flores; Suárez

Navarro; Téllez; Tovar; Vadillo; Valle, Guillermo; Vázquez, Pomposo; Vidaña; Villaseñor y Zalce.

Contra los cuatro señores que siguen:

Castellanos; Cosío, Luis; García, José Mariano y González Urueña.

El señor Gamboa presentó la siguiente proposición:

Única.- Se declara el Congreso en sesión permanente hasta terminar la discusión y votación actual.

No se admitió a discusión y se levantó la sesión a las cuatro de la tarde.

José Linares

SESIÓN SECRETA EXTRAORDINARIA
DEL DÍA 16 DE JULIO DE 1861

Sesión secreta extraordinaria del día 16 de julio de 1861

Presidencia del señor Linares

Leída y aprobada la acta de la celebrada el día anterior, se dio lectura a la siguiente proposición, presentada por el señor Suárez Navarro.

La discusión del dictamen de las comisiones 2º de Hacienda y Crédito Público que quedó pendiente el día de ayer, continuará en la sesión secreta extraordinaria de hoy, la cual se prolongará si fuere necesario hasta las seis de la tarde.

Tomada inmediatamente en consideración fue aprobada.

Se puso a discusión el artículo 1º que dice:

Desde la fecha de esta ley, el gobierno de la Unión percibirá todo el producto líquido de las rentas federales, deduciéndose tan sólo los gastos de administración de las oficinas recaudadoras, quedando suspensos por el término de dos años todos los pagos, incluso el de las asignaciones destinadas para la deuda contraída en Londres y para las convenciones extranjeras.

Suficientemente discutido hubo lugar a votar y fue aprobado por 94 señores contra 15.

Aguirre, Gabriel; Alatorre; Aldaiturriaga; Altamirano; Ampudia, Enrique; Ampudia, Pedro; Arce; Arredondo; Avila, Antonio C; Aznar Barbachano; Balandrano; Bello García; Berduzco; Benítez; Bustamante,

Gabino; Bustamante, Juan; Cano; Carbó, Juan; Castaños; Castillo; Castro; Chico Sein; Couto; Carreón; Donde; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, Platón; García de la Cadena; García Goytia; García Tello; Garza y Melo; Garza y Mireles; Gómez, Jesús; Gómez, Manuel Z.; Goytia, Manuel E.; Guerrero; Guzmán, Juan N.; Hernández, Alfonso; Hernández y Hernández; Hernández y Marín; Herrera Campos; Herrera y Cairo; Iglesias; Jiménez Salazar; Lama; Lerdo de Tejada; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mariscal; Mateos; Medina; Menchaca; Miranda y Espinoza; Montellano; Montes; Ordorica; Peña y Ramírez; Pérez; Pratz; Quevedo; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Riva Palacio, Vicente; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio María; Rojo; Romero, Domingo; Romero Rubio; Ruiz, Manuel; Saavedra; Salazar, Juan Manuel; Sánchez, José Juan; Sánchez Posada; Serrano Flores; Suárez Navarro; Téllez; Tovar; Vadillo; Valle, Guillermo; Vázquez, Pomposo; Vidaña; Villaseñor y Nicolás.

Contra, los 15 señores siguientes:

Bautista; Calvillo Ibarra; Cevallos; Cosío, Luis; García, José Mariano; García; Sabás; González Urueña; Hermoso; Ibáñez; Linares; López, Manuel; Ortiz Careaga; Pedroza; Río y Zalce.

Artículo 2º- Las aduanas marítimas y demás oficinas recaudadoras de las ventas federales enterarán todos los productos líquidos en la Tesorería General, sujetándose exclusivamente a las órdenes del ministerio de Hacienda. En los días 15 y último de cada mes, remitirán al mismo, el estado de sus ingresos y egresos.

Sin discusión hubo lugar a votar y se aprobó por 92 señores siguientes contra dos.

Aguirre, Gabriel; Alatorre; Aldaiturriaga; Altamirano; Ampudia, Enrique; Ampudia, Pedro; Arce; Arredondo; Avila, Antonio C; Aznar,

Barbachano; Balandrano; Bautista; Bello García; Berduzco; Benítez; Bustamante, Gabino; Bustamante, Juan; Calvillo Ibarra; Cano; Carbó, Juan; Castaños; Castillo; Castro; Chico Sein; Cosío, Luis; Couto; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, Platón; García, Sabás; García de la Cadena; García Goytia; García Tello; Garza y Melo; Gómez, Jesús; Gómez, Manuel Z.; Goytia, Manuel E.; Guerrero; Hernández, Alfonso; Herrera Campos; Ibáñez; Jiménez Salazar; Lama; Larrazábal; Lerdo de Tejada; Linares; López, Manuel; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mateos; Medina; Menchaca; Miranda y Espinoza; Montellano; Montes; Nicolín; Pedroza; Peña y Ramírez; Pérez; Pratz; Quevedo; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Riva Palacio, Vicente; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio María; Rojo; Romero, Domingo; Romero Rubio; Téllez; Tovar; Vadillo; Valle, Guillermo; Vázquez, Pomposo; Vidaña; Villaseñor y Zalce.

Contra, los dos siguientes:

González Urueña y Ortiz Careaga.

Artículo 3º- Dentro del término de un mes el gobierno formará y publicará un presupuesto económico de todos los gastos públicos sobre la base de hacer en el 31 de diciembre de 1855, las reducciones que sean convenientes; el gobierno se sujetará a ese presupuesto económico desde su publicación y sólo el Congreso podrá variarlo después.

Sin discusión hubo lugar a votar y se aprobó por unanimidad de 97 señores presentes.

Artículo 4º- Los pagos del presupuesto se harán en él orden siguiente:

I.- Los de la fuerza armada en campaña y en guarnición. Los del material de guerra. Los de inválidos y mutilados en campaña. Estos pagos se harán íntegros sin permitirse agregados.

II.- Los de las clases activas de la lista civil y los de los militares que no están en servicio. En estos pagos, excepto los de los sueldos de 300 pesos abajo, que se satisfarán íntegros, se harán los demás con estricta igualdad proporcional.

III.- Los de las clases pasivas y pensionistas del erario. Mientras no se les pueda hacer el pago íntegro, se les aplicará con estricta igualdad proporcional, el sobrante que hubiera cada mes después de pagadas las dos clases anteriores o al menos la cantidad mensual que, para el caso de no haber ese sobrante, deberá el gobierno señalar con tal objeto en el presupuesto.

Declarado suficientemente discutido, hubo lugar a votar y fue aprobado por unanimidad de 106 señores presentes.

Artículo 5º- El tesorero general deberá hacer observaciones por escrito, a las órdenes que le comunique el gobierno para que haga por sí o abone a otras oficinas cualquiera pago que no esté comprendido en el presupuesto económico o que de algún modo contravenga a las reglas del artículo anterior. Si hechas las observaciones se repitiere la orden, deberá cumplirla dando inmediatamente cuenta al Congreso o, en su receso, a la Diputación permanente. Si no hubiere las observaciones por escrito o no diere cuenta inmediatamente después que se le repita la orden, incurrirá en la pena de destitución de empleo y se sujetará a juicio por las otras penas que merecen por su falta.

Sin discusión se aprobó por 98 señores que siguen: Aguirre, Gabriel; Alatorre; Aldaiturriaga; Ampudia, Enrique; Ampudia, Pedro; Arce; Arredondo; Aznar Barbachano; Bautista; Bello García; Berduzco;

Benítez; Buelna; Bustamante, Gabino; Bustamante, Juan; Calvillo Ibarra; Cano; Carbó, Juan; Castellanos; Castillo; Castro; Cendejas; Chico Sein; Cosío, Luis; Couto; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, José M.; García, Platón; García de la Cadena; García Tello; Garza y Melo; Garza y Míreles; Gómez, Jesús; Gómez, Manuel Z.; González Urueña; Goytia, Manuel E.; Guerrero; Guzmán, Juan N.; Hermoso; Hernández, Alfonso; Hernández y Hernández; Hernández y Marín; Herrera Campos; Herrera y Cairo; Ibáñez; Iglesias; Jiménez Salazar; Lama; Larrazábal; Linares; López, Manuel; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mariscal; Mateos; Menchaca; Miranda y Espinoza; Montellano; Montes; Nicolín; Ordorica; Ortiz Careaga; Pedroza; Peña y Ramírez; Pérez; Pratz; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Vicente; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio María; Rojo; Romero, Domingo; Romero Rubio; Río; Saavedra; Salazar, Juan M.; Salinas; Sánchez, José Juan; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Suárez Navarro; Téllez; Tovar; Vázquez, Pomposo; Vidaña; Villaseñor; Zalce.

Artículo 6º- Se establece una junta superior de Hacienda, compuesta de un presidente y cuatro vocales, nombrados todos por el gobierno, que deberá elegir dos, al menos, de entre los diversos acreedores del erario. La junta tendrá y organizará, con aprobación del gobierno, una oficina con las secciones necesarias para su despacho y una sección liquidatoria de la deuda pública.

El señor Montellano, expuso que creía se debía hacer el nombramiento de los individuos de la junta con aprobación del Congreso.

El señor ministro de Justicia, dijo estar de acuerdo con la idea emitida por el preopinante.

Habiendo hablado en igual sentido el señor Carbó, Juan, fue reformado el artículo después de las palabras gobierno, quitándole que deberá y añadiéndole con aprobación del Congreso y se aprobó por 95 señores que siguen, contra ocho:

Aguirre, Gabriel; Alatorre; Ampudia, Pedro; Arce; Balandrano; Bautista; Bello García; Berduzco; Buelna; Bustamante, Gabino; Bustamante, Juan; Cano; Carbó, Juan; Castaños; Castellanos; Castillo; Castro; (Chico) Sein; Cosío, Luis; Couto; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, José M.; García, Platón, García, Sabás; García de la Cadena; García Goytia; Garza y Melo, Garza y Míreles; Gómez, Jesús; Gómez, Manuel Z.; González Urueña; Goytia, Manuel E.; Guerrero; Guzmán, Juan N.; Hermoso; Hernández, Alfonso; Hernández y Hernández; Hernández y Marín; Herrera Campos; Herrera y Cairo; Ibáñez; Iglesias; Jiménez Salazar; Lama; Larrazábal; Lerdo de Tejada; López, Manuel; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mariscal; Medina; Menchaca; Miranda y Espinoza; Montellano; Montes; Nicolín; Ordorica; Ortiz Careaga; Pérez; Pratz; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio M.; Rojo; Romero, Domingo; Romero Rubio; Río; Saavedra; Salazar, Juan M.; Salinas; Sánchez, José Juan; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Serrano Flores; Suárez Navarro; Téllez; Tovar; Valle, Guillermo; Vázquez, Pomposo; Vidaña; Villaseñor y Zalce.

Contra, los nueve que siguen:

Aldaiturriaga; Benítez; Calvillo Ibarra; García Tello; Mateos; Pedroza; Peña y Ramírez; Riva Palacio, Vicente; y Ruiz, Manuel.

Artículo 7º- Serán atribuciones de la Junta:

I.- Liquidar lo que se adeude por la deuda contraída en Londres y por las convenciones extranjeras.

II.- Liquidar los créditos que aún no lo estén, de los comprendidos en la ley de 30 de noviembre de 1850.

III.- Liquidar los créditos posteriores legítimos contra el erario, hasta 30 de junio de este año, incluso los comprendidos en la ley de 17 de diciembre de 1860, para hacer la conversión conforme a las bases que se darán en una ley especial.

IV.- Cobrar todos los créditos a favor del erario de que no tengan conocimiento las oficinas, pudiendo, con aprobación del gobierno, celebrar arreglos con los deudores.

V.- Ejercer por sí en el distrito y por medio de los jefes superiores de Hacienda en los estados y territorios, todas las atribuciones relativas a la desamortización de bienes de corporaciones y a la nacionalización de los eclesiásticos, administrando y realizando lo que quede de éstos, incluso los edificios de los conventos suprimidos.

VI.- Terminar en la vía administrativa, con aprobación del gobierno, todas las cuestiones pendientes, con motivo de las leyes de desamortización y nacionalización, siempre que los interesados se sometan previamente a su resolución, en cuyo caso, no les quedará ningún recurso judicial ulterior.

VII.- Distribuir todos los fondos que recaude entre los acreedores del erario, aplicando a los de la conducta tomada en Laguna Seca el producto de los edificios de los conventos de religiosos, suprimidos, cuidando de completar la dotación de las religiosas y dando preferencia en los demás a los créditos de convenciones extranjeras, ya en virtud de los arreglos que se celebren al efecto o ya con remates que se hagan periódicamente en almoneda pública. Declarando suficientemente discutido el artículo, hubo lugar a votar y se aprobó por 97 señores que siguen contra cuatro.

Aguirre, Gabriel; Alatorre; Altamirano; Ampudia, Enrique; Ampudia, Pedro; Arce; Arredondo; Aznar Barbachano; Balandrano;

Bautista; Bello García; Berduzco; Benítez; Buelna; Bustamante, Gabino; Bustamante, Juan; Cano; Carbó, Juan; Castellanos; Castillo; Castro; Cosío, Luis; Couto; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, José M.; García, Platón; García, Sabás; García de la Cadena; García Tello; Garza y Melo; Garza y Míreles; Gómez, Jesús; González Urueña; Goytia, Manuel; Guerrero; Guzmán, Juan N.; Hernández, Alfonso; Hernández y Hernández; Hernández y Marín; Herrera Campos; Ibáñez; Iglesias; Lama; Larrazábal; Lerdo de Tejada; Linares; López, Manuel; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mariscal; Mateos; Medina; Menchaca; Montellano; Nicolín; Ordorica; Ortiz Careaga; Peña y Ramírez; Pérez; Pratz; Quevedo; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Vicente; Riva Palacio, M.; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio M.; Rojo; Romero, Domingo; Romero Rubio; Río; Saavedra; Salazar; Salinas; Sánchez, J. Juan; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Serrano Flores; Suárez Navarro; Téllez; Tovar; Vázquez, Pomposo; Vidaña; Villaseñor y Zalce.

Contra, los cuatro siguientes:

Calvillo Ibarra; Cendejas; Gómez, Manuel Z. y Pedroza.

Artículo 8º- Para que la junta desempeñe estas atribuciones y las demás económicas que le encargue el gobierno se le consigna lo siguiente:

En el distrito, todos los pagarés existentes en la oficina especial de desamortización; el producto de todas las redenciones pendientes; los capitales que por no haber sido redimidos o por cualquiera otro motivo, pertenezcan al erario y los edificios de las corporaciones suprimidas o refundidas con los lotes, terrenos y materiales existentes. En los estados y territorios: todo el producto ya en especie, ya en pagarés que falte que recaudar de los bienes eclesiásticos, así como los edificios de los conventos y

cualesquiera corporaciones suprimidas sin más deducción que la del veinte por ciento consignado a los mismos Estados.

Se exceptúan en el distrito y en los estados los edificios y los capitales de que se haya hecho consignación especial, en virtud de alguna ley o disposición del gobierno de la Unión.

Sin discusión hubo lugar a votar y se aprobó por 98 señores que se han mencionado en el artículo anterior, menos el señor Bustamante, Gabino.

Artículo 9º- Todos estos bienes formarán, por ahora, el fondo destinado para el crédito público y los empleados respectivos en el distrito, así como los jefes superiores de Hacienda en los estados y territorios, pondrán inmediatamente a disposición de la junta todas las escrituras, títulos, noticias, inventarios y demás documentos correspondientes.

Sin discusión hubo lugar a votar y fue aprobada por los mismos 98 señores.

Artículo 10º- En la ley especial que se dictará para la conversión de la deuda pública, se fijará la parte con que los estados deberán contribuir para su pago.

Sin discusión hubo lugar a votar y se aprobó por 91 señores que siguen, contra ocho.

Aguirre, Gabriel; Altamirano; Ampudia, Enrique; Arce; Arredondo; Aznar Barbachano; Balandrano; Bautista; Berduzco; Benítez; Bustamante, Gabino; Bustamante, Juan; Calvillo Ibarra; Carbó, Juan; Castellanos; Castillo; Castro; Chico Sein; Couto; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, José Mariano; García, Platón; García, Sabás; García de la Cadena; García Goytia; García Tello; Garza y Melo,

Garza y Míreles; Gómez, Jesús; Gómez, Manuel Z.; González Urueña; Goytia, Manuel E.; Guerrero; Guzmán, Juan N.; Hernández y Hernández; Herrera Campos; Ibáñez; Iglesias; Larrazábal; Lerdo de Tejada; Linares; López, Manuel; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mariscal; Mateos; Medina; Menchaca; Miranda y Espinoza; Montellano; Montes; Ordorica; Ortiz Careaga; Peña y Ramírez; Pratz; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Riva Palacio, Vicente; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio; Rojo; Romero, Domingo; Ruiz, Manuel; Saavedra; Salazar, Juan; Salinas; Sánchez, José Juan; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Suárez Navarro; Téllez; Tovar; Valle, Guillermo; Vázquez, Pomposo; Vidaña; Villaseñor y Zalce.

Contra, ocho señores que siguen:

Alatorre; Ampudia, Pedro; Avila, Antonio C.; Buelna; Hernández, Alfonso; Hernández y Marín; Lama y Pedroza.

La comisión presentó reformado el artículo 11º y, a moción del señor Rojo, ésta lo dividió en dos partes y se puso a discusión la primera que dice:

Durante los meses que faltan de este año, se duplica desde esta fecha en el distrito el derecho de consumo a los efectos extranjeros.⁸

Sin discusión hubo lugar a votar y fue aprobada por 78 señores que siguen contra 21.

Altamirano; Ampudia, Enrique; Ampudia, Pedro; Arce; Arredondo; Aznar Barbachano; Balandrano; Bautista; Bello García; Berduzco; Benítez; Bustamante, Gabino; Bustamante Juan; Buelna;

⁸ Al ser publicada la ley, la Comisión de Estilo modificó la redacción de algunos artículos y su numeración, a partir del artículo 11º. Este párrafo apareció en la ley como la primera parte del artículo 13º.

Cano; Carbó, Juan; Castillo; Castro; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Esquinca; Fernández; Galán; García, Platón; García de la Cadena; García Goytia; García Tello; Garza y Melo; Garza y Míreles; Gómez, Jesús; Gómez, Manuel Z.; Goytia, Manuel; Guzmán, J. N.; Hernández, Alfonso; Hernández y Hernández; Hernández y Marín; Herrera Campos; Ibáñez; Lama; Larrazábal; Lerdo de Tejada; López, Manuel; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Medina; Menchaca; Miranda y Espinoza; Montellano; Nicolín; Ordorica; Pedroza; Pérez; Quevedo; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio M.; Rojo; Romero, Domingo; Ruiz, Manuel; Río; Saavedra; Salazar, Juan M.; Salinas; Sánchez, José Juan; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Suárez Navarro; Téllez; Tovar; Vázquez, Pomposo; Vidaña y Villaseñor.

Contra, los 21 señores siguientes:

Alatorre; Ávila, Antonio C; Calvillo Ibarra; Castaños; Castellanos; Cendejas; Chico Sein; Couto; Espinosa, Antonio; García, José Mariano; García, Sabás; González Urueña; Guerrero; Linares; Montes; Nicolín; Ortiz Careaga; Peña y Ramírez; Riva Palacio, Vicente; Robles Gil y Zalce.

2ª- Se autoriza al gobierno para que durante el mismo tiempo, pueda aumentar el derecho de alcabala a los efectos nacionales, hasta una mitad más, en los artículos que a su juicio lo permitan, exceptuándose de todo aumento, los artículos de industria agrícola y fabril de los indígenas especificados en el decreto de 24 de septiembre de 1855. Tanto el erario nacional como las municipalidades del distrito, percibirán el aumento que sé hiciere en la parte correspondiente.⁹

Declarada suficientemente discutida, fue aprobada por 56 señores que siguen contra 46:

⁹ Apareció en la ley como segunda parte del artículo 12º.

Ampudia, Enrique; Arce; Aznar Barbachano; Balandrano; Bautista; Bello García; Berduzco; Benítez; Bustamante, Juan; Cano; Carbó, Juan; Castro; Dondé; Dublán; Escalante; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, Platón; García de la Cadena; García Goytia; Garza y Melo; Garza y Míreles; Gómez, Manuel; Goytia, Manuel E.; Guerrero; Hernández, Alfonso; Ibáñez; Larrazábal; Lerdo de Tejada; López, Vicente; Maniau; Mariscal; Menchaca; Montellano; Montes; Nicolás; Ordorica; Pedroza; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Rojas, Eufemio M.; Romero, Domingo; Ruiz, Manuel; Saavedra; Salinas; Sánchez, J. J.; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Suárez Navarro; Téllez; Valle, Guillermo y Vázquez, Pomposo.

Contra, los 46 que siguen:

Aguirre, Gabriel; Alatorre; Altamirano; Ampudia, Pedro; Arredondo; Ávila, Antonio; Calvillo Ibarra; Castaños; Castellanos; Castillo; Cosío, Luis; Couto; Carreón; Ecala; Espinosa, Antonio; García, José Mariano; García, Sabás; García Tello; Garrido; Gómez, Jesús; González Urueña; Guzmán, Juan N.; Hernández y Hernández; Herrera Campos; Iglesias; Lama; Linares; López, Manuel; Madariaga; Mateos; Medina; Ortiz Careaga; Peña y Ramírez; Pérez; Pratz; Riva Palacio, Vicente; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojo; Romero Rubio; Río; Serrano Flores; Tovar; Vidaña y Zalce.

Artículo 12º- Se autoriza al gobierno para que, dentro del término de un mes, pueda decretar un impuesto sobre el tabaco, que se cobre para el erario federal en toda la República.¹⁰

Declarado suficientemente discutido hubo lugar a votar y se aprobó por 80 señores que siguen contra 19.

¹⁰ Apareció en la ley como artículo 11º.

Aguirre, Gabriel; Altamirano; Ampudia, Enrique; Ampudia, Pedro; Arce; Aznar Barbachano; Balandrano; Bello García; Berduzco; Bustamante, Gabino; Cano; Carbó, Juan; Castillo; Castro; Cendejas; Chico Sein; Couto; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Gamboa; García, José M.; García, Platón; García, Sabás; García de la Cadena; García Goytia; García Tello; Garrido; Garza y Melo; Garza y Míreles; Gómez, Jesús; Gómez, M.; Goytia, Manuel E.; Guerrero; Hernández, Alfonso; Herrera Campos; Iglesias; Larrazábal; Lerdo de Tejada; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mariscal; Mateos; Medina; Menchaca; Montes; Nicolín; Ordorica; Pedroza; Pérez; Pratz; Quevedo; Rebollar; Riva Palacio, Mariano; Riva Palacio, Vicente; Rojas, Antonio; Rojas, Eufemio; Rojo; Romero, Domingo; Romero Rubio; Ruiz, Manuel; Saavedra; Salazar, Juan Manuel; Salinas, José Juan; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Serrano Flores; Suárez Navarro; Téllez; Tovar; Valle, Guillermo; Vázquez, Pomposo y Vidaña.

Contra, los 19 señores que siguen:

Alatorre; Arce; Ávila, Antonio C; Bautista; Benítez; Calvillo Ibarra; Castaños; Castellanos; Cosío, Luis; González Urueña; Guzmán, Juan N.; Lama; Linares; López, Manuel; Montellano; Ortiz Careaga; Peña y Ramírez; Revilla; Robles Gil y Zalce.

Artículo 13º- Con el nuevo producto del derecho de consumo, la contribución que se imponga sobre el tabaco, el gobierno pagará de toda preferencia las deudas que haya contraído desde 29 de mayo último y las que contrajere para los gastos del restablecimiento de la paz pública, subsistiendo las órdenes que en virtud de refacciones se hayan expedido para el pago de los caudales tomados en Laguna Seca.¹¹

¹¹ En la ley apareció como artículo 14º.

Sin discusión hubo lugar a votar por unanimidad de 98 señores presentes.

Artículo 14º- Cesan todas facultades y toda intervención de los gobernadores y cualesquiera otros funcionarios de los estados en las aduanas marítimas y demás rentas federales. Cualquiera invasión en las atribuciones que la Constitución y las leyes cometen al gobierno de la Unión en la administración y distribución de sus rentas será considerada como causa grave de responsabilidad. Los empleados federales que consintieren en que se distraigan las rentas para otras atenciones, que autoricen o permitan algún pago contra lo que dispone esta ley o que enerven de cualquiera modo el cumplimiento de las órdenes del ministerio de Hacienda, quedarán por el mismo hecho destituidos de su empleo e inhabilitados para ejercer ningún cargo o comisión del gobierno y se sujetarán a juicio para las otras penas que merezcan por su falta.¹²

Sin discusión hubo lugar a votar y fue aprobado por los mismos 98 señores que votaron el artículo anterior, contra cuatro que siguen:

Ortiz Careaga; Pedroza; Salinas y Serrano Flores.

Artículo 15º- Queda facultado el gobierno para reformar y organizar dentro de un mes todas las oficinas sobre la base de reducir el importe de la planta de cada una de ellas, pudiendo aumentar el sueldo de algunos empleados, disminuyendo su número.¹³

Sin discusión hubo lugar a votar y se aprobó por 98 señores anteriores más el señor García Tello contra uno que es el señor Arce.

¹² En la ley apareció como artículo 15º.

¹³ Apareció en la ley como artículo 16º.

La comisión presentó, la siguiente adición al artículo 6° después de las palabras: "de entre los diversos acreedores del erario".

Igualmente nombrará cinco suplentes con aprobación del Congreso.

Tomada inmediatamente en consideración y sin discusión fue aprobada por unanimidad.

El secretario de Hacienda presentó modificada la segunda parte del artículo 11° en los términos siguientes:

Se autoriza al gobierno para que, durante el mismo tiempo, pueda aumentar el derecho de alcabala a los efectos nacionales hasta una mitad más en los artículos que a su juicio lo permitan, exceptuándose, etc. hasta el fin del artículo.

Suficientemente discutida hubo lugar a votar y fue aprobada por 56 votos que siguen, contra 45:

Ampudia C; Arce; Aznar Barbachano; Balandrano; Bautista; Bello García; Berduzco; Benítez; Bustamante, Juan; Cano; Carbó, Juan; Castro; Dondé; Dublán; Escalante; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, Platón; García de la Cadena; García Goytia; Garza y Melo; Garza y Míreles; Gómez, Manuel; Goytia, Manuel; Guerrero; Hernández, Alfonso; Ibáñez; Larrazábal; Lerdo de Tejada; López, Vicente; Maniau; Mariscal; Menchaca; Montellano; Montes; Nicolín; Ordorica; Pedroza; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Rojas, Eufemio; Romero, Domingo; Ruiz, Manuel; Saavedra; Salinas; Sánchez, José Juan; Sánchez Posadas; Sánchez Solís; Suárez Navarro; Téllez; Valle, Guillermo y Vázquez, Pomposo.

Contra, los 45 que siguen:

Aguirre, Gabriel; Alatorre; Altamirano; Ampudia, Pedro; Arredondo; Ávila, Antonio; Calvillo Ibarra; Castaños; Castellanos; Castillo; Cosío, Luis; Couto; Carreón; Ecala; Espinosa, Antonio; García José Mariano; García, Sabás; García Tello; Garrido; Gómez, Jesús; González Urueña; Guzmán, Juan N.; Hernández y Hernández; Herrera Campos; Iglesias; Lama; Linares; López, Manuel; Madariaga; Mateos; Medina; Ortiz Careaga; Peña y Ramírez; Pérez; Pratz; Riva Palacio, Vicente; Robles Gil; Rojas, Antonio; Rojo; Romero Rubio; Río; Serrano Flores; Tovar; Vidaña; Buelna y Zalce.

El señor Hernández y Hernández presentó esta adición:

Se suspende el plazo señalado en el artículo 11º para el aumento de derechos de consumo a los efectos extranjeros.

Admitida a discusión se preguntó por la mesa si habiendo dado las seis de la tarde debía continuar la sesión y habiéndose acordado por la negativa, se levantó la sesión.

José Linares

SESIÓN SECRETA EXTRAORDINARIA
DEL DÍA 17 DE JULIO DE 1861

Sesión secreta extraordinaria del día 17 de julio de 1861

Presidencia del ciudadano Bustamante, Gabino

Por no estar completa la mesa, no fue leída la acta anterior. El ciudadano Montes hizo la siguiente proposición:

"Se nombrarán inmediatamente dos secretarios suplentes para cubrir las faltas de los propietarios".

Con dispensa de todo trámite fue tomada inmediatamente en consideración y aprobada. En consecuencia se procedió a la elección y resultaron nombrados: 1º el ciudadano Cano, en segundo escrutinio por 56 sufragios contra 48, que obtuvo el ciudadano Gamboa.

Para 2º, en segundo escrutinio, quedó nombrado el ciudadano Gaona por 57 sufragios contra 41, que fueron por el ciudadano Mateos.

Completo el número de ciudadanos secretarios se leyó y fue aprobada la acta de la sesión extraordinaria del día anterior.

Se dio cuenta con una adición al proyecto de ley para que el Ejecutivo perciba todos los productos de las rentas federales presentadas por las comisiones que entienden en el asunto, la cual está concebida en estos términos:

Se duplica en el distrito el derecho de contra registro que se cobra a los efectos extranjeros, debiendo subsistir la duplicación sólo por el tiempo que sea absolutamente preciso a juicio del gobierno, para el objeto del artículo siguiente.¹⁴

¹⁴ Apareció en la ley como artículo 13º.

Puesta a discusión, sin ella se declaró con lugar a votar y fue aprobada por 92 señores que siguen, contra nueve.

Aguirre, Gabriel; Ampudia, Pedro; Angulo; Arce; Arredondo; Aznar Barbachano; Balandrano; Bautista; Bello García; Berduzco; Benítez; Buenrostro; Bustamante, Gabino; Bustamante, Juan; Buelna; Cano; Carbó, Luis; Carbó, Juan; Castellanos; Castillo; Castro; Ceballos; Chico Sein; Cosío, Luis; Carreón; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Fernández; Ferrer; Galán; Gamboa; García, José M.; García, Platón; García, Sabás; García de la Cadena; García Goytia; García Tello; Garza y Melo; Garza y Míreles; Gómez, Jesús; González Urueña; Goytia, Manuel E.; Guerrero; Guzmán, Juan N.; Hernández y Hernández; Hernández y Marín; Herrera Campos; Ibáñez; Iglesias; Lama; Larrazábal; Lerdo de Tejada; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Mariscal; Medina; Menchaca; Miranda y Espinoza; Montellano; Montes; Nicolín; Ordorica; Pedroza; Pérez; Pratz; Rebollar; Revilla; Riva Palacio, Mariano; Riva Palacio, Vicente; Rojas, Antonio; Rojo; Romero, Domingo; Romero Rubio; Ruiz, Manuel; Saavedra; Salazar, Juan; Salinas; Sánchez, J. J.; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Suárez Navarro; Téllez; Tovar; Vadillo; Vázquez, Pomposo; Vázquez, Refugio y Villaseñor.

Contra, los nueve señores que siguen:

Ávila, Antonio; Calvillo Ibarra; Gaona; Mateos; Piña y Ramírez; Robles Gil; Río; Serrano Flores y Zalce.

También se dio cuenta con una proposición del ciudadano Mateos que a la letra dice:

Se concede licencia al ciudadano Mateos para que, separándose del seno del jurado que debe conocer en la causa del señor Alatraste, se encargue de la defensa.

Declarada de obvia resolución, sin discusión fue aprobada.

Mientras se extendía la minuta de la ley acordada por el Congreso, se dio cuenta con un dictamen sobre renuncia del ciudadano diputado Robles Gil.

Apoyado por el interesado y rebatido por el ciudadano Suárez Navarro y otros, fue aprobado por 64 votos que siguen, contra 34.

Angulo; Arce; Arredondo; Aznar Barbachano; Balandrano; Bautista; Bello García; Benítez; Buenrostro; Carbó, Juan; Castaños; Castellanos; Castillo; Castro; Ceballos; Chico Sein; Cosío, Luis.; Couto; Dondé; Dublán; Ecala; Escalante; Espinoza, Antonio; Esquinca; Gaona; García, José; García, Platón; García de la Cadena; García Goytia; García Tello; Garza y Melo; Garza y Mireles; Herrera Campos; Ibáñez; Iglesias; López, Vicente; Madariaga; Maniau; Medina; Miranda y Espinoza; Montes; Nicolás; Ordorica; Pedroza; Peña y Ramírez; Pérez; Quevedo; Rebollar; Riva Palacio, Mariano; Riva Palacio, Vicente; Rojo; Romero Rubio; Ruiz, Manuel; Saavedra; Salazar, J. M.; Sánchez, J. J.; Sánchez Posada; Sánchez Solís; Serrano Flores; Téllez; Tovar; Vázquez, Refugio; Villaseñor y Zalce.

Contra, los 34 señores que siguen:

Ampudia, Enrique; Ampudia, Pedro; Berduzco; Bustamante, Juan; Bustamante, Gabino; Calvillo Ibarra; Cano; Carbó, L.; Castillo; Cendejas; Couto; Carreón; Hernández; Galán; Gamboa; García, Sabás; Gómez, Jesús; Guerrero; Guzmán, Juan N.; Hermoso; Hernández, Alfonso; Hernández y Marín; Lama; Lerdo de Tejada; Mateos; Menchaca; Montellano; Pratz; Rojas, Antonio; Romero, Domingo; Salinas; Suárez Navarro; Vázquez, Pomposo y Vidaña.

La primera proposición que es del tenor siguiente:

Se admite la renuncia que del cargo de diputado por el tercer distrito del estado de Jalisco ha hecho el ciudadano E. Robles Gil.

Puesta a discusión la segunda se suspendió.

Se leyó y puso a discusión la minuta del proyecto de ley de que se ha hecho mención y se aprobó después de discutido suficientemente.

También se puso a discusión una adición hecha por el ciudadano Montes al artículo 1º de la renuncia del ciudadano diputado Robles Gil que fue admitida a discusión y a la letra dice:

Bajo el concepto de que el señor Robles Gil no podrá usar de la libertad que le concede esta proposición mientras no terminen las actuales sesiones extraordinarias.

Se pasó a la comisión.

Se levantó la sesión.

Gabino Bustamante

LEY PARA EL ARREGLO DE LA HACIENDA PÚBLICA QUE SUSPENDE EL PAGO DE LA DEUDA INTERNACIONAL

El excelentísimo señor Presidente Constitucional, con fecha de hoy, dice a esta secretaría lo que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el soberano Congreso de la Unión ha tenido a bien dirigirme el decreto que sigue:

Artículo 1º- Desde la fecha de esta ley, el gobierno de la Unión percibirá todo el producto líquido de las rentas federales, deduciéndose tan sólo los gastos de administración de las oficinas recaudadoras y quedando suspensos por el término de dos años, todos los pagos incluso el de las asignaciones destinadas para la deuda contraída en Londres y para las convenciones extranjeras.

Artículo 2º- Las aduanas marítimas y demás oficinas recaudadoras de las rentas federales, enterarán todos sus productos líquidos en la Tesorería general, sujetándose exclusivamente a las órdenes del ministerio de Hacienda. En los días 15 y último de cada mes, remitirán al mismo, el estado de sus ingresos y egresos.

Artículo 3º- Dentro del término de un mes, el gobierno formará y publicará un presupuesto económico de todos los gastos públicos, sobre la base de hacer en el de 31 de diciembre de 1855 las reducciones que sean convenientes. El gobierno se sujetará a ese

presupuesto económico desde su publicación y sólo el Congreso podrá variarlo después.

Artículo 4º- Los pagos del presupuesto se harán en el orden siguiente:

I. Los de la fuerza armada en campaña y en guarnición. Los de material de guerra, los de inválidos y mutilados en campaña. Estos pagos se harán íntegros sin permitirse agregados.

II. Los de las clases activas de la lista civil y los de los militares que no estén en servicio. En estos pagos, excepto los de los sueldos de \$300.00 abajo que se satisfarán íntegros, se harán los demás con estricta igualdad proporcional.

III. Los de las clases pasivas y pensionistas del erario. Mientras no se les pueda hacer el pago íntegro, se les aplicará, con estricta igualdad proporcional, el sobrante que hubiere cada mes después de pagadas las dos clases anteriores o al menos la cantidad mensual que, para el caso de no haber ese sobrante, deberá el gobierno señalar con tal objeto en el presupuesto.

Artículo 5º- El tesorero general deberá hacer observaciones por escrito, a las órdenes que le comunica el gobierno, para que haga por sí o abone a otras oficinas cualquier pago que no esté comprendido en el presupuesto económico o que de algún modo contravenga a las reglas del artículo anterior. Si hechas las observaciones por escrito se repitiere la orden, deberá cumplirla dando inmediatamente cuenta al Congreso o en su receso a la Diputación permanente. Si no hubiere las observaciones por escrito o no diere cuenta inmediatamente después de que se le repita la orden, incurrirá en la pena de destitución de empleo y se le sujetará a juicio para las otras penas que merezca por su falta.

Artículo 6º- Se establece una junta superior de Hacienda compuesta de un presidente y cuatro vocales nombrados todos por el gobierno con aprobación del Congreso, debiéndose elegir dos al menos de entre los diversos acreedores del erario. Con la misma aprobación nombrará el gobierno cinco suplentes. La junta tendrá y organizará, con aprobación del gobierno, una oficina con las secciones necesarias para su despacho y una sección liquidatoria de la deuda pública.

Artículo 7º- Serán atribuciones de la junta:

I. Liquidar lo que se adeude por la deuda contraída en Londres por las convenciones extranjeras.

II. Liquidar los créditos que aún no lo estén, de los comprendidos en la ley de 30 de noviembre de 1850.

III. Liquidar los créditos posteriores legítimos contra el erario, hasta 30 de junio del presente año incluso los comprendidos en la ley de 17 de diciembre de 1860, para hacer la conversión conforme a las bases que se darán en una ley especial.

IV. Cobrar todos los créditos a favor del erario de que no tengan conocimiento las oficinas, pudiendo, con aprobación del gobierno, celebrar arreglo con los deudores.

V. Ejercer por sí en el distrito y por medio de los jefes superiores de Hacienda en los estados y territorios, todas las atribuciones relativas a la desamortización de los bienes de corporaciones y a la nacionalización de los eclesiásticos, administrando y realizando lo que queda de éstos, incluso los edificios de los conventos suprimidos.

VI. Terminar en la vía administrativa, con aprobación del gobierno, todas las cuestiones pendientes con motivo de las leyes de desamortización y nacionalización, siempre que los interesados se sometan previamente a su resolución, en cuyo caso no les quedará ningún recurso judicial ulterior.

VII. Distribuir todos los fondos que recaude entre los acreedores del erario, aplicando a los de la conducta tomada en Laguna Seca, el producto de los edificios de los conventos de religiosos suprimidos, cuidando de completar la dotación de las religiosas y dando preferencia, en los demás, a los créditos de convenciones extranjeras, ya en virtud de los arreglos que se celebren al efecto o ya en remates que se hagan periódicamente en almoneda pública.

Artículo 8º- Para que la junta desempeñe estas atribuciones y las demás económicas que le encargue el gobierno, se le consigna lo siguiente:

En el distrito, todos los pagarés existentes en la oficina especial de desamortización; el producto de todas las redenciones pendientes; los capitales que por no haber sido redimidos o por cualquier otro motivo pertenezcan al erario y los edificios de las corporaciones suprimidas o refundidas con los lotes, terrenos y materiales existentes. En los estados y territorios todo el producto, ya en especie, ya en pagarés que falte que recaudar de los bienes eclesiásticos, así como los edificios de los conventos y cualesquiera corporaciones suprimidas, sin más deducción que la del 20% consignado a los mismos estados. Se exceptúan en éstos y en el distrito, los edificios y los capitales de que se haya hecho consignación especial, en virtud de alguna ley o disposición del gobierno de la Unión.

Artículo 9º- Todos estos bienes formarán por ahora el fondo destinado para el crédito público y los empleados respectivos en el distrito, así como los jefes superiores de Hacienda en los estados y territorios, podrán inmediatamente, a disposición de la junta, todas las escrituras, títulos, noticias, inventarios y demás documentos correspondientes.

Artículo 10º- En la ley especial que se dictará para la conversión de la deuda pública, se fijará la parte con que los estados deben contribuir para su pago.

Artículo 11º- Se autoriza al gobierno para que, dentro del término de un mes, pueda decretar un impuesto sobre el tabaco, que se cobre para el erario federal en toda la República.

Artículo 12º- Se autoriza al gobierno para que, durante los meses que faltan de este año, pueda aumentar en el distrito el derecho de alcabala a los efectos nacionales hasta una mitad más, en los artículos que a su juicio le permitan, exceptuándose de todo aumento los artículos de industria agrícola y fabril, especificados en el decreto de 24 de septiembre de 1855. Tanto el erario federal como las municipalidades del distrito, percibirán el aumento que se hiciera en la parte correspondiente.

Artículo 13º- Se duplica en el distrito el derecho de contrarregistro que se cobra a los efectos extranjeros, debiendo subsistir la duplicación sólo por el tiempo que sea absolutamente preciso, a juicio del gobierno, para el objeto del artículo siguiente.

Artículo 14º- Con el nuevo producto del derecho de alcabala y contrarregistro y con la contribución que se imponga contra el tabaco, el gobierno pagará de toda preferencia las deudas que haya contraído desde 29 de mayo último y las que contrajere para los gastos del restablecimiento de la paz pública, subsistiendo las

órdenes que en virtud de refacciones se hayan expedido para el pago de los caudales tomados en Laguna Seca.

Artículo 15º- Cesan todas las facultades y toda intervención de los gobernadores y de cualesquiera otros funcionarios de los estados en las aduanas marítimas y demás rentas federales. Cualquiera invasión en las atribuciones que la Constitución y las leyes cometen al gobierno de la Unión, en la administración y distribución de sus rentas, será considerada como causa grave de responsabilidad. Los empleados federales que consintieren en que se distraigan las rentas para otras atenciones que autoricen o permitan algún pago contra lo que dispone esta ley o que enerven de cualquiera modo el cumplimiento de las órdenes del ministerio de Hacienda, quedarán por el mismo hecho destituidos de su empleo e inhabilitados para ejercer ningún cargo o comisión del gobierno y se sujetarán a juicio para las otras penas que merezcan por su falta.

Artículo 16º- Queda facultado el gobierno para reformar y organizar dentro de un mes todas las oficinas, sobre la base de reducir el importe de la planta de cada una de ellas, pudiendo aumentar el sueldo de algunos empleados, disminuyendo su número.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México a 17 de julio de 1861.

Gabino F. Bustamante
Diputado presidente

Francisco de P. Cendejas
Diputado secretario

Emeterio Robles Gil
Diputado secretario

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en el Palacio Nacional de México, a 17 de julio de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano Higinio Núñez, secretario de Estado y del despacho de Hacienda y Crédito Público.

Y lo traslado a V. E. para su inteligencia y cumplimiento.

Libertad y Reforma. México, etc.

(Higinio) Núñez

PROTESTA WYKE POR LA SUSPENSIÓN DE PAGOS

México, 19 de julio de 1861

A su excelencia don Manuel María Zamacona,
ministro de Relaciones Exteriores

Señor:

Un papel impreso, tan extraño en su conjunto como en la naturaleza de su contenido, ha sido pregonado hoy por los lugares de más tránsito de la ciudad y se ha reimpreso, según veo ahora, en las columnas del *Siglo* de esta tarde.

Según las palabras de este documento, aparecería que el Congreso ha tenido a bien hacer una donación libre de la propiedad de otros individuos ajena al gobierno de la República, suspendiendo por espacio de dos años el pago de todas las asignaciones, así como el de los tenedores de bonos de Londres y el de los interesados en las convenciones extranjeras.

Hasta que no tenga noticia de vuestra excelencia [V. E.] de lo contrario, estoy obligado a considerar este anuncio como una falsedad, pues no puedo creer que un gobierno que se respete pueda sancionar así una violación tan grande de las obligaciones más sagradas para con las otras naciones y después proclamar el hecho de haber obrado de esa manera de un modo, que, si es posible, hace más grave la ofensa.

Que los representantes de aquellas naciones, que han sido así menospreciados e injuriados, aprendan por primera vez por los papeles que circulan en las calles, que el gobierno ha repudiado sus compromisos, es tan extraño como es la política que pudo dictar una medida igualmente fatal a la reputación y al crédito de la República.

No me pararé en otros párrafos dañosos de esta publicación, pues aún no puedo creerla auténtica, pues cuando V. E. me hizo el honor de venirme a ver hoy, no hizo alusión alguna sobre un asunto que, de otro modo, hubiera indudablemente sido el punto principal de la conversación de V. E. Esperando una respuesta tan pronto que sea posible me aprovecho de esta oportunidad para renovar a V. E. las seguridades de mi alta consideración.

Charles Lennox Wyke

CIRCULAR AL CUERPO DIPLOMÁTICO
EXPLICANDO LA LEY DE SUSPENSIÓN DE PAGOS

Palacio Nacional. México, julio 21 de 1861

El infrascrito tiene el honor de participar al excelentísimo señor¹⁵ . . . que el Congreso Federal de la República ha votado el decreto que su excelencia [S. E.] hallará incluso en esta nota y que el infrascrito pone en conocimiento de la Legación. . . por la relación que tiene con el pago de las convenciones diplomáticas.

La perspicacia y la cordura del excelentísimo señor ministro. . . hacen esperar al gobierno mexicano que, lejos de ver en el decreto adjunto motivo de alarma para los intereses colocados bajo la sombra de la Legación. . . verá por el contrario, en esa disposición legislativa, un indicio de que la República quiere estimar sus recursos, organizarlos para sacar de ellos todo el partido posible, cortar en la administración los abusos que han sido objeto de censura, por medio de trabas y cortapisas a que el Poder Supremo es el primero en someterse y colocar las obligaciones de la nación sobre una base sólida e inalterable.

Por guardar la fe debida a los pactos internacionales, el gobierno de México ha hecho esfuerzos sobrehumanos, que han dado lugar a resultados tan poco comunes, como el de que el papel que representa la deuda mexicana no haya sufrido baja notable a virtud de la larga y profunda revolución que acaba de obrarse en el país. Durante esa crisis sólo mejoró la condición de los acreedores extranjeros; la nación, en medio de los mayores conflictos, llevó la condescendencia hasta aumentar las asignaciones para el pago de la deuda pública,

¹⁵ Esta circular se envió a todos los representantes diplomáticos acreditados ante el gobierno de México.

desprendiéndose de los medios con que habría podido abreviar la sangrienta lucha que el país ha tenido que sostener o, lo que es lo mismo, pagando el oro de sus acreedores extranjeros con la carne y la sangre de los mexicanos.

Después del triunfo de la revolución, la República ha sentido hambre y sed de paz, de orden y de seguridad y el gobierno, que tiene la conciencia de que podría proporcionárselos si contara con medios eficaces de acción, ha dudado mucho tiempo antes de poner la mano sobre los recursos destinados al pago de la deuda extranjera, llegando su respeto hasta el grado de sacrificar primero las garantías de los mexicanos, de conculcar los principios más preciosos que ha propugnado la nación, de encarcelar a los ciudadanos más respetables y poner a precio sus personas para adquirir recursos con que comprar la paz pública, antes de cercenar en un centavo los depósitos destinados a las convenciones diplomáticas ya la deuda inglesa. Estos expedientes odiosos que ha inspirado al gobierno su respeto por la fe prometida a las otras naciones, no han sido ni podían ser eficaces y se ha venido por fin al punto por donde se debió comenzar y es la resolución firme e inflexible de reorganizar la administración pública y de poner en práctica, no expedientes momentáneos, sino un sistema regular de rentas que vigorice la acción del gobierno y permita abolir para siempre las exacciones vejatorias.

Para llegar a este objeto la República necesita de recoger todos sus recursos y de ponerlos en manos puras y organizadoras. He aquí el objeto de la ley que el infrascrito tiene el honor de remitir al excelentísimo señor ministro.

El actual gobierno de la República se ha encontrado entre la sociedad y la civilización por un lado, que le piden paz, orden y garantías y los acreedores extranjeros que le exigen casi todas las rentas públicas. Ningún gobierno, colocado en estas circunstancias, vacilaría en la elección. La nación ha obsequiado, pues, las exigencias de la opinión universal y el clamor de la civilización; ha cedido, por fin, agobiada por un peso que no puede ya soportar y ha cedido sólo para cobrar fuerza y volver a tomar la carga. El gobierno del infrascrito ha iniciado las

medidas que contiene el adjunto decreto, porque acaso ha sido en el país el primero que se ha recogido en el fondo de su conciencia para estudiar seriamente sus obligaciones y los medios de llenarlas.

México no puede realizar la revolución administrativa que su situación exige, al mismo tiempo que establecer en su seno la paz y la seguridad pública y llevar sobre sus hombros el peso enorme de la deuda nacional. Para que de una vez por todas acaben esos motivos de reclamación que ocupan sin cesar a los representantes de las naciones y al ministerio de Relaciones; para que cese toda requisición y exacción forzosa; para que la nación no se vea obligada contra los principios de la economía liberal a reagrar los impuestos sobre la importación extranjera, con el objeto de que las aduanas le proporcionen algún recurso sobre los que hoy se aplican al pago de la deuda, es preciso un corto intervalo de reorganización; es preciso que el gobierno pueda, durante algunos días, disponer de sus rentas y emplearlas metódica y económicamente en restablecer la paz y la seguridad pública, aplicando entretanto lo que no haya menester para asegurar la vida y la defensa de la sociedad, en cubrir sus obligaciones atrasadas.

El gobierno del infrascrito ha comprendido que el deudor, cuando es honrado y tiene propósito firme de llenar sus compromisos, puede tomar una actitud digna al presentarse a su acreedor para declararle su impotencia temporal. El principal anhelo del gobierno mexicano, en estos momentos, es hacer comprender su resolución tenaz e inexorable de intentar por fin la reorganización administrativa del país, único modo de que fructifiquen las revoluciones políticas. Bien comprende el actual gobierno que tiene que luchar con la desfavorable impresión que deben haber producido extravíos y errores de otras épocas; no se le oculta que hereda esa dificultad más entre las otras con que lucha y que no le avergüenzan, porque, ni son obra suya, ni son un rasgo excepcional de las revoluciones de México. Pero un poder, como un individuo, tiene razón para pedir que se le juzgue por sus propios actos y no por prevenciones preconcebidas, ni por analogías arbitrarias.

Los hombres que forman la administración actual, en el día mismo en que el presidente de la República los ha reunido en torno suyo, han

proclamado desde el fondo de su alma y con cuánta sinceridad cabe en un corazón honrado, la idea de afrontar de lleno sin timidez ni contemporizaciones el problema de la reorganización administrativa del país. Han visto que en la nación no faltan elementos materiales, pero que es menester organizarlos; han visto que no faltan tampoco elementos morales y que el principal de ellos es, acaso, la aspiración general para que se levanten, por fin, sobre los intereses bastardos de una minoría turbulenta y corrompida, instituciones sólidas y estables, a cuya sombra estén seguras las propiedades y el honor nacionales y extranjeros; han visto que la nación está cansada de revueltas; que maldice los abusos y las dilapidaciones que la han empobrecido y desacreditado; han visto que la mayoría sana de este país no pide al poder público más que probidad y espíritu de organización y se han resuelto a trabajar por satisfacer esas justas aspiraciones con una consagración exclusiva. Los miembros de la administración a que pertenece el infrascrito, tienen orgullo en la firmeza y tenacidad de sus propósitos y los creen dignos de ser secundados por la simpatía y la asistencia de la diplomacia extranjera, cuyos representantes en esta República no son únicamente la sombra tutelar a ciertos intereses y a ciertas nacionalidades, sino los delegados de la humanidad y de la civilización. Triste cosa sería si la historia tuviese que referir que, después de largas agitaciones y extravíos, llegó por fin un día para esta República en que la administración vino a manos de hombres que, sin ser espíritus superiores, ni estar inspirados más que por el patriotismo y la experiencia, se atrevieron a hacer un esfuerzo supremo tan sincero y decidido como no se ha hecho nunca, por fundar en México el imperio de la razón y de la moral y que sus afanes se estrellaron en la preocupación escéptica de las naciones más cultas del globo con respecto al porvenir y a la regeneración de esta República.

Los sucesos actuales deben expresar a los ojos de todo el que los juzgue sin prevención, un conato franco, enérgico y leal por parte de México, de entrar por fin en la vía de la razón y de la cordura. El gobierno ha comenzado por recoger y consagrar al servicio de la deuda pública todos los bienes nacionales; ha proclamado y comenzado a realizar el principio de una estricta economía en la administración; se ha

puesto espontáneamente y ha puesto a sus subalternos trabas y cortapisas que ningún gobierno había tenido hasta ahora; se ocupa en formar un presupuesto bajo la inspiración de la economía y de la experiencia; ha dado un gran paso hacia el orden levantando el valladar que debe existir entre las facultades del gobierno federal y las de los estados; ha cerrado las puertas de los ministerios a los especuladores sobre el desorden y la miseria pública y tiene propósito decidido de sucumbir antes que cejar un paso en este camino de reorganización y de moralidad.

Cuanto han creado intereses en esta República; cuanto los tienen en que se ensanche sobre el gobierno el dominio de la civilización, en vez de levantar embarazos ante esta nueva morada del pueblo mexicano, deberían estimularla e impulsarla. Las más poderosas entre las naciones europeas, están hoy mismo dando prendas de simpatías a los pueblos que se afanan por incorporarse al movimiento civilizador de la humanidad y México puede esperar, con fundamento, que no será la única excepción.

En los acreedores extranjeros de México debe obrar, a juicio del infrascrito, aún ese estímulo de bien entendido interés. No sólo la República lo tiene en que se dé a su deuda arreglo, unidad y sólidas garantías; los acreedores de la nación se interesan en ello todavía más, porque será el único modo de que los títulos de la deuda mexicana adquieran una estima a que no han podido llegar, no obstante las ventajas progresivas que los interesados en la deuda exterior han ido obteniendo, hasta absorberse casi en su totalidad las rentas federales. Esta misma circunstancia se toma y, con razón, como indicio de un estado de cosas que no admite subsistencia y hace imposible la confianza, en daño tanto de la República como de sus acreedores. En este punto el instinto general no se engaña. Bajo el pie en que las cosas se hallan en el país y en que se hallan sus acreedores, podrían éstos seguir percibiendo algunos meses lo mejor de las rentas públicas; pero a trueque de ser envueltos a poco en la ruina de la nación. De no tomar el gobierno las medidas radicales a que le ha sido menester apelar para proporcionarse alguna base de rentas, habría tenido que reagravar, contra sus tendencias y sus propósitos, la importación de las mercancías extranjeras o que resignarse a que los intereses todos que reposan a la sombra del orden social fuesen envueltos

en un desbordamiento anárquico, cuya sola idea hace estremecer. Para huir de estos extremos absurdos, la conciencia y el patriotismo del gobierno le ha sugerido las medidas que el adjunto decreto contiene. Si las secunda, como es de esperarse, la simpatía ilustrada de las naciones amigas, México podrá proclamar en voz alta que ha entrado en el único camino de salvación; de lo contrario, la nación sucumbiría y con ella todos los intereses que se ligan a su prosperidad futura; pero cabrá el honor al gobierno que rige la suerte del país en estos días borrascosos, de haber iniciado y propugnado, sin cejar una línea, la única idea de remedio y de salud.

El infrascrito espera que el excelentísimo señor ministro de. . . se servirá transmitir esta manifestación a su gobierno y, al hacerla en nombre de la República, ofrece al excelentísimo señor. . . las seguridades de su alta consideración.

Manuel María de Zamacona

Es copia. México, julio 29 de 1861.

Lucas de Palacio y Magarola

IRÓNICA Y SARCÁSTICA PROTESTA DE SALIGNY
POR LA LEY DE SUSPENSIÓN DE PAGOS
DE LA DEUDA EXTERIOR

México, 20 de julio de 1861

A su excelencia el señor de Zamacona, etc, etc., etc.
Señor ministro:

Hace 36 horas que circula por las principales calles de la capital, con la firma de su excelencia [S. E.] el presidente de la República, un documento impreso tan extraño en su forma como en el fondo y que ha sido reproducido por varios diarios; entre otros por el *Siglo Diez y Nueve* de ayer.

Se trata nada menos que de una ley aprobada el 17 de julio por el Congreso y sancionada el mismo día por el presidente, en la cual, por su artículo primero, sin hacer caso de las otras disposiciones completamente inadmisibles, se ordena la suspensión durante dos años del pago de las convenciones extranjeras.

Me parece superfluo el decirlo, señor ministro, que no he titubeado en considerar este documento como apócrifo y mentiroso.

En efecto, yo hubiera creído hacer una injuria a vuestro gobierno creyéndolo capaz de disponer así, despreciando sus compromisos más sagrados, de la legítima propiedad de otros y de tomar parte en una tentativa tan audaz e insensata contra los derechos y la dignidad de la Francia; tentativa más insultante aún, si es posible, por el silencio absoluto que el gobierno guardó para con el ministro de su majestad ilustrísima [S. M. I.] sobre esta pretendida ley de 17 de julio, antes y después del voto del Congreso y de la aprobación por el presidente.

Estoy, pues, persuadido, señor Ministro, de que V. E. se apresurará a desmentir un acto que, sin hablar de las terribles e inevitables consecuencias a que expondrá a México, no podrá más que comprometer de la manera, la más sensible, su nombre de legalidad y su crédito. Y con la esperanza de una pronta y satisfactoria respuesta de V. E. aprovecho esta ocasión para renovarle las seguridades de mi consideración muy distinguida.

Alphonse de Saligny

SECA Y DECOROSA RESPUESTA
DE ZAMACONA A SALIGNY

Palacio Nacional. México, julio 21 de 1861

A su excelencia el señor Alphonse Dubois de Saligny,
enviado extraordinario y ministro plenipotenciario
de su majestad el emperador de los franceses

El infrascrito ministro de Relaciones Exteriores, tiene el honor, de contestar la nota que el excelentísimo señor ministro de Francia se ha servido dirigirle, con relación al decreto votado el 17 del corriente por el Congreso federal y en que se previene la suspensión de todo pago, incluso el de la deuda contraída en Londres y el de las convenciones diplomáticas. Este decreto es completamente auténtico y el excelentísimo señor ministro de Francia no habría tenido ocasión de expresar sus dudas sobre el particular, en la nota a que ésta sirve de respuesta, si sus ocupaciones le hubieran permitido recibir al infrascrito, que ocurrió ayer a la legación francesa tan luego como el mencionado decreto fue comunicado a esta secretaría por la Hacienda, para hacer a S. E. el señor de Saligny algunas explicaciones confidenciales, antes de participarle oficialmente la resolución del Congreso. El infrascrito tuvo la desgracia de encontrar ocupado e invisible al excelentísimo señor ministro de Francia y hubo de regresar a este ministerio para solicitar, como lo hizo, una conferencia privada, por medio de una esquila que despachó a la legación francesa antes de recibir la nota que el excelentísimo señor de Saligny se sirvió remitirle al caer la tarde y que ahora tiene el honor de contestar.

El infrascrito se lisonjea con la esperanza de que la lectura del decreto que en nota aparte ha remitido al excelentísimo señor ministro de Francia, bastará para que S. E. rectifique la idea que expresa en su

comunicación de ayer, puesto que el decreto del Congreso no dispone arbitrariamente de ninguna propiedad, ni rompe ninguno de los vínculos de obligación que ligan a la República. El expresado decreto y la nota con que el infrascrito ha tenido el honor de remitirlo a la legación de Francia, son, por el contrario, una ratificación virtual de los compromisos internacionales de México, si bien acompañada de una declaración franca y leal, sobre que de pronto no podrían cumplirse sin perjuicio del orden y de la paz pública y sin poner en peligro hasta la vida de la nación. En esta declaración, señor ministro, no hay ni audacia, ni insensatez, sino por el contrario, una dolorosa sumisión a la ley de la necesidad y un cuerdo recurso al único arbitrio que puede salvar a la República de la anarquía. Sinceramente no comprende el infrascrito de qué manera pueda afectar la dignidad de la Francia, esta protesta que hace una pobre nación, de que no le es posible, sin tomar algún respiro, seguir llevando a costas el peso de la deuda con que se halla agobiada. Esta declaración se refiere sólo a un hecho que mucho tiempo ha proclamado la voz pública y el infrascrito no encuentra razón para reputar un insulto, que la República, reducida a las últimas extremidades, haya declarado ese hecho oficial y solemnemente, sin recabar el consentimiento previo de los acreedores.

El excelentísimo señor ministro de Francia tiene la bondad de hacer al infrascrito una advertencia sobre los terribles resultados a que podría dar lugar el paso que motiva esta nota y sobre el influjo que podría ejercer en el crédito de la nación y en el concepto sobre su lealtad y el infrascrito debe responder francamente, que el gobierno, poseído de una confianza, que no teme resulte burlada, en la benevolencia y equidad de las naciones amigas, no ha creído que amenace a la República un mal mayor que la disolución social y la anarquía y que este amago dañe más su crédito que la declaración franca y sincera de que sus obligaciones, que respeta y reconoce hoy más que nunca, exceden en estos momentos de su posibilidad. El infrascrito se toma la libertad de referirse a la nota que ha dirigido al excelentísimo de Saligny, acompañándole el decreto de 17 del corriente y concluye renovándole las seguridades de su distinguida consideración.

Manuel María de Zamacona

ZAMACONA CONTESTA A WYKE
CON DIGNIDAD, ELEGANCIA Y JUSTOS RAZONAMIENTOS

Palacio Nacional. México, julio 21 de 1861

A su excelencia sir Charles Lennox Wyke,
enviado extraordinario y ministro
plenipotenciario de su majestad británica

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores, ha tenido el honor de recibir la nota que su excelencia [S. E.] Sir Charles Wyke, ministro de la Gran Bretaña, se ha servido dirigirle, informándose sobre la autenticidad del decreto en que el Congreso federal ha prevenido la suspensión por dos años de todo pago, incluyendo el de la deuda contraída en Londres y el de las convenciones diplomáticas.

Pudiera creerse prevenido el deseo del excelentísimo señor ministro de su majestad británica [S. M. B.] por las explicaciones que en lo particular tuvo el gusto de darle el infrascrito en la visita que fue ayer a hacerle pocos momentos después de que la legación británica había despachado la nota a que ésta sirve de contestación y antes de que esa nota hubiera llegado a este ministerio, pero el carácter privado que tuvieron aquellas explicaciones obligarán al infrascrito a reproducirlas parcialmente en esta comunicación.

El infrascrito comenzará protestando que tan luego como el decreto de ayer le fue comunicado por la secretaría de Hacienda, dispuso que se pusiera en conocimiento del excelentísimo señor ministro de su S. M. B.; pero quiso él que al envío de la comunicación precediese una visita particular, en que el infrascrito se propuso dar a S. E. Charles Wyke explicaciones más amplias y detalladas que lo que una nota oficial permite, sobre el espíritu y resultados probables de la suspensión de

pagos decretada por el Congreso. En este intervalo el decreto se promulgó solemnemente, la prensa periódica se apresuró a darle publicidad y he aquí cómo el excelentísimo señor ministro de S. M. B. pudo leer el mencionado decreto en los periódicos, antes de recibir la visita del infrascrito ni su comunicación. Ahora el excelentísimo señor ministro de S. M. B. permitirá al infrascrito la libertad de declarar que no cree exacta la apreciación que se ha servido hacer del mencionado decreto, al decir que entraña una donación que el Congreso hace al gobierno de la propiedad de otras naciones. El digno representante de S. M. B. llama a renglón seguido al acto del Congreso, una suspensión por dos años de todo pago y a su cordura no puede escaparse el contrasentido que hay en calificar donación una ratificación de ciertas obligaciones y una designación de los términos en que ha de llenarse.

Tampoco puede el infrascrito participar de la opinión que emite el excelentísimo señor ministro de S. M. B. al llamar al repetido decreto una violación de las obligaciones más sagradas que ligan a México con las otras naciones. Esta frase implica la idea de un acto voluntario y deliberado y la República al suspender los efectos de las convenciones diplomáticas, cede no a la voluntad, sino a circunstancias independientes de ella, en cuya virtud son moral y materialmente imposibles los pagos, que hasta ahora ha estado haciendo la nación, merced a los más extremados esfuerzos. Cuando éstos son ya ineficaces, el gobierno puede declararlo sin faltar al respeto que se debe a sí mismo y a las otras naciones con quienes tiene compromisos. Toda obligación lleva por condición tácita, la posibilidad de cumplirla y jamás se ha increpado de infiel a sus compromisos al deudor que suspende sus pagos declarando el mero hecho de no ser compatibles con su posibilidad.

Una declaración de este género, es la que comprende el decreto que acaba de votar el Congreso federal y el señor ministro de S. M. B. no debe extrañar que tratándose de la declaración de un mero hecho que en nada tiende a modificar ni menoscabar los derechos de los interesados en la deuda pública, el decreto del Congreso ha sido votado y promulgado sin contar con el asentimiento previo de los representantes diplomáticos, bajo cuya protección se hallan los acreedores extranjeros de la nación.

A la perspicacia del excelentísimo señor ministro de S. M. B. y al conocimiento que tiene de la situación actual de la República, no puede ocultarse que esta suspensión de pagos recientemente decretada, que de tiempo atrás viene anunciando la opinión como indispensable para reorganizar radicalmente la administración pública en México y que aún ha sido materia de conversaciones confidenciales con algunos funcionarios diplomáticos y de discusión con algunos de los individuos más interesados en la deuda extranjera, se ha venido a tomar bajo la presión de una necesidad que no admitía arreglos preliminares o aplazamientos y que colocaba al gobierno entre dos extremos: o secundar la iniciativa de la opinión pública, adoptando el único arbitrio inmediato para conservar el orden social y comenzar la reorganización administrativa o cruzar los brazos dejando que esta sociedad fuese presa de la anarquía antes de un mes. El gobierno del infrascrito, que ve en la salvación del orden social el objeto principal de su misión, ha creído que en la conveniencia bien entendida de todos los que tienen ligados sus intereses a esta República, estaba la adopción de una medida que no tiende más que a poner sobre una base sólida esos mismos intereses y que el carácter de este objeto autorizaba en cierta manera a contar con el consentimiento presunto de los accionistas en el crédito extranjero contra la República. Ya comprenderá, pues, el excelentísimo señor ministro de S. M. B. que el infrascrito, poseído de estas ideas, no puede considerar el decreto que motiva esta nota, como un repudio de los compromisos nacionales, ni como un acto que pueda menoscabar la fama y el crédito de la República. Para comprender el espíritu y la verdadera tendencia del decreto a que aluden estas explicaciones, el infrascrito se toma la libertad de referirse a la nota que ha dirigido a la legación británica, dándole parte de la resolución del Congreso.

Si el excelentísimo señor ministro de S. M. B. fija la consideración en que la visita que ayer tuvo el infrascrito el honor de hacerle, fue el cumplimiento de un deber de mera cortesía y un preliminar de ceremonia que debió preceder a toda conferencia oficial o confidencial sobre negocios, S. E. dejará de extrañar que, en la conversación a que dio lugar

esa visita, no se mezclase especie alguna relativa a la materia de esta comunicación.

Al dirigirla el infrascrito al excelentísimo señor ministro de S. M. B. aprovecha la oportunidad para ofrecerle las seguridades de su distinguida consideración.

Manuel María de Zamacona

INSISTE WYKE EN CONSIDERAR LA LEY DE SUSPENSIÓN,
REGALO DE LA PROPIEDAD DE OTRO
SIN SU CONSENTIMIENTO

Julio 22 de 1861

A su excelencia don Manuel María de Zamacona,
ministro de Relaciones Exteriores
México

Señor:

En respuesta a la comunicación de vuestra excelencia [V. E.] fecha de ayer que acabo de tener el honor de recibir, trataré de contestar a las objeciones que V. E. opone a las razones contenidas en mi nota a V. E. del 19 del corriente.

V. E. expone las razones por qué el decreto sobre Hacienda no ha sido comunicado antes a esta legación y dice que deseaba explicar -sido comunicado más pronto a esta legación y dice que estaba ansioso de explicarme personalmente los motivos que lo originaron, pero de lo que yo me quejé fue de que hubiese sido aprobado como ley, sin que jamás se tuviese la intención de anunciármelo antes de haber sido puesto en ejecución. Cuando dos partes se ligan entre sí para llevar a cabo ciertas estipulaciones, ninguna de las dos tiene derecho para desentenderse de la obligación sin haber antes obtenido el consentimiento de la otra parte contratante. Sobre lo que dice V. E., acerca de la impropiedad con que llamé ese acto del Congreso, regalar la propiedad de otro sin su consentimiento, permítame V. E. el que observe que tengo un derecho perfecto de hacer este aserto, pues en negocios de esta naturaleza, el tiempo es a menudo equivalente al dinero y el acto arbitrario de

suspender todo pago por espacio de dos años, es privar a las partes interesadas del interés del dinero durante ese espacio de tiempo, lo cual es una completa pérdida de mucho valor para las partes.

La necesidad imperiosa que V. E. opone como una excusa para semejante acto, de ningún modo puede justificar la manera en que el gobierno se ha hecho sólo juez de esta necesidad, ante todo sin solicitar de sus acreedores el consentimiento sobre lo que se iba a hacer. Un hombre que se muere de hambre puede justificar a sus propios ojos el hecho de robar una torta de pan, apoyándose en la necesidad imperiosa que lo impelía a hacerlo; pero tal argumento no puede, bajo el punto de vista moral, justificar la violación de la ley, la cual permanece tan positiva, aparte de todo sentimentalismo, como si el crimen no hubiese tenido excusa. Si realmente se moría de hambre, debiera primeramente haber pedido al panadero que apaciguase su hambre; pero hacer esto por su propia voluntad y sin permiso, es obrar exactamente como el gobierno mexicano ha hecho con sus acreedores en esta ocasión.

Aunque, como V. E. observa justamente, la ley que se acaba de publicar no afecta ciertamente los derechos de las partes interesadas, toca de la manera más positiva a sus intereses materiales, privándoles de los pagos sobre que contaban para llenar sus compromisos.

Acerca de la esperanza de un alivio inmediato que V. E. parece tener por la ejecución de esta medida, estoy convencido de que, por el contrario, sólo agravará mucho las actuales dificultades porque ahora está atravesando y esto por razones tan evidentes que no tengo necesidad de demostrarlas ahora.

No sé si el proyecto de esta ley ha sido enseñado a otros agentes diplomáticos; pero yo ciertamente nada había oído de él bajo la forma actual y, por tanto, en cuanto a lo que a mí toca, me parece exactamente como ya he dicho.

Respecto de la manera de ver V. E. en este asunto expresada en la nota ya mencionada estoy seguro que me excusará si digo que no puede acusarse de parcial y sin tomar también en consideración la opinión de aquellos que directamente sufren de la ejecución práctica de tales ideas

como emanadas de V. E. y de los otros miembros del gobierno, que sometió el proyecto al Congreso.

Respecto de lo que V. E. menciona sobre una nota dirigida a esta legación, referente a este asunto, debo informar a V. E. que no la he recibido aún y que, por tanto, tenía entero derecho para quejarme, como lo hice en mi comunicación del día 19, de tener noticia por primera vez de esta medida extraordinaria, por haberla visto en papeles impresos pegados en las calles públicas de la capital.

Tengo el honor de ser, señor, el más humilde y obediente servidor de V. E.

Charles Lennox Wyke

P. S.

Después de haber escrito las líneas antecedentes, la nota de V. E. a que aludo antes como no recibida, ha sido puesta en mis manos, habiendo llegado a esta legación hora y media después de la nota a que ésta sirve de contestación.

Charles Lennox Wyke

JUÁREZ CONSIDERA DIFÍCIL
PERO NO IMPOSIBLE LA OBRA EMPRENDIDA

México, julio 20 de 1861

Excelentísimo señor don Santiago Vidaurri
Monterrey

Mi estimado amigo:

No había escrito a usted porque he estado sumamente ocupado en vencer dificultades de todo género para sostener la situación que algunos creían desesperada e insostenible; pero, gracias al patriotismo y buen sentido de los buenos liberales vamos marchando y creo que no está lejos el día en que celebremos el completo restablecimiento de la paz. Para llegar a este resultado es necesario que nos dediquemos preferentemente y con voluntad firme y enérgica a reorganizar la administración pública, restableciendo una estricta economía en los gastos y haciendo que las autoridades recobren su prestigio y para ello debemos hacer toda clase de sacrificios y usar de todos los medios que estén en nuestra posibilidad. A esto tiende la ley que acaba de expedir el Soberano Congreso, iniciada por el gobierno y que remito a usted con la circular respectiva. Por peligrosas que parezcan las medidas que contiene dicha ley, yo me propongo llevarlas a efecto con la esperanza de que los resultados prácticos que vayan produciendo para restablecer el crédito del erario, calmarán la irritación que pueda producir en los ánimos. El pensamiento que domina en la ley, es darnos una tregua para recobrar nuestras fuerzas, a fin de que pasado un poco de tiempo, que emplearemos en recoger y sistemar nuestros elementos de hacienda, podamos satisfacer

religiosamente nuestros compromisos a satisfacción de nuestros acreedores.

La obra es difícil, pero no imposible. Creo que si todos nos unimos para trabajar en el sentido que antes he indicado lograremos el objeto, haciendo un bien positivo a nuestro país. En tal concepto, suplico a usted me preste su cooperación, que es bastante eficaz y poderosa, dignándose indicarme cuanto crea conveniente a facilitar la consecución de nuestro objeto.

Nuestras fuerzas, al mando del señor (González) Ortega, persiguen a Márquez en el distrito de Cuernavaca y hay razones poderosas para esperar que pronto será destruido el enemigo.

Suplico a usted me escriba ordenando lo que guste a su amigo afectísimo y s. s. q. b. s. m.

Benito Juárez

EL MINISTRO BRITÁNICO DA UN PLAZO
DE CUARENTA Y OCHO HORAS PARA QUE SE DEROGUE
LA LEY O SUSPENDE RELACIONES

México, julio 23 de 1861

Al señor don Manuel María de Zamacona
México

Señor:

La nota de V. E. del 21 del presente, me ha sido entregada ayer tarde y por la cual he sabido que el decreto que con ella se adjunta ha sido aprobado por el Congreso Federal de la República y que V. E. me lo envía por interesar directamente a las estipulaciones de la convención diplomática para el pago de las reclamaciones británicas arregladas entre la Gran Bretaña y México en el año de 1851.

Ya he explicado también en mis notas de los días 19 y 22 de este mes, lo que creo sobre este decreto y sobre la manera en que se promulgó, que cualquiera otra observación de mi parte con referencia a esto, sería solamente superflua y sólo serviría a prolongar una correspondencia que nunca debía haberse suscitado.

En cuanto al llamamiento que hace V. E. a la indulgencia y a la bondad del gobierno de S. M. para obtener su sanción sobre una medida que por sí es enteramente suficiente para privar al Gobierno para siempre de su confianza, solamente debo recordar a V. E. que se ha abusado demasiado de la indulgencia, con el completo descuido de todos los compromisos sobre los negocios de la calle de Capuchinas y de la Laguna Seca, para que pueda extenderse a los que, en lugar de ser

agradecidos por ella, sólo parece que cuentan en esa indulgencia para poder zafarse de todo compromiso, por más sagrado que sea.

Dejando aparte estas consideraciones además la ejecución de esta ley financiera, lejos de beneficiar a la nación, solamente la sumirá en dificultades diez veces mayores, aumentando considerablemente sus compromisos para con sus acreedores y, al mismo tiempo, hiriendo en la raíz su crédito y su prosperidad comercial. Lo que por si es malo, nunca puede ser bueno, pues, es un axioma bien conocido que el despojo considerando como fuente rentística, pronto se encuentra exhausto.

No es por semejantes medios que los recursos de la República pueden aumentarse, sino por una determinación para hacer toda clase de sacrificios y sufrir toda clase de privaciones con el objeto de mantener el honor y cumplir los compromisos. Adoptada esta determinación y puesta vigorosamente en práctica, al punto inspiraría confianza y se atraería las simpatías de aquellos a quienes ahora apela en vano, porque dudan por la experiencia pasada, tanto de la prudencia como de la sinceridad del mismo gobierno.

Al usar de un lenguaje fuerte, V. E. no debe atribuirme el deseo de ofender, que a la verdad está lejos de ser mi intención; pero tengo un deber que cumplir para con mi gobierno y para con lo que soy acreditado que me impele a decir sin temor a la verdad y prevenir a V. E. sobre las consecuencias inevitables de un paso igualmente fatal a vuestros propios intereses así como a los de aquellos de mis compatriotas a quienes afecta esta ley.

Sólo me resta ahora protestar solemnemente, como lo hago ahora, contra este decreto, teniendo a la República por responsable de todos los daños y perjuicios por él causados en los intereses de aquellos que yo represento en este asunto y prevenir a V. E. que a menos que el mencionado decreto no ser derogue dentro de 48 horas contadas desde este momento, suspenderé, hasta que no reciba nuevas instrucciones, toda relación oficial con el gobierno mexicano, pues el mantenerlas bajo tales circunstancias, sería incompatible con la dignidad de la nación que tengo el honor de representar.

Accediendo a la petición de V. E. transmitiré una copia de la nota de V. E. del 21 del corriente, al gobierno de su majestad.

Aprovecho esta oportunidad para renovar a V. E. la seguridad de mi muy alta consideración.

Charles Lennox Wyke

IMPERTINENTE Y ALTANERA
CONTRA RÉPLICA DE SALIGNY A ZAMACONA

México, 23 de julio de 1861

A su excelencia el señor Manuel María de Zamacona,
ministro de Relaciones Exteriores

Señor ministro:

He recibido ayer a las cuatro de la tarde las dos notas que usted me hizo el honor de dirigirme con fecha de 21 de julio. En este momento hago traducir la en que usted me da oficialmente conocimiento del decreto de 17 de este mes. Pero mientras que yo pueda responder y hacerle conocer a mi vez mi determinación sobre el fondo de este asunto, no quiero dejar sin respuesta las observaciones con cuyo apoyo pretende usted replicar a mi comunicación de 20 de julio.

Ya he declarado a usted, señor ministro, que, independientemente de lo que la medida tenía en sí misma de atentatoria a los intereses y a la dignidad de la Francia, el silencio observado con este motivo por vuestro gobierno frente a frente del ministro del emperador antes y después del voto del Congreso y de la adopción por el presidente del decreto de 17 de julio, hacía este acto más insultante aún de lo que fuera posible. Hoy, después de haber leído vuestras explicaciones, persisto más que nunca en ver en el silencio de vuestro gobierno un nuevo insulto gratuito y premeditado dirigido a la Francia,

Para justificar a vuestro gobierno me dice usted que tan luego como se informó por el señor ministro de Hacienda, de la existencia del decreto en cuestión, usted se presentó en mi casa, a fin de darme confidencialmente explicaciones antes de hacerlo oficialmente sobre la

decisión del Congreso; pero que usted tuvo la desgracia de llegar en un momento en que yo estaba ocupado e invisible. Es muy cierto que a causa de una mala inteligencia, por la cual me he apresurado a manifestarle mi mayor sentimiento y que se explica por el hecho de que usted no se hizo conocer a mi canciller el señor Morineau, me privé de recibir su visita el 20 de este mes. Pero permítame usted le haga observar que esta circunstancia, aparte del sentimiento personal que he debido experimentar, es de ninguna importancia. Una simple aproximación de fechas será suficiente para convencer a usted. El decreto votado el 17 y aprobado el mismo día por el Poder Ejecutivo, estaba el 18 fijado por orden de la autoridad, en las esquinas de las principales calles de la capital y publicado en diversos diarios. Sin embargo, el 20 a las cuatro de la tarde, en el momento en que me disponía a enviar mi nota, usted se presentaba para darme explicaciones confidenciales.

¿Añadiría yo que debe parecer muy extraño, que el jefe del gabinete no estuviera informado por el ministro de Hacienda de una medida tan grave, sino hasta después de tres días de adoptada por el Poder Ejecutivo y dada después de 48 horas a los voceadores de la calle y a los diarios?

Un hecho semejante no sería de naturaleza a propósito para dar una alta idea de la manera con que funciona vuestra máquina gubernativa.

No es éste el momento de refutar las razones por medio de las cuales intenta usted la imposible justificación de una medida incalificable. Pero yo no quiero dejar pasar desapercibidas ciertas expresiones de vuestra nota, destinadas a pintar con los colores más vivos la triste situación de vuestro país y que parecen implicar un llamamiento a los sentimientos y a la generosidad del gobierno del emperador.

La Francia, señor ministro, lo puedo decir para su eterno honor, jamás ha permanecido insensible a la vista de un gobierno oprimido por desgracias inmerecidas y que lucha con arrojo por salvar el orden social y la civilización. Pero esta no es, lo digo con un profundo sentimiento, la situación de vuestro gobierno. Las dificultades bajo las cuales sucumbe, no son más que el resultado inevitable, la consecuencia forzosa y después de largo tiempo prevista, de las dilapidaciones inauditas, del despilfarro

de prodigalidades sin número, del desorden desenfrenado de abusos sin ejemplo, con los cuales desde su advenimiento ha dado tan doloroso espectáculo. Permitir hoy que armado de estas faltas, sobre las cuales el ministro del emperador ha llamado la atención incesantemente, pusiese la mano sobre la propiedad legítima de nuestros nacionales, sobre los recursos comprometidos en virtud de convenciones internacionales del carácter más sagrado, para ofrecer una tardía e insuficiente reparación a los franceses, víctimas inocentes, desde hace tantos años, de un sistema de depredaciones y de expoliaciones sin ejemplo en ningún otro país, sería de parte de la Francia no generosidad, sino un verdadero error, una imprevisión tanto más imperdonable, cuando que así como no tengo mucha fe en la eficacia del remedio propuesto, no la podría tener, permítame usted confesarlo francamente, en las manos encargadas de aplicarlo.

Suplico a usted, señor Ministro, acepte las seguridades de mi consideración y aprecio.

Alphonse Dubois de Stigny

SALIGNY PROTESTA EN NOMBRE DEL GOBIERNO
DE SU MAJESTAD CATÓLICA

México, 24 de julio de 1861

A su excelencia el señor de Zamacona,
ministro de Relaciones Exteriores
(México)

El infrascrito, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de su majestad el emperador de los franceses, encargado de la protección de los súbditos y de los intereses españoles en México, tiene el penoso deber de protestar solemnemente, como lo hace por la presente nota, a nombre de su majestad católica, [S. M. C.] contra el decreto expedido el 17 de julio por el gobierno mexicano, decreto cuyo primer artículo declara la suspensión durante dos años del pago de las convenciones extranjeras.

El infrascrito declara que, si el decreto en cuestión no se suspende y anula, hará a la República responsable de todos los perjuicios ocasionados por las diversas disposiciones de esta ley a los súbditos de S. M. C.

El infrascrito aprovecha esta ocasión para renovar a S. E., señor ministro de Relaciones Exteriores, las seguridades de su muy distinguida consideración.

Alphonse (Dubois) de Saligny

SALIGNY EXIGE LA DEROGACIÓN DE LA LEY
EN VEINTICUATRO HORAS, AMENAZANDO
CON EL USO DE LA FUERZA

México, 24 de julio de 1861 ¹⁶

A su excelencia el señor Manuel de Zamacona,
ministro de Relaciones Exteriores
Palacio Nacional de México

Señor ministro:

Contesto la comunicación que vuestra excelencia [V. E.] me hizo el honor de dirigirme el 21 de julio, poniendo en mi conocimiento oficialmente el decreto de 17 de este mes, que me apresuraré, según el deseo de V. E., a transmitir en copia al gobierno del emperador. He experimentado más pena quizá que sorpresa, al saber, señor ministro, que esa medida del 17 de julio, cuya existencia me rehusaba a creer por honor de México, es efectivamente un acto auténtico, adoptado por el gobierno de V. E. con ánimo deliberado y a la sombra de la clandestinidad, como si por un último remordimiento de su propia conciencia huyese de la luz del día ante el conocimiento de tal enormidad. La impresión que cause al gobierno de su majestad ilustrísima [S. M. I.] cuando sepa este nuevo atentado contra los derechos y la dignidad de la Francia, así como todas las circunstancias que son consiguientes, no ha de ser diversa, tengo la convicción de ello, de la que yo mismo he experimentado.

¹⁶ Este documento se localizó en su original en francés en el Archivo General de la Secretaría de Relaciones Exteriores, expediente H/110 (73:0) "862"/I Ff. 49-50. Se cotejó con esta traducción aparecida en el volumen I de la *Correspondencia de la Legación mexicana en Washington*, pp. 20 y 21, encontrándola correcta.

V. E. no espera de mí seguramente que entre aquí en la discusión del decreto de 17 de julio. Hay cosas que no se discuten. Por otra parte, qué necesidad tengo de entregarme a hacer inútiles esfuerzos para convencer a V. E. cuando en nuestras conversaciones no ha vacilado en reprobear casi tan enérgicamente como yo esta deplorable medida, en los momentos mismos en que por una contradicción que no puedo explicarme, emprendía el justificarla por medio de argumentos más especiosos que sólidos, fundados en no sé qué pretendidas consideraciones de necesidad y de salud pública.

La medida de que se trata corona dignamente ese sistema con cuyo auxilio el gobierno de V. E. desde hace muchos meses, se esfuerza en eludir, negar o violar sus compromisos con respecto al gobierno del emperador.

De la manera que el gobierno acaba de hacerlo, no queda a la Francia más que un solo modo de defenderse y de vengar sus derechos y su honor indignamente ultrajados: el recurso inmediato de la fuerza.

Al gobierno de V. E. toca decidir si deja las cosas llegar a ese extremo. Al esperar su resolución, tengo, señor ministro, un último deber que llenar y es, el de protestar solemnemente en nombre de la Francia, como lo hago aquí, contra el decreto de 17 de julio, declarando que hago a la República responsable de todos los daños que pueda causar a los súbditos de S. M. I. y, en fin, que si esta medida no se suspende y anula en el término de veinticuatro horas, contadas desde este momento, romperé todas las relaciones oficiales con vuestro gobierno, pues que estas relaciones han llegado a ser incompatibles con la dignidad de la nación que tengo el honor de representar.

Suplico a V. E., señor ministro, se sirva aceptar las seguridades de mi consideración muy distinguida.

(Alphonse) Dubois de Saligny

LIBERTAD RELIGIOSA EN MÉXICO
PARA LOS ESTADUNIDENSES

Washington, julio 23 de 1861

Al Honorable William H. Seward,
etc., etc., etc.

Señor secretario:

Tengo la honra de manifestar a usted que he recibido instrucciones de mi gobierno para solicitar que el de los Estados Unidos acepte la adición de un artículo a los tratados existentes entre ambos países, que asegure la libertad religiosa en México, en los términos en que fue propuesto por S. E. el ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana a la legación de los Estados Unidos en nota de 25 de marzo último.

La reconocida ilustración de usted y lo palpable de las ventajas que de tal estipulación resultarán a los ciudadanos de los Estados Unidos residentes en México, vuelven enteramente excusada la necesidad de entrar en la exposición de las razones que militan en favor de tal artículo y que lo hacen aceptable y aun deseable a los gobiernos que tienen ciudadanos o súbditos residentes en México.

Supongo que Mr. Corwin tendrá instrucciones de ese departamento para tratar de este asunto al mismo tiempo que de los demás que se le hayan encomendado al confiarle la importante misión que hoy desempeña y, si esto fuese así, agradecería yo a usted se sirviera decírmelo para poderlo comunicar a mi gobierno.

Tengo la honra de renovar a usted, señor, con este motivo, las seguridades de mi más alta consideración.

Matías Romero

EL CONGRESO RESTABLECE
EL COLEGIO DE ABOGADOS

El ciudadano presidente me ha dirigido el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión se ha servido decretar lo siguiente:

Artículo único.- Se deroga el artículo 38 de la le de 15 de abril de 1861, que suprimió el Colegio de Abogados. Dentro de un mes, el mismo Colegio procederá a formar nuevos estatutos que remitirá al ministerio del ramo para su aprobación y entretanto desempeñará las funciones que las leyes le cometían respecto al examen de abogados y dirección de la academia de derecho teórico-práctico.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México, a 24 de julio de 1861.

José Linares
Diputado secretario

Emeterio Robles Gil
Diputado presidente

Anselmo Cano
Diputado secretario

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio del Gobierno Federal. México, a 26 de julio de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano Joaquín Ruiz, ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Y lo transcribo a usted para los fines que se indica. Dios, Libertad y Reforma. México, etc.

(Joaquín) Ruiz

DE LA FUENTE INFORMA DESDE PARÍS
SOBRE LAS EXIGENCIAS DE FRANCIA
Y EL REINO UNIDO

París, julio 26 de 1861

Señor don Matías Romero,
Washington

Muy estimado amigo mío:

Por un olvido de Orozco no fue despachado con oportunidad el pliego adjunto; de manera que recibirá usted hoy una correspondencia cuyos cabos están separados por el espacio de un mes.

El doctor Oseguera me ha leído lo que usted le encarga para mí. Tengo que dar a usted las gracias por ello.

Las cosas de esta legación distan mucho de andar por una vía llana y amistosa. Puede ser que a la llegada de esta carta sepa usted algo serio con motivo de las reclamaciones exigentes de Francia y de Inglaterra. Se trata de que el gobierno constitucional pague los 660,000 pesos que robó Miramón a los acreedores ingleses y quíere, además, que la última convención con el señor Zarco sea llevada a ejecución, aprobándose sin demora por el Congreso y se exige, por último, que la cuestión sobre los bonos de Jecker se resuelva en sentido favorable a ese caballero. El gobierno de Francia había mostrado, según me informan, grandes simpatías al ex general Almonte y a su partido. ¿Quiere usted creer que se ha resucitado la cuestión sobre la carta de retiro de este señor diplomático, después que ha sido despedido por el emperador?

Veremos, mi buen amigo, cómo salimos de este atolladero. Por ahora y, mientras no vuelva el emperador a París, me han hecho favor de

entrar en relaciones regulares conmigo y me han hecho saber que gozaré desde luego de todas las prerrogativas anexas a mi carácter oficial.

La situación de Italia es muy violenta, sobre todo por la cuestión de Roma como capital y se cree que la cuestión de Hungría está muy cerca de tomar un carácter serio. La causa de la siempre noble y siempre desgraciada Polonia comienza de nuevo a excitar grandes simpatías. Comienza la vida de los pueblos, que pueden decir como Cristo: *Ego sum resurrexit et orta.*

Le mando a usted una tira en que verá la manera honrosa con que ha tratado *L'Opinion Nationale* a nuestra última revolución y a su gobierno legítimo. Usted me conoce, mi buen amigo y sabe, por lo mismo, que el sentimiento de amor propio en mí es muy inferior al de patriotismo y amor a la causa de la libertad. En ese sentido más que en otro me ha complacido en extremo el juicio inteligente y halagüeño de la opinión.

No me olvide usted. Este es un deseo, no una desconfianza, porque no puedo dudar de la buena amistad de usted para con quien se repite con sinceridad su afectísimo amigo y seguro servidor que besa su mano [s. s. q. b. s. m.].

Juan Antonio de la Fuente

EL MINISTRO BRITÁNICO SUSPENDE LAS RELACIONES
CON EL GOBIERNO MEXICANO

México, julio 25 de 1861, cinco de la tarde

Al señor don Manuel María Zamacona,
ministro de Relaciones Exteriores

Señor:

Antes de ayer a esta hora tuve el honor de informar a vuestra excelencia [V. E.], que, si el decreto de 17 del corriente no se derogaba en el espacio de 48 horas, creería de mi deber suspender toda relación oficial con el gobierno mexicano, hasta que recibiese instrucciones del gobierno de su majestad británica [S. M. B.] acerca de los pasos que debía dar en este asunto, que no sólo implica una ruptura de un tratado internacional, sino que también envuelve tanto desprecio que casi parece un insulto directo a la nación que tengo el honor de representar.

Habiendo expirado el término dentro del cual debía haber tenido una respuesta y no habiendo recibido alguna, tomo el silencio de V. E. como una negativa a mi petición y, por tanto, desde este momento en adelante suspendo toda relación oficial con el gobierno de la República, hasta que el de S. M. adopte tales medidas que considere necesarias bajo unas circunstancias sin ejemplo.

Tengo el honor de ser, señor, el más obediente y más humilde servidor de V. E.

Charles Lennox Wyke

CON PRUDENCIA ZAMACONA CONTESTA
AL MINISTRO BRITÁNICO

Palacio Nacional. México, julio 25 de 1861

A su excelencia Sir Charles Lennox Wyke,
enviado extraordinario y ministro
plenipotenciario de su majestad británica

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores, tiene el honor de recibir en este momento la nota que el excelentísimo señor ministro de Inglaterra se ha servido dirigirle, anunciando la suspensión de sus relaciones con el gobierno de México. El excelentísimo Wyke, debe haber recibido la nota que desde las cinco de la tarde tuvo el infrascrito el honor de remitirle, demostrándole la falta absoluta de motivo para la suspensión de relaciones entre el gobierno de S. M. B. y el de la República Mexicana. No puede, pues, tampoco servir de causa para la resolución que anuncia el señor Wyke, ni el lapso de las 48 horas que se sirvió fijar en su penúltima nota, una vez que esta no se recibió en este ministerio hasta las siete de la noche de antes de ayer.

El infrascrito se refiere al contenido de su última comunicación y aprovecha ésta para reproducir al excelentísimo señor enviado extraordinario de la Gran Bretaña, las seguridades de su muy distinguida consideración.

Manuel María de Zamacona

ZAMACONA HACE VER AL MINISTRO BRITÁNICO
LO INJUSTO DE SU DRÁSTICA ACTITUD

Palacio Nacional. México, julio 25 de 1861

A su excelencia Sir Charles Lennox Wyke,
enviado extraordinario y ministro
plenipotenciario de su majestad británica

La comunicación que el excelentísimo señor ministro de su majestad británica [S. M. B.] se ha servido dirigir al infrascrito, con fecha de ayer, relativamente al decreto del Soberano Congreso, en que se declaró la suspensión de todo pago, incluso el de las convenciones diplomáticas y el de la deuda contraída en Londres, hace necesarias algunas explicaciones, cuya falta daría a entender que el gobierno del infrascrito acepta sin contradicción ciertos hechos a que en la mencionada nota se alude y ciertas versiones que en ella se adoptan.

Por última vez rebatirá el infrascrito el concepto en que el excelentísimo señor ministro de S. M. B. parece insistir, refiriéndose a sus notas de 19 y 22, sobre el carácter expoliatorio que atribuye al decreto de 17 del actual. De ningún derecho legítimo despoja esa disposición legislativa a los acreedores extranjeros. La nación, cuyos representantes han votado aquel decreto casi por unanimidad, reconoce altamente cuantos derechos derivan de los pactos internacionales; pero se ve obligada a declarar que esos derechos no podrán, durante cierto período, seguir cebándose sobre los productos de las aduanas marítimas, porque éstos constituyen el único recurso expedito e inmediato del gobierno y no bastan para atender a los peligros graves, aunque pasajeros, de que está amagada esta sociedad y para los réditos y amortización de la deuda pública. El gobierno, que tiene a la vez

obligaciones para con la sociedad y la civilización y para con sus acreedores y que no puede cumplirlas simultáneamente, no ha hecho, por medio del decreto que motiva esta nota, más que colocar esas obligaciones en el orden de su entidad, sin desconocer ni atacar ninguna de ellas. El excelentísimo señor ministro de S. M. B. para dar al acto del Congreso un barniz expoliatorio, se ha servido en una de sus notas anteriores de un símil cuya inexactitud salta a los ojos. S. E. compara a la nación en estos momentos con una persona que impulsada por el hambre asalta y roba a un vendedor de comestibles. En este acto, señor ministro, hay dos rasgos dominantes, uno de agresión y otro de despojo, que ni por asomos se encuentran en la conducta actual de la nación mexicana para con sus acreedores. Nada absolutamente les ha arrebatado y si se ha de calificar por medio de un símil la conducta de México, el infrascrito la compararía con la de un padre de familia agobiado deudas y que no poseyendo más que una suma, apenas bastante para alimentar a sus hijos, la emplea en comprar pan en vez de entregarla a sus acreedores. ¿Si el señor ministro de S. M. B. fuera uno de ellos, se atrevería a dar a esa acción el nombre de despojo? Diariamente se suele ver en la esfera de las relaciones individuales a personas que por complicaciones pecuniarias, suspenden sus pagos sin que nadie se atreva a llamar a este acto una expoliación. No hay en todo el decreto de que el señor ministro de S. M. B. ha formado un juicio tan severo, una sola palabra que pueda revelar tendencias expolatorias. Se suspenden los pagos porque la nación no puede hacerlos con el fondo que les estaba consignado; se suspenden, porque la nación para entrar en orden cuanto antes, necesita arreglar sin pérdida de tiempo su administración, por un lado, y de arreglar simultáneamente por otro, el servicio de la deuda pública; pero al mismo tiempo, con una solicitud y una lealtad a que no se hace justicia, se dan a los acreedores de la nación dos garantías, una en ese mismo arreglo completo y general que presenta una perspectiva, que antes no había, de estabilidad y solidez, y otra en la consignación de un fondo especial de algunos millones realizables en gran parte muy próximamente y que proporcionará a los acreedores extranjeros, aún durante el período de esta suspensión para ellos nominal, percepciones acaso tan importantes como

las que tenían en las aduanas marítimas. No son los sacrificios ni el dinero lo que México regatea, señor ministro; lo que defiende es el principio de orden, lo que desea es plan y arreglo porque ve que sin ello se arruina; lo que quiere es previsión y método para que ésta sea la última vez en que le hagan el cargo de desorden y despilfarro los que toman por un vicio nacional un fenómeno inseparable de las revoluciones.

Bueno es también que se precise la actitud que México ha tenido y tiene ante sus acreedores extranjeros, actitud que no es por cierto la que el excelentísimo señor ministro de S. M. B. le atribuye en su última nota. A juzgar por ella, nuestra República nunca fue más que un deudor indigno, que ha correspondido hasta hoy con ingratitud y mala fe la generosidad y la indulgencia no desmentida de sus acreedores. El infrascrito cierra los ojos de propósito sobre la historia de la deuda extranjera en la República, porque ni quiere emplear el tono acerbo de que S. E. Sir Charles Wyke ha tenido a bien servirse en la citada nota, ni quiere dar el menor indicio de que México pertenece a esos deudores de mala fe que para eludir el pago discuten la legitimidad de sus obligaciones. México reconoce altamente las suyas y las cumplirá sin excepcionarse en los antecedentes que han mediado para contraerlas. Pero sí está seguro el infrascrito, de que cuando esta correspondencia llegue a ver la luz, todos aquellos a quienes es familiar la historia de nuestra deuda exterior, todos los que conocen los elementos originales de la convención inglesa, todos los que saben cómo los interesados en ella han obtenido ventajas y aumento de asignaciones en medio de una revolución ruinosa y en los días de más conflicto para el país, verán algo de extraño en la mención que el excelentísimo señor ministro de S. M. B., hace de esa indulgencia que los acreedores extranjeros han prodigado a la República y de que ella constantemente ha abusado. Si la exigencia de los acreedores extranjeros hubieran sido menores, acaso los compromisos internacionales de la República no habrían llegado a exceder de su posibilidad; pero México ha sido como esos campos en que se cosecha en mayor proporción de su fuerza vegetativa, hasta que llega un día en que la tierra agotada nada produce y si es preciso dejarla descansar por uno o dos años.

El infrascrito no cree que debe dejar pasar sin contradicción el cargo que se hace a su gobierno, por la falta de cumplimiento a los compromisos que contrajo en cuanto a los fondos tomados por los reaccionarios en la Legación británica y a la conducta ocupada en Laguna Seca. Relativamente al primer caso, la obligación del gobierno consentida por esa legación se redujo a hacer efectiva la responsabilidad de los culpables y arbitrar, si ese medio no conducía a la indemnización, otro que llenara el objeto. Nadie puede decir hasta ahora que se haya faltado a este compromiso. El contraído para cubrir en un plazo de cuatro meses el resto de la conducta ocupada en Laguna Seca, se refiere a una época en que el gobierno no podía prever que las reliquias refractarias de la reacción lo obligasen a emprender una campaña dispendiosa que trastornara todos sus cálculos financieros y, aun a pesar de esto, se han hecho todo género de sacrificios y de operaciones gravosas por amortizar ese crédito privilegiado, hasta el punto de estar reducido en la actualidad a un resto relativamente pequeño. Nadie que haga justicia a la nación mexicana puede desconocer los esfuerzos ejemplares que ha hecho por contentar a sus acreedores extranjeros, estableciendo aún una desigualdad odiosa respecto a los nacionales. Es muy significativa la cifra de las sumas que durante la residencia del gobierno constitucional de Veracruz, se han aplicado a la deuda exterior, en el momento en que la restauración del orden público se obraba trabajosamente y merced a exacciones y requisiciones ruinosas para el país.

La poca fe que manifiesta el excelentísimo señor ministro de S. M. B. en los resultados de la última Ley de Hacienda y en las garantías que ella da a los acreedores extranjeros, no la han tenido ni los mismos interesados en las convenciones diplomáticas, con quienes el gobierno había llegado a ajustar en estos últimos días un arreglo, tomando por base los mismos valores que ahora se les consignan y que dejó de llevarse a cabo sólo por haberle rehusado su sanción el excelentísimo señor ministro de S. M. B. Otro tanto ha sucedido con los interesados en el crédito de Laguna Seca. Los dueños de esos créditos, ilustrados por el instinto infalible del interés individual no han dudado, como el excelentísimo señor ministro de S. M. B. sobre la prudencia y sinceridad

de la República. Y, a propósito de esta duda insultante, S. E. permitirá que el infrascrito le exhorte a entrar dentro de su conciencia, para preguntarle si el tono de su última comunicación es el que cumple a un acreedor que se dice generoso e indulgente, ante un deudor amigo y agobiado de dificultades.

A la cordura del excelentísimo señor ministro de la Gran Bretaña no puede ocultarse que pide un imposible al gobierno del infrascrito, al exigirle la derogación dentro de 48 horas del decreto del 17 del actual. Ni el gobierno podría iniciar esa derogación, porque sería iniciar la anarquía y la disolución social, ni el Congreso que ha votado esa ley casi por aclamación y convencido de que es de trascendencia vital para la República, atendería la iniciativa.

La protesta con que el excelentísimo señor ministro de S. M. B. termina su nota, parece al infrascrito tanto más excusada, cuanto que él mismo la ha prevenido, por decirlo así, protestando desde sus primeras notas sobre este negocio, que las últimas resoluciones del Congreso en nada afectan los derechos legítimos de los interesados en la deuda exterior.

El infrascrito se permitirá, además, manifestar, salvos sus respetos al buen juicio de S. E. Sir Charles Lennox Wyke, que lejos de ver un acto propio del honor y la dignidad de la Gran Bretaña en la suspensión de relaciones que su representante anuncia, cree muy posible que las naciones imparciales viesan este paso como absolutamente inmotivado y espera de la cordura del excelentísimo señor ministro, de S. M. B. que mientras recibe las instrucciones a que se refiere, conserve con este gobierno la inteligencia cordial para cuya interrupción no existe causa alguna y que tanto puede contribuir al desenlace satisfactorio de este negocio.

El infrascrito se complace en ofrecer con esta oportunidad a S. E. Sir Charles Lennox Wyke la seguridad de su distinguida consideración.

Manuel María de Zamacona

SALIGNY ROMPE RELACIONES
CON EL GOBIERNO MEXICANO

México, 25 de julio de 1861

A su excelencia el señor don Manuel de Zamacona,
ministro de Relaciones Exteriores,
Palacio Nacional en México

Señor ministro:

Anuncié a vuestra excelencia [V. E.] en la nota que tuve el honor de dirigirle ayer, que si el decreto de 17 de julio no se suspendía y anulaba en el término de 24 horas, rompería todas las relaciones oficiales con vuestro gobierno. El término fijado por mi nota ha expirado sin que haya recibido de V. E. una respuesta satisfactoria; debo ver su silencio como una negativa a mi demanda. En consecuencia, tengo el honor de advertirle, que desde este momento todas las relaciones oficiales están rotas entre la legación de su majestad ilustrísima [S. M. I.] y vuestro gobierno.

Le suplico a V. E., señor ministro, acepte las seguridades de mi consideración más distinguida.

Alphonse (Dubois) de Saligny

ZAMACONA NO PIERDE LA CALMA
AL CONTESTAR A SALIGNY

Palacio Nacional, julio 25 de 1861

A su excelencia el señor Alphonse (Dubois) de Saligny,
enviado extraordinario y ministro
plenipotenciario de Francia

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores, tiene el honor de recibir en este momento la nota que el excelentísimo señor ministro de Francia, se ha servido dirigirle, anunciando la suspensión de sus relaciones con el gobierno de México. El excelentísimo señor de Saligny debe haber recibido la nota que desde las cinco de la tarde tuvo el infrascrito el honor de remitirle demostrándole la falta absoluta de motivo para la suspensión de relaciones entre el gobierno del emperador y el de la República Mexicana. No puede, tampoco, servir de causa para la resolución que anuncia el señor de Saligny, ni el lapso de las venticuatro horas que se sirvió fijar en su penúltima nota, una vez que ésta no se recibió en este ministerio hasta las siete de la noche de ayer.

El infrascrito se refiere al contenido de su última comunicación y aprovecha ésta para reproducir al excelentísimo señor ministro de Francia las seguridades de su muy distinguida consideración.

Manuel María de Zamacona

ZAMACONA PIENSA QUE ES INDIGNO DE FRANCIA
EL ABUSO QUE SALIGNY HACE
DE SU CARÁCTER DE ACREEDOR

Palacio Nacional. México, julio 25 de 1861

A su excelencia el señor Alphonse (Dubois) de Saligny

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores, se cree en el deber de hacer algunas observaciones al excelentísimo señor ministro de Francia, a propósito de las dos últimas notas que ha tenido a bien dirigir a este ministerio con motivo del decreto de 17 del actual.

Antes que todo debe explicar al infrascrito que cualesquiera que hayan sido sus noticias privadas sobre la expresada disposición y de la iniciativa que le dio origen, no podía ponerla oficialmente en conocimiento del excelentísimo señor de Saligny, antes que se le comunicase por el departamento de Hacienda, trámite inevitablemente posterior a la promulgación del repetido decreto. Esto pondrá fin a la extrañeza que manifiesta el excelentísimo señor ministro de Francia y evitará que pueda adulterar el sentido de las explicaciones que sobre el particular ha dado el infrascrito.

La sorpresa y el dolor que el excelentísimo señor ministro de Francia manifiesta haber experimentado al saber oficialmente la promulgación del referido decreto, son cosas que no acierta a explicarse el infrascrito, tratándose de un paso que lleva mucho tiempo de estar en la conciencia pública, que se ha discutido por la prensa y cuya necesidad imprescindible ha pasado casi en proverbio. El infrascrito se cree excusado de demostrarla cuando el mismo representante del imperio francés ha tenido la franqueza de reconocer esa necesidad en conversaciones privadas refiriéndose a las que tuvo con uno de los

predecesores del infrascrito, sobre arreglar, no sólo una tregua en favor de México para el pago del crédito francés, sino aun un alivio del enorme peso que la deuda exterior hace gravitar sobre la República.

El infrascrito tiene también que rectificar la alusión del excelentísimo señor de Saligny, a la censura que en conversaciones privadas dice haber hecho el que suscribe sobre la medida que motiva estas comunicaciones. Lo que el infrascrito ha manifestado al excelentísimo señor ministro de Francia es la preferencia decidida que habría dado a un arreglo convencional para la suspensión de pagos decretada por el Congreso y el dolor con que ha tenido que someterse a la dura ley de la necesidad, que no concedía al gobierno el tiempo necesario para entrar en previos arreglos consensuales. Los que en este sentido se tenían iniciados no habían podido dar resultado breve, por antecedentes extraños a la esencia del negocio y, entretanto, llegó un momento supremo en que el gobierno literalmente no pudo hacer otra cosa que suspender sus pagos y fiar para un arreglo general de la deuda pública en el consentimiento presunto de los interesados. He aquí lo que el infrascrito ha dicho constantemente al excelentísimo señor ministro de Francia y, cómo se combina que, deplorando la imposibilidad de entrar en arreglos previos, haya motivado la conducta de su gobierno en consideraciones supremas de necesidad y de salud pública.

El gobierno del infrascrito protesta contra la imputación que se le hace por haberse esforzado sistemáticamente en estos últimos tiempos por eludir, desconocer y violar sus pactos con el gobierno del emperador. Los hechos y la correspondencia de este departamento con la legación francesa, atestiguan lo contrario.

De tres años a esta parte México, no obstante hallarse en dificultades y complicaciones sin ejemplo, en vez de eludir sus compromisos los ha ratificado, los ha ampliado, los ha robustecido, por medio de condescendencias en que ha habido acaso algo de imprevisión y que han contribuido en gran parte a las dificultades con que hoy brega el gobierno. En estos mismos momentos la nación reconoce cuantos derechos derivan de sus pactos internacionales; pero se ve obligada a declarar que esos derechos no podrán durante cierto período seguir

cebándose en los productos de las aduanas marítimas, porque éstos constituyen el único recurso expedito e inmediato del gobierno y no bastan para atender a los peligros graves aunque pasajeros de que está amagada esta sociedad y para los réditos y amortización de la deuda pública. El decreto de 17 del corriente no desconoce ninguna obligación ni hace otra cosa que colocar en su orden entitativo, las que tiene el gobierno con la civilización y la sociedad y las que tiene con sus acreedores. En todo ese decreto no hay una sola palabra que revele tendencias expoliatorias; no es sino una declaración de parte del pueblo mexicano en los mismos términos en que lo hacen diariamente los mercaderes y negociantes que se hallan en imposibilidad material de llenar sus compromisos. La sola diferencia es que entre individuos, las querellas de acreedor a deudor se llevan en tal caso a los tribunales y, entre naciones, se llevan al tribunal supremo de la justicia y de la equidad. El excelentísimo de Saligny, en su última nota, declara que declina esa jurisdicción y que prefiere llevar el negocio ante el tribunal de la fuerza.

Extraño es que el excelentísimo señor Ministro de Francia, a cuya ilustración deben ser familiares las reglas que presiden a las revoluciones humanas, vea como un rasgo excepcional de la de México, el carácter irregular de los sucesos públicos, en los meses inmediatos al hundimiento de la reacción y que, armándose de esos recuerdos, hoy que cesa ya el peso de carga de la Reforma y el impulso que la revolución trajo de los campos de batalla; hoy que se hace oír la voz de los que pretenden organizarla y disciplinarla, declare al pueblo mexicano indigno de toda consideración equitativa y se oponga al advenimiento del orden y de la regularidad cabalmente en nombre de aquel inevitable desorden. Por otra parte, si es que lo ha habido, fuerza es que reflexione el excelentísimo señor de Saligny, en que lejos de haber acarreado perjuicio a los intereses franceses, es proverbial que sus compatriotas han sido los más beneficiados, en lo que el excelentísimo señor ministro de Francia llama las prodigalidades de la revolución. Y, a propósito de esto, el infrascrito se toma la libertad de rogar al excelentísimo señor de Saligny que entre dentro de su conciencia y examine si el lenguaje violento en que formaba

sus acriminaciones contra México, es digno del noble país que representa y en cuyos sentimientos es imposible que quepa el deseo de abusar de su carácter de acreedor. Y esto cuando la Francia no lo es con respecto a México, sino por una cantidad relativamente mezquina y cuando de este negocio no puede hacerse por otra parte una cuestión de dignidad, porque equivaldría a decir que la pobreza y las dificultades de México pueden afectar la dignidad de la Francia. La nación se ha limitado a declarar, por medio del decreto del día 17, su estado de complicación y penuria, sin desconocer ninguno de los derechos creados en favor de sus acreedores y avanzándose, por el contrario, a ofrecer nuevas garantías.

A la cordura del excelentísimo señor enviado de Francia, no puede ocultarse que pide un imposible al gobierno del infrascrito, al exigirle la derogación dentro de 24 horas, del decreto de 17 del actual. Ni el gobierno podría iniciar esa derogación, porque sería iniciar la anarquía y la disolución social; ni el Congreso que ha votado esa ley, casi por aclamación y, convencido de que es de trascendencia vital para la República, atendería la iniciativa.

La protesta con que el excelentísimo señor ministro de Francia termina su nota, parece al infrascrito tanto más excusada cuanto que él mismo la ha prevenido, por decirlo así, protestando desde sus primeras notas sobre este negocio, que las últimas resoluciones del Congreso en nada afectan los derechos legítimos de los interesados en la deuda exterior.

El infrascrito se permitirá además manifestar, salvos sus respetos al buen juicio del excelentísimo de Saligny, que lejos de ver un acto propio del honor y la dignidad del imperio francés, en la suspensión de relaciones que su representante anuncia, cree muy posible que las naciones imparciales viesan este paso como absolutamente inmotivado y espera de la cordura del excelentísimo señor ministro de Francia que, mientras recibe instrucciones, conserve con este gobierno la inteligencia cordial para cuya interrupción no existe causa alguna y que tanto puede contribuir al desenlace satisfactorio de este negocio.

El infrascrito se complace en ofrecer con esta oportunidad a S. E. el señor A. de Saligny las seguridades de su muy distinguida consideración.

Manuel María de Zamacona

WYKE CONTINÚA LA DISCUSIÓN

México, julio 26 de 1861

Al señor don Manuel María de Zamacona,
etc., etc., etc.

Querido señor:

Ayer noche a las siete, esto es, dos horas después de la expiración del término de 48 horas, dentro de las cuales pedí una contestación a mi nota del día 23, recibí la de vuestra excelencia [V. E.] del día 25, a la cual por consiguiente sólo puedo contestar con una carta particular, pues su contenido en nada cambia la resolución que tanto el ministro francés como yo nos hemos visto forzados a tomar, a causa de la conducta extraordinaria e injustificable del gobierno mexicano con respecto al decreto del 17 del corriente.

Una lectura concienzuda de la mencionada nota de V. E. me ha convencido de que la mía del 23, a que sirve de respuesta, no ha sido traducida fielmente, pues V. E. pone algunas cosas en boca mía, que nunca he dicho y tuerce el sentido de otras de tal modo que les da un significado enteramente diferente al que realmente tienen. Dejando esto, sin embargo, sólo hablaré otra vez de la parte realmente esencial de la nota de V. E. que es la negativa a derogar un plan financiero cuya adopción, además de sumir la República en nuevas dificultades pecuniarias, tendrá el efecto de traerla a una colisión con las dos primeras naciones marítimas del mundo y esto es una cuestión que el gobierno ha originado y, en la cual, permítame V. E. que lo diga, absolutamente no tiene razón.

Como ahora escribo a V. E. libre de las trabas que la reserva de una correspondencia oficial impone, puedo francamente decir a V. E. que se apoya sobre una caña rota, cuando confía en la simpatía de aquellos cuyos intereses México ha sistemáticamente sacrificado. Esto se prueba con la historia de la deuda extranjera, por lo que hace a los tenedores de bonos; bueno sería que V. E. la estudiase cuidadosamente y verá entonces que los repetidos compromisos hechos con ellos casi siempre han sido o bien enteramente esquivados o sólo parcialmente cumplidos, como por ejemplo, cuando después de haber consentido a reducir el interés del 5 al 3 por ciento, a condición de recibir ciertos pagos de los derechos recaudados en los puertos del Pacífico, no reciben ni medio por ese lado y sólo se les paga muy parcialmente por las aduanas del Atlántico.

No me detendré a hablar sobre la larga y terrible lista de asesinatos cometidos en las personas de mis desgraciados compatriotas, que creo, con una sola excepción, han quedado impunes desde la fecha de la independencia, hasta la horrorosa y reciente catástrofe del pobre señor Beale en Nápoles, ¿Cree V. E. que estos hechos lamentables puedan ganar simpatías o inspirarnos confianza en un pueblo que de esta manera viola sus compromisos con nosotros y mata a nuestros conciudadanos con perfecta impunidad? Positivamente es ya tiempo de que el gobierno de México abra los ojos ante las consecuencias naturales que trae semejante conducta y que sepa la opinión poco favorable que en Europa se tiene de él. ¿Quién tiene la culpa de que el país haya sido inundado de sangre desde la declaración de la independencia, sino sus mismos ciudadanos, que revolucionando continuamente y sosteniendo una serie de guerras fratricidas entre sí, han reducido uno de los más hermosos países del mundo a la miseria y degradado su población hasta hacerla peligrosa no sólo para sí, sino para todos los que con ella tienen contacto?

V. E. apela a los sentimientos generosos de los acreedores de un deudor desgraciado y agobiado por sus dificultades, olvidando que ese deudor sólo con haber tenido la prudencia ordinaria, en los últimos seis meses, podía en este momento estar enteramente libre de deuda, si no

hubiese voluntaria y ligeramente disipado los millones que entonces tenía a su disposición.

En cuanto a la manera de pagar a ciertos acreedores ingleses de que V. E. habla en su nota de ayer, era tan impracticable que no podía aceptarse por todos ellos: cuando se les hizo notar la naturaleza del negocio sobre lo que V. E. dice del robo de Laguna Seca y del ultraje a la legación, es inútil el que el gobierno mexicano quiera engañarse llamando a la primera "ocupación de fondos" y al último un hecho ejecutado por los "funcionarios de la reacción". Lo primero fue un robo y lo segundo una violación nunca oída del Derecho Internacional, perpetrada por un gobierno reconocido por todas las naciones europeas y por estos dos crímenes que hasta ahora no se han castigado, la Gran Bretaña hará sin duda enteramente responsable a la República.

Ya he dado a esta carta una extensión que no debía y por tanto debo concluir; pero antes de hacerlo permítame V. E., por el bien del gobierno, que insista en que se revoque el error fatal que se ha cometido respecto de este decreto, derogándolo inmediatamente, pues de otro modo es imposible toda relación oficial entre esta legación y ese gobierno, que será el responsable de un hecho que, tanto en su forma como en su esencia, es enteramente injustificable.

Confianto en que V. E. tomará lo que ahora he escrito en el espíritu que realmente me lo dicta, dejo un asunto que es mucho más serio de lo que parece o supone el gobierno mexicano.

En una segunda nota de V. E. recibida, V. E. se queja de que mi nota escrita a las cinco del día 23, fue recibida por V. E. hasta las siete del mismo día y que, por consiguiente, al escribirle a V. E. ayer a las cinco, solamente le quedaban cuarenta y seis en vez de cuarenta y ocho horas de término, antes de suspender las relaciones oficiales. Siento esto, pero no fue culpa mía, pues en ambos días despaché mis notas a las cinco y media de la tarde, bien que de hecho las dos horas perdidas por este incidente, son de ninguna importancia, puesto que V. E. se rehusó a derogar el decreto.

Reconózcame V. E. por su fiel amigo.

Charles Lennox Wyke

PATÉTICA CARTA
DE ZAMACONA A WYKE

Al excelentísimo señor Charles Wyke,
ministro de su majestad británica

Muy estimado señor:

He recibido la carta que me hizo usted el honor de dirigirme ayer y celebro que ella me dé una oportunidad para hacer llegar otra vez a sus oídos la voz sincera de un hombre honrado, que ama ardientemente a su patria, pero que ama, todavía más, la equidad y la razón y que habiendo adivinado en usted el mismo espíritu, no desconfía de que llegue a hacer justicia a las actuales miras y tendencias del gobierno mexicano.

Es imposible que una persona tan racional y caballerosa como usted, haya juzgado extraña la renuencia de este gobierno para derogar el decreto de 17 del actual. La conciencia de usted, señor ministro, debe decirle que se ha exigido al gobierno una cosa imposible, a sabiendas de que no podría obsequiar la pretensión. Sólo los trámites indispensablemente previos a la derogación de una ley votada por el Congreso, ocuparían más tiempo que el plazo que usted tuvo a bien fijar para la suspensión de nuestras relaciones oficiales. Esta sola dificultad material, explicaría la resistencia del gobierno y su resolución a afrontar peligros y dificultades mayores todavía, que los que usted tiene la bondad de advertirme.

Pero el paso que se exigía de México, hubiera sido además el suicidio político de la nación, pues que sería tanto como poner su Constitución y su soberanía, bajo la presión decisiva de la diplomacia extranjera y esto es una cuestión en que, lo digo con el convencimiento más íntimo, la justicia está de nuestra parte. A fuerza de leer lo contrario

en la correspondencia que hemos seguido en estos días y de ver repetidas veces calificada de injustificable la conducta de mi gobierno, he llegado a desconfiar de mis propias inspiraciones de equidad y sentido común y he buscado mi justificación y la de la República en los principios del Derecho Internacional. Este trabajo ha acabado por hacer firmísimas mis convicciones. Yo veo, señor ministro, que es general entre los escritores de derecho de gentes, el principio de que el cambio de las circunstancias del deudor y la imposibilidad de llevar a cabo un pacto, rescinden el vínculo obligatorio y, pues que a mi turno gozo de la libertad que me da el carácter privado de esta nota, en que puedo hacer algunas citas sin que tengan visos de una erudición impropia en comunicaciones oficiales, citaré la doctrina de Grotio y de Corcello, conforme a la cual "termina la obligación que resulta del pacto, cuando la prestación es imposible". Citaré también estas palabras textuales de Wheaton: "Se pueden rechazar los tratados aun cuando haya mediado la ratificación, fundándose en la imposibilidad física o moral de cumplir sus estipulaciones. La imposibilidad física tiene lugar, cuando la parte que ha estipulado, no está apta para cumplir, por falta de medios necesarios que dependen de ella". Copiaré además este pasaje de Martens: "La imposibilidad física en que se encuentra una nación de cumplir un tratado, concluido por ella, lo vuelve no obligatorio, pero no la dispensa de una indemnización, si la imposibilidad ha sido prevista o causada por culpa suya". Copiaré asimismo estas notables palabras del consejero Heffter: "La parte obligada puede rehusarse a la ejecución del compromiso contraído; en el caso de una imposibilidad superviviente y durable, aunque relativa, de cumplirlo, especialmente en el conflicto con sus propios deberes, con los derechos y el bienestar del pueblo". Y podría citar otras muchas autoridades, si la larga lista de todos los escritores que adoptan este principio tan obvio de derecho de gentes, no estuviera fuera de lugar en esta carta.

Hay, señor ministro, una inexplicable severidad, en negar a México la simpatía de sus acreedores y en decir que siempre ha sacrificado los intereses de éstos, a los suyos propios. He prevenido tiempo ha la invitación que me hace usted en su carta, de estudiar la historia de la

deuda inglesa y ese estudio me ha hecho ver que, desde la primera operación del empréstito contratado en Londres, la República perdió ocho millones de pesos, que la segunda emisión de bonos hecha en el año de 24, no fue más que una operación en que México amortizó a la par, el papel que corría al 50%; que posteriormente, la República ha perdido algunos millones, en las quiebras de las casas inglesas que han intervenido en este negocio; que aun en medio de los conflictos que la guerra civil acarreó al país en estos últimos años, se hicieron considerables remesas a los tenedores de bonos, en cuya virtud estos últimos pudieron sostener en la bolsa, un precio que no era de esperarse, atendidas las circunstancias de la República. Y esto se refiere al ramo de la deuda exterior en que acaso se han hecho menos sensibles los gravámenes y sacrificios de México, porque ha habido en el particular algo de ese arreglo y de ese orden, que ahora quiere introducir la República en toda su deuda. La legación británica al hablar sobre la historia de nuestra deuda exterior, debería fijarse más bien que en el empréstito de Londres, que no tiene carácter alguno diplomático, en el negocio de la convención inglesa y decir francamente de parte de quien han estado en este negocio los gravámenes y los sacrificios y si los ha escaseado la República, que en medio de sus dificultades de estos últimos años, ha ido aumentando y cubriendo con exactitud las asignaciones hechas a esa convención. En una de mis últimas notas oficiales manifesté a usted que por consideraciones de delicadeza, me abstenía de entrar en el análisis de la mencionada convención; pero en esta comunicación privada, puedo llamar la atención de usted sobre los elementos espúreos que entraron en ese arreglo diplomático y sobre su resultado, que un periódico inglés de la capital, ha sacado a luz hace tres días y que se reducen a que México ha venido a pagar una existencia de cigarros a razón de dos onzas de oro por cada cajetilla.

A las quejas que contiene la carta de usted sobre los asesinatos y depredaciones de que han sido recientemente víctimas no sólo los súbditos ingleses residentes en la República, sino también los mexicanos, nadie puede responder con menos rubor que un gobierno que se muestra profundamente preocupado por esas atrocidades y que quiere a todo

trance ponerles término, comenzando por procurarse los medios de acción que debe producir ese arreglo contra el cual se ha declarado la legación inglesa. ¿Quién tiene la culpa, pregunta usted, de este estado de cosas y de la guerra que ha ensangrentado por tanto tiempo a la República? Francamente, señor ministro, diré a usted y no debe sorprenderle, si conoce bien, como lo supongo, nuestros sucesos posteriores a la independencia, que ellos tienen su raíz en circunstancias que no son obra ni de nuestra raza ni de esta generación y que por lo que hace a las catástrofes de estos tres últimos años, la conciencia pública atribuye gran responsabilidad a los funcionarios diplomáticos que reconocieron y dieron fuerza moral a un puñado de sediciosos repudiados por toda la nación.

Insiste usted en su última carta, en la idea exagerada que se ha formado generalmente, sobre la prodigalidad con que se dice han sido gastados muchos millones procedentes de la nacionalización. Mi opinión, señor ministro, no es recusable en este punto, yo he clamado como nadie en la prensa, por dar regularidad a la administración de los bienes nacionales; pero estoy seguro de que si se reduce a cifras esta cuestión, si se precisa la importancia de los bienes eclesiásticos, el menoscabo que sufrieron durante la revolución, la cantidad de la deuda pública que se ha amortizado con ellos; los descuentos legales que se han hecho por anticipaciones y lo mucho que queda de esos bienes, se verá que en esas imputaciones de desorden y prodigalidad, hay mucho de hiperbólico.

No alcanzo la razón porque califique usted de impracticable el arreglo que los interesados en la convención inglesa, habrían formado con el gobierno. Ese arreglo u otro cualquiera análogo, sería muy hacedero, sobre la base de los valores que el decreto de 17 del actual pone en manos de la junta superior de hacienda. El citado decreto no ha dejado indotado el ramo de la deuda pública. Lo único que quieren el gobierno, el Congreso y el país, es que se nos permita acudir al restablecimiento de la paz y al arreglo de la administración; todo lo demás, la nación lo sacrifica y lo concede.

Con respecto a la calificación que se sirve usted hacer de la conducta de los jefes del ejército federal relativamente a los caudales

ocupados en Laguna Seca, me limitaré sólo a preguntar a usted si en su concepto la palabra robo implica la idea de indemnización espontánea y empeñosa como lo ha habido en este caso, en que no queda por cubrir más que un resto de esa responsabilidad, relativamente pequeño. Por lo que hace al atentado cometido en la calle de Capuchinas, debo hacer una rectificación advirtiéndole a usted que no es exacto que en la época a que se refiere ese hecho, los usurpadores que lo practicaron, estuviesen reconocidos por los representantes de las naciones amigas.

Agradezco profundamente el acento de interés con que se sirve usted exhortarme, a facilitar el reanudamiento de nuestras relaciones oficiales, mediante la revocación inmediata del decreto de 17 del actual; pero ese interés se expresaría de una manera más digna, por medio de una excitativa, no para un paso material y moralmente impracticable, sino para un arreglo compatible con el honor y la posibilidad de la nación.

Espero que usted tendrá la bondad de meditar sobre las observaciones que contiene esta carta y me lisonjea la esperanza, de que contribuyan al restablecimiento de nuestra correspondencia oficial, para cuya interrupción no alcanzo a ver todavía motivo suficiente.

Me complazco en suscribirme con este motivo su afectísimo.
Sábado, julio 27 de 1861.

Manuel María de Zamacona

ZAMACONA ENCUENTRA INJUSTIFICADA
LA DECISIÓN DE SALIGNY

27 de julio de 1861

Excelentísimo señor Alphonse Dubois de Saligny,

Muy estimado señor de mi atención:

No creo deber añadir a las explicaciones que he tenido el honor de hacer a usted oficialmente, con respecto a la hora en que recibí su comunicación de 24 del actual, más que la protesta solemne de que mi respuesta fue enviada a la legación francesa antes de expirar el término que en la expresada comunicación se fijaba para la derogación del decreto de 17 del actual, o la interrupción de nuestras relaciones oficiales.

Aunque usted ha tenido a bien poner en práctica este último paso, no encuentro todavía razón bastante que lo motive y esto me induce a tomarme la libertad de incluir en ésta, una copia de las reflexiones que, en carta privada, he dirigido al señor ministro de Inglaterra, a propósito de la resolución que ha tomado en el mismo sentido que usted y cuyos fundamentos tuvo a bien expresar con alguna amplitud, en una carta que ayer se sirvió dirigirme.

Me honro suscribiéndome de usted afectísimo y atento servidor que besa su mano [q. b. s. m.].

Manuel María de Zamacona

SALIGNY
SIGUE CON IMPERTINENCIAS

México, agosto 1º de 1861

(Manuel María de Zamacona)

Mi querido señor:

He estado de tal manera ocupado en estos últimos días, que no he podido acusar a usted recibo antes de su carta confidencial de 27 de julio, en que me trasmite copia de la comunicación que ese mismo día dirigió a Sir Charles Wyke.

Suplico a usted, mi querido señor, admita con mi excusa y mi gratitud, la nueva expresión de mis distinguidos y afectuosos sentimientos.

Alphonse (Dubois) de Saligny

PRETEXTANDO CORTESÍA WYKE
CONTINÚA DISCUTIENDO CON ZAMACONA

México, julio 30 de 1861

(Manuel María de Zamacona)

Mi querido señor:

Realmente no encuentro razón ninguna para continuar sosteniendo una correspondencia, que no puede en ninguna manera alterar, como parece usted suponerlo, la resolución que he adoptado de suspender las relaciones oficiales con su gobierno; sin embargo, por un acto de cortesía, como usted mismo lo califica, no dejaré sin contestación su nota de 27 del actual, con la advertencia no obstante de que llenado este deber, me es preciso no volver a tocar este asunto.

Es notable que estando animados mutuamente por el deseo de establecer la verdad, nos cause a cada uno respecto del otro, la mayor admiración el tratar este asunto, sosteniendo opiniones tan diametralmente opuestas, cuando bien considerado sólo puede verse bajo un solo punto de vista.

Si usted se sorprende de que yo haya exigido la derogación del decreto de 17 del actual, con mucha más razón he debido sorprenderme al ver que el gobierno de usted se había resuelto a expedirlo sin contar conmigo, como representante de una potencia que es la una de las partes contratantes en una convención que ha sido escandalosamente violada en dicho decreto.

No puedo aprobar esa mal entendida dignidad que, según usted asienta, fue la razón principal para no obsequiar mi pedido, porque

cuando una nación o un individuo han obrado mal, no le es deshonroso confesarlo y ofrecer reparación por la ofensa hecha.

Nada habría de denigrante en que el gobierno de usted hubiera derogado el decreto; nadie creería que se subalternaba a la diplomacia extranjera, sino que habría retirado una falsa medida, quitándose con esto de encima una suma de responsabilidad, de que según parece no se tiene hoy una idea exacta.

Con el fin de sostener usted sus principios cita algunas doctrinas de varios autores que han escrito sobre el Derecho Internacional; haciendo a un lado el hecho de que tales cuestiones sean aplicables al caso por su contexto, hay uno entre esos autores que condena de una manera directa una medida que según usted constantemente ha dicho, tenía por fin aliviar las dificultades pecuniarias del país. De Martens, dice usted, establece que la parte que viola sus compromisos, está obligada a indemnizar a la otra parte, siempre que tal violación del contrato sea originada por una transgresión sin razón.

Ahora bien, el gobierno del Presidente Juárez al entrar al poder, estuvo en posición muy ventajosa para liquidar todos los compromisos que pesaban sobre la República; pero por una voluntaria apatía se disiparon todos sus recursos y entonces vinieron las dificultades, de que hoy vanamente piensa desembarazarse, haciendo a un lado sus obligaciones; por consiguiente, es muy claro que ha quedado obligado a indemnizar a la Gran Bretaña; de manera, que como lo he dicho, usted agrava en vez de atenuar la responsabilidad procedente del decreto de 17 del actual.

Prosigue usted diciendo que muchas de las desgracias ocurridas han sido causadas por los agentes diplomáticos, por haber reconocido al gobierno que usted repugna; permítame usted a mi vez observar, que esos agentes estaban obligados, según el principio reconocido hoy universalmente, a reconocer con verdadera buena fe al gobierno de hecho que ocupaba la capital y tenía los archivos de la nación.

Con respecto a la advertencia que usted hace sobre la propiedad de la Iglesia, usted recordará que es difícil sobreponerse a la lógica inexorable de los hechos, con algunas frases escogidas. Todos sabemos

que esa propiedad existió y estamos igualmente penetrados hoy, de que el gobierno de México se halla en estado de penuria.

En cuanto a los medios propuestos para el pago de las reclamaciones inglesas, creo haber ya dicho a usted que han sido desaprobados a juicio de las mismas partes y no por obstáculos que se les hayan puesto.

Con respecto al negocio de Laguna Seca, tengo razón en llamar robo al acto de tomar por la fuerza lo que pertenece a otro y no volvérselo. Las promesas y las buenas palabras nada valen en casos como éste y vuelvo también a asegurar, que el gobierno que cometió el ultraje de la legación, era un gobierno reconocido de hecho por las potencias europeas representadas aquí.

Bajo estas circunstancias, pues, y con el mayor anhelo de secundar los buenos deseos de usted, no hallo en realidad nada en su nota que preste mérito a ello, sino motivos para confirmarme aún más en una resolución que la obstinación del gobierno y la necesidad de cumplir mi deber, me han compelido absolutamente a adoptar.

Si usted hubiese estudiado la historia de la deuda mexicana con los ingleses tenedores de bonos, con la intención que realmente merece, sabría que éstos verdaderamente han sacrificado, con el fin de aliviar a la República, en diversas ocasiones, la enorme suma de más de 59,000,000 de pesos. La última concesión de cuantía que se ha hecho fue en 1850, cuando el interés fue reducido del 5% al 3%, por medio de una transacción, que según el mismo agente financiero de México, el señor Payno, en su exposición sobre el asunto en 1852, ahorraba a la República la suma de 25,581,570 pesos.

Ahora, con referencia a lo que usted expone acerca de la convención británica, me es preciso recordarle, que se hallaba basada enteramente en reclamaciones británicas, cuya justicia reconoció el gobierno mexicano al autorizar este acto y que, si una gran parte de los bonos se hallan ahora en manos de mexicanos en lugar de ingleses, esto ha sido a virtud del curso natural de las transacciones de cambio de moneda, en la cual los bonos y dividendos pasan de mano en mano según la necesidad de los compradores y vendedores.

Con respecto a lo que usted dice, en contestación a mi queja sobre los muchos asesinatos de ingleses por mexicanos, no me sirve de ninguna satisfacción el saber, como por vía de contrapeso, que los mexicanos también han sido asesinados por sus conciudadanos sin que haya habido castigo.

Estos crímenes y las guerras ocurridas aquí desde la declaración de la independencia, deben atribuirse a las malas inclinaciones de un pueblo viciado y que es el único responsable de un estado de cosas que no tiene ejemplo en los anales del mundo civilizado.

Por justicia a mi mismo no puedo concluir esta carta sin decir a usted francamente, que el solo hecho de mi conducta en las actuales circunstancias y la expresión de un interés sincero en el arreglo de la cuestión presente, me excusa de contestar sobre la especie de que mi propuesta al gobierno de México es incompatible con mi propia dignidad y con la suya y me eximo de añadir, que una proposición como la que he hecho no es indecorosa e impracticable sólo porque así parezca a una de las partes interesadas.

Soy de usted, etc.

Charles Lennox Wyke

ROMERO RECIBE INSTRUCCIONES
PARA LOGRAR ASISTENCIA Y APOYO
DE ESTADOS UNIDOS

Palacio Nacional. México, julio 29 de 1861

Señor encargado de negocios de la
República Mexicana en Washington

La copia que acompaño a usted de las instrucciones que con esta misma fecha se remiten al señor ministro plenipotenciario de la República en París, le instruirá del estado que guardan las relaciones diplomáticas de este gobierno, con los representantes de Francia e Inglaterra. Advertirá usted que esas instrucciones tienden principalmente a dos objetos: rectificar los informes inexactos que los dos expresados funcionarios darán a sus gobiernos sobre la situación política de México y sobre el carácter de las medidas dictadas últimamente y facilitar el buen suceso de los trabajos que emprenderá nuestro representante en París, obteniendo que los secunde la diplomacia de las naciones amigas. Para el logro de estos dos objetos, pueden ser muy útiles los servicios de usted en su esfera de acción, pues que hay dentro de ella resortes que pueden aplicarse al buen éxito de nuestras gestiones en Europa y hay también medios de que la cuestión a que ha dado origen el decreto de 17 del actual, que hallará usted adjunto, no se desnaturalice a los ojos de las naciones amigas. Van con esta nota algunos documentos, cuya publicidad en ese país sería, muy conveniente y va también una copia de la correspondencia que este ministro ha seguido últimamente con las legaciones inglesas y francesa. Aunque al señor Corwin se ha ministrado copia de esta correspondencia y supongo que la trasmitirá a su gobierno, sería conveniente que usted se proporcionase una conferencia con el

ministro de Estado y le diese idea de la cuestión diplomática que acaba de surgir en México, mostrándole los documentos relativos y haciéndole las explicaciones oportunas. Sería también muy conveniente que, caso de que las relaciones de usted lo hicieran posible, se ejerciese alguna influencia sobre los representantes de Inglaterra y Francia en ese país, aun cuando no sea sino para impedir que se dejen impresionar con las apreciaciones inexactas de los ministros de aquellas dos naciones en México.

El gobierno se promete de la discreción y tino de usted que los emplee en asegurar para la República la asistencia y el apoyo de los Estados Unidos en la gran cuestión a que parece dar lugar la suspensión en el pago de las convenciones diplomáticas. A este propósito espero que usted remita informe de cuanto llegue a trascender, sobre la disposición en que según correspondencias particulares e indicaciones de personas calificadas, está el gobierno de Washington, de prestar a México algún auxilio pecuniario en sus actuales dificultades. Por lo demás, excusado sería recomendar a usted que cultive con empeño las simpatías de ese gobierno y robustezca en él la convicción sobre la solidaridad de intereses que en las cuestiones con las potencias de Europa liga a México y a los Estados Unidos. Debo participar a usted, para que lo comunique con discreción y reserva al gobierno de Washington, que se ha presentado al de México Mr. Pickett, agente confidencial de la confederación del Sur, pretendiendo de México una neutralidad estricta en la guerra civil de los Estados Unidos y anunciando que su objeto no es que aquella confederación sea reconocida por lo pronto, sino sólo hacer varias explicaciones sobre puntos que califica de sumo interés. El expresado agente obtuvo sólo recepción privada en la casa del ministro de Relaciones y hasta ahora no se le ha dado resolución ninguna, ofreciéndole sólo recabarla del Presidente.

El presentimiento de usted, relativo al carácter quimérico de los proyectos de Mr. Mathew, era fundado. La noticia de ellos ha sorprendido al gobierno y espera que la inteligencia y patriotismo de usted no perdone medio para desvanecer los conceptos equivocados a que la oficiosidad de Mr. Mathew haya dado lugar.

Mientras usted discutía con el gobierno de Washington el proyecto del tratado postal, el señor Corwin hacía a este Gobierno, sobre la misma materia, proposiciones que han sido discutidas y están a punto de ser aceptadas. Otro tanto ha sucedido respecto del tratado de extradición. Parece, pues, oportuno suspender toda negociación en Washington sobre el particular y esperar el resultado de las pendientes entre este Gobierno y el ministro de los Estados Unidos.

No debo concluir sin advertir a usted que tengo una vehemente sospecha de que un empleado de la legación americana ha echado una ojeada sobre la última correspondencia de usted, en que figuraba la nota relativa a la noticia que pudo usted tomar en esa secretaría de Estado, sobre algunas de las instrucciones del señor Corwin.

Reciba usted las seguridades de mi atenta consideración.

Manuel (María de) Zamacona

JUÁREZ COMENTA LA SUSPENSIÓN
DEL SERVICIO DE PAGO DE LA DEUDA EXTERIOR

México julio 27 de 1861

Señor don Juan Antonio de la Fuente
(París)

Mi querido amigo:

El mes de junio último, como ya sabrá usted, ha sido fatal para nosotros. El amigo. Ocampo fue arrebatado del seno de su familia por el español Lindoro Cajigas y conducido al campo de Zuloaga y Márquez que lo mandaron asesinar. Degollado y Valle, rendidos en el combate fueron fusilados de orden de Márquez que ya no tiene más bandera que el robo, el asesinato y el incendio. Estos bandidos han podido permanecer armados y guarecidos en los bosques merced a la miseria que ha impedido al gobierno pagar una fuerza numerosa que los persiga.

Sin embargo, se han hecho todos los esfuerzos posibles; hemos recurrido a la suspensión de pagos de la deuda interior, hemos impuesto préstamos forzosos y hasta hemos aprisionado a muchos de nuestros propietarios para obligarlos a la exhibición de las cuotas que se les han señalado y, aunque estas medidas violentas nos han dado el resultado de que se sisteme la persecución del enemigo y éste se vea hoy cercado de nuestras fuerzas en el distrito de Iguala, a la vez que por Querétaro se persigue a Mejía y por Tepic a Lozada, no podíamos seguir manteniendo nuestras fuerzas por más tiempo porque no era ya posible sacar el dinero usando de los medios violentos de la fuerza ni podíamos suspender la guerra ni entregar a la sociedad al robo y al saqueo y a una disolución completa. Nos hemos visto, pues, en la situación triste pero inevitable de

suspender todos nuestros pagos incluso los de las convenciones y de la deuda contraída en Londres. Mientras hemos podido hacer frente a nuestros gastos aun durante la lucha de tres años nos hemos abstenido de recurrir a este medio; pero hoy nos es ya imposible vivir. Salvar a la sociedad y reorganizar nuestra hacienda para poder satisfacer más adelante nuestros compromisos con la debida religiosidad, es el objeto que nos ha guiado a decretar la suspensión. Esta medida estaba indicada por la opinión pública y es por esto que ha sido adoptada por el Congreso por una mayoría inmensa de 112 votos contra cuatro de personas que sólo por temor votaron por la negativa.

Como era de esperarse, los ministros de Francia e Inglaterra, interesados en este negocio, debían repugnar la medida y, en efecto, no sólo han protestado contra ella, sino que han cortado sus relaciones con el gobierno hasta la resolución de sus respectivas cortes. Se quejan de que no se hubiera tratado con ellos previamente; pero el negocio era de una urgencia que no admitía dilación. No había ni siquiera probabilidad de que hubieran consentido en la suspensión ni de que se hubiera obtenido una pronta resolución de su parte. Días antes y de un modo extrajudicial y privado se había tratado de un arreglo con los acreedores de la convención francesa y, aunque estaban deferentes a recibir escrituras y pagarés de los bienes del clero, desistieron al fin, porque, habiendo consultado con el señor Saligny, éste les dijo que no hicieran tal arreglo. Así lo dijeron dichos acreedores. ¿Qué esperanza quedaba, pues, de que este señor ministro consintiera en la suspensión cuando no permitía ni el voluntario arreglo de los interesados con nosotros? Intentar, pues, un arreglo previo con él antes de decretarse la suspensión habría sido perder el tiempo y perder la situación. También se quejan de que el negocio se hubiera tratado en sesión secreta; pero no reflexionan que una medida grave para cuya adopción era preciso presentar descarnada como lo era la situación de la sociedad, manifestar los apuros del gobierno y esto, a la vez que los partidarios de los bandidos espían todas nuestras operaciones para alarmar y alentar a sus corifeos, no debía ventilarse en una asamblea en sesión pública.

Como verá usted en las comunicaciones que se han cambiado, los señores ministros y especialmente el señor de Saligny mezclan algo de pasión en sus intenciones, lanzan inculpaciones que debieran omitir contra el infortunio y usan de un tono que no sienta bien a representantes de naciones poderosas e ilustradas. Yo espero que el emperador Napoleón y la reina Victoria nos juzgarán y tratarán de otra manera cuando usted les manifieste nuestra situación, la imperiosa necesidad que nos ha obligado a tomar la resolución de que se trata y la imposibilidad en que estamos de cumplir por ahora nuestros compromisos. El ministerio remite a usted la ley y todos los demás documentos y datos que debe usted tener a la vista para hacerse cargo de la cuestión. También le envía las instrucciones competentes para que pase a Londres o mande persona que crea a propósito y con las instrucciones convenientes a hacer a aquella corte la misma manifestación que a la de Francia respecto de la medida tomada por la República Mexicana en cuanto a la suspensión de pagos.

Convendrá que en los periódicos se trate la cuestión de un modo favorable a México. Tanto para esto como para los gastos de la misión a Londres se le remiten a usted por este paquete 5,000 pesos, sin perjuicio de que si se hiciesen algunos otros gastos extraordinarios se hará el pago con el aviso de usted. En fin, usted hará en este asunto todo cuanto crea conveniente a fin de obtener un resultado favorable en lo posible.

Yo tengo esperanzas fundadas de que la tregua que nos da el decreto o ley citada nos producirá la completa pacificación del país y la restauración de nuestra Hacienda y de nuestro crédito, salvándonos de pronto de la anarquía y de la completa disolución de nuestra sociedad. En esta convicción hemos adoptado la medida expresada y estamos resueltos a llevarla a efecto afrontando con ánimo firme los riesgos y peligros que puedan sobrevenir, que siempre serán menos desastrosos que el suicidio que de pronto nos amagaba.

Mucho celebro que haya usted llegado a ésa sin novedad con sus chiquitos. Mi familia saluda a usted deseándole felicidades y yo me repito su amigo afectísimo y seguro servidor q. b. s. m.

(Benito Juárez)

INSTRUCCIONES RESERVADAS ENVIADAS
AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JUAN ANTONIO
DE LA FUENTE, MINISTRO PLENIPOTENCIARIO
DE MÉXICO EN PARÍS

El decreto de 17 de julio y la circular que acompaña a estas instrucciones, impondrán al señor Fuente, de las medidas por donde ha creído el nuevo ministerio, formado el día 13 del mismo mes, deber comenzar la reorganización administrativa de la República. La necesidad de suspender provisionalmente los pagos y de dar unidad y arreglo a la deuda nacional, ha sido sentida, no sólo por el gobierno, sino por todo el país y vino de ahí que esa idea, discutida ya desde que el gobierno residía en Veracruz, fue iniciada a principios del año por la prensa de la capital y reconocida como conveniente hasta tal grado, que varios escritores se disputaron la originalidad de la iniciativa. Mientras esto tenía lugar en la discusión por la prensa, el señor de Saligny la entablaba confidencialmente sobre la misma materia con el ministro de Relaciones, ofreciéndole, si bien a trueque de importantes condescendencias, proporcionar a la República, no sólo una tregua para el pago, sino aún un alivio, en cuanto a lo importante de los créditos franceses.

Las urgencias extremas en que el gobierno se ha visto por la necesidad de emprender una campaña en grande escala contra la reacción, le han obligado a pensar en todos los medios a propósito para proporcionarse recursos y como uno de ellos, inició al Congreso a fines de mayo, la suspensión de todo pago incluso el de las convenciones diplomáticas. La Cámara retrocedió entonces ante la idea de interrumpir el cumplimiento de los pactos internacionales y votó sólo 1ª suspensión de los otros pagos comunes y una autorización amplia al gobierno para proporcionarse recursos.

La situación pública se había hecho difícil por demás en esos días; las partidas reaccionarias, concentradas bajo el mando de Márquez, habrían confluído al Valle y al Estado de México y la desconfianza pública y la paralización de todos los negocios, hacían muy difíciles para el gobierno las combinaciones para arbitrar recursos. No pudo, pues, ocurrir a la salvación de la sociedad y del orden público, sino empleando sus autorizaciones en términos extremados y odiosos que llegaron hasta el encarcelamiento de los principales capitalistas, con el objeto de obligarles a fuertes exhibiciones. La reacción, entretanto, envalentonada con algunos pequeños triunfos y embriagada con la sangre de Ocampo, de Degollado, de Valle y de otros miembros notables del partido liberal, amagó de cerca la capital de la República, a cuyos suburbios llegó a penetrar alguna de sus gavillas.

El gobierno, por propio impulso y por el de la opinión profundamente impresionada, tuvo que poner en movimiento fuerzas numerosas en persecución de los facciosos y que organizar la guardia nacional del distrito, para llevar a la campaña las guarniciones de tropa permanente. Los gastos precisos para equipar y movilizar las fuerzas y para armar la guardia nacional, se han absorbido enormes sumas y esto, en momentos en que los recursos ordinarios del gobierno se hallaban nulificados y absorbido el principal de ellos, como lo sabe el excelentísimo señor Fuente, por las consignaciones al servicio de la deuda exterior. El carácter de la situación política, nulificaba así mismo los valores procedentes de la nacionalización, cuyo precio es proporcional a las probabilidades de consolidación que presenta la Reforma.

Los enemigos de ésta, entretanto, no se limitaban a devastar las comarcas más ricas y populosas de la República organizados en partidas numerosas y móviles, sino que traían entre manos maquinaciones muy ramificadas, siendo una de ellas la de envolver en sus influencias a los representantes diplomáticos. Muy fácil fue esto con respecto al del Imperio francés, que habiendo heredado las relaciones de Mr. Gabriac y teniendo en su propia casa a varios personajes de la reacción y estando individualmente interesado, según se asegura, en el buen suceso de

algunos de los negocios celebrados con los usurpadores del poder público, tenía muchos puntos de contacto y muchas afinidades con las personas que, en la capital, personifican el principio retrógrado. Vino de aquí, que en estos últimos meses, suscitase al gobierno cuantos embarazos puede sugerir la mala voluntad y que procurase y lograse hacer que sus miras fuesen inocentemente secundadas por el ministro de Inglaterra, el cual, aunque sin ningún móvil bastardo, se halla también envuelto en un ambiente político poco congenial con los principios que este gobierno está desarrollando. Para hacer al ministro de Inglaterra instrumento de las miras del señor Saligny y del partido reaccionario, ha bastado empaparle fuertemente en preocupaciones relativas a lo que se llama el carácter anárquico del partido progresista y a la conveniencia de un sistema de transacción que él cree a propósito para dar consistencia las instituciones liberales. Viendo la política de México por el prisma engañoso de la sociedad que forma alrededor de ambos diplomáticos una minoría excepcional y excéntrica, ambos profetizan el advenimiento inevitable de un partido neutro que en realidad no existe en la República y, no viendo más allá de la capital, ni toman en cuenta los intereses que la Reforma ha creado sobre toda la superficie de la nación, ni la tenacidad de los estados a sostener ciertos principios, ni la prontitud con que se unen y armonizan en el momento que los creen atacados.

Sea como fuere, bajo las inspiraciones de esa política errónea y de los intereses arriba mencionados, los dos referidos ministros han guardado en estos dos últimos meses una actitud poco amistosa frente al gobierno y su mala prevención ha influido hasta en desconcertar un arreglo que recientemente se había hecho con los interesados en las convenciones inglesa y francesa, consignándoles los valores de la nacionalización.

A mediados de este mes, la situación del gobierno había llegado a ser extremadamente difícil; sus afanes por poner en campaña fuerzas considerables, habían agotado sus recursos. Una larga crisis ministerial que tenía incompleto el gabinete, hacía lánguida la acción gubernativa; la presión del espíritu público y del Congreso, que pedían, no sin razón, movimiento y actividad, era fuertísima y el presidente, en unión de los

individuos con que integró al fin su ministerio, comprendió que era llegado el momento de emprender la reforma administrativa con entereza y brío, como el único medio de restablecer el prestigio de la revolución y de habilitar al gobierno de los elementos necesarios para devolver al país la paz y la seguridad de que por tanto tiempo ha carecido.

Bajo la influencia de esta resolución, se redactó y presentó al Congreso, el mismo día -13 de julio- en que se integró el gabinete, una iniciativa concebida, con poca diferencia, en los mismos términos que el decreto del día 17, adjunto a estas instrucciones. No dejó de discutirse, antes de formalizar la iniciativa, la conveniencia de preparar la suspensión de pagos en el terreno diplomático. Pero dos consideraciones inclinaron la opinión al extremo opuesto. En primer lugar, la conducta reciente de los ministros, sobre todo la del señor Saligny, hacía presentir en vez de condescendencia y de cordura por su parte, resistencia y embarazos creados adrede y que, caso de tener al fin que llevar a cabo la medida, podían darle un carácter más agresivo y escandaloso. Por otra parte, las circunstancias en que el gobierno se hallaba el día 13 de julio, eran extremas. Los recursos con que había habilitado al general González Ortega para la campaña, merced a exacciones forzosas impuestas a muchos capitalistas, concluían el día 15 del mismo mes y las tropas del gobierno que perseguían de cerca a las masas reaccionarias por el rumbo del sur, habían tenido por lo menos que permanecer inmóviles y que abandonar a Cuernavaca y los pueblos comarcanos, no menos que el Distrito Federal y el Estado de México, a las depredaciones y atrocidades de los facciosos. Los subsidios obtenidos por la fuerza y por el encarcelamiento ya no podían ser un recurso y el gobierno no contaba con otro para impedir las catástrofes y la anarquía de que se hallaba amenazada la parte más interesante de la República, que los fondos existentes en México y en Veracruz con destino al pago de la deuda extranjera. Una ocupación momentánea habría producido igual alarma, dejando al gobierno en las mismas complicaciones y privándole de la excusa que le da el propósito decidido de acometer el arreglo radical de la hacienda y de la deuda pública. El gobierno creyó, que no debía perder un instante en proceder a esa reforma complementaria de todas las demás

y que la idea de meter orden en la administración y de restablecer los límites legales entre las facultades financieras de la federación y de los estados había llegado a tal punto de sazón, que no debía esperarse ni un momento, para sacarla al terreno de la práctica. El gobierno no se engañó; la representación nacional, expresión fiel de la opinión en todos los matices liberales, votó la iniciativa del Ejecutivo por una mayoría de 102 votos contra cuatro. El gobierno tuvo recursos; pudo proveer de ellos al general (González) Ortega y reducir a los facciosos a la posición extrema en que se hallan hoy en el sur, mermados hasta reducirse a un número insignificante y rodeados por las fuerzas constitucionalistas en una comarca que les es hostil y en donde es probable acaben por la deserción y la falta de recursos. El gobierno ha podido respirar y dedicarse inmediatamente al arreglo de las oficinas y a la formación del presupuesto, que se publicará en la próxima semana.

El actual ministro de Relaciones, inmediatamente después de su ingreso al gabinete, entabló relaciones francas y confidenciales con todos los representantes diplomáticos, especialmente con los de Francia e Inglaterra, pero sin hablarles, a pesar de ser cosa pública, sobre la iniciativa que se discutía en el Congreso. Luego que el decreto fue comunicado por la secretaría de Hacienda a la de Relaciones, el ministro de este ramo se dirigió a hablar confidencialmente con los señores Wyke y Saligny, antes de comunicarles de oficio la suspensión de pagos decretada. El ministro de Relaciones llegó a la legación inglesa, en momentos en que el señor Wyke acababa de enviarle una comunicación, extrañando que el decreto se hubiese promulgado sin darle previo aviso. En cuanto al señor de Saligny, el ministro de Relaciones le encontró encerrado y preparando, probablemente, la comunicación que luego dirigió en el mismo sentido. Por medio de una tarjeta y luego de una esquela, el ministro de Estado hizo saber al señor de Saligny, que deseaba tener con él una conferencia privada, antes de comunicarle oficialmente el decreto sobre suspensión de pagos. Esta conferencia tuvo lugar al día siguiente después de que el señor Saligny había enviado la víspera al anochecer, un extrañamiento oficial, en los mismos términos en que lo había hecho el ministro inglés. En la conferencia con el de

Francia, comenzó éste por establecer como cuestión preliminar a todas, la entrega que había pretendido desde días atrás, de los fondos procedentes del convenio Penaud, depositados en el Montepío. La correspondencia relativa a este negocio que se remitió en copias al señor Fuente, le dará la instrucción bastante en el particular; pero debe añadirse que el señor de Saligny, desentendiéndose de las razones legítimas que han impedido la entrega de ese fondo, la pretende, alegando una promesa verbal, que dice haberle hecho el señor ministro Guzmán y aun el señor Juárez y haciendo mérito de una orden que asegura haber obtenido del señor Zarco. El señor Guzmán y el señor Juárez niegan haber hecho jamás tal promesa y protestan haberse limitado sólo a ofrecer la reposición en el Montepío del fondo Penaud, que en un día de urgencia había sido sustraído momentáneamente. En cuanto a la orden del señor Zarco, no hay constancia de ella en el ministerio y el actual secretario de Relaciones ofreció al señor Saligny que, caso de mostrar esa orden, le serían entregados los fondos que reclamaba, sin comprenderlos en la suspensión de pagos.

Esto tuvo lugar en la referida conferencia del ministro de Relaciones con el señor de Saligny, antes de comunicarle oficialmente la suspensión y el ministro francés dejó entender en aquella conferencia que, arreglada esa cuestión preliminar, no sería imposible entrar en pláticas sobre los otros puntos relativos a la deuda con Francia, repitiendo las insinuaciones que había hecho ya al señor Zarco, sobre la necesidad que México tenía de un respiro para pagar su deuda y la buena disposición que había tenido antes el señor Saligny para secundar al gobierno en este punto.

El día en que tuvo lugar esta conferencia fue festivo y al siguiente se discutió en el gobierno sobre la entrega del fondo Penaud, habiéndose, por supuesto, comunicado ya desde la víspera a las legaciones inglesa y francesa el decreto sobre suspensión de pagos. Cuando el secretario de Relaciones se preparaba a hacer saber al ministro de Francia los términos en que podía arreglarse la entrega de los 39,000 pesos procedentes del convenio Penaud, se recibió la contestación insultante y amenazadora del señor Saligny a la primera nota que el ministerio de Relaciones le había

dirigido y el carácter de esta contestación hizo ya imposible toda inteligencia cordial. A esa contestación siguieron las otras que hallará el señor Fuente en la correspondencia de que se le remite copia y que terminó con la suspensión de las relaciones oficiales entre las dos legaciones y el gobierno y con el cambio de las notas privadas que también se remiten en copia.

En esta correspondencia encontrará el señor Fuente desarrollados los principios que justifican la conducta del gobierno, en lo relativo a la suspensión de las convenciones diplomáticas. No habiendo sido posible arreglar racionalmente esta cuestión con los representantes en México, de Francia e Inglaterra, toman una importancia principal las gestiones directas que se hagan con ese objeto cerca de los gobiernos de esos dos países y, el de México, al ver brotar esta necesidad, ha tenido ocasión de congratularse por la acertada elección que hizo del señor Fuente para representarle en Francia y por lo mucho que en esta coyuntura espera de su proverbial patriotismo e ilustración.

Careciendo el gobierno de un representante en Londres y no siéndole posible enviarlo con la prontitud que exige este negocio, se ha atrevido a esperar de la condescendencia del señor Fuente que, sobre sus importantes funciones, acepte las de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario interino en Londres, especialmente para el arreglo de la cuestión a que ha dado lugar el decreto de 17 de julio. El gobierno desea con empeño, que el señor Fuente pueda hacer compatible el cumplimiento personal de este encargo, con las funciones que desempeña en París y que ahora tienen una importante aplicación en las gestiones que la suspensión en el pago de la convención francesa, hace necesarias cerca del gobierno del emperador. Pero para el caso, que el gobierno desearía se evitase por todos los medios posibles, en que sea del todo impracticable al señor Fuente trasladarse a Londres y tratar personalmente el expresado negocio, se autoriza al propio señor Fuente para que por el pronto, pueda acreditar con el carácter de secretario de legación encargado interino de negocios, a la persona que el señor Fuente juzgue a propósito y que pudiera ser, tal vez, el señor Maneyro.

Arreglado de este modo el preliminar de la personalidad, se han creído oportunas las siguientes indicaciones sobre los trabajos que hace preciso en Francia y en Inglaterra el estado actual de las relaciones de México con aquellos dos países.

Antes que todo, importa neutralizar la impresión que puedan producir en los gobiernos de Inglaterra y Francia, los informes adulterados que las Legaciones remitirán por este mismo paquete. Sobre esta materia, los ministros inglés y francés, pero muy especialmente el segundo, a más de pintar a sus gobiernos con los colores de una verdadera expoliación, la suspensión de pagos, procurarán desfigurar las otras medidas de orden y economía que contiene el decreto de 17 de julio y amortiguar la confianza que ese nuevo sistema pudiera inspirar, con relación al gobierno mexicano.

Los dos nuevos ministros, cuyas apreciaciones en cuanto a la situación del país son singularmente inexactas, dirán, de seguro, a sus gobiernos, porque lo dicen aquí mismo, que el partido liberal en México es incapaz de gobernar y administrar la República; que en el gobierno que hoy la rige, hay síntomas de disolución y que es inevitable el advenimiento próximo de alguna entidad que personifique la transacción y el principio del orden. Al señor Fuente, que por fortuna conoce tan bien la política de México, no es necesario indicarle hasta qué punto es ficticia y carece de base real y de practicabilidad, esa política de transacción, que inspiró el golpe de Estado de 57 y los sucesos de Navidad de 58 y cómo son un obstáculo insuperable para desarrollarla, los intereses que ha creado la Reforma y las aspiraciones de los estados, que mantuvieron por tres años la revolución y la hicieron triunfar contra colosales resistencias.

Se exageran, asimismo, las extorsiones y atrocidades de que se suponen víctimas a los extranjeros residentes en México. El señor Fuente debe saber, que el gobierno se ha apresurado a facilitar la reparación de los daños que puedan haber causado a algunos extranjeros, las requisiciones que han tenido lugar en este último período y que el asesinato de Mr. Beale, súbdito inglés, que tuvo lugar en Nápoles y lo que puedan haber sufrido recientemente en sus personas algunos

extranjeros, son obra de la reacción, a cuyas atrocidades quiere cabalmente el gobierno poner fin, habilitándose de los medios necesarios de acción.

El señor Fuente procurará rectificar la idea exagerada que no dejará de transmitirse a Europa, sobre lo que se llama el derroche de los bienes nacionales. Sabe muy bien el señor Fuente el menoscabo que éstos sufrieron en los tres años de la revolución; la parte considerable de la deuda que, conforme a la ley, se ha amortizado con ellos; las deducciones que ha sido preciso hacer para lograr algunas redenciones al contado y que pueden ascender aún a 10,000,000 de pesos, sólo en el Distrito Federal y en otras dos diócesis, los valores existentes que el nuevo decreto consigna al pago de la deuda pública. Si el señor Fuente lo cree oportuno, puede hacer notar la circunstancia de que, cabalmente, forman hoy parte del ministerio los hombres que más han clamado en la prensa por la pureza en las operaciones de la nacionalización y que estorbar hoy su acción reparadora equivale a estorbar la corrección del abuso en nombre del mismo abuso.

El representante de México debe tener presente, que los franceses residentes en la República son los que han recogido los mejores frutos de la nacionalización y que, en estos momentos, comenzando por algunos ricos banqueros de la capital, deploran la conducta del ministro francés y aun discuten sobre formalizar en su contra una representación, si aumentan las complicaciones que está suscitando ex profeso.

Conviene no olvidar que, para hacerlo así, sirven de móvil al señor Saligny las influencias del partido clerical, algunos de cuyos miembros se abrigan aún en la legación francesa y mantienen correspondencia regular con Márquez y otros de los principales rebeldes.

Tendría mucha importancia que se formara en Europa una idea exacta de lo que es hoy en México la reacción, de su falta absoluta de tendencia política y de los odiosos excesos a que se ha abandonado, entre los cuales figura una serie de asesinatos, que no por recaer en personas oscuras, son menos odiosos que el del señor Ocampo.

Conducirá también al objeto de estas instrucciones, que se comprendiera bien la posición en que se ha encontrado este gobierno a

mediados de este mes y cómo su propósito de proporcionarse medios de acción a todo trance, ha sido la salvación de la capital y los estados inmediatos, amenazados de un desbordamiento en que nadie habría sufrido tanto como los extranjeros, que son objeto especial de odiosidad para el partido clerical.

No se hará más que justicia al gobierno, pero es muy importante que se le haga, si los soberanos de Europa se convencen del propósito firme y decidido que anima a la administración actual de la República, por cortar los abusos inveterados que han hecho estériles en México las revoluciones políticas. Importa poner muy en realce el espíritu de orden y de moralidad que ha precedido a la promulgación del decreto del día 17, así como vindicarlo contra los que le atribuyen tendencias expoliatorias. Es muy oportuno llamar la atención sobre el carácter de esa institución que se crea con el nombre de junta de Hacienda. Para los nombramientos de sus vocales cuya aprobación está pendiente en el Congreso, el gobierno se ha desentendido de los colores políticos y no ha buscado otro título que la integridad y el talento organizados. En manos de esa junta, los valores de la nacionalización no serán estériles y, pues que se cuentan entre ellos muchas escrituras de plazo vencido y capitales de capellanías, cuyos plazos se vencen dentro de poco, la suspensión de pagos puede ser nominal para los acreedores extranjeros y, si secundan los esfuerzos de la junta, puede comenzar a tener percepciones próximas de mucha importancia. Bueno sería dejar entender a los interesados en la deuda y a sus gobiernos respectivos, que el de México no está ciegamente prendado del pensamiento que entraña el decreto del día 17 y aceptaría otro cualquiera que fuese compatible con sus miras de orden y arreglo general y con la necesidad de recursos para la pacificación del país. Al tocar los medios de proporcionarlos, puede deslizarse la idea de la precisión en que se hubiera visto el gobierno, de aumentar los derechos de importación, caso de seguir consignadas las rentas de las aduanas marítimas a la deuda pública, haciéndose valer la medida contraria que ha tomado el gobierno con la reforma liberal de los aranceles, que ha hecho y va a pasar a la aprobación del Congreso.

Como la legación inglesa y la francesa no tienen fe de su justicia en el fondo de la cuestión, no es extraño que se empeñen en presentarla bajo el aspecto de un ultraje a la Francia y a la Inglaterra, por la publicación del decreto sin ninguna noticia previa. La ilustración del señor Fuente es demasiada, para que sea preciso insistir en la necesidad, por una parte, que ha habido de obrar así y en el derecho, por otra, que tiene todo deudor, para declarar sin consentimiento previo de sus acreedores el simple hecho de que suspende sus pagos por falta de posibilidad para hacerlos, designando al mismo tiempo ciertas garantías de seguridad. En cuanto a esto, no será por demás repetir al señor Fuente, que todos los pasos del gobierno y las conferencias privadas que han mediado en el negocio, han tenido el mismo sello de moderación y de templanza que advertirá en la correspondencia por escrito.

Las indicaciones que preceden, son aplicables a la cuestión, tanto en sus relaciones con el gobierno de Inglaterra, como con el de Francia; pero hay algunos trabajos que tienen una conveniencia respectiva, relativamente a cada uno de estos dos países. En Inglaterra, a más de rectificar las ideas inexactas que pueda transmitir Sir Charles Wyke sobre la situación de México y el porvenir y tendencias del gobierno actual, sería muy conveniente presentar bajo su verdadero aspecto la cuestión, a los ojos de los tenedores de bonos y del comercio inglés. Podría llamarse la atención de los primeros sobre la inicua desigualdad que existe entre los interesados en la convención inglesa y los tenedores de bonos, presentando la perspectiva de que un arreglo general de la deuda pública no podría menos que remediar en algo esa desigualdad. No sería imposible imbuir a los tenedores de bonos mexicanos, la idea de que está muy ligada a su interés, la prosperidad de esta República y la consolidación de su gobierno. Por lo que hace a la convención inglesa, su historia y análisis que el señor Fuente hallará en algunas de las piezas adjuntas, puede servir para poner en realce, el carácter espúreo de los elementos que forman esa convención y las ventajas progresivas que los interesados en ella han ido arrancando a la debilidad de nuestros gobiernos.

Por lo que hace a Francia, es muy oportuno poner en evidencia la mezquindad del resto a que está reducida la convención francesa, única deuda reconocida y liquidada; pues que el convenio Penaud se refiere, en mucha parte, a reclamos cuya importancia no se fija todavía y la convención recientemente hecha con el señor Zarco, no ha sido aún aprobada por el Congreso. Puede conducir mucho a neutralizar los malos oficios del señor Saligny, presentarlos como la continuación del sistema de Mr. Gabriac y como parte de una intriga con el objeto de que una complicación diplomática lleve las cosas al reconocimiento del escandaloso negocio Jecker. En esto hay una gestión interesada en favor de un individuo que ni siquiera es francés, contra los intereses reales de los otros súbditos del Imperio, acreedores de México o establecidos en este país.

Para el objeto a que aluden los párrafos anteriores, es de grande importancia contar con algunos órganos en la prensa. Por conducto distinto ha enviado este ministro artículos al *Eco Hispano Americano*, al *Nord* de Bruselas y a *La Independencia* Belga y es de esperarse que vean la luz luego que llegue el paquete. Con el mismo objeto va adjunto a estas instrucciones un artículo redactado en inglés, cuya inmediata publicación en algún periódico de Inglaterra sería muy conveniente. El gobierno ha deseado que algunas publicaciones de ese género

neutralicen la primera impresión que causen los informes de los señores Wyke y Saligny, a reserva de que nuestros agentes en Europa sigan haciendo uso de la prensa según las emergencias a que vaya dando lugar la cuestión.

Para la feliz resolución de ésta, cuenta la República con la asistencia cordial de los Estados Unidos. Al señor Corwin está debiendo el gobierno muy buenos oficios y, por este mismo paquete, a más de escribir a Washington en términos muy favorables a México, se dirige a los ministros norteamericanos en París y Londres, con los cuales es muy conveniente que el señor Fuente esté en estrecho contacto, bien que cuidando de evitar que se despierten suspicacias peligrosas en las cortes europeas y en los estados disidentes de la Unión americana.

La discreción del señor Fuente le hará comprender, según las circunstancias, si es bueno que se trasciendan esas disposiciones benévolas de los Estados Unidos para con México y la especie de solidaridad que liga a los dos países, en cuestiones como ésta. Al tocar este punto parece oportuno instruir al señor Fuente de que un agente confidencial de la confederación del Sur se ha presentado ya a este gobierno y ha solicitado, en conferencias privadas, no el reconocimiento de aquella fracción de los Estados Unidos, pero sí una estricta neutralidad de parte de México.

Por complemento de estas instrucciones, debe darse al señor Fuente una idea de la situación política que el país guarda en estos momentos, bien que la hallará descrita muy por menor en el artículo dirigido al *Eco Hispano Americano* de que se habla arriba. La reacción está representada en las gavillas que aún conserva Mejía en sus madrigueras de la sierra y cuya existencia explica sólo por la inacción de las numerosas fuerzas de Guanajuato y en las que capitanea Márquez, que sigue rodeado por las fuerzas del gobierno, con cuyos jefes han comenzado a entrar en inteligencia algunos cabecillas de los facciosos. Algunas otras partidas que aparecen acá y allá, no son más que bandidos que acabarán ahora que el gobierno, habilitado de recursos, puede organizar la persecución de malhechores. La reacción, como tendencia política, no se hace muy perceptible y aún se sospecha que se ha transfigurado, invocando principios equívocos y nombres menos odiosos que los de Márquez y Zuloaga.

Mientras las fuerzas del gobierno acorralan y persiguen a la reacción, el ministerio, en consejo permanente, se ocupa de los pormenores administrativos a que se refiere el decreto del 17 y la circular que lo acompaña.

Hay quienes vean entre esto y la aparición de don Ignacio Comonfort en el estado de Nuevo León, adonde ha entrado previo permiso del señor Vidaurri. Con éste y con el gobierno de Guanajuato lo creen en consonancia algunos que toman las conjeturas como hechos, pero lo que se hace en este sentido no presenta, hasta hoy, base de realidad.

La ilustración y el tino del señor Fuente, eximen al gobierno de la necesidad de extender estas instrucciones a otra cosa que los hechos conexos con la cuestión diplomática y que, a más de quedar ya explicados, lo están todavía más ampliamente en los documentos adjuntos, cuyo inventario va a continuación.

Copia de unos apuntes sobre la convención inglesa.

Copias de la convención inglesa de diciembre 4 de 1851 y protocolos sobre ella de 27 de noviembre de 1852 y 10 de agosto de 1858.

Copias de los convenios Dunlop y Aldham.

Idem del proyecto de arreglo con los acreedores extranjeros.

Tira impresa del *Siglo Diez y Nueve*, en que constan las personas dueñas de los créditos de la convención inglesa.

Copia de la convención francesa de 1853.

Idem del convenio Penaud.

Idem de un informe de la sección de Europa, de este ministerio, sobre lo anterior.

Circular y decreto impreso sobre suspensión de pagos.

Copia de la correspondencia cambiada con las legaciones de Inglaterra y Francia, sobre el decreto de suspensión de pagos.

Idem de la protesta de los tenedores de bonos mexicanos y la contestación.

Tira impresa del *Mexican Extraordinary* de 25 de julio, sobre la deuda extranjera y un artículo manuscrito sobre lo mismo.

Un ejemplar del *Mexican Extraordinary* de 25 de julio de este año.

Un *idem* del *Trait d'Union* del 20 de julio y otro de 22 del mismo de este año.

Diez tiras del periódico *Independencia* de los meses de abril y mayo, sobre la hacienda pública y deuda interior y extranjera.

México, julio 29 de 1861.

Manuel María de Zamacona

DESDE FRANCIA DE LA FUENTE
ANALIZA CON SERENO JUICIO LOS MÁS SALIENTES
PROBLEMAS NACIONALES EN ESE MOMENTO

París, 30 de julio de 1861

Excelentísimo señor ministro de
Relaciones Exteriores de la República
México

Excelentísimo señor:

Las amenazas de Mr. Saligny; las expresiones descompasadas que Mr. Thouvenel empleó en nuestra conversación y de las cuales tengo hecha relación a vuestra excelencia [V. E.]; la declaración que él mismo hizo de que aprobaba todo lo hecho allá por Mr. de Saligny; tan fuertes, tan intempestivas e inconsideradas demandas como las que se intiman al gobierno constitucional, mientras que se prodigan los miramientos a los restos sin vida que hay por acá de la reacción, en que incluyo a Almonte, que conserva sus buenas relaciones con el emperador y a Miramón mismo que con su esposa fue convidado a las fiestas de esta corte; los esfuerzos que los dueños de la deuda contraída en Londres hacen por inclinar al gobierno inglés a tomar con nosotros el tono de un rigor malévolo como lo han logrado en muchas partes, según verá V. E. por una de las tiras que mando anexas a la nota número 26; la pretensión de intervenir en la recaudación de las rentas federales para tomar los dividendos de la deuda inglesa; los deseos de que el corresponsal del *Times* de Londres ha sido eco, proponiendo la intervención política de Inglaterra en nuestro país, que es también lo indicado por el corresponsal del *Diario de Francfort*, que V. E. podrá leer ahora y, más que todo, la

unión de Francia y de Inglaterra, confesada por Mr. Thouvenel y por Lord John Russell, dirigida a abrumar al gobierno legítimo de la República, que ningún daño les ha hecho, mientras conservaron con el gobierno de Miramón que los había agraviado, una correspondencia de buena amistad o de tolerancia por lo menos, que no interrumpieron por causa de nuevas ofensas sino porque la sedición se encontró ilógica, consigo misma en la organización de su fantástico gobierno; todo esto, señor ministro, me autoriza a concluir que hay algún designio serio contra la República por parte de Francia e Inglaterra, o que fácilmente podrán los gobiernos de estas dos últimas naciones llevar sus exigencias hasta herir profundamente la soberanía de México y hacer imposible el gobierno liberal en su Constitución.

¿Me permitirá V. E. someter a su ilustrada consideración los medios que juzgo adecuados para alejar de nosotros el mal que nos amenaza? Por lo menos, recíbalos V. E. como el fruto de largas y profundas meditaciones, a que ha presidido un patriotismo puro y un deseo vivísimo de lograr el acierto.

En el interior, yo desearía que se proveyese con toda eficacia a garantizar la seguridad individual, más que nunca amenazada por las hordas de bandidos. Esto se lograría con una buena organización de la policía de seguridad en las poblaciones y de gendarmería en los caminos. Ya en otra ocasión he tenido el honor de decir a V. E., que, habiendo llegado al *sumum* nuestro descrédito en este sentido, necesitamos, para reivindicarnos, desplegar una actividad grande, bien sostenida y bien marcada en nuestros diarios, para atraernos las simpatías de las naciones europeas, la estimación de sus gobiernos y una abundante emigración, que tanto nos conviene promover. Siendo las bandas de la reacción las que por sus crímenes enormes difunden la alarma en nuestro país, bien claro está que el exterminio de ellas es la más urgente de nuestras necesidades.

Pero seguramente V. E. no pensará atribuirme, como una deducción de ese plan, la idea de aumentar sin medida y sin regla nuestro ejército, pues que esa institución desbordada por su enormidad misma y por sus desórdenes, nos acarrearía los desastres políticos y financieros

que tan funesta la hicieron por tantos años. No se me esconde la dificultad de llevar a la perfección este arreglo en tiempo de campaña, pero tampoco sería de dictamen que por esa dificultad se rebajaran los esfuerzos del gobierno general para excluir del servicio los jefes y oficiales corrompidos, ineptos y sospechosos y para preferir a los hombres leales, morigerados, instruidos y valientes. En este particular he pensado siempre que debía olvidarse el escalafón y las antiguas rutinas para elevar al mérito en todas ocasiones, principalmente si era reconocido y estimado por las tropas.

V. E. me permitirá decir cuatro palabras sobre nuestra hacienda federal. No solamente pienso, como todo el mundo, que el agio da a nuestras finanzas un alimento envenenado, sino que me avanzo hasta asegurar que este sistema desastroso e inmoral es una de las causas más influentes en la postración del país. No tenemos un comercio nacional en grande y ni siquiera hacemos el de nuestros puertos, porque el dinero encuentra una colocación mil veces más ventajosa en las especulaciones de los agiotistas o de sus proveedores que pueden pagar un alto interés, como que lo ganan ellos mucho más fuerte, a costa del gobierno nacional. No tenemos más agricultura que la indispensable para cada localidad y para un corto radio a lo sumo, porque el cultivo en grande y los caminos que hicieran circular nuestros frutos en el interior y hasta despacharlos para el extranjero, son empresas que demandan grandes capitales y éstos se emplean de preferencia en proveer de fondos a los agiotistas. Casi no tenemos otra materia de exportación que nuestros metales; pero las minas no forman nuestra verdadera riqueza, aunque su explotación haya sido tan privilegiada por los españoles, como fue desdeñado el cultivo de nuestras tierras y la industria nacional. Este error funesto produjo la bancarrota de nuestra agricultura que ni la ley de desamortización levantará a la altura que le corresponde, mientras el dinero que para ello se necesita, no cese de afluir de todas partes para servir a la insaciable voracidad del agio.

Pero la dificultad está en proveer a los gastos de nuestra administración, si el gobierno deja de ocurrir a sus duros aviadores. Para evitar que este conflicto se declare, hay varios partidos que tomar

después de reducir todo lo posible nuestros gastos. Ante todas cosas, yo diría, que el gobierno de la Unión debe tener la exclusiva dirección y manejo de las rentas federales y que convendría proceder severamente contra sus defraudadores, porque es constante que el contrabando carcome quizás la mitad de ellas. Con 10 o 12 hombres probos, mandados a nuestras aduanas marítimas, bastaría para limpiarlas de vampiros y para montar su administración sobre bases de economía, que ciertamente necesitan esas oficinas dispendiosas. Una contribución general me parece no sólo indispensable, sino de todo punto preferible al sistema de agio, que hace perder mil veces más a la nación y compromete la paz en el interior y la independencia misma, por la influencia de los acreedores con sus respectivos gobiernos. Con las rentas de nuestras aduanas fronterizas, que hace tanto tiempo sirven sólo para despilfarros injustificables, podríamos quizás reanudar, con mayor éxito, un tratado con el gobierno de Washington por el estilo del que celebró el señor Montes con Mr. Forsyth. Debería llevarse por máxima invariable la de no negociar ninguno de nuestros productos de nuestras rentas y contribuciones. Deberíamos declarar por ley, que todo extranjero que quisiera tratar con el gobierno general, debería hacer expresa renuncia de sus derechos de extranjería en todas las resultas del contrato, porque no es suficiente lo establecido en la Constitución sobre este particular, en razón de que podría invocarse contra ella el derecho de gentes Por los gobiernos que gustasen de llevar hasta el rigor sus demandas. Por lo demás, yo no soy de los que piensan que no se puede formular una renuncia de esta clase, porque si un extranjero, cambiando de naturaleza, puede por este acto de su voluntad perder en todos los negocios de su vida la protección de su gobierno, yo no alcanzo qué le esté vedado hacer esta renuncia en uno o más casos particulares y de hecho es evidente que si él no hubiese declarado que renunciaba a esta protección, podría, sin embargo, dejar de reclamarla cuando el gobierno con quien hizo su contrato, faltara a las obligaciones que en él se había impuesto; este silencio equivaldría a una renuncia tácita de aquella protección que por eso mismo no se le dispensaría, pues ¿por qué la renuncia no ha de poder hacerse en términos expresos y con anticipación?

Pasando de estas ideas a otras de orden diverso, yo sería de opinión que aceptásemos la ley de los Estados Unidos, en cuya virtud todas las veces que, en un juicio seguido contra un extranjero, éste invoca en su favor la ley general o las cláusulas de un tratado celebrado con su nación; si el fallo del tribunal declarase que esa ley o ese tratado no amparan la causa del reclamante, se concede a este último, una nueva instancia ante un tribunal de la nación.

De otro modo es muy temible que suceda lo que tantas veces ha sucedido y conviene, a saber: que un juez local en quien el gobierno de la federación no tiene la menor influencia y que puede haber considerado una cuestión en el sentido de la legislación de su estado, comprometa las relaciones exteriores del país por una negativa de justicia o por una demora en su administración.

Paréceme que nos conviene hacer una declaración conforme con la de los Estados Unidos, para establecer que la clausura de un puerto por causa de sedición, se ha de llevar a efecto por virtud sola de la ley que así lo determine, sin necesidad de bloqueo en los términos que prescribe el nuevo derecho de gentes. Para apoyar esta declaración, podemos alegar la soberanía de la nación en todas sus fracciones, la necesidad de sofocar las facciones rebeldes que en los puertos se declaren y la posesión en que hemos estado de tomar y hacer valer estas disposiciones.

Me han enseñado algunas tiras de periódicos, venidas por los Estados Unidos del Norte y que alcanzan hasta principios de junio. Por ellas me he enterado del decreto expedido por el Congreso de la Unión, suspendiendo los pagos, con excepción de los estipulados por convenciones diplomáticas. Esta restricción me ha tranquilizado sobre las resultas que en la situación presente hubiera debido causar la generalización de esa providencia.

Ya en nota diversa he manifestado mi opinión sobre que en el caso de ceder a las exigencias de los gobiernos extranjeros en asuntos de actos y contratos verificados por la reacción, sería para nosotros de grande utilidad hacer una manifestación explícita de que cedíamos a la fuerza, porque de otro modo las sediciones tendrían un apoyo inmenso e inhumano y gravitarían sobre nuestra hacienda responsabilidades de imposible

satisfacción; mientras que los gobiernos extranjeros, fundados en nuestra aquiescencia misma, podrían encender y conservar las revoluciones por medio de los agiotistas y aniquilar después el gobierno que las venciese, con sólo estrecharle a responder por los delitos y contratos de los facciosos.

La elección de la capital, me parece un asunto muy grave y muy delicado en las circunstancias presentes. Yo no quiero llamar la atención sobre el peligro que se correría de perder el gobierno la ciudad de México, si los poderes generales la abandonaban y cesaban de vigilar e influir sobre ella con todos los medios que sólo esta residencia puede proporcionar. Mi objeto se reduce a señalar la trascendencia de una pérdida semejante de nuestras relaciones exteriores, no sólo porque sería temible que los gobiernos extranjeros reconocieran otra vez al gobierno parcial que en esa ciudad fijase su asiento, sino porque aun cesando ella de ser la capital política proseguiría siendo considerada en Europa como el más grande centro de los negocios mercantiles; por consiguiente, la revolución que allí triunfase, tendría grandísima importancia en el extranjero y tal vez acabaría de desacreditarnos como hombres incapaces de establecer en nuestro país ningún gobierno regular.

Tengo el honor de reiterar a V. E. las seguridades de mi distinguida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

JUÁREZ INTERESADO EN QUE SU GOBIERNO
ENTRE EN RELACIONES CON LOS DE EUROPA

Palacio Nacional, México, julio 30 de 1861

Al ciudadano Juan Antonio de la Fuente,
etc. etc.

Remito a usted las cartas autógrafas que el ciudadano Presidente Constitucional de la República dirige a los diversos soberanos y potencias de Europa, participándoles su elevación a la primera magistratura a fin de que se sirva entregar a su majestad [S. M.], el emperador de los franceses, la que corresponde, lo mismo para la de S. M., la reina de Inglaterra.

Respecto de las otras cartas las entregará usted a los representantes de las otras naciones con las comunicaciones para los respectivos secretarios de Estado.

(Lucas Palacio y Magarola)

DISCURSO PRONUNCIADO POR JUÁREZ
EN LA SESIÓN DE CLAUSURA DEL CONGRESO DE LA UNIÓN,
EL 31 DE JULIO DE 1961

Señores diputados:

El gobierno viene a rendir homenaje a la soberanía del pueblo, representada en esta asamblea y a felicitarla por el empleo de la sesión extraordinaria que termina en este momento.

Algunos espíritus impacientes extrañarán acaso que el Congreso no haya dado cima en esta sesión a todos los trabajos legislativos necesarios para la consolidación de las instituciones y el desarrollo de la Reforma; pero la opinión justa e ilustrada comprende que estos últimos meses han sido todavía de agitación política, de trastorno social, de zozobra, de emergencias y de peligros imprevistos y que el Congreso ha hecho un trabajo, no poco difícil y meritorio, con poner la Constitución a salvo de los ataques revolucionarios; con ratificar indirectamente las reformas sociales, de la única manera en que podía hacerlo, en días en que era imposible el trabajo reposado de imprimirles la sanción constitucional; con fijar el sentido de rectitud y de justicia de la revolución; con servir de intérprete a la indignación nacional contra las atrocidades del bando reaccionario; con ocurrir a todas las emergencias de actualidad y habilitar al gobierno de los medios de acción que ha estimado conducentes para restablecer la paz y la seguridad.

La sabiduría del Congreso ha comprendido, sin duda, que el desarrollo legislativo de todos los principios conquistados por la revolución, es un trabajo grave y trascendental, propio de días más serenos que los que han coincidido con esta sesión extraordinaria y, después de aplicar su poder soberano a otros objetos de actual conveniencia, se retira para elaborar los trabajos con que en la próxima

sesión ordinaria vendrá, a satisfacer las esperanzas que la nación funda hoy en sus representantes.

Al gobierno toca velar durante este recogimiento de los legisladores de la República. La fe del Ejecutivo y su voluntad firmísima de que la revolución produzca frutos de paz y de prosperidad dentro de poco, no han sufrido el menor menoscabo. Provisto el gobierno de los medios de acción que la confianza de esta asamblea ha puesto en sus manos, se propone seguir desempeñando su doble tarea de combatiente y de magistrado, trabajando por exterminar a los enemigos de la sociedad y por restablecer la paz, la seguridad y el orden, que son una aspiración unánime en el país.

A la vez que impulsa el gobierno las operaciones militares, después de haber puesto los elementos necesarios en manos del digno jefe que las dirige, se ocupa en purificar la administración pública del virus de corrupción que hace tanto tiempo la tiene inficionada; en organizar la revolución y la Reforma en provecho de todos los habitantes de México; en procurarles libertad y seguridad; en preparar trabajo a la multitud de individuos que el sacudimiento revolucionario ha arrancado de sus posiciones habituales; en salvar al comercio y la industria de la crisis que están atravesando y en restablecer la confianza para remediar el abatimiento del crédito.

Afortunadamente los enemigos de la paz y de la Reforma han llegado por sus mismas atrocidades a ser un símbolo odioso de pillaje y asesinato y están moralmente más vencidos que si hubieran desaparecido del todo al triunfar la revolución. Los esfuerzos, pues, que hace el gobierno para exterminarlos, tienen en la simpatía universal, la mejor garantía de buen resultado.

El gobierno tiene fe en que, tras este receso espontáneo de la Cámara, que por sí solo es un síntoma de regularidad en la vida política de México, la representación nacional vendrá a abrir, bajo mejores auspicios, su sesión ordinaria, sin que ningún amago turbe ya la serenidad de sus deliberaciones.

Presiente el gobierno que para entonces se habrá logrado ya el restablecimiento de la paz pública y que la sabiduría del Congreso vendrá ya sólo a secundarla.

RESPUESTA DEL DIPUTADO LINARES
PRESIDENTE DEL CONGRESO

Ciudadano presidente:

Al terminar la revolución armada, comienza la revolución política; ésta, por lo general, tiene dos clases de enemigos en su mismo seno, la de aquellos que por temor a las innovaciones la quieren contener en su curso natural y la de aquellos que, arrostrados por su patriotismo y su amor a los principios de libertad, pretenden lanzarla en pasos demasiado imprudentes y atrevidos; ambas facciones son contrarias al bien público, desoyen la voz del pueblo y no satisfacen la común ansiedad; ambas facciones, chocándose entre sí, nulifican sus fuerzas y, aunque aman a la libertad, la perjudican notablemente sirviendo de auxiliares al enemigo vencido en el campo de batalla; ambas facciones son, en sí mismas reaccionarias, si es cierto que la reacción tiene su origen donde la verdad y la justicia no imperan.

La nación mexicana no ha podido ser una excepción en este particular; ella ha pasado por una serie de revoluciones que, por no haber sido consumadas, han muerto en su cuna, extenuadas unas Por falta de pábulo, ahogadas otras por un desarrollo prematuro. No han faltado ocasiones en que nuestra patria haya tenido a su alcance la felicidad; mas los intereses bastardos de las antiguas clases privilegiadas, así como el desorden con que se ha procurado dar el ser a las ideas progresistas y civilizadoras, la han desviado de la buena senda, haciéndola caer de nuevo en el abismo de errores y miserias de que pugnara por salir. Verdad es que pronto la nación vuelve sobre sus pasos y conociendo que las facciones son su más cruel azote, acude otra vez a las armas para reivindicar sus derechos ultrajados y para castigar los agravios recibidos. Triunfante el pueblo, pone su porvenir a merced de los hombres que han

conquistado su confianza y éstos inciden, a veces de buena fe, en las faltas mismas que deploraron en sus antecesores, matan las libertades públicas y la patria es víctima de nuevos quebrantos.

Este círculo fatal, a cuyo derredor hemos girado inevitablemente desde que adquirimos la nacionalidad, era preciso que alguna vez llegara a romperse, fuerza era que por fin llegásemos a ponernos en una vía de legalidad, de la cual no pudieran arrojar a la nación los enemigos del porvenir, los hombres que medran siempre a la sombra de las conmociones públicas y que se alimentan con la sangre del pueblo. Éste se hallaba aleccionado por una experiencia ciertamente dolorosa, mas en cambio de los trastornos de que había sido víctima, tenía una ilustración mayor y estaba al alcance de las verdades que con prolijo afán había procurado velarle el fanatismo, realizándose en él lo que expresa un célebre historiador moderno, que siempre las revoluciones traen ventajas a los pueblos, aunque ellas no se lleven a cabo. Para que las nuestras tocaran a su término, solo se necesitaba que ascendiesen al solio del poder, ciudadanos de corazón honrado, con fe en las verdades del derecho público y de la economía política y con firmeza para ejecutar aquellos actos de energía que en tiempos anómalos, reclama el torrente de los sucesos.

Creímos haber llegado a este objeto al concluir la guerra que inició el Plan de Ayutla, entonces renacieron las esperanzas de que arrancado el poder de manos de los partidos, fuera hada más, el patrimonio de la nación; aun entonces, sin embargo, la confianza pública fue burlada y un error más funesto que los anteriores, comprometió al país en un combate desastroso y cruel, que le costó la vida de sus más ilustres hijos y la ruina y la desolación.

Viva y palpitante la guerra, un grande hombre de estado, cuya importuna muerte deploramos, preparaba por hábiles medidas, el remedio a tantos males; el bálsamo precioso que vendría a cicatrizar las heridas que habían hecho a la patria sus hijos desnaturalizados. La Reforma apareció, ofreciendo un porvenir de abundancia, de riqueza y de paz para México. A la vista de tan risueña perspectiva, los más débiles y los más indiferentes, tomaron parte en la lucha de los imprescriptibles derechos

del pueblo contra el inveterado despotismo teocrático y no tardó la nación en triunfar de sus tenaces adversarios.

Desde entonces fue un deber, el más sagrado de los encomendados a los poderes constituidos, el de afirmar para siempre la libertad, ahogar con enérgicos actos represivos la audacia de los vencidos y realizar las esperanzas de la Reforma. El Congreso ha tomado sin vacilar, la parte que le correspondía en esos interesantes trabajos, no obstante lo que pueda decirse por algunos impacientes partidarios, que hubieran deseado que en este corto período se diera término a todos los trabajos que son necesarios para la consolidación de la Reforma y que deben tener lugar cuando, disfrutándose de paz, las pasiones cedan el puesto al reposo y la madura reflexión.

Frecuentemente el eco de la guerra ha resonado en este recinto, interrumpiendo las tareas legislativas; de aquí salió Degollado para entrar en el templo de la inmortalidad, por las puertas que su valor y su virtud le abrieron; Valle también estrechó aquí las manos de sus amigos, 48 horas antes de subir las gradas del cadalso. En medio del estruendo de las armas, con el enemigo a las puertas de la capital, cuando hemos llorado a los amigos nuestros, cuando hemos temblado por el porvenir de la patria, el Congreso ha deliberado tranquilo, sin retroceder en sus creencias políticas, firme en el desempeño de su deber y reposando en las promesas de respeto y de seguridad que le ha hecho el Ejecutivo.

La legislación de esta Cámara se resiente, sin duda, de la agitación política, de la zozobra y las emergencias de estos últimos meses, mas con todo esto, las principales disposiciones que han dado, forman la esperanza de la paz tan anhelada y quizá harán época en la historia de México; siendo ejecutadas con la circunspección y energía que las circunstancias demandan, pueden ser fuente de inmensos bienes, así como ellas darán origen a males de incalculable trascendencia si combinadas con medidas a medias, su ejecución se enerva o desnaturaliza.

Al nacer el ministerio que presidió el señor don León Guzmán, se inició la suspensión de las garantías constitucionales; la comisión creada para proveer a la paz pública y a la consolidación de los principios, dio

forma y ser a esta iniciativa y el largo e ilustrado debate a que fue sometida demuestra hasta dónde vaciló la representación nacional antes de arrebatarse al pueblo su más gloriosa conquista. Hízolo así, sin embargo, a nombre de la salud pública y a fin de que jamás pudiera decirse que la Cámara era un obstáculo que aumentaba los compromisos de la situación y que éstos no eran combatibles por falta de medios.

Durante aquel ministerio y en momentos en que un execrable atentado despertó en todos los corazones el odio al crimen y el temor por la conservación de la sociedad, se expidió el decreto de proscripción contra los plagiarios y los asesinos, de cuyos excesos, la historia se horrorizará. Al mismo tiempo se invistió al Ejecutivo de facultades amplísimas en materia de hacienda, considerando que la ley debe llevar los medios de hacer su ejecución posible.

Seguro de su triunfo, hizo en aquella vez el ministerio, una promesa solemne y pública, que los destinos no han querido que veamos realizada.

Una a una, ha ido el Congreso dictando las disposiciones que el gobierno ha creído necesarias para proseguir su marcha sin tropiezo, hasta venir a dar, en los últimos días, la vigorosa Ley de Hacienda que deja esperar que este importante ramo salga de la decadencia en que desgraciadamente se encuentra. Quizá la fatalidad que pesa sobre México haga que esta ley, expresión de las necesidades patrias y en la cual se ha hecho uso de un derecho que todas las naciones han puesto en ejercicio en los momentos de conflicto, venga a producir dificultades internacionales de trascendencia. México, que espera su progreso y engrandecimiento, de la estimación y confianza de las naciones amigas, del lazo de confraternidad que por sus instituciones democráticas lo unen con los pueblos civilizados, no ha podido dar este paso sino en virtud de una necesidad extrema que está al alcance de los gobiernos europeos, a quienes siempre se han manifestado las más altas consideraciones en testimonio de los sentimientos de paz que animan a nuestro país. Nosotros también hemos recibido agravios; la nación ha resentido perjuicios de mucho tamaño por la conducta equívoca de algunos ministros extranjeros y siempre nuestras quejas han llevado el sello de la

mayor moderación; sería pues incalificable que éstos procuraran hoy un rompimiento porque México adopta una medida que fundan la razón y la equidad. Mas para este caso, la Cámara confía en que el gobierno sabrá emplear con prudencia los recursos que la diplomacia aconseja y sostener con dignidad el decoro y prerrogativas de la nación por todos los medios que presta el derecho de gentes; retroceder en este camino, sería arrojar sobre nuestra causa un baldón eterno y entregar la nacionalidad al ludibrio de los especuladores que, después de haberse enriquecido con el tesoro público, aún pretenden negarle el término necesario para salir de la bancarrota a que circunstancias fortuitas y tal vez lamentables errores, lo han conducido. "El derecho de conservación, dice Wheaton, en sí mismo llena, necesariamente, todos los otros derechos incidentes, que son esenciales para conseguir este fin".

El Poder Legislativo, seguro de su buen derecho, no teme las emergencias que sobrevengan, ni vacilará en declarar que se halla dispuesto a mantener ileso el honor del pabellón nacional, la libertad y la independencia de la patria; cooperará pues con todo su apoyo y representación, haciendo uso de los poderes que ha recibido del pueblo para sacar a la nación del abismo a que fuera lanzada por la guerra civil y la desmoralización de los partidos. Para llegar a tan patriótico objeto cuenta con la inflexibilidad del Ejecutivo, con el noble orgullo que siempre ha animado a los mexicanos en cuestiones de esta naturaleza y espera no menos de la gratitud de los extranjeros residentes en el país a quienes la nación ha abierto las puertas de la más franca hospitalidad, concediéndoles garantías y exenciones que nuestros conciudadanos aún están muy lejos de alcanzar.

La ley que suspende los pagos dispone igualmente el ingreso preciso en el tesoro federal de todas las rentas que por la ley le están consignadas y que por las necesidades de la revolución y la penuria en que los estados quedaron, han sido hasta hoy distraídas de su objeto. Tal vez sea tan difícil al Ejecutivo recoger estos productos, como a las autoridades locales entregarlos; a aquél, por la carencia de una equitativa distribución de contingente que no existe; a éstas, porque no teniendo con qué cubrir los compromisos que contrajeron con motivo de la dilatada

guerra en que nos vemos envueltos, natural es que resistan la devolución de estas rentas hasta tener saneadas las que les son propias. El Congreso no duda que el gobierno allanará estas dificultades de la manera más prudente, evitando la anarquía y procurando el restablecimiento del orden interior, que tan íntimamente se halla enlazado con la conservación de nuestra autonomía política.

A los riesgos que ligeramente van apuntados, se añaden otros de ingente importancia y que demasiado son conocidos; el Ejecutivo lo sabe mejor que los legisladores; él, que tiene la ciencia exacta de los hechos, a cuya vista han nacido éstos y desarrolládose, sabrá cumplir con la obligación de conjurarles, usando de la suma de facultades que con este motivo le ha concedido la representación nacional. Ésta recesa hoy, porque la duración muy prolongada de los cuerpos legislativos, lejos de ser un bien para las instituciones, con frecuencia se convierte en un obstáculo poderoso para aquel Poder que está encargado de animar a las leyes con la acción y la ejecución precisa de lo que ellas disponen.

Al retirarse se congratula con el gobierno por el término feliz de esta sesión extraordinaria, durante la cual no ha suspendido por un solo día el curso de sus trabajos. Llevan pues, los diputados, la conciencia de haber cumplido con su deber, si bien el Congreso, oprimido por los peligros imprevistos que han venido a sorprenderlo, no ha podido desarrollar todo el programa de libertad, de reforma y de moralidad que la patria demanda para entrar en la vía de la legalidad y de la justicia. Al disolverse, deja sobre el gobierno la inmensa responsabilidad de salvar la situación, dejándole a la vez cuantos arbitrios y recursos son bastantes para conseguirlo; los derechos del hombre están suspensos, la hacienda a merced del gobierno y éste, dispensado de cubrir sus créditos; queda, pues, a su frente abierto un amplio camino para consumir la conquista de los principios.

Nada teme el Congreso del Ejecutivo y bien conoce que ni su fe ni su voluntad firmísima de hacer fructuosa la revolución, han sufrido el menor menoscabo; la nación ha visto lo mismo y por esto le ha concedido notorios votos de confianza; pero en estos momentos solemnes en que sería un sacrilegio engañar al pueblo debe decirse la verdad con la

más ingenua franqueza; el Congreso todo lo teme del partido traidor que ya en otras ocasiones ha manchado con su contacto a los hombres más inmaculados, que en estos instantes trabaja por atar a la nación con las enmohecidas cadenas del viejo mundo; todo lo teme de aquella facción que, no logrando el poder por el medio legítimo del voto público, se infiltra en él de una manera insensible, procura la desunión, da origen a odios recíprocos y, en fin, derriba con estrépito la administración más sólidamente constituida. Nacen estos temores de los hechos que se hallan a la vista de todos; no son peligros que la imaginación exagera y por esto es muy satisfactorio oír hoy, de boca del primer magistrado, que el gobierno, a la vez que impulsa las operaciones militares, se ocupa en depurar a la administración pública de los elementos que la tienen infeccionada y son causa de su parálisis.

La Providencia que vela sobre el destino de los pueblos, ha de permitir que se cumplan los felices presentimientos del gobierno y que esta Cámara vuelva a reunirse para fecundar con sus disposiciones los beneficios de la paz. La opinión popular está por la causa de la Reforma; tengamos confianza en ella, fe en las instituciones y valor para oponernos a los enemigos de la sociedad y habremos salvado a ésta, dejando para nuestros hijos, la paz y la ventura, conquistando para nosotros un nombre imperecedero y una bella página en la historia.

Dije.

(31 de julio de 1861)

EL CONGRESO OTORGA CONCESIONES A LA EMPRESA DEL FERROCARRIL DE YUCATÁN

El ciudadano Presidente Constitucional de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión ha tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1.- Quedan exentos por el término de 30 años de todo derecho de aduana, contribución, peajes e impuestos en la actualidad vigentes o que en lo sucesivo se establecieren, los materiales, herramientas, trenes, oficinas, estaciones y todo cuanto se necesite para la construcción, conservación y uso del ferrocarril contratado entre el gobierno del estado de Yucatán y Mr. Edwin Robinson y socios, cuyo camino ha de ir de la ciudad de Mérida al punto de la costa llamado el Progreso.

2.- Para que el camino de que habla el artículo anterior tenga la amplitud debida, se concede el terreno suficiente de los baldíos por donde pase.

3.- Tan luego como estén construidas tres leguas del ferrocarril, partiendo del Progreso, se trasladará a éste la aduana marítima de Sisal.

4.- Se conceden 25 solares de los del Progreso, que no estén enajenados ni sirvan para edificios públicos.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México, a 31 de julio de 1861.

José Linares
Vicepresidente

Francisco de P. Cendejas
Diputado secretario

Emeterio Robles Gil
Diputado secretario

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio Nacional de México, a 3 de agosto de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano Blas Balcárcel, ministro de Fomento, Colonización.
Industria y Comercio.

Y lo comunico a usted para los fines consiguientes. Dios y Libertad. México, etc.

(Blas) Balcárcel

EL GENERAL INSISTE A DE LA FUENTE
QUE VIAJE A MADRID

París, 21 de julio de 1861

Señor secretario de Relaciones de México

Excelentísimo señor:

El general Prim tuvo la bondad de hacerme una visita en que naturalmente hablamos de nuestras relaciones con España. Él me dijo que, según sus informes, el señor Collantes, ministro de su majestad católica [S. M. C.], había contestado la nota explicativa del señor Zarco, diciendo que España no entraría en ninguna especie de relaciones con México, sino es que el gobierno de este país comenzara por reconocer el Tratado Mon-Almonte. Yo le dije que ignoraba esta resolución hasta el momento en que él gustaba de comunicármela y que por ella echaba de ver que el gobierno español no quería entrar en ninguna transacción.

Me respondió instruyéndome de que, al deliberar sobre el arreglo concluido por el señor don Miguel de los Santos Álvarez, convenía el ministerio con el señor Prim en que ese arreglo podía aceptarse por arreglos privados, pero después que por estipulación solemne se conviniese en admitir lisa y llanamente la convención de Santa Anna - ahora sería el Tratado Mon-Almonte- con todas las consecuencias que había tenido.

Le hice observar que de este modo la cuestión de paz y guerra estaba pendiente por parte de España de una forma injusta e inútilmente exigida a México, al mismo tiempo que se reconocía el buen derecho con que demandaba que se revisasen por ambos gobiernos los créditos introducidos por fraude bajo el amparo de la convención, Me contestó

que esta exigencia debía ser considerada como natural en una potencia que reconocía su fuerza y la comparaba con nuestra debilidad relativa.

-¡Cuidado, señor general! -le dije- cuidado con esa confianza, nosotros tendríamos sobre ustedes todas las ventajas de una guerra defensiva que se haría con todo el empuje de la opinión general, porque me consta que en nuestras últimas revueltas el gran trabajo del gobierno mexicano ha sido contener los odios que los mochos españoles han concitado contra los individuos de su nación. Yo llegaría a un arreglo equitativo por otra consideración muy diferente de esa que usted me indica y que yo no admitiré jamás, quiero decir que preferiría un deslinde pacífico a la guerra, porque no querría que se declarase entre pueblos que deben ser amigos.

El general insistió en que yo debía ir a Madrid: "Tal vez, añadió, ese paso no será enteramente conforme a los usos de la diplomacia; pensé sería de mi gusto por su franqueza".

Yo le contesté que no era dueño de seguir inspiraciones más o menos recomendables bajo el aspecto privado, mucho menos después del ejemplo del señor Lafragua quien, con mayores datos que los que yo podía tener sobre mi recepción, vio frustrada la suya en Madrid. Insistió en que por allá se creía que yo me presentase sin demora, sobre lo cual le dije que yo traía por principal y durable encargo la legación de Francia y, como él se mostrase sorprendido de que España no hubiese obtenido la preferencia, yo le tranquilicé explicándole que, nombrado yo de antemano para dirigir nuestra legación en París y no pudiendo nuestro gobierno enviar directamente a España una legación que ignoraba si sería o no recibida, se había aprovechado de mi viaje a Francia para encomendarme de la legación de España, si el gobierno de esta nación correspondía a la manifestación pacífica del gobierno mexicano.

Hace dos noches vi de nuevo al general Prim, en casa de la señora madre de su esposa. Se acercó a mí para preguntarme si era cierto lo que decían de los triunfos de la reacción, cosa que él sentiría mucho a fuer de liberal. Yo le contesté, como era cierto, que no había recibido mi correspondencia del paquete inglés; que había leído algunas tiras de periódicos americanos y mexicanos de los que podía deducirse que la

reacción había cometido nuevas hazañas de su gusto, es decir, asesinatos horribles y que, si bien había alcanzado alguna ventaja, habían sido rechazadas sus hordas de las puertas de la capital por los batallones de Oaxaca y se les había perseguido causándoles grandes pérdidas.

Cambiando luego de conversación me dijo que estaba ahora perfectamente seguro de que el ministro de España no había contestado cosa alguna al señor Zarco y me añadió que estaba aquí el subsecretario de Estado, hombre muy recomendable y, que si yo me prestaba, él podría proporcionarme, en una casa que yo visitara, una conferencia con dicho señor, para que no pareciera ésta buscada por una ni por otra parte. Accedí a esto de buena voluntad, porque nos importa saber el pensamiento verdadero del gobierno español sobre sus cuestiones con México y del resultado tendré el honor de dar a usted oportuno aviso como es de mi obligación.

He tratado con la mayor urbanidad y distinción al general Prim por el recuerdo de su valiente discurso en las cortes a favor de nuestra causa en este mismo negocio de los créditos españoles. Tal vez la buena disposición que me muestra, contribuya al éxito satisfactorio de esta legación.

Juan Antonio de la Fuente

DESDE FRANCIA, JUAN N. ALMONTE
TRABAJA CONTRA EL SUPREMO GOBIERNO

Washington, agosto 1º de 1861

Excelentísimo señor ministro de relaciones de la República
México

Excelentísimo señor:

Hoy he sabido de una manera que no deja ninguna duda los hechos siguientes, que me apresuro a comunicar a ese ministerio para conocimiento del excelentísimo señor presidente.

Don Juan N. Almonte ha estado trabajando en París en persuadir a Mr. Dayton, ministro de los Estados Unidos cerca de su majestad [S. M.] el emperador de los franceses, que el gobierno actual de México se compone de una facción execrada por los hombres amantes de su país, que sólo trata de lucrar con los empleos públicos, sin tener patriotismo ninguno ni el más ligero miramiento por los intereses de la República. Mr. Dayton remitió al departamento de Estado una nota sobre este asunto, de la cual manda hoy Mr. Seward copia a Mr. Corwin, con instrucciones cuyo tenor no he podido averiguar aún.

Por los antecedentes que tengo, creo que la nota de Mr. Dayton ha hecho mala impresión contra nosotros en este gobierno. Don Juan N. Almonte es un hombre favorablemente conocido en este país, en el que, como vuestra excelencia [V. E.] sabe, ha estado varias veces con el carácter de ministro de México. Además, las simpatías de Mr. Seward estuvieron siempre del lado del llamado gobierno reaccionario, según informé a ese ministerio en mi nota reservada número ocho, de 5 de septiembre último.

Los trabajos que tengan por objeto corregir la mala impresión que haya producido la nota de Mr. Dayton deben emprenderse principalmente con Mr. Corwin porque, a lo que él diga respecto de la situación de la República, se le dará aquí más fe que al testimonio de cualquiera otra persona. Yo haré lo que pueda cerca de algunas personas de influencia y del presidente.

Con fecha de hoy traslado esta nota al excelentísimo señor ministro de la República en París, para su conocimiento y para que, si lo estima conveniente, procure rectificar la opinión de Mr. Dayton sobre este asunto, dando los pasos que le dicten su patriotismo, ilustración y prudencia.

Aprovecho esta oportunidad para reproducir a V. E. las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

LOS TRABAJOS DE ALMONTE
PUEDEN INDIGNAR A LOS BUENOS MEXICANOS

París, agosto 21 de 1861

Señor don Matías Romero,
Washington

Muy estimado amigo:

Los trabajos de Almonte, a que alude usted en su nota, si bien pueden indignar a los buenos mexicanos por la audacia de este hombre en hablar de faltas contra el patriotismo, cuando él, después de largos años lo ha ultrajado de mil maneras; con todo eso, un proceder tan irregular nada tiene de sorprendente, sobre todo si se considera que en asunto de maquiavelismo nada hay de nuevo y extraño para la facción conservadora de México.

Por escaso y limitado que sea el talento observador de Mr. Corwin, ha debido reconocer sin trabajo un buen patriota en el excelentísimo señor presidente, quien, por noviembre de 1860, corrigió grandemente la falta que había cometido en momentos verdaderamente difíciles y rechazó el Tratado de McLane-Ocampo que se proponía de nuevo a su aceptación. Fuera de la primera resolución de este negocio y las que tomó en uno o dos casos más, en que me pareció que su acuerdo importaba un grave desacierto, siempre tuve el gusto de verlo conforme con mis opiniones y, aun en los casos referidos, en que su dictamen fue contrario al mío, no me cabe duda que sus intenciones eran sanas. La sencillez del presidente, su justificación, su constancia y patriotismo, son cosas de que cuantos lleguen a tratarle deben quedar profundamente persuadidos.

En consecuencia, por este lado, no hay riesgo de que las pérfidas insinuaciones de Almonte perjudiquen al gobierno constitucional; mucho menos cuando -según veo por los papeles del norte, pues no tengo hace dos meses ningunas noticias oficiales- el gobierno de Washington, por su tratado postal y por haber alcanzado de México licencia para pasar sus tropas, atrayéndonos la aversión de los estados separatistas, el gobierno de Washington, vuelvo a decir, tiene un grande interés en mantener las mejores relaciones con el gobierno del señor Juárez.

El verdadero peligro está en la incomprensible desunión y desconcierto en nuestro partido liberal, el que, no obstante la grandeza de sus sacrificios y la hermosura de sus teorías, acabará, si no se corrige pronto, por ser despreciado en América y en Europa como incapaz de establecer un gobierno que mantenga la paz y haga observar las leyes. De esto resultará la anarquía, la intervención y todos los males imaginables. Todo esto he dicho a nuestro gobierno desde que venía yo en camino y mucho más desde que llegué a esta capital.

Volviendo a las cosas de Almonte, diré a usted que se había lisonjeado este señor con la seguridad de que yo no sería recibido mientras su carta de retiro no viniese; en consecuencia, él y su comparsa había hecho publicar dentro y fuera de la Francia este cuento, en que se complacían sobre todo decir; pero han quedado confundidos con la recepción imperial de que hablo a usted en mi nota reservada y que vino a ser una confirmación de la recepción ministerial que obró todos sus efectos durante la ausencia del emperador.

Tengo el gusto de aprovechar esta ocasión para repetirme su afectísimo amigo y seguro servidor que atento b. s. m.

Juan Antonio de la Fuente

DOBLADO AFIRMA
NO ESTAR DE ACUERDO CON COMONFORT

Guanajuato, agosto 4 de 1861

Excelentísimo señor Presidente don Benito Juárez
México

Muy señor mío y apreciable amigo:

Oficialmente di cuenta al ministerio respectivo del motín verificado por los oficiales del 4º ligero en la madrugada del 1º del corriente, con el fin de favorecer la evasión de unos presos políticos que había en Granaditas, el cual concluyó con el fusilamiento de dos de aquéllos, a las catorce horas de cometido el delito. La tranquilidad pública sigue inalterable y dos terceras partes de los soldados del cuerpo se han vuelto a presentar oportunamente.

Sé que trabajan por persuadir a usted que estoy de acuerdo con Comonfort; miente quien tal dice, sea quien fuere. No saldré del camino que me marca la Constitución; no entraré en el terreno revolucionario por ninguna bandera ni persona; me opondré, cumpliendo con mi deber, a todo lo que sea contra la Reforma. Como hombre público no tengo opiniones personales.

No he contestado las imputaciones de la prensa de esa capital, referentes al particular, porque conociendo el origen espurio y venal de sus producciones he creído que no merecen más que desprecio.

Si estas indicaciones contribuyen a ilustrar a usted, quedará muy satisfecho su afectísimo compañero, amigo y seguro servidor que besa su mano [q. b. s. m.].

Manuel Doblado

He recibido al señor Huarte como lo exigía la apreciable recomendación de usted y lo mismo haré con cuantas se me presenten.

VIDAURRI SE NIEGA
A APREHENDER A COMONFORT

Monterrey, agosto 9 de 1861

Excelentísimo ciudadano don Benito Juárez
México

Mi muy apreciable amigo y señor:

Si la importancia de los negocios públicos debe medirse por sus trascendencias, me parece que se halla en este caso la orden del ministerio de Gobernación de 15 de julio último, en que se me previene aprehenda y remita a esa capital al señor general don Ignacio Comonfort, para que sea juzgado por el golpe de Estado. Ya había yo escrito a usted con fecha 4 del próximo pasado, refiriéndome a mi comunicación anterior en que participaba al ministerio la venida de ese señor a vivir en el estado, previo permiso que pidió y se le concedió por mi gobierno y, fundado en las razones legales que expuse en dicha nota, suplicaba a usted en mi carta no se desaprobaba una concesión que no contaría ley ni disposición alguna anterior sobre el caso; pero a mi regreso de la frontera me he encontrado con dicha orden la cual me pone en el mayor conflicto por haber considerado el Supremo Gobierno este asunto de distinta manera que yo y en tal apuro no encuentro otro arbitrio que ocurrir en lo particular a la benevolencia de usted antes de tocar la vía oficial, desgraciadamente tan peligrosa, a lo menos para mí; pues ya temo valerme de este medio, aun en los casos más insignificantes, al ver que en todos o casi todos salgo mal con el gobierno.

Yo pongo a usted en mi lugar, señor presidente. Se me exige lo que no se exigiría de un particular sin envilecerlo, esto es, que aprehenda al

mismo a quien di un asilo, sin considerar que él pidió un juicio y se resolvió que cesó de ser presidente desde diciembre de 1857, lo que implica evidentemente un fenecimiento de su causa, sin considerar que los altos funcionarios, según la Constitución, sólo pueden ser juzgados por sus delitos oficiales un año después de concluido su período y ya se ve que de diciembre de 57 a la fecha van corridos cerca de cuatro años y, por último, se expidió esa orden de aprehensión sin atender a ninguna de las razones que expuse en mi oficio relativo, cuya contestación se reservó para después. Sobre dichas razones hay otras de no menos importancia: primera, que recibido el señor Comonfort en el estado con claras y repetidas muestras de cordialidad, comprometería la tranquilidad pública si se hubiera de llevar a efecto la orden consabida; segunda, que se le obligaría a lanzarse a la revolución por defenderse de sus enemigos, cuando está dispuesto a servir al gobierno si más adelante lo necesita para defender la causa liberal; tercera, que a mí se me colocaría en igual predicamento o, en el caso de separarme, lo cual importaría un trastorno, pero que prefiero todo antes que cometer una acción indigna y repugnante a mi conciencia.

Dejo a la sensatez de usted esas tan poderosas reflexiones y las demás que se desprenden del asunto; que el señor Comonfort en la vida privada y lejos del teatro de los sucesos en nada perjudica a la causa pública, si se le deja en paz; que de no hacerse esto así, es claro que la situación se complica al proceder contra un hombre que como jefe reconocido de un partido no le falta influencia ni otros elementos de resistencia que hasta aquí ha rehusado, probando así que sólo anhela por la consolidación de la paz bajo los auspicios de la libertad. Además, la salud del señor Comonfort está bastante quebrantada por causas físicas y morales que ya no le era posible resistir fuera de su patria.

Así pues, someto lo expuesto a la benignidad de usted; mas si se desgracia este medio amistoso por el que suplico no se me obligue a cometer una acción ruin, cuando semejante sacrificio no me lo exige la ley ni el bien público; en ese caso veré agotado todo, prudencia, amistad, ruegos y la invocación de la justicia.

Cuando me he determinado a escribir esta carta es porque confío en las altas prendas de la persona a quien la dirijo, principalmente en su prudencia y buen corazón, tomándome la libertad de incluirle en copia la que cité al principio, por si no la hubiese recibido.

Con el mayor respeto y sinceridad me suscribo de usted como siempre su afectísimo amigo y servidor, que atento s. m. b.

Santiago Vidaurri

LOS REACCIONARIOS DIVULGAN INFUNDIOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Washington, agosto 12 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Excelentísimo señor:

Por varios incidentes que enumeraré a vuestra excelencia [V. E.] someramente, he llegado a descubrir que la reacción trata de aprovecharse del privilegio concedido por el Soberano Congreso de la Unión a las fuerzas de los Estados Unidos para pasar por el territorio de la República, para subvertir el orden de cosas existente ahora en México e imponer de nuevo su yugo a la nación.

Cree dicha facción que tal privilegio no podrá menos que envolver a la República en una guerra con una de las dos secciones de este país y que el único modo de evitarla o terminarla después de comenzada, es la caída del gobierno que con su conducta la provocó y el establecimiento de uno nuevo que desde luego acuerde una medida de separación.

Hace poco que el *Times* de Nueva York publicó con el título de "Noticias de México" varias anécdotas que se suponía habían ocurrido en la República. Se decía que el excelentísimo señor presidente había renunciado ese alto puesto por temor de ser encausado por haber autorizado la celebración del Tratado Ocampo McLane; que el excelentísimo señor presidente de la Suprema Corte de Justicia, en quien había recaído el mando supremo de la nación, se había rehusado a prestar el juramento de sostener la Constitución política de la República, diciendo que no le sería posible gobernar con ella y que entonces se había llamado, para encargarlo de la dictadura, a don Ignacio Comonfort, quien sabedor de que esto había de ocurrir, se había trasladado con anticipación

a Brownswille, en donde en efecto reside en la actualidad. Se daba a entender también que una de las primeras medidas del dictador sería retirar el referido permiso concedido a este gobierno.

Aunque tenía yo presunciones de que el autor de tales noticias sería don Gregorio Barandiarán, que sigue siendo aquí el agente de la reacción, me pareció conveniente dar algunos pasos para saberlo con seguridad y, gracias a la facilidad que tengo para informarme de dónde procede lo que publica dicho periódico, averigüé que las supuestas noticias fueron facilitadas por los agentes de don Ignacio Comonfort en Nueva York, quienes se cree que obraron en este negocio de concierto con don Gregorio Barandiarán. Se me ha asegurado también que ellas contienen el plan que se proponen seguir los enemigos de la presente administración.

Hoy hice una visita al señor Tassara, ministro español que generalmente está impuesto de los planes de la reacción, con el objeto de promoverle conversaciones sobre el referido permiso. Le manifesté que los periódicos aseguraban que se había concedido; pero que a mí no se me había comunicado todavía oficialmente. Él me dijo que consideraba la medida, en caso de ser cierta, altamente impolítica e hija de la más grande imprevisión y que estaba seguro "que ella bastaría por sí sola para derrocar al gobierno más sólidamente establecido". En estas últimas palabras creo que expresó el concepto de Barandiarán y de la reacción.

El periódico oficial de este gobierno publicó hace poco el párrafo que remito a V. E., sobre el tránsito de las tropas americanas por el territorio mexicano, diciendo que es de desear que el gobierno no use de tal privilegio.

Todo lo cual tengo la honra de manifestar a ese ministerio para conocimiento del excelentísimo señor presidente, reproduciendo a V. E. las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

AMENAZAS DE INVADIR
LA BAJA CALIFORNIA

Washington, agosto 16 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores,
México

Excelentísimo señor:

Tengo la honra de remitir a V. E. una tira del *National Intelligencer* de hoy, periódico que se publica en esta capital, en que se da la noticia de que el general Summer, en jefe de la división del Pacífico, ha informado a este gobierno que el coronel Van Dorn, del ejército del Sur, estaba en camino de San Antonio de Béjar a El Paso, a la cabeza de 1,300 hombres, con intención de invadir la Baja California. El mismo artículo asegura que el comodoro Montgomery, jefe de la escuadra de los Estados Unidos en el Pacífico, a quien el general Summer comunicó tales sucesos, había expedido instrucciones a sus subordinados para que cooperen con el ejército de los Estados Unidos, a fin de impedir que se verifique la invasión.

Por ser la noticia muy importante para México y tener todas las apariencias de verdadera, pues hasta se copia literalmente en ella el texto de las instrucciones del comodoro Montgomery, creí oportuno informarme de donde procedía y el grado de crédito que deba dársele. El corresponsal de la *Prensa Asociada*, que es el autor de ella, me dijo que había tenido en sus manos los despachos originales del comodoro Montgomery, que se le franquearon en el departamento de Marina y que de ellos había tomado los apuntes que desarrolló en el artículo antes mencionado. El último párrafo relativo al auxilio que las fuerzas del sur

esperaban de los facciosos de la República, me manifestó que lo había escrito en vista de una conversación que tuvo ayer con una persona recién venida de California. Esto último no es, por lo mismo, digno del menor crédito.

Adquiridos los precedentes informes, me pareció conveniente dirigirme al departamento de Estado solicitado, en la apariencia, cerciorarme de la verdad de la noticia; pero, en el fondo, con el objeto de saber qué es lo que este gobierno piensa hacer en el caso de que tenga lugar la invasión a la Baja California o a cualquiera otra parte de nuestro territorio por bandas de filibusteros o por tropas organizadas de los estados disidentes del sur. Con este objeto dirijo hoy a Mr. Seward la nota confidencial que tengo la honra de remitir a V. E. en copia.

Luego que reciba yo la respuesta de este gobierno la trasladaré a V. E. y lo informaré de los demás pasos que juzgue conveniente dar en este negocio, según se presenten las circunstancias.

Entretanto aprovecho la oportunidad para reproducirle las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

INDAGACIONES DE ROMERO
SOBRE UNA POSIBLE INVASIÓN
DE LOS SUREÑOS A BAJA CALIFORNIA

Washington, agosto 16 de 1861

Al honorable William H. Seward, secretario de Estado

Señor secretario:

He visto en el *National Intelligencer* de hoy el artículo que remito adjunto, en que se asegura que el general Summer, en jefe de la división del Pacífico, ha informado al gobierno de los Estados Unidos que corría el rumor de que el coronel Van Dorn, del ejército disidente estaba en camino de San Antonio a El Paso, a la cabeza de 1,300 hombres, con la intención de invadir la Baja California. El mismo artículo asegura también que el comodoro Montgomery, a quien el general Summer comunicó los mismos sucesos, había expedido instrucciones a sus subordinados para que cooperaran con el ejército de los Estados Unidos a fin de impedir que tal invasión tuviera lugar.

Con objeto de poder informar a mi gobierno de lo que haya de verdad sobre estos rumores, cuya certeza se me ha asegurado por otros conductos fidedignos y de cuál sea la conducta que el gobierno de los Estados Unidos se proponga seguir en caso que aquella invasión se verifique, suplico a usted se sirva decirme si es cierto que el comodoro Montgomery expidió las instrucciones que se le atribuyen y si ellas han sido o no, aprobadas por el gobierno de los Estados Unidos.

Aprovecho esta oportunidad para reproducir a usted, señor, las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

RESPUESTA DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO
SOBRE LA POSIBLE INVASIÓN DE BAJA CALIFORNIA

Washington, 19 de agosto de 1861

Al señor don Matías Romero, etc., etc., etc.

Señor:

Tengo la honra de acusar recibo de la nota de usted de 16 del corriente, relativa a las noticias que se han publicado respecto de los movimientos que se atribuyen a las tropas de los Estados Unidos en la dirección de la Baja California y en que suplica usted se le den seguridades auténticas sobre este asunto para conocimiento de su gobierno.

La consideración debida al interés público no permite informe yo a usted con anticipación sobre las operaciones militares de este gobierno. Puede usted estar seguro, sin embargo, que adoptará todas las medidas que estén a su alcance con objeto de prevenir una invasión hostil de la Baja California o de cualquiera otra parte del territorio de la República Mexicana por partidas que procedan del territorio sobre el que los Estados Unidos tienen o pretenden tener jurisdicción.

Me aprovecho, señor, de esta ocasión para renovar a usted las seguridades de mi alta consideración.

William H. Seward

Es copia. Washington, agosto 19 de 1861.

(Matías) Romero

COMENTARIOS DE ROMERO A LA RESPUESTA DEL
DEPARTAMENTO DE ESTADO

Washington, agosto 19 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Excelentísimo señor:

Estando esta mañana en el departamento de Estado, adonde fui con objeto de informar a Mr. Seward que voy a ausentarme por pocos días de esta capital, según manifestaré a vuestra excelencia [V. E.] en nota separada, me entregaron en aquella oficina la nota de que remito a V. E. copia en inglés, acompañada de la traducción correspondiente, en respuesta a la mía de 16 del actual sobre la anunciada invasión de la Baja California.

Tal nota, que llena completamente el objeto que me propuse en la mía citada de 16 del actual, me parece del todo satisfactoria para los intereses de la República. Está basada sobre el punto en que sería menos indecoroso para México solicitar la cooperación de este gobierno contra las partidas que pudieran invadir nuestro territorio, esto es, sobre la obligación que los Estados Unidos tienen de impedir que se organicen y salgan de su territorio expediciones armadas contra países amigos. Mientras los Estados Unidos reclamen como parte integrante de ellos a los estados disidentes y mientras nosotros no reconozcamos la independencia de los últimos, tenemos derecho para exigir de parte de este gobierno la represión de tales atentados, ya sea que las expediciones salgan de Nueva Orleáns o Brownsville, como de Nueva York o Boston.

En la entrevista que tuve en seguida con Mr. Seward le dije que los términos de su nota me parecían satisfactorios y que esperaba que lo mismo los encontraría mi gobierno. Le dije también que yo no había solicitado que se me informara de los pormenores de los pasos que este gobierno se proponía dar para impedir que la invasión se verificase, sino que sólo trataba de saber si se opondría o no a ella en caso de que tuviese lugar. Estas explicaciones dadas de viva voz, me ahorran la necesidad de manifestarlas por escrito al departamento.

Entretanto no ocurran nuevos sucesos, no creo conveniente dar ningún otro paso sobre el asunto.

Reproduzco a V. E. con este motivo las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

NAPOLEÓN III RECIBE A DE LA FUENTE
EN SU CARÁCTER DE MINISTRO DE MÉXICO

París, agosto 20 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Excelentísimo señor:

Por fin el día 10 del corriente se verificó mi recepción en audiencia pública imperial. A mi discurso brevísimo, según aquí se acostumbra, contestó el emperador que su majestad [S. M.] se complacía en corresponder a los sentimientos amistosos del excelentísimo señor presidente, que se alegraba de mi nombramiento para esta legación y me encargaba de hacerlo saber a su excelencia [S. E.]. Entrando luego, en conversación particular, S. M. se sirvió informarse de las últimas noticias de México expresando la pena que le causaba el ver que un país tan hermoso estuviese devorado por las guerras civiles; añadió que deseaba sinceramente la conservación de la independencia de México y había temido que los angloamericanos conquistasen nuestra tierra, pero lo que es hoy, añadió S. M., demasiado tienen que hacer en su propia casa. En fin, me dijo que no se podía tener una idea del interés que le inspiraba nuestra suerte por causa del gran número de franceses que hay en México.

Yo contesté a S. M. que sentía mucho no haber recibido por el último paquete inglés, la correspondencia oficial que no llegó a Veracruz con oportunidad; pero que por los diarios y cartas que había podido ver, me juzgaba en estado de decir que la reacción, incapaz de producir un cambio político radical, se había entregado a excesos terribles que hacían

necesaria y segura su ruina y que, por lo demás, el sentimiento de independencia era vivo y profundo en todo el país.

Como S. M. me replicase que Sonora y los estados fronterizos le parecían, más que los otros, expuestos a la absorción americana, yo le respondí al momento que, precisamente esos estados habían rechazado siempre las invasiones de filibusteros y que estaban muy singularmente animados del espíritu de nacionalidad, lo que podía yo certificar a S. M. con tanto más fundamento, cuanto que yo había nacido en uno de los Estados referidos.

Hice luego la presentación del secretario y oficial de la legación a S. M. que los acogió perfectamente.

Después de todo lo que había pasado, yo me temía una recepción fría por lo menos, ya que no fuese áspera y aceda; pero ha sucedido todo lo contrario pues el emperador ha mostrado en todo la más exquisita benevolencia.

V. E. puede creerme si le afirmo que, sin los antecedentes de que tengo dada al gobierno cuenta exacta, no me detendría yo en reseñar estos pormenores; pero en verdad que no carecen ahora de importancia, porque probablemente son la señal de un cambio en la política de este gobierno con la República. Desde luego tenemos resuelta a nuestro favor la cuestión previa sobre carta de retiro del ex general Almonte y el honor del gobierno de México ha quedado, a mi juicio, muy bien puesto en esta escaramuza, si puedo hablar así, después que de palabra y por escrito, se había pretendido sostener que aquella formalidad era necesaria para poner fin a la representación diplomática de la reacción mexicana cerca del emperador. Es probable que S. M. se haya hecho dar cuenta de este negocio y que haya prescrito el término a que felizmente ha llegado. Pero no es del todo inverosímil que desde un principio, como yo lo sospechaba, se hubiese pensado aparentar que el gobierno francés miraba una falta contra las formas en la omisión de la carta referida. De todos modos, queda allanada esta dificultad que tanto ruido había hecho, no sólo en el pequeño círculo que aquí defiende la causa de Miramón, sino hasta en España, cuyos diarios, instruidos sin duda por estos señores, han publicado que no sería yo recibido en Francia, porque el gobierno de

México no había puesto fin conforme a los usos, a la misión del e ex general Almonte.

Las palabras del emperador sugieren importantes observaciones. Los Estados Unidos de América no tienen las simpatías del gobierno francés. México las tiene en el sentido de su independencia, en el sentido de una administración interior que mantenga la paz y el orden. Los proyectos de invasión americana son altamente reprobados por el emperador y esto se aviene perfectamente con la declaración que hizo a Hidalgo, Mr. de Thouvenel y que yo referí a V. E. en nota del mes pasado. Me parece que de nuestra libertad democrática no se cura el emperador y que la vería con gusto destruida, si un gobierno cualquiera ofreciese garantías de estabilidad, de energía y de pública seguridad. Por consiguiente, no creeré yo que nos hemos salvado de todo peligro de intervención, sino cuando el gobierno mexicano sea una entidad real y poderosa contra toda especie de bandidos. V. E. sabe mejor que yo, que la distribución del poder público en nacional y local, es decir nuestra federación y la libertad y la igualdad política, civil y religiosa de nuestros compatriotas, es decir nuestra democracia y nuestra Reforma, son instituciones grandes y preciosas por su mérito, por su necesidad y por los sacrificios que han costado a tres de nuestras generaciones y yo, que he prestado mi débil cooperación a la causa popular en mi patria, no puedo menos de desear su consolidación y pleno desarrollo; solamente debo agregar que esa causa no tendría significación en el interior ni estima y simpatías en el extranjero, si no se mostrase capaz de establecer un gobierno que hiciera respetar las leyes, ¿cuál es en resolución, el espíritu y cuáles las tendencias de este gobierno respecto de nosotros? Me atrevo a responder que en el fondo preferiría ver afirmada en México una administración enérgica aunque frisara en despótica, más bien que el hermoso gobierno democrático representante de nuestra revolución. Pero juzgó que la Francia vería con buenos ojos este último con las condiciones que acabo de indicar.

Por de contado, el cumplimiento de nuestros compromisos pecuniarios entra como un requisito para alcanzar esta condescendencia; pero siempre seré de dictamen que aun tratándose de reclamaciones

pecuniarias, nos dispensaría este gobierno bastante consideración si tuviera mejor idea de la estabilidad de nuestras cosas. Por desgracia las últimas noticias transmitidas por gentes adversas al gobierno liberal eran desconsoladoras y, para colmo de males, no vinieron las del mismo gobierno, que hubieran podido dar buenas explicaciones y seguridades.

La frase del emperador anda en los labios de amigos y enemigos. ¡Qué lástima, dicen, que sea tan desgraciado aquel hermoso país!

Antes de concluir, permítame V. E. que haga yo aquí dos observaciones: la primera es, que olvidado por deber y por mi propia índole, de todo lo que a mi persona se refiere, para tener la vista fija siempre en los intereses de mi nación, no he podido calificar como decisivamente favorable para esos intereses la recepción lisonjera que me ha hecho el emperador, hasta no ver que en los negocios gravísimos de los bonos de Jecker y de la nueva convención francesa, las reclamaciones de Mr. de Saligny son menos exigentes y belicosas. La segunda observación consiste en que, dando por sentado que tanta sea nuestra fortuna, eso en mi sentir, no debe cambiar en nada, la política mexicana en el sentido que expresa esta nota y más extensamente las otras que con anterioridad he tenido el honor de dirigir a V. E. sobre el mismo asunto.

Lo que comunico a V. E. para su conocimiento y por lo que pueda importar a los intereses de México de que está dignamente encargado V. E. en ese país.

Tengo el honor de reiterar a V. E. las seguridades de mi más distinguida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

DISCURSO DE GONZÁLEZ ORTEGA
AL PROTESTAR COMO MINISTRO
DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA

Señores diputados:

Acabo de hacer una protesta solemne como ministro de la Suprema Corte de Justicia. Siendo gobernador constitucional de uno de los estados de la confederación mexicana y teniendo que desempeñar otra misión extraña a los preceptos del derecho en la capital de la República, me habría abstenido de aceptar un cargo tan honorífico como difícil y más difícil respecto de mí, porque carezco de conocimientos teóricos y prácticos en la ciencia del derecho, si muchos ciudadanos instruidos, patriotas y con grande influencia en los círculos políticos y democráticos, no me hubieran cuasi obligado a ello.

Lo que soy y lo poco que valgo le pertenece a mi patria, al partido puro, al partido de la Reforma, del progreso y de la libertad; por lo mismo, cualquiera sacrificio, porque es sacrificio aceptar un cargo para el que el agraciado se juzga incapaz, será pequeño si lo hago por objetos tan caros; pero antes, señores, quiero manifestar de una manera solemne a la nación toda, por medio de sus representantes, que si mi nombramiento llegare a tenerse como un obstáculo para el sosiego de la República o para que el actual magistrado supremo que rige sus destinos adquiera el prestigio y fuerza moral de que debe estar rodeado para hacer todo el bien posible, haré dimisión de él, en el acto que se marque esa necesidad política, por la prensa o por la opinión pública. Porque yo, señores, deseo que se lleven al terreno de la realidad y de la práctica las grandes concepciones de la revolución reformista y éstas serán siempre una quimera, serán siempre una ilusión, quedarán en la esfera de las teorías, si no se da la paz a la República y para esto es indispensable, es

absolutamente necesario, que el gobierno tenga todo el prestigio y poder posible para dar cima a la obra colosal que regenerará, no muy tarde, a nuestra patria.

Señores diputados: he oído muchas veces con orgullo, porque pertenezco a vuestro partido, pronunciar por vosotros mismos, con respeto y veneración, el nombre mágico para los demócratas, el nombre del pueblo. Habéis dicho también: todas nuestras conquistas son para el pueblo; todos nuestros esfuerzos, han sido por el pueblo; todas nuestras esperanzas son ver grande y feliz al pueblo; pues bien, señores, permitidme que os diga una palabra, porque hablo a las figuras colosales de la democracia, a los hombres influyentes de mi patria. El pueblo armado paseó, después de la jornada de Calpulalpan, sus banderas victoriosas, las banderas de la Reforma y de la libertad por todos los ángulos de la República; conquistó un brillante porvenir y lo entregó a sus hombres públicos para que lo afianzaran. El pueblo salió vencedor en el terreno de las armas y de la opinión. La cuestión de principios quedó entonces concluida.

Cuestiones de personas, cuestiones secundarias, han encendido de nuevo la guerra civil. Hemos querido castigar a cinco o seis criminales y hemos castigado al pueblo; millares de hombres inocentes son llevados de los talleres, de las minas y de las sementeras a los campos de batallas y en éstos he visto centenares de hombres del pueblo muertos y hechos pedazos a unos, moribundos y cubiertos de sangre a otros y, entre éstos últimos, hace pocos días que he visto a algunos tender hacia mi sus manos y dirigirme una mirada, en presencia de muchos testigos, como queriéndome decir: si sois demócratas, ¿por qué derramáis la sangre del pueblo? Si hemos conquistado ya de una manera intransigible y absoluta los principios de libertad y Reforma, ¿por qué no afianzáis la paz de la manera más conveniente a los intereses del pueblo y más conforme a la marcha de la civilización y de la filosofía? Establecer la paz, bajo estos auspicios, es la obra de la democracia; quererla establecer entre sangre y entre cadáveres, es la obra de los déspotas y de los tiranos.

Señores diputados: si queremos que el partido puro realice sus grandes conquistas y que el manto del progreso y de la libertad cubra a nuestra patria, démosle la paz a la República. Si no hacemos esto, muy pronto vendrá la historia y le dirá al mundo: los demócratas reformistas de 1861 fueron heroicos en la pelea, grandes en la desgracia y con su sangre y con sus esfuerzos conquistaron hermosos principios sociales y políticos; pero no pudieron ponerlos en práctica, ni gobernar a una nación.

Dije.

(Agosto 21 de 1861).

DE LA FUENTE ENTREVISTA OFICIOSAMENTE EN PARÍS
AL SUBSECRETARIO DE RELACIONES DE ESPAÑA

(París) agosto 21 de 1861

(Excelentísimo señor secretario de Relaciones Exteriores)
Excelentísimo señor:

Por el paquete del mes anterior anuncié a vuestra excelencia [V. E.] que el general Prim había ofrecídomelo de su propia voluntad que facilitaría una especie de vista y conocimiento entre el señor Comyn, subsecretario de España y yo, en la casa de la señora Agüero. Así sucedió, en efecto.

El subsecretario me dijo que suponía próximo mi viaje a España. Le contesté que eso dependía del gobierno español pues, habiéndole escrito el mío con ocasión de la despedida del señor Pacheco, dándole explicaciones sobre esta providencia, manifestándole su deseo de conservar con España las mejores relaciones y que, en consecuencia, estaba dispuesto a enviar y recibir agentes diplomáticos que las reanudasen y cultivasen activamente, parecía muy natural y debido esperar la respuesta de aquel gobierno antes de enviar un ministro cerca de él; que en esa expectativa y para corresponder a los sentimientos de España, si eran pacíficos y amistosos, yo, que había sido el primer ministro enviado a Europa, había recibido el encargo de pasar a España en esa eventualidad.

El señor Comyn me dijo que ignoraba si el gobierno de la reina de España había contestado a esa nota y hasta ignoraba que en esta última se abriese tan francamente la puerta a la renovación de las relaciones diplomáticas entre ambos países; que, acaso, se habría enviado la contestación por conducto del capitán general de Cuba, pero que estaba más bien inclinado a pensar que nada se había contestado todavía porque

ninguna noticia de esto se le había dado, siendo así que le escribían puntualmente lo que pasaba en la secretaría de Estado para tenerlo al corriente de los negocios.

Me preguntó si tenía yo instrucciones para arreglar los puntos de desavenencia en términos que no fuese preciso pedir las nuevas, como ya en otra ocasión había sucedido. Añadió, por último, que le parecían, según su juicio particular, inútiles todas las gestiones de México mientras no declarase plenamente que llevaría adelante el Tratado Mon-Almonte. Le respondí confirmando el concepto que acababa yo de emitir sobre la nota del señor Zarco; añadí que tenía instrucciones para tratar, llegada la oportunidad de hacerlo, si bien esas instrucciones contenían, como era natural, ciertas reglas y condiciones a que debía yo arreglar mi conducta; que, en orden a las pretensiones de España, era preciso que las detallara antes de hablar acerca de ellas, mucho más cuando la declaración de México estaba todavía esperando la contestación de España.

Díjome luego que, en su concepto, el punto verdadero de la dificultad estaba en que México exigía que se estipulase expresamente la revisión de los créditos dolorosamente introducidos entre los protegidos por la convención hispano-mexicana, mientras que el gobierno español se negaba a admitir esta revisión en cláusula expresa y unida a las demás que se estipularan con objeto de restablecer las buenas relaciones entre los dos países. "Otra cosa sería, continuó diciendo, si después de convenir en lo que España pide, el gobierno de México solicitara del español que se sometieran a nuevo examen los créditos concertados".

Yo no podía responder esto directamente sin comprometerse a dar explicaciones que no debía proferir ante un hombre sin verdadera representación de España para este negocio y mi reserva era tanto más necesaria cuanto que mis conceptos hubieran tenido el aire de Propositiones que no debo hacer antes de mi recepción oficial, como V. E. me lo tiene prevenido con razón. Así, pues, le dije que toda discusión era inútil antes de conocer la disposición de España con respecto a las explicaciones que le ha hecho el gobierno mexicano, en lo cual convino sin dificultad, añadiendo que a su vuelta a España se informaría de todo y promovería el negocio, asegurándome que, por su parte, estaría siempre

animado de los mejores sentimientos Para llegar a un deslinde amistoso, a lo que respondí que yo abundaba en el mismo espíritu que era, con verdad, el de mi gobierno.

Antes de continuar, debo hacer a V. E. una observación, a saber que ni el asunto del señor Pacheco ni otros fuera de la convención sobre la deuda española, parecen preocupar mucho a aquel gobierno.

La destitución desairada del señor Pacheco y la declaración del ministerio sobre su despedida de México, son, en parte, una confirmación de lo que acabo de decir.

El señor Comyn se despidió y quedé solo con el general Prim. Este señor me exhortó de nuevo a considerar las reflexiones que antes me había manifestado y de las cuales tengo hecha a V. E. relación exacta. "En verdad, general -le dije- que podría yo apelar al juicio imparcial de usted para que me dijese si, cuando México ofrece cumplir la convención de Santa Anna que es lo que España desea, pidiendo tan sólo que se sujeten a nuevo examen los créditos inicuaamente reconocidos como buenos y cuando España conviene en que se ha cometido esta iniquidad y es muy debida la revisión, debamos, sin embargo, rompernos las cabezas por meras formas como es, en primer lugar, la ratificación del Tratado que Almonte celebró en representación de un partido rebelado contra nuestras leyes y cuyos actos, por los principios del gobierno del señor Juárez y por el bien de la paz en México, no pueden ser considerados sino como delitos de usurpación de la legítima potestad; en segundo lugar yo quisiera también me dijese usted si México tiene sobrada razón para pedir que se le garantice debidamente aquello que se reconoce fundado en su buen derecho".

En cuanto a la debilidad relativa de México, he repetido al general Prim de lo que usted sabe y le he agregado que él mismo, en el discurso que tanta honra le hacía, estuvo muy lejos de autorizar la máxima de sentar bien a la nación más fuerte, pedir más de lo que en justicia se le debe.

Por último, he explicado a este señor general que si, estando en favor de procurar que no interviniese para nada el señor Mon porque ni

en sus gestiones ni en sus informes podía mostrar imparcialidad supuestos sus antecedentes.¹⁷

Pero queda todavía una dificultad. Si este negocio hubiere de someterse a un arbitraje, me parece que las amenazas de Francia y España al gobierno de México, no permiten considerar como conveniente y decoroso para nosotros designar estas naciones como arbitradoras, mientras sus relaciones con la República no sean de mejor calidad a todas luces.

En este particular tengo que suplicar a V. E. que pida y me trasmita instrucciones del excelentísimo señor presidente.

Juan Antonio de la Fuente

¹⁷ Queda duda de si este párrafo está bien escrito debido a que tenía un renglón mal colocado en la edición impresa. HCHS.

DOBLADO HACE SABER
QUE NO APOYA A COMONFORT

Querétaro, agosto 25 de 1861

Excelentísimo señor gobernador don [. . .] ¹⁸

Muy señor mío y estimado amigo:

La aparición de don Ignacio Comonfort en el estado de Nuevo León, ha causado grande alarma en el partido liberal. En estos estados del centro y en la capital de la República, es unánime el sentimiento que lo repugna y las resistencias que va a encontrar, son mayores sin duda que lo que él ha calculado. Yo ignoro cuál sea la realidad de las cosas respecto de la venida de aquel señor, porque carezco absolutamente de correspondencia particular del estado referido y sólo sé lo que nos dice su boletín oficial. Pero como a causa de la amistad que tengo con don Ignacio, se ha creído con ligereza que estoy de acuerdo y que protejo su empresa, creo conveniente desvanecer esta especie, para evitar las consecuencias de un error en un punto tan trascendental.

Estoy decidido, por efecto de una convicción íntima, a no separarme del camino trazado por la Constitución de 1857 y a combatir, por cuantos medios pueda, cualquier movimiento que tienda a destruir este código y a nulificar las Leyes de Reforma, que fueron su inmediata consecuencia. No veré la persona ni la bandera que enarbole; cumpliré con el compromiso que tengo como gobernador constitucional del estado de Guanajuato y sacrificaré, como otras veces, mi amistad y mis afecciones por sostener un orden de cosas que por más que se diga es

¹⁸ Carta circular que envió a casi todos los gobernadores.

invencible, porque es la expresión de una necesidad universal en la República y el efecto natural e indeclinable del siglo en que vivimos. Como la falta de inteligencia en los gobernadores podría acarrear dificultades a la hora de la lucha, quiero ponerme en contacto con usted, que se halla al frente de un estado poderoso e ilustrado, a fin de que usted se ponga en guardia contra las intrigas que se harán jugar probablemente para hacerme aparecer como disidente o al menos como sospechoso. Nos hemos tratado bastante para que usted se persuada de que es franca esta manifestación y que, conforme a ella, procederé en mis futuras operaciones.

La reacción ha sufrido un golpe mortal con la derrota de Márquez, que supongo sabrá usted de oficio; los poquísimos restos de éste, han venido a unirse a Mejía, que se encuentra en la falda de la Sierra Gorda y que muy pronto batiremos u obligaremos a meterse al corazón de aquélla, en donde concluirá por falta de recursos. Son tan frecuentes los accidentes que impiden la circulación de la correspondencia, que he determinado mandar con ésta a don. . . para que la entregue a usted en mano propia, pues así lo aconseja la importancia de su contenido. Además, el ciudadano. . . ayudante mío hasta la fecha, suplirá, con su instrucción verbal, las omisiones en que yo incurra y, como testigo presencial, dará a usted un informe tan exacto como puede usted apetecer de la situación de los estados de Guanajuato y Querétaro, de sus fuerzas y recursos militares, de la opinión pública, de la situación del enemigo y de los movimientos últimamente practicados para combatirlo.

Soy de usted, etc.

Manuel Doblado

ROMERO DESTACA EL SIGNIFICADO
DEL PERMISO CONCEDIDO
PARA TRÁNSITO DE TROPAS

Washington, agosto 26 de 1861

Honorable William H. Seward,
etc., etc., etc.

Señor secretario:

Refiriéndome a mi nota de 8 de mayo último, tengo la honra de remitir a usted copia de una comunicación que acabo de recibir del ministerio de Relaciones Exteriores de México, a la que está adjunto el permiso concedido por el Soberano Congreso de la República en 20 de junio último a las tropas de los Estados Unidos para pasar al través del territorio mexicano de Guaymas a Arizona, en los términos en que lo solicitó usted en la nota que se sirvió dirigir a esta legación con fecha 7 del citado mayo.

Espero, señor, que el gobierno de los Estados Unidos verá, en la concesión de este permiso, una nueva prueba del sincero deseo que anima al de México de estrechar las relaciones de amistad que felizmente existen entre ambos países.

Aprovecho gustoso esta oportunidad para reproducir a usted, señor, las seguridades de mi más alta consideración.

Matías Romero

PARA EL MINISTRO DE RELACIONES FRANCÉS
ES ABSURDA LA LIBERTAD RELIGIOSA EN MÉXICO

París, 26 de agosto de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones
Exteriores de la República Mexicana
México

Excelentísimo señor:

En la correspondencia llevada por don José Hidalgo, como secretario de esta legación, con el llamado gobierno de la facción clérigo-militar, he encontrado una declaración importante que Mr. Thouvenel hizo calificando de absurda la libertad religiosa en México.

Probablemente Mr. Thouvenel no cambiará de dictamen hasta que se resuelva, favorablemente para la libertad del mundo, como tiene que suceder por fuerza y no muy tarde, la cuestión capital sobre el poder secular del Papa; cuestión que por su naturaleza y necesarias trascendencias, envuelve todo el porvenir del catolicismo, tal como ahora se comprende. El Papa no puede existir en Roma y el gran Cavour no podía hablar de esta existencia unida a la libertad de la Iglesia y del Estado, sino como una solución que no había de ser aceptada y que, aun dado que lo fuese, no era posible que bastase largo tiempo a la conservación de la paz en Italia.

Volviendo a la mala prevención de Mr. Thouvenel, no sería ella parte para que yo dejase de cumplir con mis instrucciones en este sentido, si no concurriese la circunstancia de que hablo en nota diversa, esto es, las malas noticias de nuestro país, que no permiten alcanzar ninguna

ventaja en las negociaciones. Dentro de tres o cuatro días llegará el paquete deseado y sabré por fin a qué atenerme.

Reitero a V. E. las seguridades de mi distinguida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO RECONOCE
EL GESTO AMISTOSO MEXICANO AL PERMITIR EL TRÁNSITO
DE TROPAS ESTADOUNIDENSES POR SONORA

Washington, agosto 27 de 1861

Al señor Matías Romero,
etc., etc., etc.

Señor:

Tengo la honra de acusar recibo de la nota de usted de ayer, a la que acompaño copia de un despacho recibido últimamente del gobierno mexicano con que se transmitió a usted el asentimiento del Soberano Congreso de la República a la solicitud de este gobierno sobre permiso para el paso de tropas de los Estados Unidos al través del territorio mexicano de Guaymas a Arizona, bajo la garantía de no intervenir con las personas o propiedades del territorio que se atraviere.

Suplico a usted trasmita a su gobierno las seguridades de la alta estima con que se ha visto por este gobierno la respuesta liberal, pronta y magnánima que México ha dado a los Estados Unidos en esta emergencia.

Estamos profundamente persuadidos de que sólo pudo adoptarse tal política en virtud de la más grande confianza en la integridad y buena fe de este gobierno, quien procurará por todos los medios posibles usar el privilegio que se le ha concedido de tal manera, que ni el pueblo ni las autoridades de México tengan motivo de sentir la marcada prueba de cortesía que han dado a una potencia amiga.

Me aprovecho de esta ocasión para renovar a usted, señor, las seguridades de mi más alta consideración.

William H. Seward

Es traducción. Washington, agosto 27 de 1861.

(Matías) Romero

ZAMACONA EXPLICA A DE LA FUENTE
LA CONDUCTA DE SALIGNY

Palacio Nacional. México, agosto 29 de 1861

Señor don Juan Antonio de la Fuente,
ministro plenipotenciario de la
República Mexicana en París

Entre los documentos que acompaño en esta comunicación, encontrará usted los que vinieron a cerrar la correspondencia que siguió este ministerio con las legaciones de Francia e Inglaterra, a propósito del decreto sobre suspensión de pagos y que no fue posible remitir a usted completa hace un mes, porque esas últimas notas, como usted advertirá, son de fecha posterior al despacho del paquete.

Cerrada esa correspondencia, la actitud aparente de los dos ministros de Inglaterra y Francia ha sido de mera expectativa. Bajo estas apariencias, sin embargo, ambos, pero muy especialmente el señor Saligny, han desplegado, durante todo el mes, un sistema de incesante hostilidad, que pone de manifiesto su propósito de orillar las cosas a una formal ruptura y de frustrar los esfuerzos que con empeño y buena fe ha hecho y está haciendo el gobierno, para dar una solución digna y satisfactoria a la cuestión sobre la deuda extranjera.

Para que usted se empape bien en esta cuestión y pueda apreciar con exactitud la conducta de los representantes de Inglaterra y Francia en este último período, conviene hacerle una reseña compendiosa de los trabajos de la administración y de los acontecimientos políticos más importantes, en el curso de este mes.

En el estado que guardaban las cosas al organizarse a mediados de julio el actual gabinete, ninguna cuestión presentaba la importancia que

la financiera. La consolidación de la Reforma; la pacificación del país; el restablecimiento de la seguridad pública; la abolición de las exacciones vejatorias y de las operaciones ruinosas para adquirir recursos, todo dependía de que el gobierno se los procurase de una manera segura y regular. De aquí brotó la idea de prevenir el ingreso en la Tesorería general de todas las rentas federales, sin excepción alguna y de organizar el ejército y las oficinas con la mayor economía, completando esta reforma con la formación de un presupuesto económico hasta donde fuese posible. El gobierno, pues, desde la publicación del decreto de 17 de julio, se ha ocupado en dictar las órdenes más enérgicas para que se haga efectiva la consolidación de las rentas en la Tesorería general, en formar el presupuesto que ha logrado reducir a poco más de 8 millones en arreglar las oficinas y la fuerza armada, sobre plantas y cuadros que se detallan en el mismo presupuesto y que satisfacen todas las aspiraciones de la opinión en materia de economía. Pero estos trabajos, fecundos para lo futuro, no podían dar frutos inmediatos de desahogo y regularidad en la Hacienda Pública; el trastorno de las comunicaciones ordinarias con las costas y los estados fronterizos; el hábito creado en los gobiernos de los estados de no respetar a veces las rentas federales y el pretexto que hoy da para ello la necesidad de exterminar en algunos puntos a las reliquias armadas de la reacción, hacían necesario algún intervalo de medidas progresivamente enérgicas, hasta lograr la percepción en México de todos los productos de las aduanas. Por otra parte, las economías más importantes, que son las relativas a la organización del ejército, no podían ponerse instantáneamente en práctica, en la mayor parte de las fuerzas que están en campaña y cuyo presupuesto era indispensable cubrir de cualquier modo, para no entorpecer las operaciones. Resultaba de todo esto, que antes de ver los frutos del arreglo administrativo proclamado a mediados de julio, debía transcurrir un intervalo de graves dificultades y que el resolverlas era una cuestión preliminar. La solución en que se fijó el gobierno, fue buscar alguna forma en cuya virtud, los recursos que tenía desparramados en las aduanas marítimas, se percibiesen aquí de pronto y a ese efecto se entendió con los individuos más influentes entre los comerciantes y

capitalistas, combinando un arreglo en que entraban concesiones muy seductoras y que no podía menos que ser un provecho común.

Entre los documentos que acompañan a esta nota, encontrará usted los términos de ese arreglo. Pero, con motivo de él, se ha hecho notar especialmente, la hostilidad sistemática e implacable del ministro francés y el eficaz apoyo que le presta Mr. Wyke. Ambos han hecho entender a los comerciantes extranjeros, resueltos ya casi a entrar en el arreglo indicado, que toda combinación sobre los productos de las aduanas marítimas, era peligrosísima, porque ellas podían ser ocupadas de un momento a otro por las fuerzas navales de Inglaterra o Francia. Estas mal intencionadas advertencias frustraron la referida combinación y el gobierno, obligado a impulsar vigorosamente las operaciones militares para utilizar el importante triunfo que obtuvo el día 14 sobre Márquez y su gente, se ha visto en la necesidad de decretar la contribución extraordinaria sobre capitales, de que habla el decreto incluso entre los adjuntos documentos. Con motivo de este arbitrio repugnante y odioso a que el gobierno ha sido empujado por los mismos ministros extranjeros, han intentado ellos emplear un nuevo orden de hostilidades. Las legaciones de Inglaterra y de Francia, tan condescendientes con Zuloaga y Miramón en las cuatro veces que decretaron y cobraron el mismo impuesto, se han empeñado por hacer ahora del negocio cuestión del cuerpo diplomático y a no ser por la imparcial y enérgica renuncia del ministro de los Estados Unidos habría logrado su objeto. A falta de ello, han instruido a sus nacionales para que resistan, por todos los medios posibles, el cobro de la contribución. El ministro de Prusia, bajo la apariencia de un aviso amistoso, vino a hacer en lo verbal a este ministerio una gestión contra el impuesto decretado. El encargado de Negocios del Ecuador me dirigió después una nota sobre el mismo asunto; nota que, con la correspondiente respuesta, encontrará usted entre los adjuntos documentos.

No han quedado aquí los medios de que el señor de Saligny se ha servido para suscitar dificultades al gobierno. La noticia de la completa derrota que Márquez y los suyos sufrieron el día 14, fue recibida en México con demostraciones espontáneas de regocijo popular, pero sin

que se mezclase en ellas nada de amenazador, ni aun para los correligionarios del cabecilla vencido. Esas demostraciones, no obstante, prestaron oportunidad al señor de Saligny para hacer entender al cuerpo diplomático que había sido objeto de un ultraje y aun de una tentativa de asesinato y para inducir a los demás ministros a suscribir la nota colectiva que, con la respuesta y la réplica a que dio lugar, va también entre los documentos adjuntos. Como esas notas lo indican, se hizo sobre el suceso una empeñosa averiguación judicial, cuyas piezas principales remito a usted en copia y que ha puesto fuera de toda duda, que la queja del señor Saligny no tiene el menor fundamento.

No ha sido una mera casualidad la coincidencia entre este episodio y el triunfo de las armas del gobierno sobre los facciosos acaudillados por Márquez; el señor de Saligny, que lleva tiempo de prestar todo su apoyo moral a la reacción; que daba asilo a algunos de sus prohombres; que ha abrigado al ex general Robles hasta hace pocos días que salió furtivamente de la capital para el interior; que, abusando de las inmunidades de su domicilio, ha protegido la correspondencia entre la reacción militante y los refugiados en la legación francesa; que ha convertido ésta en un foco de conspiración permanente y que propalaba sin el menor embozo que estaba próximo al advenimiento al poder de un partido de transacción, tomó parte naturalmente en el despecho de la facción reaccionaria, con motivo del hecho de armas que tuvo lugar el día 14 y no halló acaso otro medio de neutralizar el efecto moral de ese suceso, que hacer al partido progresista una imputación inmerecida y ruidosa.

Esta alusión a los triunfos recientes del gobierno sobre los facciosos, presenta oportunidad para llamar la atención de usted, a que no obstante las dificultades con que el gobierno tiene que luchar antes de que lleguen a ser cosa práctica los frutos del decreto de 17 de julio, esta disposición los ha producido ya muy saludables; pues que las ventajas obtenidas sobre la facción armada, son obra cabalmente de que el gobierno, habilitado con los recursos que la citada ley puso en sus manos, pudo atender oportunamente a las fuerzas del general (González) Ortega, que de otro modo se hubieran estacionado, dando lugar a que la reacción

tomase grande incremento. En virtud de esos mismos medios, ha sido posible restablecer la seguridad del camino entre México y Veracruz, se ha podido mover hacia el oriente fuerzas considerables para purgar los estados de Tlaxcala y Puebla de las últimas gavillas que los recorren y se podrá hacer que el grueso de las fuerzas salgan hoy o mañana con rumbo a Querétaro, para dar el golpe de gracia a la reacción, cayendo sobre la gente que acaudilla Mejía.

La reciente derrota de Márquez ha tenido una grande trascendencia política. Se había hecho antes mucho ruido con la tibieza y el desapego que se decía haber de parte de algunos gobernadores para con los poderes de la Unión. La inacción del señor Doblado no obstante de tener en Guanajuato cerca de 6,000 hombres, parecía corroborar aquellos rumores; pero después del suceso de Jalatlaco, el espíritu de legalidad y constitucionalismo se ha hecho muy perceptible y el mismo señor general Doblado ha dirigido al presidente protestas de sinceridad y adhesión y ha venido con sus fuerzas a Querétaro, para obrar sobre la sierra, en combinación con las tropas que van a salir de México. El resultado inmediato de estos movimientos, será restablecer de una manera estable la comunicación con el interior, poner fin a las depredaciones de que han estado siendo víctimas los pueblos inmediatos a la Sierra y dar a la situación un carácter normal, que influirá mucho en la confianza pública y hará cesar la parálisis del comercio y la excesiva escasez de numerario. Para entonces el gobierno comenzará ya a ver el fruto de las medidas que ha dictado para fin de concentrar sus rentas y distribuirlas metódica y económicamente y entonces será cuando podrá decirse, que la Constitución y el orden público están sobre una base sólida. Todo esto, si la Providencia permite que llegue a realizarse, será fruto de la ley de 17 de julio y de los trabajos oscuros pero sólidos y transcendentales, que han ocupado al gobierno en este último mes. Si la perspectiva que acabo de desarrollar se realiza, nunca se arrepentirá la nación de haberse decidido a ocupar los fondos del convenio Penaud, depositados en el Montepío y a remitirlos al campamento del general (González) Ortega, cuyas fuerzas, vencedoras hoy de Márquez, estaban a punto de sucumbir de miseria.

Pero esa perspectiva que acabo de bosquejar, pudiera disiparse como el humo, si saliesen airoso los ministros de Inglaterra y Francia, en su empeño de atraer sobre México las hostilidades de aquellas dos naciones. Las esperanzas de la República para conjurar ese peligro, descansan todas en usted y su patriotismo e inteligencia tan acreditados, son una de las garantías esenciales de la situación que he procurado describirle. El gobierno se empeña en facilitar y secundar aquí, las gestiones de usted en las cortes de Europa. En el curso de este mes, ha estado en inteligencias con los interesados en la convención francesa y en la deuda contraída en Londres, a fin de amortizar cuanto antes la primera y de arreglar el pago de la segunda, en términos tan satisfactorios para la República, como para los tenedores de bonos. Sobre esta materia, encontrará usted explicaciones más amplias en la comunicación reservadísima que va inclusa.

Al hablar de los medios puestos en juego por el señor de Saligny para desprestigiar a nuestro gobierno y dar explicaciones plausibles a su conducta, olvidaba yo hablar a usted de un incidente, que es oportuno poner en su conocimiento. Por el paquete anterior, le envié copia de la correspondencia seguida con la legación de Francia, sobre la entrega de los fondos procedentes del convenio Penaud. Advertirá usted que el gobierno rehusó tenazmente esa entrega, fundado en el texto mismo del expresado convenio. A mi advenimiento al ministerio, el señor de Saligny me manifestó que la entrega de esos fondos debía ser un arreglo previo a todo otro negocio y me aseguró tener en su poder una orden del gobierno para que se le entregaran y haber obtenido del señor presidente y de mi predecesor, una promesa verbal hecha en el mismo sentido ante todo el cuerpo diplomático, desde luego averigüé que era uno y otro. Lo único que el presidente y el ministro de Relaciones prometieron, en efecto, al de Francia, en una ocasión en que vino al palacio acompañado de sus otros colegas, fue que los expresados fondos, que momentáneamente habían sido tomados en un día de conflicto, serían puestos nuevamente en depósito en el Montepío antes de una semana. Esta promesa fue cumplida religiosamente. El señor de Saligny, sin embargo, ha hecho creer a los otros ministros, que nunca tuvo lugar esa

devolución y en el público dice, que el cuerpo diplomático está dispuesto a dar testimonio de que el presidente y el ministro de Relaciones, le dieron su palabra de honor, de hacerle entrega personal del fondo depositado en el Montepío. Por medio de esta confusión de especies y de esta torpe intriga, ha procurado presentar al gobierno ante el público y ante el cuerpo diplomático, como infiel a su palabra de honor. Esta imputación puede figurar entre los informes del señor de Saligny a esa corte y me ha parecido oportuno explicar a usted detalladamente los hechos.

Otros muchos pudiera referirle para acentuar más la conducta del señor de Saligny a dar a usted idea más exacta de su carácter; pero hay uno al menos que creo no debo omitir. Usted recordará acaso que, al restaurarse en México el orden constitucional, la familia del ex ministro Muñoz Ledo simuló un arrendamiento de su casa en favor del ministro francés, tomándolo como escudo contra la conspiración de que aquella familia se veía amenazada. Bajo la fe personal del señor Saligny, quedó en su poder todo el menaje doméstico de la familia y hasta la ropa de uso de la señora Muñoz Ledo. Ésta ha hecho posteriormente gestiones para sacar de la casa los objetos que se propuso salvar y se ha encontrado con que el ministro francés invoca el simulado arrendamiento en que se incluyó cuanto en la casa existía y amenaza a la familia con entregar antes al fisco que a ella, los objetos que se le reclaman. Las contestaciones que sobre este punto han mediado, salen fuera de lo verosímil y ponen de manifiesto que el señor de Saligny ha heredado y refinado las tradiciones de su predecesor a propósito del cual llamo la atención de usted sobre los dos documentos que le incluyo y que aluden a las relaciones del señor de Gabriac con el partido clerical de México.

En vista de lo que precede, no extrañará usted que le encarezca mis recomendaciones sobre que se empeñe en rectificar los informes infieles y apasionados que el señor de Saligny dará sin duda a su gobierno, sobre todos los puntos de que arriba hago mérito y que llamé fuertemente la atención del gobierno francés, sobre el marcado empeño de su representante en agriar las relaciones con México, en suscitar complicaciones y dificultades a la administración y en inventar y

propalar especies, a propósito para neutralizar en la opinión pública el efecto de los trabajos organizadores que ocupan al gobierno y de las ventajas que obtiene sobre sus enemigos.

Para que sirvan de correctivo, he remitido, como de ordinario, por otro conducto, dos artículos, uno en castellano y otro en francés, que verán la luz respectivamente en el *Eco Hispano Americano* y en la *Independence Belge* y acompaño a esta nota otro artículo en inglés, a fin de que se procure su pronta inserción en uno de los periódicos de Inglaterra.

Parece también de mucha importancia, que en Francia como en Inglaterra, se comprenda que el gobierno mexicano está dispuesto a aceptar cualquiera solución equitativa y practicable en la cuestión de las convenciones; que ha ideado varios proyectos con ese fin y que ha puesto en juego todos los medios posibles para buscar algún recurso extraordinario, que le permita afrontar la deuda pública, sin perjuicio de los otros objetos imprescindibles de la administración. Sobre este punto, encontrará usted también algunas indicaciones en el adjunto pliego reservado.

Igual importancia tiene, en concepto del gobierno, que no pasen desapercibidas las ventajas prácticas que se han obtenido con la suspensión de pagos, no obstante la resistencia que esa medida ha producido y la hostilidad de que, en virtud de ella, ha venido a ser blanco el gobierno.

Conviene muchísimo que se rectifiquen también las exageraciones relativas a los atentados de que se dice están siendo objeto en México, las personas y las propiedades de los extranjeros; que se comprenda que en abultar la realidad en este punto, hay un propósito sistemático y que el gobierno desea recursos y medios de acción, es cabalmente porque ansia por restablecer la seguridad en toda la República. Bueno es, a este propósito, llamar la atención sobre que la mayor parte de los atentados con que se arguye, son obra de la facción rebelde, a quien los representantes de Inglaterra y Francia están prestando su apoyo moral en estos momentos.

Es oportuno que usted sepa y que lo haga entender en Europa, que los dos mencionados diplomáticos, se han procurado respectivamente un órgano en la prensa de esta capital y que la *Estafette* y el *Mexican Extraordinary*, reciben las inspiraciones apasionadas de los señores Wyke y Saligny y dan las versiones más inexactas y malignas de los sucesos actuales.

La discreción y perspicacia de usted hacen por demás el detallar estas indicaciones y bastará recomendarle que ponga en práctica todas las ideas que se le ocurran al leer esta nota y los documentos que la acompañan, los cuales contienen toda la instrucción apetecible sobre los hechos referentes a la cuestión diplomática, entre este gobierno y las legaciones inglesa y francesa.

Protesto a usted, con este motivo, las seguridades de mi distinguida consideración.

(Manuel María de) Zamacona

GONZÁLEZ ORTEGA AVISA
A LA SUPREMA CORTE QUE SALE DE LA CIUDAD

Ciudadano José María Aguirre,
ministro decano de la Corte de Justicia de la Nación

Por el apreciable conducto de usted tengo el honor de poner en conocimiento de la Corte de Justicia de la Nación, dándole el aviso que el reglamento previene, que voy a salir de esta ciudad, de la que estaré ausente por causa del servicio público.

Con este motivo reproduzco a usted las consideraciones de mi aprecio y atención.

Dios, Libertad y Reforma. México, agosto 29 de 1861.

Jesús González Ortega

PROYECTO PARA OBTENER
UN SUBSIDIO DE ESTADOS UNIDOS

Palacio Nacional. México, agosto 29 de 1861

Señor don Juan Antonio de la Fuente,
enviado extraordinario y ministro
plenipotenciario de México en Francia

Por conducto de un comisionado confidencial, el gobierno de México ha entablado simultáneamente pláticas con el ministro de los Estados Unidos y con el agente de tenedores de bonos ingleses en esta República, con relación a un proyecto cuyo carácter se indica compendiosamente en el documento adjunto. Este proyecto se enlaza con la idea de obtener del gobierno de los Estados Unidos un subsidio mensual, que cubra el hueco que dejaría en las rentas públicas la consignación de un 45% sobre el producto de las aduanas marítimas, a la construcción de un camino de hierro. El agente de los tenedores de bonos, escribe a sus comitentes, por este mismo paquete, en sentido, según se trasluce, favorable al indicado proyecto y, en tales circunstancias, sería muy importante secundar la impresión que esta idea puede hacer en los tenedores de bonos y asociarse a los esfuerzos que no sería difícil hiciesen para que se aplazare la acción hostil del gobierno inglés en la cuestión de las convenciones, convencidos como lo estarán de que la política belicosa que pudiera resultar en favor de los interesados en la convención inglesa, perjudicaría a los accionistas por la deuda contraída en Londres. Podría indicarse, sin embargo, siempre que se presentara la ocasión que en caso de hacerse algún arreglo con los tenedores de bonos, bastarían los bienes nacionales para amortizar completamente, no sólo la convención inglesa, sino también la francesa; de manera que una idea como la que indica el

adjunto documento, vendría a ser, caso de poderse llevar a cabo, la solución del problema relativo a la deuda exterior de la República.

Esta ligera indicación, bastará para que el señor Fuente comprenda la tendencia de ella y obre en el negocio conforme a su discreción característica.

El infrascrito tiene el honor de renovarle, con este motivo, las seguridades de su consideración.

(Manuel María de) Zamacona

ZAMACONA CONSIDERA OPORTUNAS
LAS INDICACIONES DE DE LA FUENTE

México, agosto 29 de 1861

Señor don Juan Antonio de la Fuente,
enviado extraordinario y ministro
plenipotenciario de México en Francia

Las indicaciones que contiene la nota de usted, relativa a la trascendencia de la política mexicana con los Estados Unidos, son tan convenientes y oportunas que el gobierno las ha prevenido hasta cierto punto, procurando dar a sus relaciones con el representante de la Unión americana, un carácter conforme a los principios que usted indica en su citada comunicación. El señor Corwin se muestra penetrado de la armonía que se ha establecido entre los intereses de su nación y la nuestra y del interés común que ambas tienen en alejar del continente americano toda intervención europea. Comprende que uno de los medios más eficaces para conseguirlo es auxiliar a México a consolidar sus instituciones y a salir de sus dificultades financieras y, en cuanto a esto último, protesta hacer todo lo que permitan las actuales circunstancias de los Estados Unidos. Su conducta, sin embargo, es reservada y circunspecta y en ello tiene acaso mucha parte la convicción, en que parece estar, de que la cuestión que hoy se debate en los Estados Unidos, concentra de tal modo la actividad y los recursos de su gobierno, que no pueden trasladarlos a otra esfera de acción, como sin duda lo harían en otras circunstancias, caso de ver a México amagado con la intervención de las potencias de Europa.

Tengo motivo para creer que el señor Corwin será más explícito de lo que ha sido hasta ahora, después de recibir las instrucciones que de un

momento a otro debe traerle el inmediato paquete. Por lo pronto ha tomado empeño en que se arregle un empréstito particular de 10 millones, con hipoteca de los terrenos baldíos de la República y de los derechos de ésta en la empresa sobre el camino de Tehuantepec. Este proyecto, sin embargo, fracasará probablemente en las dificultades que pulsa el ministerio de Fomento para reglamentar la venta y la colonización de los terrenos dados en garantía en términos tutelares para la integridad del territorio nacional.

También ha acogido el señor Corwin, con muestras de aprobación, el proyecto de que hablo en comunicación separada, sobre arreglo de la deuda contraída en Londres y construcción de un ferrocarril de Veracruz a Guanajuato. La única objeción que ha hecho contra esta idea, es que no proporcionaría a México recursos tan inmediatos como los necesita. Por fin, en estos últimos días ha hecho una insinuación sobre celebrar un tratado relativo al derecho de tránsito por una vía de Guaymas a Arizona y el Paso del Norte, mediante una indemnización convencional. Este proyecto, en que el señor Corwin no muestra grande interés, se presenta como poco practicable, puesto que implica la resurrección del artículo 5º del Tratado McLane sobre la protección de la vía a que el proyecto se refiere y la concesión del derecho a la bandera americana para el comercio de cabotaje, puntos sobre los cuales no es posible condescender. Entretanto, se han arreglado con el expresado señor Corwin un convenio postal y un tratado de extradición, que probablemente quedarán firmados dentro de dos o tres días.

Para que usted acabe de formar idea del aspecto actual de las relaciones con los Estados Unidos, debo decirle que hace más de un mes se presentó a este gobierno, con el carácter de agente confidencial de los estados confederados, Mr. John T. Pickett, trayendo una comunicación del ministro de Relaciones del gobierno de Montgomery, dirigida a que se recibiese a su agente y se oyese sus explicaciones. Estas se han reducido a declarar que no se pretende aún el reconocimiento de aquellos estados por parte de México, pero que sí se desea de nuestra parte la más perfecta neutralidad, extendiéndose a insinuarnos la posibilidad de una alianza, caso de que México la crea oportuna y la conveniencia de que se

reputen existentes con los estados separatistas los tratados que le atan con la Unión americana. Este gobierno se ha limitado a ofrecer la neutralidad que debe guardar en toda contienda intestina de un país extraño y a objetar contra la pretensión relativa a los tratados que el obsequiarla, llevaría implícito el reconocimiento de la autonomía de los estados confederados. El permiso que en sesión secreta concedió hace algún tiempo el Congreso a los Estados Unidos, para desembarcar algunas tropas en Guaymas para llevarlas al territorio de Arizona, había dado lugar a un rumor sobre que México había permitido el paso de tropas norteamericanas para atacar a Texas. Sobre esta especie ha pedido explicaciones Mr. Pickett y habiéndoselas dado con franqueza en lo confidencial, no ha dejado de indicar que el territorio de Arizona, adonde se destinan las tropas de que se trata, debe reputarse bajo la protección de los estados confederados.

He aquí cuáles han sido las relaciones de este gobierno con la fracción separada de los Estados Unidos. Para la conducta ulterior de este ministerio en lo particular, convendría mucho que usted le tuviese al tanto de la que guardarán probablemente en la materia las principales potencias de Europa.

Protesto a usted, con esta ocasión, las seguridades de mi distinguido aprecio.

(Manuel María de) Zamacona

RESEÑA INFORMATIVA

Palacio Nacional. México, agosto 29 de 1861

El señor Corwin se muestra penetrado de la armonía que se ha establecido entre los intereses de su nación y la nuestra y del interés común que ambas tienen en alejar del continente americano toda intervención europea. Comprende que uno de los medios más eficaces para conseguirlo, es auxiliar a México a consolidar sus instituciones y a salir de las dificultades financieras y, en cuanto a esto último, protesta hacer todo lo que le permitan las actuales circunstancias de los Estados Unidos. Su conducta, sin embargo, es reservada y circunspecta y en ello tiene acaso mucha parte la convicción en que parece estar de que la cuestión que hoy se debate en los Estados Unidos, absorbe de tal modo la actividad y los recursos de su gobierno, que no puede trasladarlos a otra esfera de acción, como sin duda lo haría en otras circunstancias, caso de ver a México amagado con la intervención de las potencias europeas.

Tengo motivo para creer que el señor Corwin será más explícito de lo que lo ha sido hasta ahora, después de recibir las instrucciones que de un momento a otro debe traerle el inmediato paquete. Por lo pronto, ha tomado empeño en que se arregle un empréstito particular de 10 millones con hipoteca de los terrenos baldíos de la República y de los derechos de ésta en la empresa sobre el camino de Tehuantepec, en concepto de que la concesión a la compañía de la Louisiana, cuyo plazo está a punto de expirar, se haga, llegado este caso, al agente que debe negociar el empréstito. Este proyecto, sin embargo, fracasará probablemente en las dificultades que pulsa el ministerio de Fomento para reglamentar la venta y la colonización de los terrenos dados en garantía en términos tutelares para la integridad del territorio nacional.

También ha acogido el señor Corwin con muestras de aprobación, el proyecto de que hablo en comunicación separada, sobre el arreglo de la deuda contraída en Londres y construcción de un ferrocarril de Veracruz a Guanajuato. La única objeción que ha hecho contra esta idea, es que no proporcionará a México recursos tan inmediatos como los necesita.

Por fin, en estos últimos días, ha hecho una insinuación sobre celebrar un tratado relativo al derecho de tránsito, por una vía de Guaymas a Arizona y al Paso del Norte, mediante una indemnización convencional. Este proyecto, en que el señor Corwin no muestra grande interés, se presenta como poco practicable, puesto que implica la resurrección del artículo 5º del Tratado McLane, sobre protección de la vía a que el proyecto se refiere y la concesión del derecho a la bandera americana para el comercio de cabotaje, puntos sobre los cuales no es fácil condescender.

Entretanto, se han arreglado con el expresado señor Corwin, un convenio postal y un tratado de extradición, que probablemente quedarán firmados dentro de dos o tres días. Para que usted acabe de formar idea del aspecto actual de las relaciones con los Estados Unidos, debo decirle que hace más de un mes se presentó a este gobierno, con el carácter de agente confidencial de los estados confederados, Mr. John T. Pickett, trayendo una comunicación del ministro de Relaciones del gobierno de Montgomery, dirigida a que se recibiese a su agente y se oyese sus explicaciones. Éstas se han reducido a declarar que no se pretende aún el reconocimiento de aquellos Estados por parte de México; pero que sí se desea de nuestra parte la más perfecta neutralidad, extendiéndose a insinuarnos la posibilidad de una alianza, caso de que México la crea oportuna y la conveniencia de que se reputen existentes con los estados separatistas los tratados que lo están con la Unión americana. Este gobierno se ha limitado a ofrecer la neutralidad que debe guardar en toda contienda intestina de un país extraño y a objetar contra la pretensión relativa a los tratados, que el obsequiarla llevaría implícito el reconocimiento de la problemática autonomía de los estados confederados. El permiso que, en sesión secreta, concedió hace algún tiempo el Congreso a los Estados Unidos para desembarcar algunas

tropas en Guaymas para llevarlas al territorio de Arizona, había dado lugar a un rumor, sobre que México había permitido el paso de tropas norteamericanas para atacar a Texas. Sobre esta especie ha pedido explicaciones Mr. Pickett y, habiéndoselas dado con franqueza en lo confidencial, no ha dejado de indicar que el territorio de Arizona, a donde se destinan las tropas de que se trata, debe reputarse bajo la protección de los estados confederados. He aquí cuáles han sido las relaciones de este gobierno con la fracción separada de los Estados Unidos.

(Manuel María de Zamacona)

GONZÁLEZ ORTEGA SOLICITA LICENCIA AL CONGRESO
PARA DEJAR TEMPORALMENTE LA SUPREMA CORTE

Señores diputados secretarios del
Soberano Congreso de la Unión

Habiendo sido nombrado por el Supremo Gobierno, general en jefe del cuerpo de ejército que debe abrir la campaña sobre las gavillas de facciosos acaudilladas por Mejía, que se halla en la Sierra Gorda y teniendo, por lo mismo, que separarme de la Suprema Corte de Justicia, suplico a ustedes se sirvan dar cuenta con esta comunicación al Soberano Congreso, de quien solicito la licencia respectiva para encargarme de las armas del Supremo Gobierno por todo el tiempo que sea necesario; en el concepto que ocurro a la representación nacional solicitando la referida licencia, por no haber una ley a la que pueda normar mis procedimientos en casos como el presente, pues si bien el reglamento vigente me concede para separarme la prerrogativa de sólo avisarlo a la Suprema Corte de Justicia, hay la duda de si tengo la misma prerrogativa cuando me separe del primer tribunal de la nación para encargarme de una comisión especial del gobierno, relativa al servicio público.

Acepten ustedes con tal motivo las sinceras protestas de mi alto aprecio y consideración.

Dios, Libertad y Reforma. México, agosto 30 de 1861.

Jesús González Ortega

DISCURSO PRONUNCIADO POR BENITO JUÁREZ,
EN LA APERTURA DE LAS SESIONES EXTRAORDINARIAS
DEL CONGRESO DE LA UNIÓN, EL 30 DE AGOSTO DE 1861

Ciudadanos representantes:

El gobierno da la bienvenida a la representación nacional que, abreviando el período de su receso, vuelve hoy al ejercicio de su "soberanía. La nación y el gobierno toman parte, con profundo interés, en este acto solemne: comprenden que cada uno de estos sucesos periódicos de nuestra existencia constitucional, trae una nueva esperanza y una nueva garantía de vida para nuestras instituciones democráticas. La presencia de la representación nacional inspira además al Ejecutivo un sentimiento de fuerza y de confianza. Reunidos en sesión los representantes del país, parece que la nación está más cerca y más pronta para prestar apoyo a su gobierno. Éste necesita hoy más que nunca de esa fuerza poderosa, para llevar a cabo la inmensa tarea de la reorganización administrativa.

El tiempo transcurrido desde que terminó la última sesión lo ha empleado el gobierno, hasta donde las emergencias del momento se lo han permitido, en poner las bases de ese trabajo, en formar el presupuesto general de la República, en arreglar las oficinas, en dictar todas las medidas conducentes a la reorganización económica de la fuerza armada.

No debe extrañarse que aún no sean visibles los frutos de este trabajo, porque su parte preliminar ha consistido, naturalmente, en arreglos preparatorios y en disposiciones que demandan algún tiempo para producir resultados. No será sino pasados algunos días, cuando irán viéndose los efectos de las medidas que el gobierno ha dictado para la concentración de sus rentas en la Tesorería general y cuando comiencen a producir algún desahogo las economías que se están estableciendo en la organización de las oficinas y del ejército. Entretanto, el gobierno ha

tenido y tiene que luchar con dificultades de todo género; pero se siente sostenido contra esas dificultades por la fe que tiene en el programa de orden y de probidad que proclamó hace pocos días. Se siente alentado por la conciencia de que sus esfuerzos se encaminan al bien público y seguirá afrontando las resistencias y aun las calumnias con el valor y decisión que le inspiran sus deberes y la pureza de sus intenciones.

El gobierno tiene, además, un estímulo en ver que aun a pesar de los inconvenientes que acompañan siempre a los preliminares de una gran reforma, los principios que constituyen su programa han dado ya algunos frutos y que los recursos que de pronto puso en sus manos la ley de 17 de julio último, si no han bastado para la pacificación completa de la República, han servido para alcanzar el triunfo que hace dos semanas cubrió de gloria a los defensores de la Constitución y de la Reforma y para ir expeditando las principales vías de comunicación que los facciosos tenían sistemáticamente obstruidas.

Para que el programa del gobierno y la fe que en él tiene fructifiquen en mayor escala, influirá poderosamente que el Congreso le preste su apoyo; que el pensamiento y la voluntad de la Cámara sigan correspondiendo como hasta ahora a las necesidades públicas y, que, aplicándose a dar consistencia a la situación, haga volver la confianza a los espíritus.

En los trabajos dirigidos a este fin, el Congreso puede contar con la más plena seguridad de independencia y estar cierto de que le sirven de custodios todos los estados de la federación, decididos a conservar a todo trance el orden constitucional y el gobierno mismo que, con el apoyo de la opinión, persiste en su propósito de reprimir enérgicamente todo conato subversivo de la legalidad.

Concluyo, ciudadanos representantes, haciendo votos, que no sólo son míos, sino de todo el país, porque vuestras importantes tareas legislativas consoliden la Constitución y la Reforma y restablezcan la paz y la confianza en la nación.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR SEBASTIAN LERDO DE TEJADA,
PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS,
AL CIUDADANO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
EL 30 DE AGOSTO DE 1861

Señor presidente:

Después de la lucha de tres años, la nación saludó con inmenso júbilo el triunfo de la causa de la Constitución y de la Reforma. Era la victoria sobre todos los errores profundamente arraigados, sobre todas las antiguas preocupaciones, sobre todos los intereses de las clases que siempre habían conspirado por sobreponerse a los derechos de la nación.

La nueva generación que nació y ha crecido bajo el influjo de las ideas de la civilización moderna, vio en el triunfo de la Constitución el de los principios de la autoridad civil y de la libertad individual y, en las conquistas de la Reforma, el triunfo definitivo de los principios del progreso y de la libertad social.

Fuera de los interesados en medrar en las revueltas y con los abusos, todos los ciudadanos, aun los alucinados con los antiguos errores, pudieron ver con grande satisfacción el término de la lucha, porque él traía consigo, el imperio de la justicia y de la ley, con todos los beneficios de la paz.

Obtenida la victoria sin transacciones que estorbasen el desarrollo completo de los principios, todas las aspiraciones del partido liberal se han encaminado, después del triunfo, a procurar que, desde luego, pudiera el pueblo comenzar a disfrutar los beneficios de la revolución, hecha en su nombre y exclusivamente para su bien.

Por desgracia, en algunas partes han puesto obstáculos todavía los últimos esfuerzos de los restos de la facción vencida. Manchándose con grandes crímenes y agitándose sin levantar ninguna bandera, sin

proclamar ningún principio político, no han podido inspirar serios temores pero sí han dificultado la marcha regular de la administración. A esta dificultad se ha unido la de hallarse agotados los recursos del erario, por efecto de errores pasados y de nuestras prolongadas revueltas.

Tropezando el gobierno con esos embarazos, ha ocurrido diversas reces a la representación nacional que, animada tan sólo por el espíritu del bien público, ha otorgado al Ejecutivo cuantas autorizaciones le pidió como necesarias para afrontar la situación.

Esperó el gobierno que las últimas bastarían para regularizar la marcha de la administración y con esa confianza acordó, hace un mes, el Congreso, cerrar sus sesiones extraordinarias. Sin embargo, hoy las abre de nuevo porque algunas dificultades experimentadas todavía después, han hecho que los representantes de la nación creyeran conveniente anticipar la reunión del cuerpo Legislativo.

Inspirado el Congreso, como hasta aquí, por los sentimientos del más puro patriotismo, se ocupará de dictar las resoluciones que puedan conducir a que acabe de reorganizarse la administración Pública y a que el pueblo sienta los beneficios de vivir bajo la protección de la justicia y de la ley, como los mejores medios de que se consoliden todas las conquistas de la revolución.

Dije.

DE LA FUENTE TRATA DE EXPLICAR AL GOBIERNO FRANCÉS
LAS RAZONES DE LA SUSPENSIÓN TEMPORAL DEL PAGO DE
LA DEUDA EXTERIOR

París, 31 de agosto de 1861.

A su excelencia Mr. Thouvenel,
etc., etc.

Señor ministro:

Tuve el honor de suplicar ayer a vuestra excelencia [V. E.] que me proporcionase una entrevista para tratar de algunos negocios muy importantes.

Sin esta circunstancia no habría importunado a V. E. pidiéndole una conferencia extraordinaria; pero me era indispensable comunicar el resultado de ella a mi gobierno por el paquete inglés cuya correspondencia se despacha hoy de París.

Como aún no he recibido la respuesta de V. E. y el día está ya muy avanzado, debo creer que sus graves ocupaciones no le han permitido acceder a mi súplica y por tanto debo renunciar a la esperanza de que sea atendida. Pero faltaría a mi deber si no cumpliese las instrucciones de mi gobierno, dando por lo pronto y en lo que se refiere a súbditos franceses, algunas de las explicaciones más importantes, sobre la medida que ha tomado el Congreso general mexicano en cuanto a la suspensión del pago de la deuda extranjera, puesto que debo conservar la esperanza de veros en todo tiempo dispuesto a tomar en consideración las explicaciones que se dirigen al gobierno de su majestad [S. M.] el emperador, por una potencia amiga.

La falta de tiempo no me permite daros hoy una explicación más extensa, que me reservo para dentro de algunos días si no tengo el honor de hablar antes a V. E.

Si hay un gobierno cuya fidelidad en cumplir sus compromisos pecunarios se haya sobrepuesto a las más terribles pruebas, es sin duda el gobierno constitucional que preside S. E. el señor Juárez.

A todas las pruebas de esta aserción reunidas en la nota que tuve la honra de dirigiros el 20 de julio, deben añadirse la penuria que ha sufrido desde su instalación en México y los medios a que ha recurrido para proporcionarse recursos antes que tomar el partido de suspender el pago de la deuda extranjera. Porque debéis saber, señor ministro, que por no llegar a esta extremidad se habían preferido las exacciones forzosas y sólo cuando la necesidad se declaró invencible por otro medio que no fuese la suspensión indicada y cuando la conservación, no del gobierno sino de la sociedad y no sólo de la sociedad mexicana sino de los extranjeros, muy especialmente amenazados por una sedición cuya bandera es la proscripción más bárbara de todos sus enemigos y de todas las virtudes, entonces y sólo entonces se ha tomado esa medida, para salvar la administración regular del país y los derechos individuales; para organizar la hacienda sobre bases de orden y economía; para asegurar a los créditos extranjeros después de cierto tiempo, la percepción de los réditos y la de los dividendos que en el estado actual de nuestras rentas consumen la mayor parte del tesoro; para dar, en fin, al gobierno, un poco de respiro después de tres años de una terrible revolución y cuando la reacción, que no puede tener la conciencia de su fuerza ni esperanzas de buen suceso en aquella República, ha renunciado a todo programa político y ha entrado en la vía de los más inauditos crímenes.

No porque tenga el poder y la fuerza necesaria para sobreponerse al gobierno, pues antes por el contrario se halla fugitiva y derrotada; pero por esta misma circunstancia su persecución se hace más difícil y dispendiosa y, además, el fraccionamiento de sus fuerzas aumenta la alarma por los crímenes a que se entregan y la sociedad pide su pronto exterminio.

El gobierno tiene más tropas de las que necesita par dar cima a esta empresa y, en estos últimos tiempos, la guardia nacional se ha organizado de modo que se reúne momentáneamente al llamamiento de las autoridades; pero el personal y el material de guerra demandan gastos para su conservación, para utilizarlos convenientemente y para terminar la obra de reparación y moralidad que el gobierno ha emprendido con la seguridad de buen suceso, si su acción llena de celo, no tropieza en exigencias demasiado rigurosas por parte de Francia y de Inglaterra.

La misma ley que ha suspendido los pagos ha creado una junta, para cuya organización se ha tomado en cuenta sólo la aptitud de las personas sin excepción de partido y se le ha confiado la administración de bienes suficientes para garantizar la deuda extranjera. El gobierno que tenía valores seguros, procedentes de la desamortización, pero no el dinero de que había menester, no ha suspendido sus pagos, sin aplicar estos valores a sus acreedores extranjeros, haciendo todavía más con relación a los franceses porque trató de arreglar con ellos el pago de sus créditos y, si este arreglo no se llevó al cabo, fue porque los interesados consultaron sobre él a Mr. de Saligny y éste los disuadió de hacerlo. Esto es lo que han dicho los acreedores mismos.

Si no se ha procurado la aquiescencia de Mr. de Saligny, ha sido porque de antemano había hecho comprender que sólo consentiría en la suspensión de pagos bajo condiciones que el gobierno mexicano no podía aceptar, de modo que habría sido ocioso proponerle un arreglo previo para tomar una medida, por otra parte urgente.

Se ha hecho cargo al gobierno federal, de que este negocio se trató en el Congreso en sesión secreta, como si hubiera sido cuerdo revelar a todo el mundo la horrible realidad de la cosa pública.

Ni en la sustancia ni en la forma ha habido la menor intención de ofender a una potencia como la Francia, cuya amistad tiene la República Mexicana en tanta estima. Lo que ha habido en el gobierno de aquella nación, es una necesidad terrible, reconocida por todos, aun por los interesados de la deuda exterior, de tomar con todas las atenuaciones posibles, una medida extrema tan penosa como necesaria y que no se ha

tomado con mejores razones por otros gobiernos, que a ello se han visto obligados.

Se ha exagerado mucho el derroche de los bienes eclesiásticos; pero estos bienes, de que habían dispuesto, en una gran parte, el gobierno constitucional y los rebeldes durante la guerra que precedió a la fuga de don Miguel Miramón, se hallaban muy cercenados cuando el gobierno constitucional ocupó la Ciudad de México. Conforme a la ley que decretó la nacionalización de estos valores, debían ser pagados con dos quintas partes en dinero y a plazos y con tres quintas partes en títulos de la deuda nacional, cualesquiera que fuesen su origen y denominación. Esto, sin tomar en consideración los sacrificios que el gobierno ha debido hacer para procurarse los medios de subvenir a gastos urgentes muy considerables, explica el mezquino resultado en la venta de los bienes nacionales; esto demuestra asimismo que el gobierno de México al disponer de estos bienes, no olvidó a sus acreedores y si los interesados en la deuda extranjera no han llegado a una amortización mucho más considerable depende de las combinaciones y los azares del agiotaje, que no son por cierto obra del gobierno. Nadie ignora que los extranjeros son los que han recogido en México mejores frutos de la venta de los mencionados bienes y hoy, con algunos banqueros de la capital a la cabeza, deploran la conducta de Mr. de Saligny, que tiende evidentemente, aunque sea sin intención, a proteger a la facción rebelde contra el gobierno y que abriga un odio encarnizado contra los franceses residentes en México, porque casi todos ellos profesan los principios de 1789, consignados en la Constitución de su patria.

Permitidme, señor ministro, que os cite textualmente la opinión del *Trait d'Union*, diario francés publicado en México, sobre la penosa impresión que ha producido en los extranjeros la suspensión de las relaciones diplomáticas por parte de los ministros de Francia e Inglaterra con el gobierno de México; "está, pues, consumado el rompimiento, dice, pero debemos hacer constar como fieles historiadores, que la población extranjera, casi por unanimidad, lo siente amargamente".

La suma de la deuda francesa reconocida, liquidada, no es de grande importancia y no corre peligro de experimentar una larga

suspensión. Ésta, por el contrario, será casi insensible supuestas las garantías de pago por una parte, la exacta y fiel administración de los fondos por la otra y la circunstancia de haber en el nuevo ministerio algunas personas de las que han hecho los mayores esfuerzos para que el ramo de los bienes nacionales y todos los que constituyen la riqueza pública, se administren de una manera exacta y justificada.

Si por el cambio de los sucesos o en virtud de un proyecto mejor concebido y más favorable a la deuda extranjera llegara el caso de hacer a los interesados en ella concesiones más provechosas sin perjuicio de la empresa altamente social que ha acometido el gobierno mexicano, se apresurará éste a dar a sus acreedores esa prueba y todas las demás posibles del interés que por ellos toma.

Pero hay aun, señor ministro, un hecho muy importante sobre el cual mi gobierno me ha proporcionado algunos pormenores que debo comunicar a V. E., aunque con gran sentimiento, para instruiros de a grande prevención que Mr. de Saligny ha mostrado contra el gobierno federal. Me lisonjeo creyendo que esta circunstancia producirá en el ánimo de V. E. la convicción de que es preciso oír plenamente lo que mi gobierno tiene que decir sobre esta deplorable diferencia diplomática, recientemente suscitada entre el gobierno de la República y Mr. de Saligny, como ministro de S. M.

Suplico a V. E. que suspenda toda medida sobre confirmar la conducta de Mr. de Saligny, hasta que completamente informado de lo que tengo que decirle, proceda con todo conocimiento de causa. Esto me parece natural en todos casos y, sobre todo, en aquellos en que media falta de pago, lo que en muchas ocasiones proviene como en ésta, de una necesidad invencible que induce a no reclamar con el rigor de la justicia y del derecho, sino a templarlos por consideraciones de alta equidad, ya que no por relaciones amistosas.

Escrito ya lo que precede, se me anuncia del ministerio de Relaciones que el martes podré tener la conferencia que he solicitado. Sin perjuicio de aceptar este favor, he creído deber enviaros esta nota por la urgencia del negocio.

Acepte V. E. las nuevas seguridades de mi distinguida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

DE LA FUENTE SUGIERE LA DEROGACIÓN
DE LA LEY DE SUSPENSIÓN DE PAGOS
DE LA DEUDA EXTERIOR

París, agosto 31 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Excelentísimo señor:

Como tuve el honor de decirlo a vuestra excelencia [V. E.] por el paquete del mes anterior, no se había recibido en esta legación a mi cargo, la correspondencia del Supremo Gobierno, despachada de México a fines de junio. Ésta, por un atraso que no me explico todavía, no llegó hasta ayer, juntamente con los pliegos que V. E. tuvo a bien dirigirme por el paquete que trajo la correspondencia de julio próximo pasado.

Ahora bien: de aquí se tiene que contestar hoy, a las cinco de la tarde, lo que quiere decir que apenas he podido disponer de 24 horas desde la llegada del correo, hasta los momentos en que debo contestarlo. Muy poco he podido hacer de alguna utilidad en un intervalo tan estrecho, aunque esté, como de verdad estoy, profundamente afectado por la gravedad y urgencia de los negocios que V. E. acaba de encomendar a mi dirección.

Ante todo, ha sido menester emplear largas horas en la lectura de una correspondencia tan voluminosa; yo todavía sin acabarla, acudí a lo más urgente, quiero decir, a procurar una conferencia extraordinaria con este señor ministro de Relaciones y, digo extraordinaria, porque recientemente ha hecho saber aquel señor que sólo recibirá los martes a los ministros extranjeros.

Acompaño con este despacho la carta confidencial que para obtener el favor de esa conversación, dirigí a Mr. Thouvenel. Por

desgracia no he recibido hasta ahora ninguna respuesta; pero limitándome a esperarla, era muy temible que me llegase después de haber salido el paquete o que absolutamente no se me contestara y entonces me viera precisado a diferir esta conversación hasta el martes. En uno y otro caso perderíamos quizás todo lo que tenemos que perder y, esto es, lo poco o mucho que valieran mis explicaciones, antes que estos señores mandasen a Mr. de Saligny por el paquete que sale hoy, prevenciones de tal naturaleza que nos causen perjuicios enormes e irreparables.

Por tanto, resolví hoy, entrada ya la tarde, mandar a Mr. de Thouvenel una carta, en los términos que V. E. será servido ver por la copia anexa número dos.

Sobre mi viaje a Londres tengo formado, como es mi deber, el propósito de pasar a aquella corte, que es lo que V. E. prefiere, a que yo mande a otra persona que pueda agitar estos negocios en aquella corte; de manera que sólo dejaré de trasladarme allá, en el caso de que mis gestiones en París sean de todo punto indispensables y, sólo por el tiempo en que lo fuesen, cuidando siempre de hacer que mientras tanto no carezcamos de representación en Inglaterra. Mas, repito, que mi primer deseo es el de poder emprender este viaje para corresponder a las señaladas muestras de confianza que el Supremo Gobierno me prodiga y para satisfacer mi constante aspiración de servir a mi patria con la más esmerada solicitud, ya que no con acierto y suceso.

Pero yo no sería enteramente franco para con V. E., si no le dijese que la suspensión de pagos en lo relativo a la deuda contraída con Londres y a las convenciones diplomáticas, es una medida de gravísima trascendencia y que, con probabilidades tan fuertes que equivalen casi a la certeza, podemos vaticinar que nos atraerá una tempestad de Francia e Inglaterra, cuyos gobiernos intimarán a México la intervención financiera, ya que no sea la política y eso por causa de la complicación que ésta ofrece, antes que por razones de buena amistad, o siquiera de justicia. Mas no porque así lo tema, dejaré de sostener por todos los medios que estén a mi alcance la providencia de suspensión, impuesta por una necesidad suprema y por intereses sagrados; lo cual no podría

dejar de reconocerse así por cuantos considerasen nuestra conducta y todas nuestras circunstancias con ánimo sereno y despreocupado.

En verdad, que no es el derecho lo que nos hace falta, sino la imparcialidad de aquellos gobiernos; principalmente en Londres la impresión debe haber sido terrible y V. E. sabe ya lo que pueden y valen con su gobierno, nuestros acreedores ingleses. Lo que es Francia, V. E. está del mismo modo instruido de lo que tenía determinado hacer este gobierno, a la simple noticia de las dificultades que se oponían a su ministro en México para el arreglo satisfactorio del contrato de Jecker y de la convención francesa. Inútil es toda reflexión sobre lo que Mr. Thouvenel pensará ahora respecto de nosotros.

Mi opinión, por tanto, sería que una vez destrozada en el todo o en su mayor parte la fuerza que tiene la reacción, como supongo que habrá sucedido para la fecha en que llegue a México mi correspondencia, se inicie la derogación de la ley sobre suspensión de pagos a la deuda inglesa y convenciones y se creen recursos suficientes por derramas o contribuciones de rápida recaudación, para pagar los intereses vencidos en este intermedio y para hacer frente a las necesidades más apremiantes de la administración. De otro modo, según dejo dicho arriba, es muy temible que nos veamos forzados a pasar por exigencias mucho más duras.

No puedo concluir esta nota sin suplicar a V. E. me dispense por la premura del tiempo, que de pronto sólo acuse en globo la recepción de la correspondencia venida por los dos últimos paquetes, reservándome entrar en los debidos pormenores y remitir a V. E. mis notas acerca de ellos por la vía de Estados Unidos.

Quisiera también que V. E. no llevara a mal, que aun después de la llegada de esta correspondencia, deje yo la mía tal como estaba redactada y prevenida para este paquete, no obstante que algunas cosas hayan quedado ya sin objeto, supuestas las nuevas providencias del Congreso Federal y las instrucciones a que han dado margen.

Renuevo a V. E. las seguridades de mi consideración.

Juan Antonio de la Fuente

ALMONTE CREE PROBABLE
QUE JUÁREZ CAIGA

París, agosto 31 de 1881
73 Avenue Montaigne

Señor don Octaviano Muñoz Ledo

Mi muy estimado amigo y señor:

A un mismo tiempo han llegado a mis manos sus gratas de 26 de junio y 27 de julio último, de cuyo contenido me he impuesto con mucho interés por las importantes noticias que contienen. Estoy casi seguro que la ley de 17 del próximo pasado, va a causar muchos disgustos al señor Juárez, si es que aún gobierna cuando usted reciba esta carta, pues estas potencias no han de poder ya soportar por más tiempo tanta irregularidad y, si no fuere así, el tiempo lo dirá.

El señor Pacheco saldrá de aquí el 2 del entrante para Madrid y no dude usted que va bien impuesto de todo y dispuesto a obrar con energía en el Senado; en octubre se abrirán las cortes y arderá Troya.

El asunto de usted duerme en el ministerio de Relaciones, porque no ha sido oportuno agitarlo; mas cuando el emperador vuelva de Biarritz, le diré a Hidalgo que se ocupe activamente de él para lograr una determinación en el sentido que usted indica.

Sin tiempo para más, porque tengo una multitud de cartas que contestar, me repito de usted su afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

Juan N. Almonte

Posdata.

Por supuesto, yo no me moveré de París y aguardo las letras de usted, que espero, serán escritas desde su propia casa.

LINCOLN SE PROPONE EVITAR
LA INTERVENCIÓN ARMADA DE FRANCIA
E INGLATERRA EN MÉXICO

Washington, agosto 31 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Excelentísimo señor:

Ayer a las tres de la tarde tuve con el presidente de los Estados Unidos la entrevista que indiqué a V. E. en mi nota reservada número 31, de la misma fecha.

Le dije que deseaba darle algunos informes y explicaciones que consideraba de importancia relativamente a la situación de México y a las dificultades suscitadas con los ministros francés e inglés, acreditados en la República, antes de que su gobierno tomara alguna determinación respecto de ese asunto. Empecé por manifestarle que en México hay dos partidos; uno que es el liberal, formado de la masa del pueblo mexicano y cuyas ideas y tendencias son las mismas del pueblo de los Estados Unidos, cuyo ejemplo se propone imitar para llegar por el mismo camino al importante fin de la fabulosa prosperidad y riqueza que este país ha alcanzado y el otro, que es el reaccionario, compuesto del clero, la parte desmoralizada del antiguo ejército, algunos agiotistas y otros pocos ilusos y fanáticos que están en una notable minoría y cuyas tendencias son establecer una forma de gobierno aristocrática o monárquica, para lo cual ha solicitado y desean con ansia el auxilio e intervención de las potencias europeas. Le dije que estas potencias, por simpatía, identidad de ideas y propia conveniencia han auxiliado siempre al segundo partido,

lo cual se hizo más notable durante la última guerra civil en que la diplomacia europea se puso de parte de éste, en oposición a la de los Estados Unidos que estaba del lado de aquél; que ahora que, en los campos de batalla y en las urnas electorales había salido victorioso el partido liberal y había establecido un gobierno popular y constitucional, la diplomacia europea no ocultaba su disgusto por dicho gobierno y su simpatía por los principales cabecillas de la reacción -a algunos de los cuales tenía en su casa el ministro francés, favoreciéndolos con la bandera de su país- y que procuraba por todos los medios que estaban a su alcance poner obstáculos a la marcha del gobierno con objeto de derrocarlo y establecer en el poder al partido reaccionario, sobre el que tiene una influencia tal que una vez aquél en el mando podría considerarse esa diplomacia como árbitro de los destinos de la República. Le dije que ésta era la clave de la conducta que dichos ministros han seguido en México y que el decreto de 17 de julio era solamente el pretexto de que habían creído conveniente aprovecharse para desarrollar sus miras ulteriores. Le manifesté en seguida cuáles habían sido las apremiantes necesidades que determinaron al gobierno a adoptar esta medida extrema, cuál la manera con que habían protestado contra ella los expresados agentes diplomáticos y todos los demás pormenores relativos a este asunto, en los términos que V. E. las refiere al señor Fuente en sus instrucciones de 29 de julio citado.

A continuación expresé mi opinión de que en el presente caso los intereses de los Estados Unidos pueden considerarse identificados con los de México pues si, como yo lo temo, los gobiernos francés e inglés aprueban la conducta de sus respectivos agentes y bloquean nuestros puertos, los Estados Unidos no podrían ya trasladar sus tropas de California a Arizona por Guaymas y al través del territorio mexicano, para lo cual se les acaba de conceder el permiso correspondiente. Para hacer todavía más palpable este interés me valí de otro ejemplo que estaba yo seguro produciría mejor efecto. Le dije que si la Inglaterra tomaba a Matamoros, podría sacar por allí todo el algodón del sur.

El residente oyó con marcada atención y sin interrumpirme la relación que procede. Me dijo que Mr. Corwin había informado a su

gobierno de todos esos sucesos y que su informe en nada difería del que yo acababa de darle. Para manifestarme que se había penetrado del fondo de la cuestión me hizo una relación de ella, tal como él la entendía, cuya relación excuso decir a V. E. que la encontré altamente satisfactoria. Me dijo que él y su gabinete estaban profundamente penetrados de la importancia y trascendencia del asunto y que, desde que habían recibido los despachos relativos de Mr. Corwin, le habían consagrado la más completa atención y se habían ocupado de él con preferencia a todo otro negocio; que su objeto era ver si se podía evitar la intervención armada de Francia e Inglaterra en México y, en último caso, dilatarla lo más que fuera posible. Que luego que Mr. Seward volviera del norte, se pondrían las órdenes e instrucciones correspondientes, las cuales me dijo que esperaba serían satisfactorias para México. No me indicó, sin embargo, nada sobre los medios de que este gobierno haya pensado valerse para llegar a aquel objeto, ni a mí me pareció conveniente preguntárselo, porque tengo manera segura de averiguarlo por otro conducto, en caso de que también Mr. Seward juzgue conveniente guardar esta reserva a su regreso. Me pareció, sin embargo, que el presidente desconfiaba del buen éxito de sus esfuerzos, en virtud de la situación que guardan actualmente los Estados Unidos.

Hablamos en seguida de otros negocios de importancia secundaria, cuya relación no corresponde a este lugar y, expresándole mi reconocimiento por la buena disposición que manifestaba en favor de México, me despedí de él. Hoy en la tarde se espera a Mr. Seward. Si viniere lo veré el lunes por la mañana, pues mañana es domingo y oportunamente comunicaré a V. E. el resultado de mis gestiones con él.

Aprovecho esta oportunidad para reproducir a V. E. las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

EL GOBIERNO DE LINCOLN,
FRENTE A LAS EXIGENCIAS DE FRANCIA E INGLATERRA,
ESPONTÁNEAMENTE OFRECE AYUDA ECONÓMICA

Washington, septiembre 2 de 1861

Señor Thomas Corwin
(Ministro de los Estados Unidos en México)

Señor:

El despacho de usted de 29 de julio último -número tres- acaba de recibirse. La relación de las complicaciones en México que aquél da es penosamente interesante.

El presidente -Lincoln- desea ardientemente que el status político de México, como nación independiente, se mantenga permanentemente. Los sucesos que usted comunica lo alarman sobre este punto y cree que apenas lo justificaría el pueblo de los Estados Unidos si no hiciera esfuerzo alguno por impedir tan gran calamidad en este continente, como sería la extinción de aquella República. Ha resuelto, por lo mismo, autorizar a usted, como en efecto queda usted autorizado, para negociar un tratado con la República de México para que el gobierno de los Estados Unidos asuma el pago del interés, al tres por ciento, de la deuda consolidada que aquel país tiene con los tenedores de bonos mexicanos, cuyo capital se calcula ser de cerca de 62 millones de pesos, por el término de cinco años desde la fecha del decreto recientemente expedido por el gobierno de México, suspendiendo tal pago, con tal que aquel gobierno empeñe su fe a los Estados Unidos para el reembolso del dinero que así fuere pagado, con el interés del seis % sobre el mismo, asegurando con el derecho de retención específica *-specific lien-* sobre todas las tierras públicas y los derechos sobre minas en los diversos Estados mexicanos de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa,

llegando a ser la propiedad así empeñada, absoluta de los Estados Unidos al expirar el término de seis años, contando desde que el tratado tenga su cumplimiento, si tal reembolso no hubiere sido hecho antes de aquel tiempo. Las circunstancias, que son tan nuevas como extraordinarias, hacen necesaria esta determinación, pues que la crisis mexicana no admite demora. Por lo mismo, el presidente acepta la responsabilidad y someterá su acción sobre este asunto a la consideración del Senado de los Estados Unidos tan luego como aquel cuerpo se haya congregado para la sanción constitucional, sin la cual el tratado, suponiéndolo hecho, no sería de ningún efecto.

Debe entenderse, sin embargo, que estas instrucciones son condicionales para el caso de que se obtenga de los gobiernos británicos y francés que consientan en abstenerse de recurrir a la fuerza contra México, en virtud de que esta nación deje de o rehuse pagar los intereses en cuestión hasta después de que el tratado se haya sometido al Senado y, si fuere ratificado, por todo el tiempo que transcurra después y durante el cual el gobierno de los Estados Unidos pague puntualmente dicho interés.

Inmediatamente comunicaré instrucciones a nuestro ministro en Londres y en París para que soliciten el consentimiento de los gobiernos británico y francés en los términos así indicados. Usted notará, desde luego, la importancia de urgir al gobierno mexicano que haga cuanto pueda para el buen éxito de estas negociaciones en aquellas Cortes.

Deberá entenderse, por lo demás, que no doy a usted instrucciones específicas sino generales, que se modificarán en cuanto a las sumas, términos, seguridades y otros puntos, según usted lo encuentre necesario, sujetándolo a mi aprobación después que se me hagan saber.

Los otros asuntos que discute usted en su despacho serán tratados en notas separadas.

Soy, señor, respetuosamente su obediente servidor.

William H. Seward

GOBIERNO FRANCÉS
SE NIEGA A OÍR EXPLICACIONES

París, septiembre 4 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones
Exteriores de la República Mexicana

Excelentísimo señor:

Por desgracia he visto realizados ayer los temores de que hablé a vuestra excelencia [V. E.] en mi nota número 41 fechada el 31 de agosto próximo pasado. Las disposiciones adoptadas por los gobiernos de Francia y de Inglaterra en consecuencia de la ley expedida en 17 de julio son abiertamente hostiles para nosotros y creo que V. E. estará instruido de ellas para cuando este despacho llegue a sus manos.

Ya sabe V. E. por mi nota mencionada, que no pude obtener la audiencia que había pedido a este señor ministro para el 31 de agosto y que se me emplazó para ayer martes 3 de septiembre. Se verificó en ese día la conferencia, que sólo duró unos instantes. Yo comencé por decir que había recibido de mi gobierno especial encargo y recomendación, para dar a su majestad [S. M.] las más amplias explicaciones en lo que a los súbditos franceses tocaba, sobre la nueva ley en cuya virtud se mandaban suspender los pagos de la deuda nacional. Mr. Thouvenel me interrumpió diciéndome que, en lo personal no tenía motivo de disgusto conmigo; pero no podía oír esas explicaciones. "No recibiremos ningunas, añadió entregándose a la mayor exaltación; hemos aprobado enteramente la conducta de Mr. de Saligny; hemos dado nuestras órdenes, de acuerdo con Inglaterra, para que una escuadra compuesta de buques de ambas naciones exija del gobierno mexicano la debida

satisfacción y vuestro gobierno sabrá por nuestro ministro y por nuestro Almirante, cuáles son las demandas de la Francia".

"Nada tengo contra usted -volvió a decir- y deseo que los acontecimientos me permitan dirigirle palabras amistosas". "Pero es muy sensible, dije a mi vez, que se dé semejante contestación, a una demanda tan justa y tan sencilla como ésta que acabo de hacer a usted en nombre de mi gobierno; mas por buena que ella sea, después de las palabras que usted me ha dirigido, no debo instarle un momento para que me escuche, ni hay motivo para continuar esta conversación"; y la corté, retirándome sin demora.

La primera consecuencia de esta entrevista con respecto a la legación que tengo el honor de dirigir, es la interrupción de relaciones diplomáticas con el gobierno de Francia. La declaración de Mr. Thouvenel, rehusándose a oír lo que tenía yo que decirle a nombre de mi gobierno, las órdenes para usar de la fuerza con mi país y la aprobación que se ha dado a la conducta de Mr. de Saligny que interrumpió esas relaciones con el gobierno federal, todo me estrecha a tomar este partido. Por esto he dirigido hoy a Mr. Thouvenel la nota cuya copia incluyo en ésta.

La segunda consecuencia es la inoportunidad de mi presentación al gobierno de Inglaterra con el objeto de ser recibido como ministro de México, porque es casi seguro que este paso nos atraería un nuevo desaire, como el que acaba de hacérsenos aquí. Me mueve también a juzgar de este modo, la noticia ya bastante atendible de que en Inglaterra es donde ha nacido y donde más boga tiene la infame intriga de la intervención europea en la política y gobierno de nuestro país. V. E. tendrá la bondad de ver en mi correspondencia de hoy la nota en que trato de esta materia. Eso no obstante ya he llamado de Burdeos al señor don Manuel Maneyro, con el objeto de mandarlo a Londres dándole el encargo que V. E. me indica para que procure, indirectamente, saber si él o yo podríamos ser recibidos con la misión diplomática de México, para que se esfuerce en descubrir los misterios de esa intervención que nos atraerá males innumerables y, finalmente, para que cuide de la publicación en Londres de artículos favorables a nuestra causa.

La tercera consecuencia es la imposibilidad de pedir directamente a Mr. Thouvenel un resumen siquiera de las instrucciones dadas a Mr. de Saligny, puesto que con tanta altanería declaró que el gobierno de México las sabría de aquel señor y de la escuadra francesa. Yo, sin embargo, procuro saberlas y puede ser que al cabo logre mi intento. Por de contado, cuando hablo de penetrar el secreto de aquellas instrucciones, no me refiero únicamente al ultimátum que habrá de intimársenos claramente y desde luego, sino también al pensamiento capital de Francia y de Inglaterra con relación a México.

Antes de terminar esta nota, debo manifestar a V. E. que si no he pedido mis pasaportes, ha consistido en que una medida tan grave como ésta no era necesaria ni según las prácticas ni según el estado de las cosas, que pueden tal vez arreglarse por un avenimiento y por otra parte, yo creo que mi presencia aquí puede muy bien ser de alguna utilidad para la causa de la República.

Reitero a V. E. las seguridades de mi debida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

DE LA FUENTE SUSPENDE LAS RELACIONES
CON EL GOBIERNO DE NAPOLEÓN III

París, 4 de septiembre de 1861¹⁹

A su excelencia Mr. de Thouvenel,
ministro secretario de Estado, etc., etc., etc.

Señor ministro:

Pues que en nuestra conferencia de ayer vuestra excelencia [V. E.] me ha declarado que no escucharía de modo alguno la explicación que por orden expresa de mi gobierno estaba yo encargado de darle, a propósito de la ley mexicana relativa a la suspensión en el pago de la deuda nacional en cuanto afecta a los súbditos franceses; pues que V. E. ha añadido que el gobierno de su majestad [S. M.] había aprobado completamente la conducta de Mr. de Saligny, que en virtud de esta ley declaró interrumpidas las relaciones oficiales con mi gobierno y, pues, en fin, que según lo que V. E. me ha anunciado, obrando de acuerdo con el gobierno de la Gran Bretaña, se han dado órdenes para que el ministro de Francia en México y el Almirante de S. M. se entiendan con mi gobierno, V. E. verá como muy natural y muy digno de mi parte, que acepte la realidad de esta situación por dura e inesperada que sea y que deduzca, como consecuencia necesaria, que está impedido el objeto principal de mi misión, que es la comunicación regular con el gobierno del emperador, a fin de mantener y cultivar la paz, sobre todo, cuando se han

¹⁹ De este documento se ha localizado su traducción al francés en el Archivo General de la Secretaría de Relaciones Exteriores (ASREM, Archivo General), expediente H/110 (73-0) "862" l. F. 125, habiéndose encontrado correcto el documento transcrito.

suscitado diferencias a propósito para turbarla; que, por tanto, no soy ya órgano de mi gobierno para el de S. M. y, por fin, que la suspensión de relaciones diplomáticas entre Francia y México y el carácter de las que van a remplazarlas, me ponen en la penosa, pero necesaria extremidad, de declarar como un hecho independiente de mi voluntad -hecho que veré desaparecer con íntima satisfacción- que esta legación suspende sus relaciones con el gobierno de S. M. hasta que el de México le dé instrucciones que le prescriban una conducta diferente.

Acepte V. E. las nuevas seguridades de mi distinguida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

MISCELÁNEA DE NOTICIAS EUROPEAS
SOBRE MÉXICO

París, septiembre 4 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores,
México

Excelentísimo señor:

Tengo el honor de remitir a V. E., entre varios impresos, dos muy interesantes que acaban de salir a luz; el primero es un artículo del *Times* de Londres, publicado hace dos o tres días en aquella capital y reimpreso en ésta el día de hoy; el segundo es un pequeño artículo de *La Presse*, que se refiere al de *Times* y transcribe además un pequeño artículo del *Moniteur* de ayer.

[...]

V. E. podrá ver por las publicaciones de Londres, que comienza a mostrarse a las claras, gracias a la situación desastrosa de los Estados Unidos, el plan de una intervención europea en la política y gobierno de nuestra República. Ruego a V. E. se sirva recordar que, en varias ocasiones y singularmente en la revolución de tres años, Mr. Mathew nos proponía esta intervención como remedio eficaz de nuestros males y que a la vuelta de este caballero a Europa, no hacía un misterio de aquel plan según lo debe haber comunicado a V. E. nuestro encargado de Negocios en Washington. Los diarios ingleses no han dejado este tono, sino para tomar el otro de anexión de México a los Estados Unidos, plan cuyo aborto dijeron que deploraban, cuando la Unión americana empezó a

sentir el fuego de la guerra intestina. Bien claro está que nuestros acreedores británicos nos verían entregados a cualquiera nación del mundo y sujetos al gobierno más despótico que hubiesen imaginado los hombres, siempre que la convención de la deuda inglesa en México y la ley sobre la deuda contraída en Londres, tuviesen cumplido efecto y se sabe que los intereses y las influencias de esos acreedores se hacen sentir demasiado en las regiones del poder.

Así, por más que parezca ridículo el intento de imponernos al eterno pretendiente don Juan, o al hijo no reconocido del príncipe Jerónimo, eso no me parece que deba tranquilizarnos; porque si no es alguno de esos caballeros, muy bien podrá ser otro el sujeto que quieran colocar aquellas potencias al frente de nuestro gobierno. Es muy digno de considerarse el giro que, según dice el *Times* ha de darse al negocio para inclinar al gobierno de los Estados Unidos a la intervención.

[...]

Me parece que nos haría grandísimo provecho, pagar desde luego y antes de toda intimación, los 150,000 pesos, que según los apuntes de la independencia, debemos todavía por la convención francesa. Deberíamos considerar esta deuda como la más urgente de todas y cotizarnos todos para satisfacerla. De este modo quitaríamos de en medio, el principal fundamento de la diferencia con Francia, pagando no solamente los réditos, como estamos obligados, sino el capital mismo.

[...]

Sírvase V. E. aceptar las seguridades de mi debida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

SE RECOMIENDA A ROMERO TOME INFORMES
SOBRE LA POSIBILIDAD DE CONSEGUIR
UN EMPRÉSTITO PRIVADO

Palacio Nacional. México, septiembre 8 de 1861

Señor encargado de Negocios de
la República en Washington

Queda impuesto este ministerio de lo que usted le comunica en su nota número 202, fecha 17 de julio, sobre las discusiones que los despachos de Mr. Corwin han motivado en este gobierno, relativamente a los auxilios pecuniarios que pudieran ministrar a México los Estados Unidos. Sean cuales fueren las miras personales de Mr. Seward, no es de creerse que se hagan a este gobierno proposiciones sobre venta de territorio y cualquiera negociación, en el particular, giraría más bien sobre hipoteca de los valores de que pueda disponer el gobierno o de terrenos baldíos con condiciones para su venta y colonización que previniesen todo peligro para nuestra nacionalidad.

Debo advertir a usted que este negocio es de suma importancia para la República, porque la consecución de un subsidio pecuniario en estos momentos sería la solución de cuantas dificultades presenta la política interior y exterior del país y aseguraría la paz y la prosperidad de la nación. Importa, pues, mucho, que usted secunde los trabajos de este ministerio en ese sentido y puede hacerlo impresionando a ese gobierno con los amagos de una intervención europea en México, con los que hay también, de parte de los estados confederados, que podrían tal vez aprovecharse de las dificultades con que lucha aquí la administración y, por fin, con el interés que tienen los Estados Unidos en conjurar estos peligros.

A propósito de este asunto debo recomendar a usted, que, con toda la discreción posible, tome informes y los trasmita a este ministerio sobre los términos en que sería practicable negociar con los banqueros y capitalistas de los Estados Unidos, un empréstito desde uno hasta 10 millones sobre la garantía de terrenos baldíos, o del derecho del gobierno en la empresa de Tehuantepec, o de los valores procedentes de la nacionalización. Este negocio, empero, demanda como usted comprenderá, mucho tacto y retentiva.

Protesto a usted mi distinguida consideración.

(Manuel María de) Zamacona

PROYECTO DE TRATADO
CON LOS ESTADOS UNIDOS

Palacio Nacional. México, septiembre 8 de 1861

Señor encargado de Negocios de
la República, en Washington

Se ha recibido en este ministerio la nota de esa legación, número 30, fecha 18 de julio y, en contestación, debo manifestar a usted que, si bien no es conveniente que por parte del gobierno de los Estados Unidos se advierta en el de México excesiva oficiosidad y premura para estrechar las relaciones de los dos países, las circunstancias actuales de ellos y las tendencias de la diplomacia europea hacen de interés común de las dos Repúblicas ligar estrechamente sus vínculos y este espíritu debe animar la conducta de usted cerca del gobierno de Washington.

Las instrucciones que se han remitido a esa legación a fines de julio y agosto, relativamente a la conducta de los representantes de Inglaterra y Francia para con México y las noticias que usted habrá recibido de Europa, le convencerán de que, durante el mes de julio, aquellos dos diplomáticos y sus dos gobiernos han trabajado simultánea y sistemáticamente en México y en Europa por traer las cosas a una ruptura que sirva de pretexto para desarrollar miras de inmensa trascendencia respecto al continente americano. Importa, pues, que usted presente bajo esa luz en las oportunidades naturales que para ello se le ofrezcan, las actuales relaciones de México con Inglaterra y Francia y que procure estimular el interés bien entendido del pueblo norteamericano en ayudar a este país a conjurar el peligro de una intervención europea. La discreción de usted me ahorra de pormenorizar esta indicación, que será

bastante para que usted obre conforme a ella en las emergencias que puedan presentarse.

Renuevo a usted las seguridades de mi distinguida consideración.

(Manuel María de) Zamacona

EL GOBIERNO ACLARA EL ALCANCE
DEL PERMISO DE TRÁNSITO DE TROPAS AMERICANAS
POR TERRITORIO MEXICANO

Palacio Nacional. México, septiembre 8 de 1861

Señor encargado de Negocios
de la República en Washington

La nota de usted número 229, fecha 12 de agosto y la 214 del 30 de julio, que acabo de recibir juntas, me pone en la necesidad de ampliar las explicaciones que di a usted con fecha 29 del próximo pasado, sobre el permiso concedido al gobierno de los Estados Unidos para llevar tropas del puerto de Guaymas a Arizona y sobre las contestaciones a que esto ha dado lugar entre este gobierno y el agente confidencial que tienen aquí los estados confederados. La licencia que en el indicado sentido se concedió por el Congreso, dio lugar a un rumor adulterado, sobre el objeto del permiso, que se decía ser llevar tropas a Texas, al través del territorio mexicano. En conversaciones confidenciales y en una nota escrita, se aclaró al agente de los estados confederados la realidad y, si bien ha contestado haciendo algún reparo, es sólo sobre la base de asegurar que el territorio de Arizona está al presente bajo la protección de los referidos estados, aunque supone que esta circunstancia era desconocida al gobierno de México. No tengo necesidad de advertir a usted que un permiso como el de que se trata, en nada desdice, conforme a los principios del derecho internacional, de la neutralidad que México tiene que observar en la cuestión intestina que agita a los Estados Unidos. Así he procurado hacerlo entender al agente confidencial de los estados del sur.

No me causa extrañeza que los agentes de la reacción y los del personaje a quien usted alude en su citada nota número 229, traten de explotar este incidente, ni me maravilla tampoco que esparzan las especies que usted refiere, sobre la vacilación en México del orden constitucional. Afortunadamente esas especies son falsas y, si bien su propagación se relaciona con algunas intrigas, ramificadas aun en una parte del Congreso, la nación toda se halla animada de un espíritu notable de legalidad y constitucionalismo y forma una base muy sólida a la Constitución y a las autoridades que de ella emanan. Esto servirá para que usted pueda rectificar los rumores de que me da noticia, contribuyendo en su esfera a frustrar las maquinaciones contra el orden y la paz de esta República.

Reitero a usted las protestas de mi consideración.

Manuel (María) de Zamacona

CARÁCTER DE LAS RELACIONES
ESTADOUNIDENSES-MEXICANAS

República Mexicana
Ministerio de Relaciones Interiores y Exteriores

Palacio Nacional. México, septiembre 29 de 1861.

Señor encargado de Negocios de la República en Washington

La copia adjunta a una comunicación que dirijo con esta fecha al representante de la República en París, instruirá a usted del carácter que han tenido durante ese mes las relaciones de este gobierno con la legación, de los Estados Unidos. Se han referido ellas especialmente al arreglo para obtener de ese gobierno un subsidio con que pueda la República acelerar su pacificación y resolver satisfactoriamente la cuestión de la deuda extranjera. Acompaño a usted también copia de los artículos que el señor Corwin ha presentado como base del indicado arreglo. A que se lleve a práctica puede contribuir mucho la inteligente cooperación de usted y no dudo que la prestará con todo empeño, en concepto de que el móvil de los Estados Unidos en esta negociación es alejar de México el peligro de la intervención europea o de una agresión por parte de los estados confederados. Usted, con su discreción característica, puede mover el resorte del interés que en esos dos objetos tiene el gobierno de Washington.

Renuevo a usted con este motivo las seguridades de mi consideración.

Manuel (María de) Zamacona

PROPOSICIONES DEL MINISTRO CORWIN
PARA CELEBRAR UN TRATADO CON MÉXICO,
CONCEDIÉNDOLE UN PRÉSTAMO

Artículo 1º- Los Estados Unidos prestarán a la República Mexicana 5,000,000 de pesos que se entregarán al agente de México en la ciudad de Nueva York, de los Estados Unidos de América de la manera siguiente, a saber: 500,000 pesos, treinta días después de la completa ratificación de este tratado e igual cantidad en cada uno de los meses posteriores, entregándola en el mismo lugar y al mismo agente hasta quedar cubierta la suma íntegra de 5,000,000.

Artículo 2º- Los Estados Unidos Mexicanos, para asegurar el pago de dicho empréstito, entregarán bonos con cupones al ministerio de Hacienda de los Estados Unidos por la suma de 5,000,000 pagaderos en cinco años, desde la fecha de cada bono, con interés de 6% anual, pagadero por semestres en la Tesorería de los Estados Unidos y de la misma manera se entregará en la misma Tesorería la suma de \$500,000 en bonos, antes de recibir los pagos mensuales de que se habla en el artículo 1º. La fecha de los bonos mexicanos corresponderá a los pagos que se vayan haciendo por los Estados Unidos a México. Los bonos mexicanos implicarán la garantía de la fe nacional, de todos los terrenos públicos no vendidos en México y de los bienes del clero en cualquiera forma y de que no se haya dispuesto en toda la República Mexicana.

Artículo 3º- Los Estados Unidos prestarán además, a México, la suma de . . . millones de pesos, que se pagarán al agente de México cada año en la ciudad de Nueva York durante tres años, en la forma siguiente: comenzarán los pagos un mes después de la última exhibición de los 5,000,000 a que se refiere el artículo 1º y ascenderán a la suma de . . . -es

decir, una mitad del pago anual-; el segundo pago a los seis meses y así en los años siguientes hasta concluir el término de tres años. Estas sumas se reembolsarán y asegurarán a los Estados Unidos por medio de bonos y garantías de la misma especie que las que menciona el artículo 2°.

Artículo 4°- Con objeto de realizar la cantidad prestada a los Estados Unidos de México, se organizará una junta de . . . personas y de éstas se nombrarán . . . por el presidente de la República Mexicana y . . . por el presidente de los Estados Unidos, cuya junta se establecerá en la ciudad de México y no se disolverá hasta que se pague completamente la deuda creada por este tratado, o hasta que los dos gobiernos convengan en poner fin a sus servicios.

Artículo 5°- Esta junta tendrá poder pleno de coleccionar todas las deudas y responsabilidades que existen ahora procedentes de los bienes eclesiásticos y de disponer de los que no estén vendidos; tendrá además el poder y facultades que el Supremo Gobierno de México tiene con relación a los bienes mencionados; tendrá también la facultad de vigilar, si lo cree conveniente, lo relativo a los terrenos baldíos no vendidos en la República y de distribuirlos en porciones a propósito para su venta pronta y expedita; de procurarse mapas y descripciones exactas de ellos y de venderlos a los que los compren en las cantidades y términos que crea conveniente, con tal que no se expida ningún título a los compradores hasta que los terrenos estén completamente pagados.

Artículo 6°- Cada uno de los miembros de la dicha junta, antes de tomar posesión, prestará juramento, que le recibirá quien pueda hacerlo conforme a las leyes mexicanas de desempeñar fielmente los deberes que le imponga este tratado y dará también una caución de . . . mil pesos para el buen desempeño de su deber, con dos o más faenas garantías aprobadas por el presidente de la República Mexicana y por el ministro de los Estados Unidos en México, conservándose una copia de ella en el ministerio de Hacienda de México y otra en el archivo de la legación norteamericana.

Artículo 7º- Ninguna propiedad de ningún género se venderá por la junta, después de que se haya realizado la cantidad suficiente pagar la deuda creada por este tratado, con sus intereses, ni la continuará sus funciones después de llegado este caso.

Artículo 8º- La junta podrá disponer el nombramiento de un depositario del dinero que se realice y la manera de su transmisión a los Estados Unidos.

(Thomas Corwin)

DE LA FUENTE ANALIZA LA SITUACIÓN
EN CONFERENCIA CON LORD JOHN RUSSELL

Londres, octubre 24 de 1861

(Excelentísimo señor secretario de Relaciones Exteriores)

Excelentísimo señor:

En el mismo día que llegué a Londres pasé a ver a Lord John Russell. Díjele que, después de instalado en la Ciudad de México el gobierno constitucional, uno de sus primeros cuidados había sido proveer las legaciones de la República pero que no había podido superar en los primeros dos o tres meses las dificultades que se oponían a su determinación; que, habiendo comenzado a tomar un carácter alarmante las relaciones con Francia por las cuestiones relativas a las hermanas de la caridad, a los bonos Jecker y a otras exigencias pecuniarias de que tal vez estaría su señoría [S. S.] enterado, fue preciso enviar sin demora la legación a Francia; que el gobierno federal me hizo el honor de confiármela juntamente con la legación interina de México en Inglaterra. Que mi recepción en Francia tardó mucho y que, cuando al cabo de dos meses hubo de verificarse, llegó casi al mismo tiempo la noticia de que los ministros de Francia y de Inglaterra hablan interrumpido sus relaciones oficiales con el gobierno de mi país y como el ministro de Negocios Extranjeros en Francia me dijo que Inglaterra estaba perfectamente acorde con Francia en aprobar este rompimiento y en emplear con México medidas de abierta hostilidad, no me pareció de ninguna utilidad venir a Inglaterra para solicitar mi recepción en calidad de ministro mexicano, a lo menos ínterin no tuviese algún dato sobre la disposición favorable del gobierno de Inglaterra. Que procuré informarme de esto y, al fin, gracias a los buenos oficios del señor

ministro americano había sabido que hoy sería honrado con esta conversación.

Yo entré en todos estos detalles porque sabía que Lord John Russell había dicho que, en su concepto, desde que tomó posesión de la Ciudad de México el gobierno constitucional, debió haber enviado un ministro a Inglaterra. Quería yo quitar hasta la posibilidad de un resentimiento por nuestra supuesta falta de consideración a la Gran Bretaña pero no porque piense, de ningún modo, que hubiéramos adelantado una línea enviando desde diciembre o enero nuestra legación a Londres y me atrevo a esperar que V. E. tendrá formado el mismo concepto por todo lo que le he dicho sobre el espíritu del gobierno inglés respecto de nosotros.

Volviendo a mi conferencia con lord John Russell, yo continué diciendo que la necesidad imperiosa que había obligado a México a dar la ley sobre suspensión de pagos era una cosa indudable y reconocida por los ministros de Francia y de Inglaterra, los cuales habían reprochado al gobierno federal no la exposición inexacta de apuros extraordinarios sino la omisión de una solicitud previamente dirigida a ellos por parte del mismo gobierno para obtener un arreglo convencional en este asunto. Que, además, le imputaban haber creado un conflicto financiero por la mala administración de los cuantiosos bienes nacionalizados. Pero que era muy fácil contestar a estas dos objeciones, porque, primeramente, si el gobierno mexicano había propuesto al Congreso la ley de suspensión de pagos, sin abrir antes una negociación diplomática sobre la espera que necesitaba la República, eso fue debido a la urgencia del caso que no permitía dilación y, sobretudo, a la manifiesta disposición en que ambos ministros estaban de contrariar los esfuerzos del gobierno y hasta el buen resultado que había tenido, estipulando un arreglo sobre su deuda pues, habiendo logrado que los acreedores favorecidos por las convenciones diplomáticas admitiesen las propuestas que les hizo, vino a frustrarse este contrato por haberlo reprobado los ministros de Francia y de Inglaterra, con lo cual mostraron bien que su ánimo era privar al gobierno de los medios que podían atraer una solución pacífica y satisfactoria para ambas partes; que una tal animosidad hubiera hecho inútil y peligrosa toda

discusión diplomática, en los momentos en que el gobierno tenía sobre sí exigencias apremiadoras. Que, en cuanto a la dilapidación de los bienes del clero, una vez que el gobierno había podido contentar a sus acreedores con propuestas en que entraban esos mismos valores, carece de objeto la acriminación de despilfarro. Que hay otra razón más decisiva, si pudiera ser, para poner en relieve la conducta irreprochable del gobierno con sus acreedores y consiste en que la ley de nacionalización mandó admitir en el precio fijado a los bienes del clero tres quintos de documentos de la deuda nacional. Que la deuda exterior lo mismo que la interior podían amortizarse de este modo y que el argumento de los tenedores de bonos para no aprovechar el beneficio de la ley no tiene fuerza alguna porque consiste en decir que como sus bonos valían más que los de la deuda interior nadie los buscaba, prefiriendo todos adquirir los más baratos, pero ¿quién impedía a los tenedores emplear todo el precio de sus bonos para adquirir en mayor cantidad los que valían menos?

Que no son más fundados los otros motivos de reproche porque, en orden a los \$660,000 que Miramón extrajo por la fuerza de la casa de la Legación británica importaba mucho no olvidar que el gobierno del señor Juárez, en medio de las atenciones, desastres y desórdenes de la guerra, había pagado esa cantidad, como todas las otras pertenecientes a la deuda inglesa; que quien hizo el robo de los \$660,000 fue un gobierno rebelde que empleó ese dinero en hacer la guerra al gobierno legítimo y reconocido por la mayoría de la nación; con todo el gobierno constitucional no se había negado a entrar en un arreglo equitativo procediendo antes contra los verdaderos culpables; que, sobre esto, no había suscitádose ninguna objeción en un principio, ni después se había probado que el gobierno hubiese echado en olvido su compromiso; que, considerando, por una parte, el comportamiento del gobierno federal en cuanto a sus obligaciones pecuniarias y, por otra, el estado del país, era forzoso convenir en la necesidad de una espera. Que, sobre la falta de protección a los súbditos británicos, agravios venían casi en su totalidad del partido reaccionario y el gobierno trataba siempre de repararlos hasta donde le era posible. Que la misma guerra sostenida sin descanso por el

gobierno contra la facción enemiga de los extranjeros era una prueba palpitante de la protección que éstos recibían; que el gobierno marchaba por una senda irreprochable y, que si no había podido restablecer la paz no era seguramente por falta de resolución ni el remedio podía consistir en suscitarle contradicciones y serias dificultades sino en darle un respiro con que, cobrando fuerzas, pudiese llenar más regularmente sus obligaciones internacionales.

Que, en rigor, ninguna de estas causas ofrecían una razón suficiente para tratar a México de una manera hostil, antes bien se recomienda por sí solo un arreglo pacífico y tanto más cuanto era muy probable que los Estados Unidos aceptasen por un tiempo dilatado la responsabilidad de la deuda externa de México y, de este modo, la Inglaterra no tendría nada que perder y cesaría la causa de estos disgustos.

Lord John Russell escuchó con atención éstas y otras razones que le dije y, sin contestar a ninguna de ellas, me dijo con la mayor serenidad del mundo: "México ha faltado a sus obligaciones dando una ley que suspende el pago de su deuda exterior durante dos años. Inglaterra no ha aceptado la mediación y ofertas de los Estados Unidos porque, aparte del interés de su deuda, tiene que hacer a México otras demandas tales como la del dinero que Miramón sacó por la fuerza de la casa de la legación británica donde estaba depositado".

Me preguntó luego si Francia había deshechado también la mediación americana; díjele que así era la verdad y continuó diciendo que Inglaterra, Francia y España se unirían presto para presentar a México sus proposiciones a fin de hacerle consentir en el cumplimiento de su deber y que esperaba que México las aceptaría. Díome a entender que él mismo redactaría esas proposiciones porque añadió que no las había formado todavía para someterlas a Francia y España. Entonces le pregunté si no querría que yo tuviese con él algunas explicaciones relativamente a las proposiciones antedichas y me contestó que eso no era posible hasta que no estuviesen convenidos los términos en que aquéllas habían de presentarse al gobierno federal.

Creo haber dicho a V. E. que me reservo escribir en nota separada mis observaciones sobre estas conferencias y proponer al Supremo Gobierno la política más conveniente, en mi opinión, para enderezar a buena parte los acontecimientos que vamos a presenciar.

Acabo, pues, por ahora, reiterando a V. E. las seguridades de mi más distinguida consideración.

(Juan Antonio de la Fuente)

ZAMACONA ADUCE QUE EL GOBIERNO
DE SU MAJESTAD ILUSTRÍSIMA DEBE TENER
IDEA EXACTA DE LOS HECHOS

México, noviembre 11 de 1861²⁰

Al excelentísimo señor Alphonse (Dubois) de Saligny,
ministro de Francia

El infrascrito, ministro de Relaciones, ha tenido el honor de recibir la nota en que el excelentísimo señor de Saligny se ha servido participarle las resoluciones del gobierno francés, sobre la cuestión a que ha dado lugar la ley expedida por el Congreso federal de la República en 17 de julio último.

Antes de contestar en lo sustancial la expresada nota de su excelencia el señor de Saligny, el infrascrito se ve en la necesidad de deplorar que el gobierno de su majestad ilustrísima [S. M. I.] no tenga, como no tiene, sin duda, idea exacta de los hechos conexos con esta cuestión porque, de lo contrario, no abrigaría la creencia de ser imposible el arreglo de las dificultades pendientes entre el gobierno mexicano y la

²⁰ La fotostática de la nota de Saligny a Zamacona, fecha 9 de noviembre, localizada en el Archivo de la Embajada de México en Francia (AEMF), con el número 16107, está en condiciones difíciles de transcribir. En su esencia dice que la conducta del gobierno para el que no hay nada sagrado, las ofensas acumuladas contra Francia y su representante y los insultos que le han dirigido, lo obligan a comunicar que su gobierno exige el retiro de la Ley de 17 de julio, la presencia de comisarios franceses en las aduanas de Veracruz y de Tampico, para asegurar las sumas que se deben a Francia y la entrega de otras cantidades. Aclara que la petición ha sido formulada de acuerdo con el gabinete de Londres y que sería apoyada, si fuere necesario, por las fuerzas navales de los dos países. Por último dice que, si en el término de 48 horas, no recibe una respuesta, se retirará de México con el personal de su Legación.

legación francesa por medio de negociaciones. Otra sería la opinión del gobierno francés, si estuviese al tanto de los empeñosos esfuerzos que la administración del señor Juárez ha hecho, desde que se decretó la suspensión de pagos, para abreviarla todo lo posible y de los resultados que afortunadamente se han alcanzado en ese sentido. En virtud de ellos puede el infrascrito, al dirigirse ahora al excelentísimo señor de Saligny, darle una contestación satisfactoria manifestándole que, en lo sustancial, los deseos y las exigencias del gobierno del emperador, están prevenidos por los trabajos que, espontáneamente y sin estímulo extraño, ocupan desde hace cuatro meses al gobierno de la República.

También tiene el infrascrito la necesidad de permitirse la expresión de un juicio contrario al de su excelencia [S. E.] el señor de Saligny, sobre haber mediado en los tres meses últimos, incidentes a propósito para agravar el estado de cosas producido por la suspensión de pagos. Los sucesos del 14 de agosto a que el excelentísimo señor ministro de Francia se refiere, no han servido sino para dar ocasión al gobierno de México de manifestar su solicitud por mantener incólume la inviolabilidad diplomática de S. E. y para que se ponga de manifiesto, por medio de una información solemne, la afinidad simpática que siempre ha existido y existe sin alteración entre la República Mexicana y la nación francesa.

El incidente acontecido en la noche del domingo 3 de noviembre y al que se alude también en la nota del excelentísimo señor de Saligny, no puede llamarse una acechanza ni aun conforme a la narración que han hecho del suceso algunos miembros del cuerpo diplomático, cuya veracidad no puede ser recusable para el excelentísimo señor de Saligny.

El gobierno de la República puede, además, protestar que jamás ha llegado a su conocimiento que el jefe de la policía ni ningún otro individuo, hayan proferido amenazas de muerte contra el señor ministro de Francia ni que se hayan lanzado en varias circunstancias como S. E. indica, gritos amenazantes contra los franceses y su ministro, ni mucho menos que hayan dado el ejemplo algunos funcionarios del orden público.

Lejos de que el gobierno tenga noticia de acto ninguno del gobernador de este distrito que pueda dar motivo de queja al excelentísimo señor de Saligny, los mismos miembros del cuerpo diplomático a que arriba se hace alusión, han hablado al infrascrito con elogio de la actitud obsequiosa del expresado gobernador con relación al excelentísimo señor ministro de Francia en el suceso del 3 de noviembre.

Ahora, en cuanto a los comentarios que ha hecho la prensa de la capital sobre aquel suceso, el gobierno ha llevado su celo, por la inviolabilidad del excelentísimo señor de Saligny, hasta llamar eficazmente desde hace algunos días la atención del fiscal de imprenta, sobre esas publicaciones, recomendándole el desempeño de su ministerio en el sentido de exigir la más estricta aplicación de las leyes, siempre que advirtiere en los periódicos de la capital algo injurioso a la nación francesa o a su representante. A más de esto, el gobierno desea y, por medio del infrascrito lo ha pedido al excelentísimo señor de Saligny en comunicaciones confidenciales, que S. E. manifieste los datos o presunciones que tenga sobre los puntos mencionados arriba para descubrir e imponer el condigno castigo a los que puedan resultar culpables.

Viniendo ahora a los términos en que el excelentísimo señor de Saligny formula las resoluciones de su gobierno, el infrascrito tiene la satisfacción de manifestarle que la derogación de la ley de 17 de julio, en la parte que afecta las convenciones diplomáticas, es punto de que el Congreso se ocupa desde hace días, a moción de uno de sus miembros y que, respecto de la suspensión a que están sujetos los pagos a los interesados en los convenios diplomáticos concluidos entre la República y el imperio francés, el gobierno de México está dispuesto a alzarla, con aprobación del Congreso, en los mismos términos que forman parte del arreglo próximo a concluirse con el excelentísimo señor ministro de su majestad británica.

Tampoco tiene objeción este gobierno para el nombramiento de comisionados, con el objeto de asegurar a los acreedores extranjeros las asignaciones que disfrutaban en los productos de las aduanas marítimas. La forma de esta seguridad ha sido materia también del arreglo con la

legación inglesa y este gobierno brinda a los acreedores franceses con las mismas garantías de seguridad que estimen satisfactoria los acreedores británicos, cuyo interés en la deuda exterior es de tan grande importancia. Está, asimismo, dispuesto este gobierno a arreglar el pago de las sumas cuya entrega proceda de las obligaciones internacionales de la República.

Y, por lo que hace, en fin, a la reducción de los aranceles vigentes, aunque el gobierno no tiene el derecho de hacerla por sí solo ni podría comunicar a los agentes de los acreedores franceses esta facultad inherente al Poder Legislativo y a la soberanía nacional, afortunadamente está prevenido de hecho el deseo de la legación francesa en este punto, mediante un proyecto sobre reforma liberal de aranceles, en cuya discusión se ocupa el Congreso desde hace tres días y que quedará votado de un momento a otro.

El acuerdo que, como indica S. E. el señor de Saligny, media en este negocio entre los gabinetes de París y de Londres, sirve de estímulo a la esperanza que abriga el infrascrito de que serán satisfactorios al señor de Saligny los términos de arreglo que quedan indicados y que son los mismos sobre que versa el convenio que el infrascrito ha estado discutiendo desde hace días con el excelentísimo señor ministro de Inglaterra, para cuya conclusión no se presentan ya dificultades radicales.

El infrascrito no puede menos de complacerse al advertir que las combinaciones en que se ha ocupado el gobierno para abreviar el período de la suspensión de pagos decretada el 17 de julio y el espíritu de amistosa condescendencia que anima a la República con respecto a la nación francesa, hagan posible esta contestación satisfactoria a la última nota del excelentísimo señor de Saligny y permitan el remover todo motivo de que S. E. tome la resolución de dejar la República dándolo, al contrario, para que queden restablecidas de nuevo, las relaciones regulares entre las dos naciones.

Manuel María de Zamacona

SE OFRECE SATISFACCIÓN
A TODAS LAS PROTESTAS DE SALIGNY

Noviembre 13 de 1861²¹

A su excelencia el señor (Alphonse) Dubois de Saligny,
ministro de Francia

México

El infrascrito ha tenido el honor de recibir la comunicación que con fecha de ayer se ha servido dirigirle el excelentísimo señor ministro de Francia. Es en efecto superfluo, como su excelencia [S. E.] lo indica, discutir en esta ocasión sobre los sucesos acontecidos en las noches del 14 de agosto y de 3 de noviembre. El excelentísimo señor de Saligny ha creído oportuno, no obstante, hacer en la comunicación a que ésta sirve de respuesta, ciertas apreciaciones y avanzar ciertos juicios que el infrascrito se ve en la precisión de rectificar.

Comenzará por dar las gracias al excelentísimo señor ministro de Francia por haber referido la materia a su gobierno, puesto que el de México está seguro de que, examinados desapasionadamente los indicados sucesos y sus consecuencias, no podrán desconocer los esfuerzos de las autoridades de esta República por escudar al excelentísimo señor de Saligny contra toda ofensa, ni podrá menos de

²¹ La nota de Saligny a Zamacona, fechada 12 de noviembre, localizada con el número 16109 en el Archivo de la Embajada de México en Francia (AEMF), de muy difícil transcripción. En resumen, indica que las satisfacciones ofrecidas en la nota anterior no le parecen enunciadas en términos bastante claros y precisos. Exige el *retiro inmediato* de la Ley de 17 de julio. Añade que si los términos que ha ofrecido no son aceptados pura y simplemente en 24 horas, pedirá sus pasaportes.

advertirse, como trasciende en todas ocasiones, la simpatía del pueblo mexicano por la Francia y sus hijos, simpatía que debe ser muy intensa y arraigada puesto que no ha podido alterarla el tratamiento injusto y acerbo que más de una ocasión ha sufrido la República de los representantes del imperio francés.

El excelentísimo señor de Saligny conviene en que sus respetables colegas que fueron testigos del incidente de 3 de noviembre no vieron en él nada que tuviese asomos de acechanza y aun, al expresar él mismo un juicio diferente, alude a informes posteriores y fidedignos pero sin tener la bondad de indicar la fuente de ellos, como el infrascrito se ha tomado la bondad de suplicárselo para poder ampliar las averiguaciones en que tanto interés ha tomado este gobierno.

Reconoce asimismo el excelentísimo señor ministro de Francia la solicitud y el esmero con que el gobernador de este distrito procuró salvar la persona de S. E. de todo ultraje la noche del 3 de noviembre y el infrascrito se toma la libertad de observar que ese antecedente hace poco verosímiles las calumnias que a aquel magistrado se atribuyen y lo cual no sería extraño que mediasen informes malignos de los muchos que tienen interés en agriar las relaciones entre la nación francesa y esta República.

Relativamente a los comentarios que la prensa de la capital ha publicado sobre el repetido incidente del 3 de noviembre, el gobierno mexicano ha hecho cuanto le permitía su posibilidad moral para prevenir que se atropellase la inviolabilidad del excelentísimo señor de Saligny y, a este propósito, debo rectificar la alusión que S. E. se sirve hacer a las providencias que en otras ocasiones, aunque muy raras, ha dictado el gobierno para reprimir el abuso de la imprenta. Mientras duró la suspensión de garantías que por los peligros del orden público decretó en julio último el Congreso federal, pudo el gobierno emplear una acción inmediata contra el uso abusivo de la prensa, bien que siempre se limitó a perseguir la calumnia, dejando en lo demás plena libertad a la discusión política, pero, restablecidas como lo están desde hace tiempo por el Congreso las garantías individuales, el Ejecutivo no tiene sobre la prensa otra acción que la que ha ejercido en este caso y la espontaneidad y el

empeño con que lo ha hecho deberían inducir al excelentísimo señor de Saligny a hacer, en este punto, calificaciones menos severas del gobierno de la República.

Efectivamente, son conocidas al infrascrito desde hace más de un mes las condiciones que la Inglaterra y la Francia han acordado para hacer cesar el estado de cosas a que dio lugar la ley de 17 de julio y, por más que el excelentísimo señor de Saligny parezca inculpar de lo contrario al gobierno mexicano, no ha dejado éste de aprovechar el tiempo transcurrido de entonces acá, en hacer combinaciones arbitrar recursos y en escogitar medios que le han permitido al cabo presentar proposiciones aceptables por parte de la legación inglesa y estar prevenido con ofrecimientos del mismo tenor, ahora que S. E. el representante del imperio francés ha formulado las exigencias de su gobierno. Con el de su majestad británica [S. M. B.] se ha llegado punto menos que a un arreglo definitivo, porque su representante en México creyó conveniente oír desde hace seis semanas al infrascrito; ha tenido con él reiteradas conferencias y se ha mostrado preocupado únicamente del deseo de llenar los objetos esenciales a que se refieren sus instrucciones.

Suponiendo como supone el infrascrito, animado del mismo espíritu al excelentísimo señor de Saligny, ha creído fácil llegar con S. E. al mismo punto y, sin necesidad de mucha demora, puesto que esos mismos trabajos, que han ocupado al gobierno en las seis semanas últimas le han hecho posible llenar los objetos sustanciales a que deben referirse las instrucciones del gobierno imperial que, como su propio representante lo indica, son las mismas en cuya virtud ha obrado el excelentísimo señor ministro de S. M. B. Pero, para llegar a un arreglo satisfactorio, es indispensable que los interesados se oigan recíprocamente y el excelentísimo señor de Saligny ha cerrado sin cesar los oídos al gobierno de México.

En las comunicaciones que el infrascrito tuvo la honra de dirigirle antes de ayer, creyó explicar bien claro que la República no sólo estaba pronta a llenar de hecho los objetos a que se refería el ultimátum de la legación francesa, sino que, por medio de los trabajos que han ocupado al

infrascrito y a sus colegas de gabinete en estos meses últimos, había prevenido los deseos del gobierno imperial y se proponía espontáneamente y aun sin excitativa alguna, alzar la suspensión a que han estado sujetos los pagos procedentes de convenciones diplomáticas con el gobierno francés y dar seguridades irrecusables de exactitud para lo futuro, pudiendo, por una feliz coincidencia, anunciar al gobierno del emperador el importante beneficio que el Congreso de la República está preparando al comercio extranjero en la reducción de aranceles que actualmente discute y que quedará acordado de un momento a otro.

He aquí los objetos prácticos y reales de la nota con que el excelentísimo señor de Saligny ha honrado al infrascrito con fecha 9 del corriente y, llenos esos objetos, quedaba sólo el descender a ciertos pormenores que demandan conferencias y explicaciones verbales. Mas, una vez que el excelentísimo señor de Saligny tacha de poco claras las indicaciones que sobre estos puntos le hizo este ministerio en su última nota, el infrascrito descenderá a algunos de estos pormenores. Está impuesto el gobierno mexicano a poner en corriente y asegurar el pago de las asignaciones hechas por convenios diplomáticos a los acreedores franceses de la República, dando a los agentes de los mismos acreedores en los puertos la facultad de exigir los estados mensuales de entradas en las aduanas y, por vía de documentación, todas las constancias que se refieran al movimiento comercial como, por ejemplo, los manifiestos de los buques. Está dispuesto, asimismo, para mayor seguridad, a que la parte de derechos correspondiente a las indicadas asignaciones se satisfagan no en dinero sino en certificados que dará el ministerio de Hacienda a los expresados agentes y que éstos podrán vender en los puertos a los causantes de los derechos de importación. Las cantidades que los acreedores franceses hubieran debido percibir durante la suspensión de pagos, les serán restituidas con una asignación adicional en proporción de su importancia.

Este arreglo se consignará en un convenio formal sometiéndolo a la inmediata aprobación del Congreso, como lo previene la Constitución de la República. Y, como al formalizar este convenio será ya un hecho la reducción de aranceles que ocupa actualmente al cuerpo Legislativo,

vendrán a quedar llenos los objetos reales del gobierno imperial, si se reducen, como el excelentísimo señor de Saligny lo indica en su nota de 9 del corriente, a que cese la suspensión decretada por la ley de 17 de julio a que se asegure en lo futuro a los acreedores franceses la percepción de sus asignaciones por medio de comisionados que vigilen la consignación exacta de las cuotas asignadas y que el comercio extranjero disfrute la ventaja que debe producirle la reducción de aranceles.

No sin razón, pues, el infrascrito supuso que su nota anterior debía reputarse como contestación satisfactoria a la que recibió del excelentísimo señor de Saligny con fecha 9 del corriente, puesto que el gobierno de México, por medio de esa contestación, se mostraba llano a contestar los deseos del gobierno imperial en lo esencial de sus condiciones relativas al arreglo de la cuestión pendiente con esta República. Después de esa respuesta, el infrascrito creía que sólo cabría cuestión sobre los medios secundarios de llevar a cabo las estipulaciones y no temió del espíritu caballeroso de la nación francesa y de su gobierno que, habiendo consentido el de México en todos los puntos sustanciales del ultimátum formulado por el señor de Saligny, se llevasen las cosas hasta los ápices y se exigiese a la nación mexicana abdicaciones humillantes, fórmulas incompatibles con la Ley Fundamental y actos que materialmente no caben en el plazo estrechísimo que fija la última nota del excelentísimo señor de Saligny.

Cuando S. E. habló en su comunicación del día 9 de la derogación inmediata de la ley de 17 de julio, el infrascrito no pudo atribuir a esta intimación un sentido fuera de lo materialmente posible ni suponer que tendía a que el Congreso de la República discutiese y votase en unas cuantas horas la derogación de la expresada ley. La intimación, entendida en esos términos, no sólo sería materialmente imposible de obsequiar, sino que haría suponer lo que el infrascrito está muy lejos de atribuir al Excmo. Sr. de Saligny: una resolución premeditada y un plan acordado de frustrar sistemáticamente todo arreglo. Esto, después de que el Gobierno de México ha agotado su posibilidad durante seis semanas por escogitar arbitrios e inventar combinaciones que no creía pudiese calificar de poco satisfactorias, ninguno de los acreedores de la Nación

que aspire solamente a asegurar para lo presente y para lo futuro el cumplimiento de las convenciones diplomáticas.

La esperanza del gobierno de México en que satisfarían al representante del imperio francés los ofrecimientos que el infrascrito formuló en términos generales en su nota del día 11, creció al leer en la del excelentísimo señor de Saligny que había identidad de miras entre el gobierno de Francia y de Inglaterra, porque eso quitaba todo temor de una repulsa respecto de condiciones que no han sido calificadas de inaceptables por el representante de S. M. B. Aun en estos momentos no puede el infrascrito renunciar a esa esperanza.

Pero si resultase burlada, si fuesen estériles los esfuerzos leales en que se ha extremado el gobierno de la República para prevenir las exigencias de sus acreedores y cortar, una vez por todas, las cuestiones a que han dado lugar las relaciones pecuniarias de México con las potencias de Europa; si no bastara haber ido al encuentro de esas potencias no sólo en sus derechos y pretensiones legítimas sino hasta en sus deseos de proporcionar a su comercio lucro y ventajas; si se insistiera en exigir del gobierno mexicano actos incompatibles con la Ley Fundamental del país y que ni siquiera caben en el estrecho término a que se refieren las intimaciones; el gobierno de la República se refugiaría en su conciencia penetrado de haber hecho cuanto exigen el deber, el honor y el más vehemente deseo de mantener su amistad con la Francia y dejaría sobre el excelentísimo señor de Saligny la responsabilidad inmensa de una ruptura inmotivada y que tantos males acarrearía a los súbditos de las dos naciones.

El infrascrito aprovecha esta oportunidad de renovar al excelentísimo señor de Saligny, las seguridades de su distinguida consideración.

Manuel María de Zamacona

EL PARTIDO CONSTITUCIONAL:
1ª, 2ª Y 3ª ÉPOCA DEL PRESIDENTE BENITO JUÁREZ

León Guzmán

[Artículo primero]

Hay en la historia de nuestras conmociones políticas un fenómeno singular que nos parece conveniente analizar porque contiene importante enseñanza. Es el siguiente:

Entre nuestro largo catálogo de pronunciamientos solamente hay dos en que con franqueza se ha proclamado la monarquía y es muy de notar que en ambos casos se contaba con auxilios extranjeros que con anticipación se habían mendigado. Todos los demás pronunciamientos o con sinceridad o hipócritamente han fingido aspirar a un sistema popular y democrático. Regístrese la inmensa serie de planes, proclamas, manifiestos y demás documentos revolucionarios y se verá que no discrepan entre sí más que en las palabras. Todos los redentores han ofrecido la regeneración del país, la libertad del pueblo, la consolidación del orden, la corrección de los abusos, la protección al trabajo, a la industria y al comercio y, sobre todo, la inviolabilidad a los derechos del hombre y del ciudadano.

Todas estas promesas son nada menos que las bases fundamentales del programa del partido progresista y, esto supuesto, se ocurre desde luego preguntar ¿por qué todos los trastornadores del orden establecido se han apresurado a invocar ese programa? ¿será porque es el que mejor se presta para introducir la anarquía? ¿será porque es el que más calmará las pasiones de los descontentos? ¿será porque, a título de trabajar por la libertad, se siente menos rubor para atacar derechos legítimos?

Nosotros atribuimos el fenómeno a otra causa más lógica y más conforme a la realidad de los hechos. La verdad de las cosas es que todos nuestros gobiernos han sido malos y casi todos, opresores. Los unos han tenido por programa comprimir la libertad; el programa de otros ha sido favorecido y desarrollarla, pero lo han falseado y al convertirse en opresores se han hecho mucho más odiosos e insoportables que los otros.

El pueblo aspira siempre a mejorar su condición y este deseo se hace más vehemente en las épocas de opresión. El pueblo ha hecho inmensos sacrificios con objeto de darse instituciones democráticas, ha logrado dárselas y tiene fe en ellas. El pueblo ve y palpa que su malestar, sus desgracias, sus sufrimientos, no proceden de que las instituciones sean malas, sino de que sus mandatarios las han falseado corrompido y contrariado. Natural es, por tanto, que el pueblo afirme y acrisole su amor a las instituciones; natural que aspire a encontrar mandatarios que también las amen, que amándolas las practiquen, que practicándolas las prestigien y se afanen por mejorarlas.

Estas breves observaciones para poner en evidencia que el motivo por el cual todos los trastornadores del orden establecido se han acogido al programa del partido progresista, es que ese programa cuenta con las simpatías del pueblo y sabido es que todo partido, al aspirar al poder o lealmente pretender hacer la felicidad del pueblo, por lo menos es esfuerzo en halagarlo ofreciéndole aquello que ama y desea. Nada hay, pues, de aventurado al afirmar que todos los partidos han reconocido de hecho que el programa progresista es el único popular; aunque ellos no lo hubieran dicho es un hecho práctico y hasta -diremos- tangible, que el programa del partido progresista es el único adoptado y protegido por las masas populares. Son hechos también innegables que el credo político del partido progresista está hoy concentrado en la Constitución de 1857 y que ésta ha sido aceptada por el pueblo quien, para sostenerla, ha derramado su sangre a torrentes.

Hemos llegado al objeto final del presente artículo que se reduce a establecer, como una verdad indiscutible, que el partido constitucional es el único propio y verdaderamente popular.

[Artículo segundo]

En nuestros dos artículos anteriores hemos dejado establecidas dos verdades: primera, que el programa del partido constitucional es la Constitución de 1857 y, segunda, que ese programa es el único que con propiedad puede y debe llamarse popular.

Ahora, entrando en un terreno más delicado y espinoso, nos proponemos probar que ese partido nunca ha estado en posibilidad de desarrollar su programa o, en otros términos, que no ha estado en posesión del poder, durante un término, bajo unas circunstancias que le permitieran practicar la Constitución. Repetimos que la empresa es espinosa y delicada; presentimos que se nos ha de contradecir con vehemencia; pero estamos resueltos a decir la verdad histórica, aun cuando por esa causa nos sobrevengan disgustos.

Para dar a nuestras apreciaciones todo el carácter de independencia con que deseamos revestirlas, así como para que el trabajo sea metódico, nos ocuparemos separadamente de cada una de las administraciones que se han sucedido desde la promulgación de la Constitución hasta la época presente.

Administración Comonfort

Cuando apareció el plan de Ayutla el señor Comonfort era ya hombre conocido en la escena política, primero como coronel del ejército y después como diputado y como senador. Nunca había figurado como una notabilidad; pero para nadie era dudoso que pertenecía -como suele decirse-, en cuerpo y alma al partido moderado. Todos lo vimos frecuentar con asiduidad las casas de los señores Pedraza, Otero, La Rosa, Lacunza, Lafragua, Yáñez y otras notabilidades del partido moderado; sabemos que tenía con ellos una gran intimidad y cómo se contaban con aire festivo divertidas anécdotas, un poco picantes, que no han de haber agradado mucho al que después fue presidente de la República.

Aunque por los años de 50 a 52 tuvimos alguna intimidad con el señor Comonfort, jamás pudimos conocer a punto fijo las causas que lo decidieron a dejar su asiento en el Senado para ir a encargarse de la aduana marítima de Acapulco. Lo cierto es que allí lo encontró la revolución de Ayutla y que su intimidad con el general don Juan Álvarez era tal y su influencia sobre este caudillo tan grande que, al aceptar el pronunciamiento, cambió radicalmente las bases del plan primitivo y sus reformas de Acapulco fueron aceptadas por el general Álvarez, supuesto que, lejos de protestar contra ellas, invistió al señor Comonfort con el mando y dirección absoluta, así en lo político como en lo militar.

Ya hemos hecho notar. -así lo comprendieron todos los políticos del país- que las reformas de Acapulco se resentían de una tendencia marcadamente moderada. Ya hicimos también reminiscencias de que, al triunfar la revolución, el presidente provisional se encontró rodeado de un círculo progresista. Ahora añadiremos que el señor Comonfort fue aceptado en ese círculo y no podía menos de serlo, porque siempre supo conservar la absoluta confianza del general Álvarez y ejercer sobre el ánimo de éste una influencia decidida.

Esa influencia del señor Comonfort, que siempre fue con tendencias moderadas, se hizo sentir desde los primeros momentos del gobierno provisional; estuvo a punto de producir graves trastornos y causó, entre otros males, la separación del señor Ocampo, quien para activarla dio por causal aquellas célebres palabras "no es ésta mi época".

Trasladado el gobierno a la Ciudad de México, el general Álvarez se encontró colocado en una situación insostenible; serias y muy graves dificultades hacían imposible su marcha, frecuentes disgustos torturaban su ánimo y, por fin, ese patriota desinteresado resolvió separarse de la escena dejando en su lugar al señor Comonfort. Dueño éste del campo, organizó desde luego un gabinete moderado; expidió con celeridad varias leyes y con especialidad un estatuto orgánico, cuya intención manifiesta era preocupar el ánimo del Congreso constituyente en sentido de sus ideas moderadas.

Al reunirse el Congreso, los agentes de la administración, demasiado anexados a las luchas parlamentarias, lograron que en la

comisión de Constitución figuraran moderados tan prominentes como los señores Cardoso, Yáñez y Escudero y Echánove, pero, a pesar de sus esfuerzos, formaron también parte de la comisión los progresistas intransigentes, señores Arriaga, Mata, Olvera y el que esto escribe. Estábamos en mayoría; éramos más perseverantes y, merced a estas dos circunstancias, la comisión se compuso definitivamente de los cuatro últimos y los señores Ocampo, Castillo Velasco, también progresista y Romero Díaz, moderado.

Con frecuencia nos hemos visto precisados a hacer referencias a la historia íntima del Congreso constituyente de 1836, pero siempre nos hemos conformado con indicaciones generales obedeciendo en esto, por una parte, al temor de que se crea que sobrecargamos el cuadro de colores sombríos y, por otra, al convencimiento de que no hay necesidad de revelar poridades sobre cuya mayor parte ha guardado silencio la historia. Siguiendo hoy ese mismo plan de conducta nos conformaremos con recordar que, en el seno de la comisión, el proyecto de Constitución fue tenazmente combatido por los agentes de la administración; que en las disensiones del Congreso, los secretarios del despacho y los diputados que con ellos simpatizaban, no desperdiciaron ocasión alguna para combatir los pensamientos más fundamentales y que llegó la vez en que lograron fuese admitido un proyecto de reformas a la Constitución de 24, que la hacían verdaderamente monstruosa e impracticable. El alma de todos estos trabajos era el señor Comonfort y para nadie era un secreto que en diversas ocasiones estuvo a punto de poner término a las discusiones del Congreso por medio de un acto de violencia.

La discusión y votación del dictamen llegaron a su término a pesar de los esfuerzos que en sentido contrario empleó constantemente el presidente provisional. Sabido fue de todos que el señor Comonfort estaba más dispuesto a rechazar que a aceptar el nuevo código; se habló mucho y como cosa muy segura de un golpe de Estado y, en los momentos mismos en que el presidente se presentó a prestar el juramento de obediencia a la Constitución, se sostenía que no llevaba otro objeto que el de rechazarla en el seno mismo del Congreso.

El señor Comonfort, no atreviéndose a dar este paso extremo, aceptó y juró la nueva Constitución, aunque no sin asegurar en distintas reuniones que hacía este sacrificio, a reserva de trabajar con decidido empeño por la pronta reforma de ese código.

El señor Comonfort esperaba que en el 1º Congreso constitucional habría una mayoría de moderados y confió a esta eventualidad la realización de sus planes; pero, contra sus previsiones y a pesar de sus trabajos, el 1º Congreso constitucional se compuso casi en su totalidad de progresistas que, con el carácter de partido constitucional, marcaron desde luego su propósito de hacer efectivo el nuevo sistema y desarrollar sus principios. Desorientado el señor Comonfort con esta decepción, esperó, sin embargo, la declaración del presidente constitucional que ya de cierto se sabía había recaído en su persona. En efecto, se hizo la declaración en su favor y manifestándose resignado, prestó el juramento y tomó posesión de la presidencia constitucional. Pocos días después tenía lugar el famoso golpe de Estado, que tantos males ha causado a la nación. El Congreso no volvió a funcionar; la reacción se apoderó primero de la capital, después de la mayor parte del país y ésta, con el partido constitucional a su frente, sostuvo la heroica y costosísima campaña que conocemos con el nombre de Guerra de Tres Años.

La anterior, imperfectísima reseña, nos autoriza para afirmar que durante toda la época del señor Comonfort, el partido constitucional no estuvo en aptitud de practicar su promesa.

[Artículo tercero]

Primera época de la administración Juárez

Sabido es que, al consumarse el golpe de Estado, el señor Juárez, presidente de la Suprema Corte de Justicia, estaba desempeñando la secretaría de Gobernación. Sabido es también que el presidente y sus cómplices engañaron a este patriota, ocultándole sus planes y que, en el momento de realizarlos, lo redujeron a prisión. Sabido es en fin, que al salir de ella el señor Juárez se dirigió sin demora a Querétaro en donde

presentó un simulacro de gobierno, pasándose después a Guanajuato; organiza allí en toda forma el Poder Ejecutivo de la federación y formó un gabinete progresista.

Los títulos para asumir el señor Juárez el manejo supremo de la federación eran incuestionablemente legales y, al asumirlo, no sólo ha cumplido con un deber, sino también ha prestado un eminente servicio. Los estados lo comprendieron así y todos se apresuraron a reconocerlo y obedecerlo.

Pero la reacción tenía elementos poderosos y obró con una actividad extraordinaria. Pocos días después de su triunfo en la capital, hizo salir para el interior una fuerte expedición militar. Allí obtuvo un nuevo triunfo al que se siguió la sumisión de uno de los jefes más importantes y la dispersión de otros. El escandaloso pronunciamiento de Guadalajara, después de poner en eminente peligro la vida del presidente y el porvenir de las instituciones, apenas dejó tiempo para que el gobierno federal emprendiera una especie de fuga con dirección a Colima, a donde llegó salvándose casi milagrosamente de otro gran peligro en Santa Ana Acatlán. A los pocos días de llegar a Colima se tuvo noticia de una expedición militar que tenía por objeto ocupar esa ciudad y apoderarse de la persona del presidente; allí mismo, el jefe de un cuerpo intentó pronunciarse y el señor Juárez no tuvo otro recurso que embarcarse en el puerto de Manzanillo y mediante un gran rodeo dirigirse a la heroica ciudad de Veracruz, en donde estableció el asiento del gobierno y lo conservó hasta consumir el triunfo de la causa constitucional.

[Artículo cuarto]

Segunda época de la administración Juárez

Vencida la reacción, el ejército constitucional que había triunfado en Calpulalpam, ocupó sin demora y también sin resistencia, la capital de la República. Dio parte oficial de este fausto suceso al gobierno del señor Juárez. Éste se trasladó a la Ciudad de México, donde comenzó desde

luego a funcionar y a ocuparse de organizar la administración pública y de expedir convocatorias para elecciones de Supremos Poderes de la federación.

Hay hechos de los cuales la historia no ha creído conveniente apoderarse y uno de ellos ha sido la retirada del señor Ocampo, compañero inseparable del señor Juárez durante todo el periodo de esa guerra y persona cuya influencia sobre el presidente fue siempre superior a cualquiera otra; sin pretender nosotros inquirir las causas de esa separación, necesitamos consignar un hecho importante y es que, ya en México, el señor Juárez hizo un cambio de gabinete. También creemos oportuno recordar que, consecuente con su propósito de rodearse de progresistas, integró ese gabinete con constitucionalistas tan conocidos como lo eran entonces los señores Zarco, Ramírez y Prieto.

El gobierno comenzó a ocuparse con patriotismo y perseverancia, de organizar la administración del despacho ordinario de los negocios y sobre todo de una multitud de dificultades, así interiores como diplomáticas, cuya solución era urgente y no podía demorarse.

Estamos muy lejos de desconocer las relevantes prendas y los eminentes servicios de nuestro malogrado amigo el señor Zarco, de sus patriotas colaboradores, entre los que debemos mencionar al señor general González Ortega y nuestro malogrado amigo el benemérito general Zaragoza. Todos ellos trabajaron con la fe y patriotismo de que siempre dieron testimonio inequívoco; pero las dificultades de la situación eran enormes. En el orden diplomático había reclamaciones graves intencionalmente exageradas; en varios representantes extranjeros, animados de una marcada hostilidad, tenían decidido empeño de crear conflictos o suponerlos. En los negocios interiores la situación era casi desesperada; la Hacienda agotada y sus compromisos enormes a la vez que imprescindibles; los estados muy cerca de la anarquía, disponiendo de las rentas nacionales y del producto de las desamortizaciones; el ejército en desorganización completa, con pretensiones exageradas, sin posibilidades de cubrirle sus haberes, palpándose la necesidad de retirar las fuerzas coluticias (sic) que no estaban a ello muy impuestas; la reacción que de nuevo se lanzaba al terreno de las armas, cometiendo

toda clase de atentados y aun crímenes proditorios; los ultraliberales - entre los cuales había muchos de última hora- exagerándolo todo, queriendo levantar millares de patibulos e intentando hacer la felicidad de la patria en un día. . .

Al gabinete presidido por el señor Zarco no le faltó inteligencia ni fe ni patriotismo, pero el campo en que le tocó trabajar estaba erizado de dificultades, de exageradas pasiones, de desenfrenados odios, de aspiraciones locas y el juicio, la mesura, el criterio reposado, parecían haber entrado en receso. Ese gabinete al que repetimos no tener motivo ni derecho para acusar, acabó por desprestigiarse, no ciertamente en razón de sus actos, sino a causa de su imposibilidad para satisfacer tantas aspiraciones encontradas.

Las elecciones se practicaron con todo el orden posible, fueron libres y dieron por resultado una considerable mayoría de progresistas, un grupo de liberales exagerados y una pequeña minoría de moderados que ya habían aceptado la Constitución y estaban resueltos a observarla. Apenas instalado el Congreso, se organizó una fuerte oposición contra el ministerio. Se dieron pasos demasiado avanzados para obligarlo a dimitir, no faltaron oradores que propusieran como una medida necesaria, la de exigir al presidente que los cambiara por otro. El ministerio presentó su dimisión y entonces el Juárez nos hizo la honra inmerecida de encargarnos la formación que debía sucederle.

Siempre que hemos escrito para el público hemos cuidado de no tenernos en lo que atañe a nuestra personalidad, pero ahora tenemos la penosa necesidad de infringir ese propósito, esperando que se nos perdone, en vista de la necesidad en que estamos de definir nuestra situación de entonces, para fijar así la parte que nuestra presencia ha podido tener en la marcha del partido constitucional.

Cuando en enero de 58 organizó el señor Juárez su primer ministerio, se nos hizo la honra de designarnos para secretario de Relaciones. Declinamos este honor porque no nos creímos dignos de presidir un gabinete de que formaban parte los señores Ocampo y Degollado; pero, resueltos a ayudar al gobierno en aquellas difíciles circunstancias, indicamos y se acordó, nos encargásemos de la cartera de

Fomento que estaba aún sin proveer. Con este carácter hemos acompañado al señor Juárez hasta que estableció en Veracruz el asiento de su gobierno. Después de algún tiempo nos pareció preferible tomar parte en la campaña y con tal objeto nos dirigimos a la frontera.²²

No nos meteremos a calificar si nuestra débil cooperación ha servido de algo, pero sí necesitamos mencionar que todos los gobernadores y todos los jefes militares nos dispensaron las más altas consideraciones y nos dieron las más claras y repetidas pruebas de confianza, obligándonos, con uñas y otras, a desplegar todo el celo y actividad de que éramos capaces. Como consecuencia de esa actividad y de nuestras diversas expediciones en casi todos los estados tuvimos trato íntimo con muchos jefes y creemos haber trabajado con fruto porque la unión, la buena armonía y la concordia sirvieran para activar las operaciones y para que nadie desmayara después de nuestros frecuentes descalabros. Jamás solicitamos, ni necesitamos una investidura militar porque nuestro carácter de simples ciudadanos nos bastó siempre y estábamos de esto tan convencidos que aun cuando el señor Degollado nos dio el despacho de general de brigada preferimos ocultarlo y no hemos hecho uso de él, sino cuando a ello nos obligaba una necesidad extrema.

A mediados del año de 1859, negocios urgentes del servicio nos decidieron a ir a los Estados Unidos, en donde permanecimos cerca de tres meses; a nuestro regreso nos encontramos con una grande y profunda

²² En una junta que en enero de 1858 y en la ciudad de Guanajuato celebró el señor Juárez con personas tan respetables como los señores Ocampo, Degollado, Ruiz, don Manuel, Prieto y otros notables patriotas, se nos dispensó el honor inmerecido de designarnos por unanimidad para presidir el gabinete que en esa misma junta quedó organizado. Declinamos dicho honor no porque nos faltase voluntad para ayudar al gobierno en aquellas difíciles circunstancias, sino porque nos considerábamos indignos de presidir un gabinete del que formaban parte los señores Ocampo y Degollado. Aunque se nos instó mucho, fuimos inflexibles, pero para probar nuestra buena disposición, indicamos que aceptaríamos la cartera de Fomento que había quedado sin proveer. Así quedo acordado y con ese carácter hemos acompañado al señor Juárez hasta su instalación en la ciudad de Veracruz. Nuestra permanencia allí nos pareció poco fructuosa y resolvimos tomar (parte) activa en la campaña.

división entre los jefes liberales e, ignorando sus motivos, creímos que nuestra intervención podría como otras veces, servir de algo para remediar ese mal gravísimo. Emprendimos viaje de varios estados, hablamos con distintos gobernadores y jefes superiores y notamos que se nos recibía por muchos con marcadas muestras de desconfianza. Una de las personas con quienes hablamos largamente fue López Uraga, quien después de sondear nuestro ánimo a toda su satisfacción acabó por manifestarnos varias cartas de personas íntimamente ligadas con el señor Degollado, en que le recomendaba que evitase todo contacto con nosotros, porque estábamos fraguando una conspiración antipatriótica cuyo principal objeto era apoderarnos del mando del Ejecutivo para después desconocer al señor Juárez y usurpar el poder. Poca impresión nos causaron de pronto estos injustos cargos, mas no dilataron en llegar a nuestras manos cartas escritas por el general González Ortega y algunos otros funcionarios importantes en que se hablaba de nosotros en el mismo sentido. Nunca hemos consentido en que nuestra insignificante persona sea motivo de disensiones y, obedeciendo a este propósito, resolvimos separarnos de la escena a cuyo efecto nos retiramos a la ciudad de Monterrey. Allí continuamos recibiendo noticias adversas a nuestra persona y tuvimos ocasión de saber que el gobierno mismo, acogiendo rumores que nunca tuvieron el más leve fundamento, dispuso que fuesen vigilados de cerca nuestra persona y todos nuestros actos. Esto pasaba cuando ya nos habíamos eliminado por completo de toda intervención en los negocios políticos y, profundamente lastimados en nuestro honor, resolvimos renunciar para siempre a la vida pública. Nuestros recursos pecuniarios eran casi ningunos pero sabíamos trabajar, teníamos voluntad de hacerlo y nunca nos ha faltado la fe en el porvenir de un hombre honrado.

Al triunfar la causa constitucional, a fines de 1860, estábamos establecidos como simples labradores en uno de los desiertos del estado de Nuevo León y no habríamos vuelto a la capital de la República si deberes sagrados no nos hubieran precisado a hacerlo. Nacidos en el Estado de México, allí teníamos todas nuestras afecciones de familia y sobre todo una anciana y virtuosa madre a quien debemos todo lo que

hemos podido ser y que sufría mucho por nuestra causa en razón de las siniestras noticias que corrían respecto de nuestra persona. Volvimos al Estado de México sin más objeto que el de calmar las inquietudes de la que nos dio el ser y besar, acaso por la última vez, aquella frente para nosotros tan venerable, pero con el firme propósito de regresar a nuestro destierro voluntario de la frontera. Era tan firme nuestra resolución de no mezclarnos en la política que sólo una noche hemos pasado en la Ciudad de México, cuidando de no hablar con nadie y al siguiente día salimos para el lugar en que residía nuestra anciana madre. Allí nos fuimos a encontrar con que los distritos del Estado de México nos habían honrado con su voto para diputado al Congreso de la Unión y esta circunstancia inesperada nos obligó a modificar nuestro plan de conducta. No teniendo motivo ni valor para desairar dos elecciones tan espontáneas como generosas, resolvimos entrar al Congreso, aunque con el propósito de presentar y motivar nuestra renuncia a fin de regresar a la frontera.

Como la reunión del Congreso debía demorarse por algunos días y como, a pesar de la resolución de separarnos, nuestra entrada nos imponía el deber de hacer algo en el sentido del bien público, aprovechamos ese corto período para fomentar varias iniciativas cuyos objetos eran consolidar las reformas social y política y emprender las reformas administrativas y hacendarias. Ese trabajo nuestro fue acompañado de una extensa parte expositiva, en que procuramos explicar nuestras ideas y desarrollar sus fundamentos.

Apenas reunido el Congreso, el señor Juárez, a quien no habíamos creído prudente visitar, nos hizo la honra de invitarnos a una conferencia a la cual concurrimos. Entendimos que el objeto era pedirnos explicaciones sobre nuestra conducta pasada y casi celebramos que se nos presentara esta ocasión para desvanecer las calumnias de que habíamos sido objeto, pero no sin asombro escuchamos de boca del señor Juárez, éstas o muy semejantes palabras: "estoy satisfecho de que todo lo que se ha dicho contra usted son calumnias tan infundadas como injustas y la prueba mejor es, que lo he llamado a usted con objeto de que se encargue de formarme un gabinete, de personas que merezcan la confianza de usted, que es quien lo ha de presidir". El señor Juárez no

nos permitió decir ni una palabra respecto de lo pasado y, a pesar de nuestras observaciones sobre el proyecto de formar un gabinete, insistió invariablemente en que lo formáramos, repitiéndonos varias veces que hiciéramos la designación de personas sin consultar ni con él mismo.

El estado de nuestro ánimo y los firmes propósitos que teníamos formados eran un rerabenio (sic) casi invencible, pero la voz del deber por una parte y por otra el orgullo que siempre hemos tenido de afrontar situaciones difíciles, se sobrepusieron a todo. Consentimos en aceptar esa delicadísima misión, aunque explicando que nuestro compromiso sólo duraría mientras el Congreso declaraba la elección de presidente constitucional. La designación de los señores Ruiz -don Joaquín-, Zaragoza y después Castaños, ha sido obra exclusivamente nuestra, si bien aceptada por el señor Juárez.

Durante esta pequeña crisis, tuvimos ocasión de leer al señor Juárez la parte expositiva de nuestras iniciativas; se sirvió aceptarlas sin reserva y quiso que fuese examinada en junta privada, compuesta de los que íbamos a formar el nuevo gabinete. Así se verificó y, a moción del Sr. Juárez, quedó acordada su impresión con objeto de que se presentara al Congreso y a la nación como proclama de administración. Convenimos también como programa económico que todos los negocios graves se despacharan previa discusión en junta de ministros; que cada secretario se ocuparía desde luego, con empeño, de la reforma económica de las oficinas de su ramo; que se establecería el mayor orden posible en las entradas y salidas del tesoro; que se moralizaría el ramo de desamortización y redención de capitales, cuyos productos eran indispensables para aliviar las angustias del erario; en fin, otros varios puntos de indispensable interés público.

No se me ocultaba el inmenso cúmulo de dificultades de que estaba erizada aquella situación anormal y violentísima. Veíamos que día a día aumentaban en el seno del Congreso las pretensiones exageradas y hasta -nos atrevemos a llamar locas-; presenciábamos que la mayoría acogía sin discernimiento las extravagantes ideas, tales como la de decretar la formación de un comité de salud pública, la de poner a precio las cabezas de algunos jefes reaccionarios, pero por lo mismo que los

ánimos estaban tan excitados, creímos que la prudencia, la circunspección y la reserva del Ejecutivo eran los únicos medios adecuados para dejar que pasara esa especie de fiebre que, por la misma intensidad de sus síntomas, estaba indicando que no podía ser de larga duración.

Todavía se contrista nuestro espíritu al recordar que durante esa efímera administración, los agitadores de las masas intentaron sacar de sus prisiones al general Casanova y otros, para entregarlos al furor popular; que Márquez tuvo la audacia de penetrar hasta las calles de la capital; que el ilustre Ocampo fue vilmente asesinado; que a este crimen sucedieron los fusilamientos de los beneméritos Degollado y Leandro Valle y, en fin, que el desorden y la desmoralización cundían por todas partes, lo mismo en los campos que en las ciudades y que el Congreso era quien más se desviaba de la prudencia y circunspección que tan necesarias eran en aquella violentísima crisis. La administración logró sobrellevar una situación tan aflictiva, hasta que llegó el deseado momento de que se hiciese la declaración de presidente constitucional. Pero antes de ocuparnos de este acontecimiento, necesitamos referirnos a otra especie de angustias.

Las relaciones con los representantes extranjeros estaban en una verdadera y deplorable crisis. Mr. Dubois de Saligny, había externado ya su propósito de crear un conflicto; Mr. Wagner lo auxiliaba eficazmente; Mr. Wycke era más circunspecto, pero quería crearse una reputación de hábil diplomático y se vino a encontrar con serias dificultades creadas por su antecesor, el encargado de Negocios Mr. Mathew; el cuerpo diplomático todo, estaba resentido por el destino del embajador español; en resumen, el gobierno de México no tenía como amigo sino al ministro americano Mr. Corwin. No es oportuno en este lugar hacer una reseña de las dificultades diplomáticas que se agitaron en este corto periodo; pero sí debemos mencionar un incidente que motivó nuestra separación del ministerio y de la escena política. Siempre hemos tenido la sospecha de que una mano oculta y mexicana, movía arteramente a los agitadores del Congreso sin que éstos se apercibieran de su influencia; lo cierto es que, del seno del Congreso, salían con frecuencia pensamientos que casi por

necesidad debían de conducirnos a un conflicto internacional. Podríamos citar varios casos, pero a nuestro propósito actual sólo interesa expresar uno. Algunas personas se acercaron al señor Juárez y le infundieron la idea de que iniciara y el Congreso expidiera, una ley suspendiendo indefinidamente los pagos de la deuda nacional. El presidente nos comunicó el pensamiento que desde luego nos pareció muy peligroso, pero le contestamos sencillamente que lo estudiaríamos; teníamos un medio seguro de provocar discusiones en el seno del cuerpo diplomático y de conocer sus resultados. El proyecto de suspensión de pagos fue sujetado a este procedimiento y el fruto de nuestros descubrimientos fue la iniciativa que nosotros mismos firmamos pidiendo la suspensión por dos años de los pagos de la deuda interior y la inglesa, sin tocar para nada las convenciones. La ley fue votada el mismo día y el cuerpo diplomático la aceptó sin dificultades. Pocos días después se volvió a insistir sobre la suspensión del pago de las convenciones; el señor Juárez nos propuso la idea y, con mayor motivo, también esta vez aplazamos la emisión de nuestro juicio. Una nueva tentativa cerca del cuerpo diplomático nos dio por resultado el convencimiento de que ese paso serviría a los gobiernos europeos para un rompimiento ruidoso y que, en consecuencia, vendrían a intervenirlos. Manifestamos esto al señor Juárez como un mero temor nuestro y no le impresionaron nuestras observaciones; le aseguramos entonces que era un hecho positivo y como tampoco quisiese creernos, nos vimos precisados a circunstanciar los hechos y revelarle con la reserva debida, el conducto por donde los conocíamos. Manifestose muy sorprendido y por esta vez no hablamos más. Al día siguiente nos volvió a instar por la suspensión de pagos de las convenciones y le recordamos nuestras manifestaciones de la víspera y como a pesar de ellas insistiera, resueltamente le anunciamos que ese mismo día presentaríamos por escrito nuestra dimisión. Por esta causa y también porque en nuestros proyectos de reforma administrativa y hacendaría no se había dado un solo paso, nos retiramos del gabinete y de la vida pública.

El señor Juárez, con la investidura ya de presidente constitucional, integró su gabinete. Siguió un periodo que sin duda es uno de los (más) agitados que registra nuestra historia; hasta que, a consecuencia de la

convención celebrada en Londres por los representantes inglés, francés y español, vinieron a invadirnos los ejércitos de esas naciones e interrumpieron el orden constitucional. El señor Juárez ha luchado sin cesar durante todo ese largo periodo; pero junto a esa gloria inmarcesible es necesario mencionar un hecho que ya pertenece a la historia y es el siguiente. El señor Juárez, saliéndose de la regla que invariablemente había seguido, comenzó a rodearse de personas que no pertenecían al partido progresista, tales como los señores Núñez y Suárez Navarro que le dieron un desengaño terrible; tales como los señores Lerdo -don Sebastián- y Mejía -don Ignacio- que sin creencias políticas de ninguna clase, sólo han visto en los negocios públicos el lado de su interés personal; tales como otros muchos que no necesitamos mencionar y que sólo han traído a la causa constitucional el desprestigio y la vergüenza.

Desde que el señor Juárez se rodeó de esa clase de personas, los verdaderos constitucionalistas comenzaron a ser desdeñados, hasta que -se les declaró enemigos y fueron tratados como tales-, lo dicho es más que suficiente para probar que en el primer periodo constitucional del señor Juárez, el partido constitucional estuvo en el poder en el momento en que se presentaron los ejércitos invasores y no ha estado sino en los campos de batalla, durante toda la guerra de intervención.

[Artículo quinto]

Tercera época de la administración Juárez

Hay un hecho importante que han de negar muchos y sin embargo está plenamente comprobado y pertenece a la historia. Este hecho es que durante la guerra de intervención el señor don Sebastián Lerdo de Tejada adquirió, sobre el ánimo del presidente, una influencia tan grande y decisiva; que al concluir esa guerra la voluntad del ministro favorito era la voz viva e imperante del gobierno nacional. Presentimos que se nos ha de contradecir y sinceramente lo sentiremos, pero en su caso expondremos al menos una parte de los datos que tenemos para expresar un juicio tan terminante, que además ha estado en la conciencia nacional.

Uno de los casos que dominó la voluntad del señor Lerdo sobre otras muchas, fue el de el indulto pedido por el archiduque Maximiliano y los generales Mejía y Miramón; todavía existen varias de las personas que vieron al señor Juárez inclinado a la indulgencia y vieron también que ha sido el señor Lerdo quien impuso la inflexibilidad. No reprobamos la acción del señor Lerdo como mala, únicamente citamos el hecho como prueba de que su voluntad era dominante.

Tenemos conciencia para afirmar que el señor Juárez, obedeciendo a su propio criterio, jamás hubiera patrocinado el atentado contra las instituciones que contenía la convocatoria de agosto de 1867 y sin embargo se encaprichó en sostener esa aberración porque el señor Lerdo lo exigía. Esto nos da ocasión para recordar un incidente en que tuvimos parte.

Cuando en el seno del gabinete comenzó a discutirse la célebre convocatoria, nosotros aún permanecíamos en el gobierno y comandancia militar del estado de Guanajuato; un amigo nuestro que estaba muy bien informado, nos comunicó lo que pasaba; en vista de su gravedad, nos trasladamos violentamente a la Ciudad de México.

En conferencia privada con el señor Juárez, le comunicamos nuestros temores y él, siempre leal y sincero con nosotros, nos manifestó una minuta que contenía los artículos de la proyectada convocatoria. Era imposible que estuviéramos de acuerdo con esa superchería y así lo expresamos alegando nuestras razones. El señor Juárez nos escuchó con calma y con aire marcado de benevolencia nos dijo que nos acercáramos al señor Lerdo, manifestándole que el presidente deseaba que escuchara nuestras razones. Así lo hicimos y el señor Lerdo nos dijo por toda contestación que el gobierno obraba en el círculo de sus facultades y no tenía necesidad de discutir con nosotros. Trasmitimos esta contestación al presidente, quien nos dijo que insistiéramos, explicando al señor Lerdo que obrábamos por orden expresa suya. Solicitada nueva audiencia ante el señor Lerdo, nos dio una larguísima antesala que terminó con un recado contraído a que no podía recibarnos. Volvimos cerca del presidente, para el solo objeto de suplicarle se sirviera admitir las renunciaciones que con anterioridad habíamos presentado del gobierno de

Guanajuato, de la comandancia militar y del empleo de general de brigada. El señor Juárez nos hizo la honra de suplicarnos que desistiéramos de esa idea y de rogarnos que volviéramos al estado de Guanajuato, asegurándonos que la convocatoria nada contendría que lastimase en lo más leve los preceptos de la Constitución. Creímos de nuestro deber manifestarle que, si la convocatoria salía en los términos en que estaba el proyecto, nos considerábamos en el preciso deber de contrariarla y que, en atención a esa eventualidad, era más prudente que se admitieran nuestras renunciaciones. El presidente insistió agregándonos la seguridad de que la convocatoria nada contendría relativo a reformas constitucionales. En esa inteligencia volvimos a Guanajuato en donde pocos días después recibimos como ley el mismo proyecto de convocatoria que habíamos leído en la presidencia. La voluntad imperiosa del señor Lerdo había triunfado.

El jefe del gabinete, no conforme con la decidida influencia que ejercía, trabajaba con empeño y sin descanso por crearse un partido personal y a ese efecto empleaba no sólo los elementos del poder, sino también todos medios, buenos o malos, que su elevada posición le proporcionaba.

Por más que los mexicanos tengamos la propensión de echar en olvido los males que hemos presenciado, ese olvido no cabe respecto de los acontecimientos a que nos estamos refiriendo. El monopolio del mando en manos del señor Lerdo era tan completo que hasta los amigos íntimos del señor Juárez necesitaban humillarse ante el ministro favorito, a riesgo, si no, de ser tratados como adversarios. Para nadie era un misterio las desenfrenadas ambiciones del señor Lerdo y sin embargo su omnipotencia perduró mucho tiempo, dando por resultado que contara entre sus partidarios personales a varios gobernadores y a no pocos generales del ejército, entre los que fue el más ardiente el señor Escobedo.

El señor Juárez no dio a conocer que se apercibía de los trabajos de su primer ministro, sino cuando éste se le colocó frente a frente como candidato a la presidencia de la República. Entonces lo precisó a salir del ministerio y entonces se marcó con claridad la división entre lerdistas y

juaristas. Estos últimos tomaron todos los caracteres del partido personal y, sintiéndose débiles, apelaron al arbitrio de emplear el abuso del poder como medio para ganar la elección. Muchos lerdistas quedaron en los altos puestos de la federación, quedaron también los gobernadores que le eran adictos y por su lado, abusaron hasta donde les fue posible.

El partido constitucional quedó reducido a una minoría cuya situación es preciso definir.

Sabido es que, cuando un partido se encuentra en el poder, se le agrupan, no sólo los que profesan sus principios, sino también y con más tenacidad, todo el inmenso grupo de anfibios, que, sin mira política determinada, sólo buscan los favores del poder y los puestos lucrativos. Sabido es también que cuando en el seno de un partido se forman banderías personales, todo lo que éstas se asimilan redundará en menoscabo del verdadero partido; esto con más razón, cuando dicho partido se esfuerza por permanecer fiel a los principios.

Ahora bien, el partido lerdistas se ha formado con la mayor parte de los anfibios, con un grupo de liberales ambiciosos que se propusieron medrar a la sombra de ese gran ambicioso y con otro grupo de liberales sinceros, que creyeron de buena fe que don Sebastián Lerdo de Tejada, era un hombre extraordinario, un genio creador y un cumplido liberal. En el partido juarista quedaron el resto de anfibios, todos los amigos del presidente, que eran liberales, que siempre tuvieron en cuenta los eminentes servicios y las innegables virtudes políticas de ese patriota. Pero tanto los juaristas, como los lerdistas se contaminaron muy pronto de los vicios a que, casi por necesidad, propenden las banderías personales; pronto se vio muy claro que unos y otros estaban dispuestos a abusar del poder y, lo que es peor, a violar las instituciones con tal de obtener el triunfo de su candidato.

Lo dicho basta para comprender que el partido constitucional, el partido principista, quedó reducido a una escasa minoría, que casi no tenía acceso a las altas regiones del poder; que tampoco contaba con los elementos necesarios para trabajar con esperanzas de éxito en las elecciones y que, por su apego a las instituciones, no podía emplear el arma favorita de sus contrarios, el abuso del poder y de la fuerza.

No se necesitaba una gran penetración para predecir que el partido constitucional sería vencido en la lucha electoral; pero es muy difícil que un partido político se resigne a sucumbir sin haber luchado antes. No se puede desconocer, por otra parte, que el principal elemento del partido constitucional ha sido y debe ser siempre su leal apego a los principios y su invariable propósito de no dar a las personas sino la importancia que su situación política exige y a condición de que nunca una persona se sustituya en lugar de un principio; pero hay situaciones difíciles en las cuales, la necesidad de obrar, obliga a los partidos a hacerlo fuera de su terreno y olvidando sus más altos intereses.

Esto es lo que, a nuestro juicio, ha acontecido al partido constitucional de que nos venimos ocupando.

Persuadidos de que sus recursos materiales no les bastaban para entrar en la lucha con esperanza de éxito, resolvieron acrecer esos recursos, allegándoles el prestigio de su nombre que ciertamente estaba muy limpio y era muy respetado. La mayoría del partido constitucional resolvió trabajar a todo trance por la candidatura del señor general Porfirio Díaz.

Dado este primer paso, el transcurso de pocos días bastó para que esta nueva agrupación entrara de lleno en el terreno propio de las banderías personales y, como ellas, resolviera emplear toda clase de medios. Ciertamente es que los porfiristas no tuvieron ocasión de abusar, que todo lo que en esa lucha electoral obtuvieron ha sido legítimo y que esto vino a poner en claro las simpatías que en todo el país conservaba el partido constitucional y su candidato, pero esto no destruye nuestra aseveración de que el partido porfirista se colocó netamente en la categoría del partido personal.

Es probable que se nos tache de preocupados en este punto y, por lo que pueda importar, vamos a mencionar un incidente que nos concierne. Teníamos íntima amistad con los que formaron el partido porfirista; estábamos además identificados con ellos en principios políticos. Cuando ya habían designado su candidato y resuelto trabajar por él a todo trance, nos invitaron a concurrir a sus juntas. Tuvimos la franqueza de contestarles que estábamos en la inteligencia de que se

habían constituido en partido personal y como uno de nuestros más firmes propósitos era no pertenecer a banderías personales, creíamos no poder concurrir a sus juntas, lo cual manifestábamos con pena y explicando que estábamos invariablemente con el partido constitucional, siempre que se tratara de los principios. Mediaron explicaciones francas y amistosas y en virtud de ellas quedó convenido que nos organizáramos en junta para trabajar en las elecciones; que emprenderíamos los trabajos preparatorios y, en la oportunidad debida, afrontaríamos la cuestión de candidaturas.

Hecho este arreglo, concurrimos a una numerosa junta y se nos hizo la honra de designarnos para presidirla. Al ocupar dicha presidencia, pronunciamos una brevísima alocución contraída a manifestar que nos considerábamos muy honrados con presidir la junta que en aquel momento iba a iniciar sus trabajos. Uno de los concurrentes, que hoy desempeña la cartera de Justicia, presentó una proposición, cuyo contenido no podemos precisar, pero usando de la palabra para fundarla, pronunció las siguientes o muy semejantes palabras: "No necesitamos andar con misterios; todos los que aquí estamos reunidos somos porfiristas y no hemos de trabajar sino por el Benemérito general Díaz". Concluida esta peroración, dejamos pasar algún tiempo por si alguna otra persona pretendía hablar y, como nadie lo solicitara, tomamos la palabra para manifestar que las afirmaciones del señor Tagle y la aquiescencia de la junta nos obligaban a declarar que el lugar que estábamos ocupando no era el que nos correspondía y que, dando las gracias a la junta por el honor que se nos había dispensado, nos retirábamos de su seno, como de hecho lo hicimos. A partir de ese momento, los señores porfiristas nos han tratado siempre como enemigos.

El resultado de esas elecciones, como de notoriedad consta, fue una escasa mayoría por el señor Juárez, una fuerte minoría por el señor Díaz y una escasa minoría por el señor Lerdo. El primero entró a su segundo periodo constitucional, pero ni el partido que lo elevó, ni los que fueron vencidos, abandonaron el carácter de personales que habían tomado en la lucha electoral. Los lerdistas emprendieron una lucha de intrigas, los porfiristas se lanzaron pronto a la lucha de armas y tuvieron

éstos el poco tino de presentar como bandera el Plan de la Noria, que los hizo perder el derecho de llamarse partido constitucional y lo que con esa aberración consiguieron fue dar alguna consistencia a la vacilante administración del señor Juárez.

El error más capital del partido porfirista ha sido que no supo comprender sus verdaderos intereses. El resultado de la lucha electoral había puesto en claro que era el único que tenía verdaderas simpatías populares.

Si tomando este dato por punto de partida, se hubiera encerrado dentro de la Constitución y emprendido la lucha, lenta pero segura, de los principios, muy pronto habría tenido de su parte a la inmensa mayoría del país; pero como prefirió el estruendo de las armas y cometió el gravísimo error de insultar al país y profanar sus instituciones, proclamando una dictadura militar, lo que consiguió fue perder sus títulos de partido legal y desprestigiar a su jefe. Y vino a poner el último sello a sus desaciertos con la espuria fusión lerdistá-porfirista, que no por haberse celebrado en las tinieblas, dejó de ser perfectamente conocida por todos.

Durante todo ese periodo, ¿quién se atrevería a decir que el partido constitucional estuvo en el poder y con aptitud de practicar la Constitución? Apenas podía verse a uno que otro constitucionalista disperso; apenas se tenía el triste recurso de volver los ojos a la Suprema Corte de Justicia, cuya misión pasiva se estrellaba frecuentemente ante los abusos de los otros poderes federales y de las tiranías locales.

Así continuaron las cosas hasta la sentida muerte del señor Juárez, a quien, a pesar de sus desaciertos, la nación y con ella nosotros, reconoce como el hombre más Benemérito de nuestra época.